HQN™

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

ROBYN CARR

La CASA *del* LAGO

ROBYN CARR

La CASA *del* LAGO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2020 Robyn Carr
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La casa del lago, n.º 246 - noviembre 2021
Título original: The Country Guesthouse
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-827-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Para Mariah Stewan, que siempre está dispuesta a mantener una conversación reconfortante, llena de perspicacia, divertida y poderosa, de las que levantan la moral. Gracias, amiga mía.

Prólogo

La eternidad está hecha de ahoras.
Emily Dickinson

A Hannah Russell le encantaba la cabaña en la que se estaban alojando sus compañeros de trabajo y ella. Era exquisita. Se trataba de una casa de lujo, relativamente nueva, con cinco dormitorios y cinco baños, y estaba en el bosque, junto a un lago. Tenía una enorme terraza de madera con unas vistas increíbles de las Montañas Rocosas. O, al menos, durante el día, cuando hacía sol. En aquel momento estaba diluviando y, a la mañana siguiente, todo estaría cubierto por una capa de hielo. Aquella noche, la lluvia repiqueteaba contra las ventanas y el tejado, pero ardía un buen fuego en la chimenea.

La cabaña era la única parte que le gustaba de aquel retiro. Era una actividad programada por su empresa para crear y fortalecer la relación entre los empleados y aumentar la formación de sus ejecutivos. Su tercer retiro. Y ya estaba harta.

A su jefe le encantaba organizar aquellos retiros para el desarrollo profesional fuera de la empresa, alejados de su trabajo diario. Por supuesto, él no iba, pero enviaba a los ejecutivos y a sus equipos. Les retiraban el teléfono móvil y el ordenador portátil al llegar, y no se podía ver la televisión, no se permitía escuchar la radio ni mantener ningún tipo de contacto con el mundo exterior. Se veían obligados a comunicarse cara a cara y a olvidarse de su trabajo diario. Dave, el director de Marketing, dijo: «Tuve menos síndrome de abstinencia en el tratamiento antidroga». Después, hubo una serie de sesiones de grupo y ejercicios. «Hannah, tienes que ponerte las manos sobre el pecho y dejarte caer hacia atrás, y confiar en que Tim te va a sujetar». Aquello era bastante estresante, puesto que ella no confiaba en que Tim respondiera a tiempo a un correo electrónico y, cuando, por fin, lo hacía, ese correo no contenía ninguna información acertada. De lo único que estaba segura sobre Tim era que, si tuviera la oportunidad, se quedaría con su puesto de trabajo.

Por supuesto, Tim no la sujetó.

–Creo que me he roto el coxis –dijo ella, mientras se frotaba la

espalda–. Necesito una ambulancia. Que alguien llame a una ambulancia.

–No se nos permite utilizar el teléfono móvil –dijo Tim.

Tenía que reconocer que, en un par de ocasiones, había sacado cosas en claro de uno de aquellos retiros, pero no más de lo que hubiera aprendido en un libro, un blog o una charla de TED. Normalmente, dependía de la eficiencia del moderador. Si el moderador era alguien con capacidad de motivar y animar, con inventiva y experiencia, sí podían crearse vínculos y asimilarse algunos principios que les ayudaran a trabajar después de un modo más eficiente. Eso era casi algo malo, puesto que si aumentaban la cifra de ventas, el consejero delegado, Peter, pensaría que el retiro había servido de algo y le diría al director de Recursos Humanos que programara otro.

Sin embargo, en aquella ocasión, la moderadora era una antigua participante en concursos de belleza que llevaba unos pantalones vaqueros muy ajustados y se dedicaba a coquetear con todos los empleados. Así pues, aquel retiro no iba a ser productivo.

Debían pasar cinco noches en la cabaña. Hannah y la moderadora tenían su propia habitación individual, pero los hombres compartían dormitorio. En la gran casa de campo había también biblioteca, bar y bodega. El bar y la bodega estaban cerrados con llave. La segunda noche, Todd, Wayne y Dave estaban en uno de los dormitorios, pasándose un porro, mientras Tim se daba un ruidoso revolcón con la moderadora en la habitación principal.

Para ella, aquel retiro era muy inoportuno. No solo tenía mucho trabajo, sino que, últimamente, la relación con su prometido era bastante tensa. Wyatt estaba un poco picajoso por algún motivo que ella desconocía. Estaban organizando la boda para dentro de seis meses y él estaba en desacuerdo en todo. ¿Cómo podía superar una pareja la planificación de una boda?

No obstante, si tenía un fin de semana libre en aquellos momentos, debería pasarlo con Wyatt, fortaleciendo su relación con un poco de amor y atención, tratando de averiguar qué era lo que le irritaba tanto. Si tenía que viajar por cuestiones de trabajo, cosa que sucedía con frecuencia, por lo menos debería poder hablar con él por teléfono. Aquel viajecito la tenía muy fastidiada; le había dicho a Peter que era muy mal momento para ella. Sin embargo, Peter le había dicho que hiciera un sacrificio por el equipo.

Pero el equipo se estaba colocando y estaba dándose un buen revolcón mientras ella se sentía cada vez más molesta.

Decidió forzar la cerradura del armario del vestíbulo para sacar su ordenador y su teléfono. Recogió sus cosas. Sabía que no iba a poder salir de allí a pie debido al mal tiempo, pero con el teléfono, podía

llamar a la misma empresa que les había proporcionado la furgoneta para llegar hasta allí. Tim y la moderadora seguían a lo suyo, y los demás estaban acabando con los Doritos y las patatas fritas, después de lo cual se quedarían dormidos como troncos. Así pues, llamó a la empresa y pidió que la recogieran a las seis de la mañana.

No dejó ninguna nota. Que pensaran que se la había comido un oso.

Mientras escapaba, suspiró con ganas. Le dijo al conductor que la llevara directamente al aeropuerto. Cuando habían recorrido unos pocos kilómetros, vio un *camping* al otro lado del lago. Había un pequeño supermercado. Parecía que el *camping* estaba vacío, pero la tienda tenía las luces encendidas, así que le dijo al conductor:

–Pare allí y, si tienen café, le invito a uno.

–Le cobrarán la parada –dijo él, en un tono agradable.

–No importa. Merece la pena. ¿Cómo toma el café?

–Solo y sin azúcar, señora.

Según un letrero que había a la entrada, el horario de la tienda era de nueve a cinco, pero la puerta estaba abierta y, al pasar, sonó la campanilla que había colgada del techo.

Se acercó al mostrador, y dijo:

–¿Hola? ¿Hay alguien?

–Vaya, ¿quién es? Con este tiempo solo salen los patos.

–Bueno, parece que ha dejado de llover –respondió Hannah–. ¿Tiene abierto? El letrero dice que…

–No, pero he encendido la estufa y tengo café preparado. Me preocupaban los árboles, porque anoche cayó mucho granizo y, sin están cubiertos de agua helada, se les pueden romper las ramas. Es terrible. ¿De dónde sale usted a estas horas de la madrugada?

–Ah, estaba en una casa alquilada en la otra orilla del lago, y me marcho ya. Pero sé que no llegaré lejos sin un café. He alquilado un coche para que me lleve al aeropuerto de Denver.

–¿Qué le ha pasado? ¿No le ha ido bien el aire fresco?

Ella se rio suavemente, y respondió:

–Este sitio es maravilloso, y la casa era preciosa, cómoda, con unas vistas estupendas… Pero estaba con un grupo de hombres, todos compañeros de trabajo, en un retiro de la empresa. Nos confiscan los ordenadores y el teléfono móvil y nos obligan a jugar a jueguecitos psicológicos para que mejoremos como miembros del equipo corporativo. Eso está bien, pero creo que la próxima vez el objetivo deberá ser que los empleados vayan a un retiro para aprender a hacer su trabajo. Sería mucho más útil.

–¿Leche y azúcar?

–Las dos cosas. Voy a celebrar mi huida. Y un café solo y sin azúcar para mi conductor.

–Si va a celebrar algo, debería pedir también un rollito de canela o

un *muffin*.

La puerta se abrió y entró una mujer.

–¡Sully! Hay un coche negro muy grande ahí fuera… Oh.

La mujer se atusó el pelo y se subió la cremallera de la chaqueta. Parecía que iba en pijama, aunque llevaba puestas unas botas.

–Estamos conociéndonos, querida. Soy Sully –dijo el hombre, y le tendió la mano a Hannah–. Y le presento a Helen, a quien dejé dormida cuando me levanté.

–Hola, yo soy Hannah. Le estaba diciendo a su marido que estaba en una casa alquilada al otro lado del lago, en un retiro de empresa, con una moderadora muy seductora y un grupo de hombres. Y anoche decidí que estaba harta.

–¿Tan horrible ha sido? –preguntó Helen.

–Sí –dijo ella–. Además, tengo a mi prometido en casa. Prefiero pasar estos días con él que con cuatro hombres que piensan que deberían tener mi trabajo.

–Y, si no le importa que se lo pregunte, ¿cuál es su trabajo? –dijo Helen, mientras se servía una taza de café.

–No se moleste con Helen, señorita. Es muy curiosa. Si prefiere no responder…

–Claro que no me molesta. Soy comercial de equipamiento médico para hospitales, y trabajo en una distribuidora muy grande. Vendemos escáneres para resonancias magnéticas, prótesis… Soy directora de ventas y llevo un equipo.

–Seguro que estaba en la casa de Owen –dijo Helen–. Él debe de estar otra vez de viaje.

–No sé de quién era la cabaña, pero me encantaría pasar unos días allí cuando no tenga que compartirla con mis compañeros de trabajo. Sería una forma magnífica de descansar y recuperar energías.

–¿Había muchas fotografías y litografías preciosas por las paredes? –preguntó Helen.

–¡Sí! ¿Conoce al dueño?

–Bueno, es nuestro vecino. Es un fotógrafo muy conocido. Ha ganado muchos premios por su obra, pero tiene que viajar tanto que ha decidido alquilar la casa durante su ausencia para que sea más rentable. Se llama Owen Abrams y sus fotografías son increíbles. Búsquelo en Internet alguna vez.

–La casa es preciosa –dijo Hannah.

Sully le entregó los dos cafés en vasos para llevar.

–Bueno, ¿no quiere unos bollos para acompañarlo?

–Dos *muffins*, por favor. Encantada de conocerlos a los dos. ¿Cuánto le debo?

–Nosotros también estamos encantados de conocerla, así que considérelo una invitación. Vuelva a visitarnos en su tiempo libre –le

dijo Helen–. Sully tiene cabañas para la gente que no quiere acampar o alquilar una casa demasiado grande.

Sin embargo, Hannah estaba pensando en aquella otra cabaña, una casa grande, preciosa, elegante. Lo mejor del mundo sería convencer a Wyatt para que se tomara un par de semanas de vacaciones y poder alquilar aquella casa. Sería bueno para su relación. Ella había trabajado muchísimo aquellos últimos años. Wyatt, también, pero él era representante de una marca farmacéutica, y su trabajo conllevaba mucho menos estrés, puesto que ella era directora de ventas y tenía que ocuparse de un equipo entero. Él ganaba menos dinero, pero también parecía más despreocupado. Quizá, también, porque vivía en casa de Hannah y no tenía que pagar el alquiler.

Hannah llevaba años ascendiendo hacia los puestos más altos de su empresa y estaba un poco cansada, pero el sueldo era demasiado bueno como para dejarlo. Wyatt le había sugerido que acudiera al psicólogo para tratar su depresión. Ella no consideraba que estuviera deprimida solo por querer que estuvieran juntos y hablaran de las cosas como hacían antes.

Entonces, llegó a casa. No había llamado a Wyatt. Esperaba que él estuviera allí, porque era sábado. Oyó voces y ruidos apagados. Dejó la maleta y el bolso junto a la puerta del garaje y fue hacia su habitación. Y, allí, se encontró a Wyatt y a Stephanie recogiendo su ropa frenéticamente.

–¿De verdad? –preguntó Hannah. Fue todo lo que pudo decir.

Wyatt se estaba acostando con su secretaria mientras ella tenía que estar de retiro con sus subordinados. Maravilloso.

Stephanie miró a Wyatt con pánico y se echó a llorar.

–¿Cómo vuelvo a casa? ¿Me llevas tú? –le preguntó.

Fue Hannah quien respondió.

–Pide un taxi –le dijo–. Ah, y estás despedida.

Capítulo 1

Para subir por colinas empinadas, al
principio, el paso ha de ser lento.
William Shakespeare

Owen y su gran danés, Romeo, fueron caminando por la orilla del lago hasta la tienda de Sully. Sully estaba sentado en el porche con su yerno, Cal Jones. Su nieta de tres años, Elizabeth, estaba en los escalones y, en cuanto los vio, se levantó y se puso a dar palmadas.

–¡Womeo! –exclamó.

–De acuerdo –dijo Owen, y Romeo salió al trotecillo a saludar al grupo.

El labrador dorado de Sully, Beau, fue a recibirlo, y los dos perros se fueron a correr por el jardín.

Owen apoyó el bastón en el suelo del porche, dejó la mochila y le revolvió el pelo a Elizabeth al pasar junto a ella.

–Hola, vecino –dijo Sully–. ¿Qué tal las fotos de hoy?

–Solo me encuentro con buenas cosas si me dejo la cámara en casa –respondió Owen. Le estrechó la mano a Sully y, después, a Cal–. Parece que el *camping* se está llenando –comentó.

–Debe de haber vacaciones de primavera en algún sitio –dijo Sully–. Por lo menos, es público del que quiere salir a disfrutar del aire libre, y no de los que quieren emborracharse hasta vomitar.

Owen se echó a reír.

–Me alegro, Sully. ¿Es demasiado pronto para tomar una cerveza? –preguntó, observando el botellín que tenía Cal en la mano.

–Espero que no –dijo Cal–. Maggie está en Denver. Yo estoy cuidando de la casa con la ayuda de Elizabeth.

–Tu secreto está a salvo conmigo –dijo Owen.

–Bueno, ahora que Elizabeth ya sabe hablar, no hay nada sagrado.

–¿Qué significa «sacrado», papá?

–Luego te lo explico.

Owen sacó una botella de cerveza de la nevera del interior de la tienda y salió de nuevo al porche. Se sentó, estiró las piernas y le dio un buen trago a la cerveza. Romeo y Beau volvieron al porche. Romeo

le dio un lametón a Elizabeth en la cara y ella dio un gritito de alegría y dijo:

–¡Oh, oh, oh! ¡Yo también te quiero, Womeo!

Los tres hombres se echaron a reír.

–¿Por qué no podrá ser el tiempo como ahora durante todo el año? –preguntó Owen.

–Porque necesitamos las nevadas. Y no necesitamos los incendios de verano –dijo Sully–. ¿Acabas de llegar a casa o ya te estás preparando para marcharte otra vez?

–Volví hace una semana –dijo Owen–. El próximo viaje es a Taiwán dentro de un mes, pero el sitio al que tengo que ir a trabajar está teniendo muchos problemas debido al tiempo. Estoy pendiente de eso.

Como fotógrafo, trabajaba por cuenta propia. Cuando era más joven había hecho muchos retratos, fotografías escolares y de bodas, tarjetas familiares para Navidad… Cosas de ese tipo. Después, al cumplir los treinta años, había empezado a hacer fotografías más artísticas y, a veces, de contenido político: pueblos destruidos por la guerra, ciudadanos de países empobrecidos, la pobreza o la decadencia de su propio país. También había empezado a plasmar paisajes interesantes o, simplemente, bellos, y a tomar imágenes de la vida salvaje.

Más tarde, empezó a escribir ensayos y a publicar un blog para complementar sus fotografías, y se convirtió en una especie de escritor de viajes. Describía los errores, el caos, el humor y la confusión de su propio mundo en la fotografía profesional, y se hizo famoso, aunque esa no fuera su intención. Se coló en las cocinas de los hoteles de cinco estrellas, en el *backstage* de los conciertos, en los vestuarios de los eventos deportivos y en las exposiciones caninas, en cualquier actividad que pareciera interesante y donde tuviera la posibilidad de descubrir algún secreto, de hacer alguna revelación. Se publicaron algunos libros de su colección de fotografías y ensayos y, por algún motivo inexplicable, la gente los compró.

Lo que más le interesaba eran el arte, los viajes, el hecho de experimentar otras culturas. Y la soledad. Siempre viajaba solo.

–En julio pasaré un par de semanas en Vietnam. Me encanta ese país –comentó.

–A mí no me gusta tanto –dijo Sully.

–Eso es exactamente lo que dijo mi padre –respondió Owen, riéndose.

–Qué amable por tu parte, recordarme que tengo edad suficiente para ser tu padre –dijo Sully.

–Y el mío, también –apostilló Cal–. Bueno, en realidad, más o menos lo eres, por mi matrimonio.

–¿Dónde está Helen? –preguntó Owen.

–En un congreso de escritura en Nueva York.

–¿Y tú nunca vas con ella?

–A estas cosas de libros, no –dijo Sully–. Está mejor sin mí. Se va de juerga con sus amigas escritoras. Yo no tengo el impulso de viajar, como Helen y como tú. Y alguien tiene que quedarse a cuidar de la tienda. Yo no puedo alquilar mi casa tan bien como tú.

–Eso no siempre sale tan bien como piensas –dijo Owen–. Algunas veces es un lío. Si me cancelan un viaje, tengo que quedarme aquí, aunque eso solo ha pasado dos veces. El agente inmobiliario que lleva los alquileres se pone en contacto con los inquilinos y les ofrece la devolución del dinero u otro sitio para alquilar, pero, si quieren la casa, yo tengo que quedarme en el establo, y ellos me ignoran –explicó, y le dio un trago a su cerveza–. Debería vender la casa y quedarme a vivir en el establo. En realidad, es más de lo que necesito.

–¿Y por qué te hiciste una casa tan grande? –preguntó Sully.

–Me gusta esa casa –dijo Owen–. Y el establo, también.

El establo se había convertido en un estudio y casa de invitados. Detrás del estudio había un dormitorio y una cocina pequeña. La luz era buena, y él tenía todo su equipo de fotografía instalado allí, además de unas buenas estanterías para sus libros favoritos. En la casa principal había una biblioteca más grande, porque le encantaban los libros. Prefería a la gente en dosis muy pequeñas y le gustaba estar solo. Se sentía atraído por la naturaleza, los viajes, la lectura, la tranquilidad y, sobre todo, por su trabajo. Comenzó a transferir sus imágenes a lienzos y a enmarcarlos él mismo. Llevó sus obras a diferentes galerías y tiendas de regalos y, durante aquellos últimos años, lo habían contratado para proporcionar obra fotográfica a hoteles y restaurantes, y para venderla a compradores privados.

–Sabes que yo también vivo en un establo –le recordó Cal.

–Mi establo no es tan lujoso como el tuyo. Pero mi casa es mejor que la tuya –dijo él, con una sonrisa.

–¿Y qué haces con todas esas habitaciones? –le preguntó Sully.

–Nada, salvo cuando la alquilo. Tal vez venda la casa dentro de unos años. No sé. Me gusta la ubicación. Y, algunas veces, vienen mi hermana y mis sobrinos. Además, tengo amigos…

–¿Sí? –preguntó Sully.

–Pues sí, algunos. No muchos. No quiero tener muchos amigos. ¿Cuántos tienes tú?

–Unos seis –dijo Sully, sonriendo–. Y un pueblo. Además de que algunos de los del clan Jones se han casado con algunos de mis amigos , así que ahora tengo una familia grande, algo que no me imaginaba.

–Tampoco el clan Jones –dijo Cal.

–¿Está aquí toda tu familia ahora? –le preguntó Owen a Cal.

–Todos, excepto mis padres y mi hermana Sedona. Ella sigue en el este, pero viene a vernos con frecuencia. Sierra y Connie ahora son

vecinas. Dakota acaba de conseguir un puesto de profesor entre Boulder y Timberlake, así que lo vemos a él y a Sed a menudo. El hermano de Sid y su mujer viven en el pueblo. Es una red muy complicada. Si quieres, puedo hacerte un croquis.

–¿Va a haber un examen? –preguntó Owen.

Sin embargo, estaba pensando que él tenía mucha menos relación con la gente, y se preguntó si lo considerarían una persona extraña. Sí, claro que sí. Medía más de un metro noventa y era delgado, siempre estaba paseando por los senderos de la zona con la mochila llena de cámaras y tenía un perro muy grande llamado Romeo. Su casa era enorme y estaba llena de habitaciones que no se utilizaban, y se la alquilaba a gente desconocida. Justificaba su tendencia a la soledad con la excusa de que estaba dedicado al arte, pero lo cierto era que temía las relaciones más cercanas, y se distraía viajando. Las mujeres se le insinuaban mucho; seguramente, pensaban que era rico. Tenía una buena situación económica, sí, porque se ganaba bien la vida.

–Si conocieras a la mujer de tu vida, podrías tener niños –le dijo Sully.

–Pero… ¿crees que ahora hay alguna posibilidad de que ocurra eso? –preguntó Owen–. Tengo cuarenta y cinco años y soy aburrido.

–No sabía que solo tenías cuarenta y cinco –dijo Cal, sonriendo.

–Dentro de veinte, serás un viejo cascarrabias y ya todo encajará mejor –le dijo Sully–. Aunque, en realidad, yo conocí a Helen hace solo un año. Todavía no entiendo qué es lo que ve en mí –añadió, y se echó a reír con picardía.

Owen adoraba a Helen. Sully y ella vivían juntos. Helen se dedicaba a escribir novelas de misterio y Sully decía que estaban llenas de cadáveres y sangre. Decía que él dormía con un ojo abierto. Para Owen, eran la pareja más deliciosa del mundo.

–A lo mejor, cuando yo tenga setenta años, conozco a la mujer de mi vida. Tú eres un buen ejemplo, porque, si tú la has conocido, cualquiera puede.

–Buena suerte –dijo Sully–. Pero eso no te va a servir para utilizar todas esas habitaciones vacías hasta entonces.

Las semanas siguientes al momento de encontrar a su prometido con su secretaria se convirtieron en una completa pesadilla para Hannah. Tuvo que enfrentarse a algunas tareas muy desagradables e inmediatas: echar a Wyatt de su casa, contratar ayuda administrativa temporal en la oficina e intentar ignorar el chismorreo interminable sobre lo que había ocurrido. Todo el mundo, menos ella, estaba bastante entretenido con la historia.

Wyatt y ella habían estado juntos tres años. Después de salir

durante un año, se habían ido a vivir juntos y, después de otro año de convivencia, se habían comprometido y su compromiso había durado un año más. Hannah tenía treinta y cinco años, y Wyatt no era su primer novio. De hecho, ni siquiera era su primer prometido. Por casualidad, oyó decir a uno de los chismosos: «A lo mejor, a la tercera va la vencida».

Tuvo que contarles a sus amigas lo que había pasado, porque se suponía que iban a ser las damas de honor en la boda. A todas, salvo a Stephanie, que también iba a ser dama de honor. Eso ya era irrelevante, aunque Hannah se preguntaba si Wyatt y ella se seguirían viendo. Tal vez Wyatt pudiera casarse con ella, puesto que ya había encargado el esmoquin…

También fue ella la que tuvo que cancelar todo lo que había reservado para la fecha de la boda: el salón donde iba a celebrarse el banquete, el *catering*, el fotógrafo, las flores, la banda de música. Los preparativos no estaban tan avanzados y, sin embargo, quedaban todos aquellos restos. Cuando había roto con su anterior prometido, la planificación no había llegado tan lejos. Lo único que tuvo que hacer fue devolverle el anillo. Wyatt no iba a recuperar el anillo de compromiso. Ella iba a venderlo para pagarse unas vacaciones.

Tardó una semana entera en hacer toda aquella limpieza. Después, llamó a la inmobiliaria de Colorado y reservó la casa cerca de Sullivan's Crossing para el primer periodo de dos semanas que hubiera disponible. Quería ir a un lugar hermoso y tranquilo para recuperar las fuerzas. La cabaña no estaría libre hasta varias semanas más tarde, pero, así, tenía algo que esperar: la primavera en las Montañas Rocosas.

Y entonces, justo cuando comenzaba a sentirse mejor, el mundo llegó a su fin. Su compañera de habitación de la universidad y mejor amiga, Erin Waters, estaba consolándola por teléfono, diciéndole que no era culpa suya, que no, que no atraía siempre a perdedores, que todo iba a salir bien… pero no podía dejar de toser.

–Vas a ir al médico, ¿no? –le preguntó Hannah.

–Por supuesto que sí –dijo Erin–. Me encuentro fatal. Creía que se me iba a curar descansando bien y durmiendo, pero está claro que necesito medicinas. Creo que nunca había estado tan enferma.

–¿Y Noah? ¿Está bien? –le preguntó Hannah, refiriéndose al niño de cinco años de Erin.

–Sí, está muy bien. Le estoy dando vitaminas, por si acaso. Esta tarde tengo cita en el médico y lo voy a dejar con Linda.

Linda era la niñera de Noah, y Noah y Erin estaban muy unidos a ella y a su familia.

–Entonces, lo mejor es que te quedes en casa y descanses.

–Ya sabes que sí. No soy ninguna mártir.

–Llámame cuando vuelvas del médico para decirme qué tal ha ido todo.

–Claro –respondió Erin, y se puso a toser de nuevo.

Entonces, se despidieron.

Pero Erin no la llamó. Fue Linda quien lo hizo, unos días más tarde, y le explicó que, en cuanto el médico examinó a Erin, llamó a una ambulancia y la ingresó en la UCI por una neumonía grave. En muy poco tiempo, Erin murió. Los médicos tuvieron que reanimarla en dos ocasiones, pero finalmente, no pudieron salvarle la vida.

Hannah se quedó hundida, en *shock*. Se puso en camino hacia Madison con sus otras dos mejores amigas, Sharon y Kat. Todas se quedaron con Noah en casa de Erin y organizaron el funeral. También corrieron con todos los gastos. La última voluntad de Erin estipulaba que la incineraran y que, después, hubiera una pequeña fiesta para recordarla de un modo alegre. A nadie se le ocurriría que una mujer de treinta y cinco años tuviera todo tan bien pensado, pero Erin tenía un niño pequeño, estaba distanciada de su familia y era abogada, y había dejado bien atado su testamento y su última voluntad. Ellas cuatro habían estado muy unidas desde la universidad, se habían mantenido en contacto y se habían visto regularmente, aunque tres de ellas vivieran en Minneapolis y Erin se hubiera ido a vivir a Madison después de terminar los estudios.

Fue una situación complicada y desagradable. Erin y su madre llevaban años sin hablarse. El motivo era un hermanastro cinco años menor que Erin, que había sido un delincuente desde muy joven. Erin decía que era un maltratador, pero que su madre siempre se había puesto de su parte, incluso cuando veía lo horriblemente mal que la trataba a ella. Poco tiempo después de que Erin y ella se conocieran, su hermanastro le había dado una paliza y habían tenido que llamar a la policía. Erin no había sufrido heridas de mucha gravedad, y su madre le había rogado que dijera que no había sucedido nada, que solo se había caído, para que no detuvieran a Roger. En ese momento, él solo tenía quince años y ya se había metido en muchos problemas. Erin se negó y, desde ese momento, madre e hija dejaron de hablarse. Su comunicación, desde ese momento, fue muy puntual y nunca afectuosa.

De hecho, una de las cosas que Erin y ella tenían en común era la difícil relación con sus madres. Había sido una de las cosas que las había unido durante los estudios y más tarde. La madre de Hannah había muerto hacía un par de años, pero la madre de Erin estaba viva y seguía protegiendo a su hijo y pidiéndole a Erin que lo ayudara. Al final, Erin había aceptado un puesto de trabajo en Madison, a los veintiséis años, para poner distancia entre su familia y ella.

A pesar de la difícil relación con su madre, Erin había sido una

mujer maravillosa, cariñosa, feliz, y tenía muchos amigos en Madison. Aunque avisaron a la madre de la muerte de su hija, ningún miembro de la familia acudió a la celebración de despedida. Sin embargo, el lugar estaba lleno de gente que no salía de su estupor, llenos de dolor, porque Erin siempre había sido una persona sana, llena de vitalidad, activa y positiva. En aquel momento no había ningún hombre en su vida, pero aparecieron un par de exnovios para presentar sus respetos y para ver a Noah, aunque ninguno de los dos fuera su padre.

Y eso fue, precisamente, lo más complicado. En su testamento, Erin dejaba bien claro que Noah no debía quedar bajo la tutela de su madre ni de su hermano. Temía que Roger lo maltratara. Y, aludiendo a una vieja promesa, Erin estipulaba que la tutela de Noah debía ejercerla Hannah. Ella, que se preguntaba si iba a casarse algún día, que ni siquiera sabía si quería y que estaba haciéndose a la idea de que no iba a tener hijos. Ella, que había cancelado ya dos bodas.

Sharon y Kate aparecían mencionadas en el testamento como sustitutas, pero las dos estaban casadas. Sharon iba a tener su segundo hijo y Kate tenía dos hijos y tres hijastros. Las dos eran enfermeras; una estaba casada con un profesor y, la otra, con un mecánico de aviación. Y Erin había dejado claro que quería que fuera Hannah.

–No tengo ni idea de cómo criar a un hijo –dijo Hannah.

–Nosotras tampoco sabíamos –dijo Kate–. Entiendo tu situación. Heredé tres hijastros que me odiaron a primera vista. Por lo menos, a ti Noah te quiere.

–Siempre hemos vivido en ciudades diferentes. No hemos pasado tanto tiempo juntos. Él nos conoce porque éramos amigas de su madre.

Cuando las cuatro mujeres conseguían reunirse, intentaban dejar a los niños en casa. Habían pasado algunas vacaciones juntas con niños incluidos, pero, como ella no tenía hijos que jugaran con Noah, le daba la sensación de que no habían formado un verdadero vínculo. Y Noah tenía un par de problemas de salud que ella no conocía en profundidad porque, aunque prestaba atención a todo lo que le contaba Erin, no se había enfrentado a su enfermedad en el día a día. Tenía un caso leve de parálisis cerebral que le causaba debilidad en las piernas y, por ese motivo, tenía que llevar ortesis en las piernas y utilizar muletas. Pasaba mucho tiempo haciendo terapia física. Afortunadamente, por lo demás estaba completamente sano y ella sabía que había muchas posibilidades de que Noah alcanzara la movilidad completa con los cuidados adecuados. Sin embargo, ella no era enfermera, como sus amigas, ni era madre.

–Pero, cuando ella te lo pidió, le dijiste que sí –le recordó Sharon.

–¡La primera vez que salió este tema estábamos en la universidad! –exclamó Hannah–. Estábamos hablando de nuestras madres, que son

unas madres horribles. Ella me dijo que, si tenía hijos y a su marido y a ella les ocurría algo, me quedara yo con sus niños. Y me prometió que ella haría lo mismo por mí. Y, hace cinco años, cuando decidió tener a un hijo soltera, volvió a pedírmelo. Hace cinco años, cuando yo tenía treinta y creía que iba a casarme y a tener hijos. No pensaba que fuera a suceder nada de esto, ni que yo estuviera sola a los treinta y cinco. Oh, Dios, quiero a Noah, pero ¿y si le fallo?

En aquel momento, recordó que Erin le había dicho lo mismo cuando estaba embarazada, pero que, después, había sido la mejor madre del mundo para Noah.

–Algunas veces, es más fácil tratar esos problemas físicos y de salud que los problemas emocionales –dijo Kate–. Mis hijos están sanos físicamente, pero tienen una crisis emocional tras otra. Por lo menos, Erin y Noah tenían un plan, y él estaba recibiendo tratamiento. La última vez que hablamos, Erin me dijo que estaba mejorando día a día y que confiaba en que Noah iba a ser una persona fuerte y a valerse por sí mismo en todos los sentidos.

–Y está sufriendo por la pérdida de su madre –dijo Hannah–. ¿Y si le fallo en eso?

–Todos corremos ese riesgo –respondió Kate–. Te ayudaremos todo lo que podamos. Creo que Erin estaba apoyándose en todas nosotras.

Al final, las tres se quedaron con Noah una semana, prepararon una reunión de despedida muy bonita, hicieron las maletas del niño y cerraron la casa de Erin para que un agente inmobiliario se encargara de venderla. Enterrar a su madre y separarse de su adorada niñera, Linda, y de sus niños, fue muy difícil para él, pero Hannah le prometió que iban a visitarlos. Hannah, junto a Sharon y Kate, fue a las reuniones con los médicos y fisioterapeutas de Noah, recogió sus medicinas y su historial médico y volvió a Minneapolis. Había una cantidad de dinero y un seguro, pero se tardaría un poco en arreglar aquellos asuntos. Sin embargo, Noah tenía un buen seguro médico, gracias a la diligencia de Erin, y los médicos y terapeutas del niño le habían dado una lista de buenos doctores a los que podía acudir en Madison.

Lo malo fue que tardó más de media hora en ponerle las ortesis en las piernas la primera vez. Noah tuvo que ayudarla.

De inmediato, Hannah pidió unos meses libres por asuntos familiares. También pensó en cancelar el alquiler de la casa de Colorado. Estaban ya en abril, y quería matricular a Noah en el colegio para otoño, de modo que pudieran tener aquellos cinco meses para conocerse antes de que él empezara su vida con un colegio nuevo. Además, tenía que encontrar una niñera de confianza, organizarlo todo para sus viajes de trabajo, concertar citas con sus médicos…

Y, entonces, Noah dijo aquellas palabras que le rompieron el corazón.

–Hannah, ¿mi madre es feliz?

Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desmoronarse.

–Está en un lugar seguro, feliz, viviendo la vida de un ángel entre otros ángeles que ríen y cantan y nos cuidan. Es feliz, y siempre está cerca. Vive en nuestro corazón, porque, cuando nos acordamos de ella, sabemos que está cerca de nosotros. Nos quiere y la queremos. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dijo él–. Pero para mí sería mejor que estuviera aquí.

–Ya lo sé, cariño, ya lo sé –dijo Hannah, y lo abrazó con fuerza–. ¿Sabes una cosa? A la mierda la responsabilidad y el trabajo. Nos vamos a ir de vacaciones. He alquilado una cabaña muy grande, una casa preciosa al lado de un lado en las Montañas Rocosas. Hay muchos alces. Muchísimos. ¿Qué te parece? ¿Nos vamos de vacaciones antes de hacer todo lo que tenemos que hacer? Necesitamos pasar tiempo juntos, tú y yo.

–De acuerdo, pero, Hannah, ¿no se supone que «mierda» es una de esas palabras que no debes decir?

–Probablemente. Tengo que enterarme bien.

Capítulo 2

Pon los pies en el lugar que debes y, después,
mantente firme.
Abraham Lincoln

Para hacer la mudanza de todas las cosas de Noah a Minneapolis, hizo falta mucha planificación y organización. Todos sus juguetes y su ropa fueron trasladados a casa de Hannah, en Madison, y ella también se quedó con algunas cosas de Erin, una vajilla para el día a día, unos cuantos libros, un par de jerséis abrigados, algunas colchas y sábanas y, sobre todo, con su diario. Había pocas anotaciones y estaban muy espaciadas, pero, algún día, se las leería a Noah. Tenían que ir a ver a los médicos nuevos y al fisioterapeuta, que le dio un folleto con todos los ejercicios que podían hacer en casa para fortalecer los músculos de Noah. Durante ese tiempo, pasaron varios fines a semana con Sharon y Kate y sus familias, para ayudar a Noah a integrarse y adquirir un sentimiento de pertenencia y para mitigar su soledad. Los niños de Sharon y Kate fueron maravillosos con él.

Algunas noches fueron duras. La primera vez que Hannah lo oyó llorar, fue a su habitación, lo tomó en brazos y se lo llevó a su cama. Se acurrucaron para dormir. Sin embargo, Noah casi no podía caminar sin las ortesis y las muletas, así que, si quería levantarse por la noche, Hannah tenía que llevarlo en brazos. Algunas veces, lloraban juntos y, otras, se reían y hablaban de Erin.

No había nada mejor que la compañía de aquel niño para olvidarse de Wyatt y del fracaso de su relación. Hacía solo unos días, pensaba que no iba a poder vivir sin él.

Estaba agotada, tanto física como emocionalmente, y tenía que preocuparse de muchas cosas que no podía controlar, pero también se sentía feliz porque iba a tener unas verdaderas vacaciones. Pensaba que iba a ir sola a aquella espléndida cabaña para superar su ruptura con Wyatt, pero, ahora, Noah y ella se tenían el uno al otro. Podrían explorar, leer, ver películas, ir a pescar y conocerse mejor.

Entonces, sonó el teléfono. El agente inmobiliario que le había alquilado la casa llamaba para decirle que el propietario de la casa iba

a estar alojado en el estudio que había en la finca, puesto que le habían cancelado un viaje de trabajo. El agente le ofreció buscarle otra casa de alquiler, si eso no era aceptable para ella.

–¿Va a estar allí? –preguntó Hannah.

–Sí, ya ha pasado un par de veces más. Tiene una casa de invitados muy espaciosa, con un estudio para trabajar, y dice que no tiene ningún problema en alquilarle la casa a usted. No se acercará a la casa mientras esté alquilada, por supuesto. No será ningún estorbo. Por otro lado, si usted tiene algún problema, sí puede ir a llamar a su puerta. Pero eso, solo si quiere hacerlo, claro.

–Me sentiría incómoda estando en su casa –dijo Hannah.

–Oh, señora Russell, va a pagar mucho dinero por el alquiler de esa joya. Al propietario no le importará, pero usted es quien tiene la última palabra. Yo puedo encontrarle otra residencia o, si lo desea, devolverle el dinero.

–Tengo un hijo de cinco años –dijo Hannah. Era la primera vez que lo decía de ese modo–. ¿Puede garantizarme que es una persona de fiar?

–Por supuesto que sí. Owen Abrams es un hombre estupendo. Es bien conocido en la zona del lago y en el pueblo. Si le preocupa esto, recuerde que puede llamarme a cualquier hora de la noche o del día, pero no creo que tenga ni el más mínimo problema. De hecho, si tiene algún problema, es mejor que él esté en la finca. Owen es muy hospitalario.

–Owen –repitió ella.

Sí, aquel era el nombre que había mencionado Helen. Se imaginó a una persona mayor, tal vez, de la edad de Sully y Helen. Tal vez Owen tuviera una actitud de abuelo con Noah, lo cual sería de agradecer, porque el niño no había conocido a ninguno de sus abuelos. La madre de Erin nunca había estado con él; Hannah no estaba segura de que Noah supiera de su existencia. Y, al pensar en que podía volver a ver a Sully y a Helen, terminó de decidirse.

–¿Voy a ir al colegio desde tu casa? –le preguntó Noah.

–Sí, claro, pero antes tenemos que pasar todo el verano y tenemos que hacer muchas cosas y ver muchas cosas –respondió Hannah.

–¿Y no vale que no hagamos nada? –preguntó él.

Seguramente, así era como sonaba una depresión en un niño de cinco años, pensó Hannah.

–Vamos a hacer muchísimas cosas –dijo ella. Sabía que el aire fresco y el sol y el lago iban a ser muy buenos para los dos–. En primer lugar, vamos a meter tu ropa en la maleta. Después, ya pensaremos juguetes llevamos. En la casa hay varias televisiones, pero no vamos a estar

todo el rato viendo la tele. Y hay wifi, pero no hay ordenador, así que también nos vamos a llevar mi ordenador portátil y la tableta. Cuando lleguemos, tendremos que comprar cosas para ir a pescar. ¡Y vamos a tener que comprarnos un traje de baño antes de ir! Supongo que además, me toca aprender a poner un gusano en el anzuelo –añadió, y puso cara de horror mientras se estremecía.

Noah se echó a reír.

Así que ese era el truco: si hacía un poco el tonto, él se reía.

Hannah suspiró. Iba a ser un verano muy largo.

Metieron todo el equipaje en el maletero y se pusieron en camino. Si ella hubiera ido sola, o con una amiga, habrían hecho el viaje rápidamente, en un día o un día y medio, pero, con un niño de cinco años, hubo muchas paradas. Si hubiera ido ella sola, habría llevado la radio a todo volumen, pero, con Noah, mantuvo el volumen bajo y puso un audio libro o un *podcast*. Noah se puso los auriculares y vio un par de películas. Comieron helado en el coche.

–Mi mamá no me dejaba comer en el coche –dijo él.

–Estamos de vacaciones –dijo ella, con una gran sonrisa.

Sharon llamó, y Hannah respondió diciendo:

–Estás en el manos libres.

–¿Cómo va el viaje? ¿Noah?

–Bien. Hemos comido helado en el coche.

–¡Estupendo! ¿Y estás viendo algo interesante?

–No. Solo maíz. Hay muchos campos de maíz.

Al final del primer día de viaje, Noah dijo:

–Hannah, ¿puedes contarme cosas de mi madre?

–¿Qué cosas, cariño?

–No sé. Cosas normales. Cómo era. Para que no se me olviden las cosas normales, ¿sabes?

Sí, lo sabía. A lo mejor Noah no sabía expresarlo, pero quería que le recordaran a su madre.

–Ummm… –murmuró Hannah, y comenzó a enumerar detalles–. Siempre olía muy bien. Un poco a flores, a jabón y a alguna crema hidratante. Su color favorito era el morado. ¡En tu casa había muchas cosas moradas! Era zurda. ¿Te acuerdas de eso? Algunas veces, cuando estaba cortando la comida para hacer la cena, parecía que se iba a cortar los dedos. Comía los tomates como si fueran manzanas, con un poco de sal, a mordisquitos. Me acuerdo de que una vez decidió tejer un jersey –prosiguió, riéndose–. ¡Oh, Dios, eso fue muy gracioso! Se hizo un lío terrible con los puntos, pero se empeñó en terminarlo y le salió una manga seis centímetros más larga que la otra –explicó, con una risita, y Noah también se rio–. Ahora que lo pienso, tenía bastantes manualidades a medio terminar por casa. Un par de cojines de *petit point*, una alfombra a medias, un montón de retales de

tela para hacer una colcha… Le gustaba leer y hablar por teléfono, y siempre tenía el ordenador portátil encima de la mesa de centro. Y le gustaban mucho las cosas de chicas, los volantes, el encaje, las flores y las barras de labios. Siempre iba a hacerse la manicura…

–Sí, porque decía que la gente del trabajo se fijaba en sus manos porque estaba en un escritorio, moviendo papeles… –dijo Noah.

–Exacto, porque trabajaba en una oficina, y hacía gestos con las manos mientras hablaba.

–Tenía un remolino –dijo él–. Delante. Yo tengo un remolino por detrás –añadió, señalándose la coronilla.

–No lo sabía –dijo Hannah.

–¿Y sabías lo del tatuaje?

–Sí, eso sí –dijo ella, y se rio de nuevo–. Me pareció que era una locura.

–Iba a hacerse otro –le dijo Noah–. Uno que pudieras ver sin que se quitara las bragas. Era para mí.

–Increíble –dijo Hannah–. Saber que quería hacérselo es casi tan bueno como si se lo hubiera hecho.

–Casi –dijo él, en voz baja.

–Leía muchísimo, hasta muy tarde, por la noche. No veía demasiado la televisión. Si el libro era bueno, aprovechaba para leer hasta cuando tenía que parar en un semáforo en rojo. Me contaba cosas de todos los libros que se leía, y me decía que no podía dormir hasta que leía una página más, y otra, y otra… Yo también hago eso. ¿A ti te gusta leer?

Por el espejo retrovisor, Hannah vio que Noah se encogía de hombros.

–Mi madre me leía libros.

–Nosotros también vamos a leer cosas este verano, ¿de acuerdo? Vamos a encontrar unos libros increíbles de aventuras y cosas de esas, y los leeremos juntos. Podemos ir a la biblioteca más cercana. A lo mejor te aficionas. Pero, por ahora, busca un McDonald's. Me apetecen patatas fritas.

–Sí, a mí, también –dijo él.

Y Hannah empezó a rezar en silencio.

«Oh, Dios, por favor, ayúdame con esto. No soy lo bastante buena para este niño, por lo menos, por ahora. Él se merece algo mejor».

El primer día de trayecto fue muy largo. El segundo, se levantaron temprano, desayunaron bien y se pusieron en camino. Noah se pasó la mayor parte del tiempo con los auriculares puestos, viendo películas o durmiendo, y no pararon tantas veces como el día anterior. Cuando ya

solo faltaba una hora para llegar a la casa, Hannah paró en un supermercado.

–Ya casi hemos llegado, Noah –le dijo–. Tenemos que hacer la compra, y necesito que me ayudes porque no estoy segura de cuáles son tus comidas favoritas.

–De acuerdo –dijo él, y se desabrochó el cinturón de seguridad.

Ella rodeó el coche para ayudarle a bajar, pero él le apartó las manos y consiguió salir solo. Aunque fuera lento y tuviera rigidez en las piernas, pero tenía seguridad en sí mismo y era autosuficiente. Después de hacer la compra, se dirigieron hacia la casa.

–Espero que te guste este sitio –le dijo Hannah, mientras volvía a ponerle el cinturón de seguridad–. Es precioso. En la cabaña hay muchos libros, y tenemos Netflix. A lo mejor podemos ver una película esta noche.

–De acuerdo –dijo Noah.

–¿Estás cansado, nene?

–Sí –dijo él–. Ojalá pudiera venir mamá.

–Sí, ojalá –dijo Hannah–. Pero creo que nos vamos a divertir. Al otro lado del lago hay un *camping*, y conozco a la gente que lo lleva. Vamos a ir a verlos. A lo mejor allí hay más niños con sus padres, y puedes hacer amigos.

–A lo mejor –dijo él–. Normalmente, estaba con los hijos de Linda o con los profesores, porque…

Noah se quedó callado y se encogió de hombros.

–¿Por qué?

–Porque no soy muy rápido.

–Cada día estás más fuerte. Vamos a trabajar en eso, Noah. Tu madre dijo que no ibas a llevar las ortesis toda la vida, que tu dificultad es muy pequeña y que antes de que te des cuenta estarás caminando sin las férulas.

–Bueno –dijo él.

–Ahora, vamos a la casa y vamos a planear todas nuestras aventuras –dijo ella.

Poco después, llegaron al claro donde estaba la cabaña, y ella observó cómo reaccionaba Noah al verla.

–¡Vaya! –exclamó el niño–. ¡Es como un castillo! ¡Hecho de troncos!

–¿A que es bonita? –le preguntó ella.

Al ver cuánto le había gustado la casa a Noah, se había entusiasmado. La cabaña estaba ante ellos, en lo alto de una colina, sobre un lago azul y cristalino. Tenían un embarcadero a su disposición. Había un pequeño establo a un lado, y ella supuso que era el estudio donde se estaba alojando el dueño de la finca.

–¡Pues espera a ver el interior! –le dijo a Noah.

–¡Y mira el lago! –exclamó él–. ¿Hay caballos en ese establo?

–No, creo que no –dijo ella–. Allí es donde trabaja el dueño.

Sin embargo, en aquel momento, hubiera dado toda su jubilación a cambio de unos caballos para Noah.

Cuando rodeó el coche para ayudarle a bajar, de nuevo, él le apartó las manos. Estaba muy contento y emocionado. Justo cuando estaba saliendo, apareció un perro de color marrón, enorme. Tenía las orejas levantadas, en pico, las piernas muy delgadas y la cabeza cuadrada. De su boca salía una lengua de color rosa.

–¡Vaya! –exclamo Noah, agarrándose a Hannah para no caerse–. ¡Eh, qué bonito! –añadió, justo cuando el gran danés le ponía la nariz húmeda en la cara–. ¡Eres más grande que yo!

Alguien silbó y dio un grito.

–¡Romeo!

El perro se echó hacia atrás, como si estuviera avergonzado.

–Hola. ¿Es usted la señora Russell? –preguntó un hombre muy alto–. Yo soy Owen Abrams.

–Ah, hola –dijo ella–. No sabía que iba a verlo hoy.

–¿Qué perro es este? –preguntó Noah.

–Se llama Romeo. Es un gran danés –dijo Owen–. Es muy bueno y amistoso, pero hay que tener cuidado, porque es un poco torpe y puede provocar una catástrofe. Le encantan los niños y, algunas veces, se pasa de cariñoso –explicó.

Justo en aquel momento, Romeo le dio un lametazo en la cara a Noah. Noah se echó a reír e, inmediatamente, abrazó a Romeo por el cuello.

–¿Y cómo te llamas tú? –le preguntó Owen.

–Soy Noah –dijo el niño, colgado de Romeo–. Yo nunca he tenido perro.

–Es muy buen perro –dijo Owen–. Es adoptado. Tiene seis años, y lleva cinco conmigo. Bueno –añadió, mirando a Hannah–, permítame que la ayude a subir sus cosas a la cabaña y, después, los dejaré tranquilos todas las vacaciones.

–¿Vive usted en ese establo? –le preguntó Noah.

–Sí, es muy agradable, y allí tengo todo lo que necesito. Me encanta la casa, pero, algunas veces, es excesivamente grande para mí.

Sacó un par de bolsas de la compra del maletero.

–Ven, Noah, tú quédate en el porche mientras lo descargamos todo –le dijo Hannah–. Si a Owen le parece bien, puedes llamar a Romeo para que esté contigo –añadió, y le entregó las muletas.

Hannah miró hacia atrás, por encima de su hombro, y vio que Owen se había quedado inmóvil observando a Noah mientras el niño caminaba, con las piernas rígidas, hacia los escalones del porche. Le sonrió.

–Me parece bien –dijo Owen–, y seguro que a Romeo le encanta.

Hannah dejó a Noah sentado en una de las butacas y llamó al perro. Romeo subió lentamente, se acercó a Noah y se sentó educadamente a su lado. Aceptó con paciencia las caricias del niño.

Hannah giró el pomo de la puerta de la casa, que estaba abierta; probablemente, porque Owen estaba en la finca. Le habían dicho que la llave estaba debajo del felpudo. Después, fue hacia el coche para descargar las maletas y las bolsas de la compra.

Hicieron falta unos cuantos viajes, incluso con la ayuda de Owen, para meter todas las maletas y las bolsas en la cabaña.

–Gracias por ayudarnos, Owen. ¿Puedo llamarte Owen, o prefieres que no nos tuteemos?

–Owen está muy bien.

–Y yo soy Hannah. Te agradezco tu ayuda y que nos permitas quedarnos en tu preciosa. Casa. Es justo lo que dijo el médico.

–¿Te importa que te pregunte por lo que le ocurre a tu hijo?

–No es mi hijo –respondió ella, susurrando–. Todavía, no. Es el hijo de mi mejor amiga, que murió hace pocas semanas. Ha sido muy duro para Noah y para mí, y para nuestras otras amigas. Murió de repente, de neumonía. Y, en cuanto a Noah, tiene una ligera parálisis cerebral, pero, con los cuidados médicos y con terapia física, va a superar todos los problemas derivados de la enfermedad. Cada año está más fuerte. Es un niño fantástico. En este momento, estamos sufriendo por la pérdida de su madre.

–Lo siento mucho –dijo él–. ¿Puedo hacer algo más para ayudaros a que os instaléis?

Hannah sonrió.

–¿Podemos quedarnos al perro un par de semanas? La sonrisa más grande que le he visto a Noah desde hace semanas ha sido al conocer a Romeo.

–Voy a estar aquí –dijo Owen–. Y Romeo, también. Pero, por favor, tened cuidado, porque es…

–Sí, ya lo sé. Un poco torpe.

Owen se echó el pelo hacia atrás y sonrió con timidez. Era tan alto, que Hannah estaba mirándole el pecho.

–Entiendo el problema del pobre Romeo. Yo también soy un poco torpe –dijo él.

Uno de los problemas de tener un trauma del pasado era la obsesión. Owen se pasó horas delante del ordenador mientras Hannah y Noah se instalaban en la casa. Lanzó búsquedas en Internet para comprobar el carnet de conducir y el nombre de su inquilina y, aunque no sabía cuál era el apellido de Noah, pronto lo encontró. A

Erin Waters, de Madison, la habían sobrevivido su hijo, Noah, su madre, Victoria Addison, su hermanastro, Roger Addison, muchos amigos… El nombre de Hannah y el de Noah aparecían en la esquela. Hannah también aparecía en Linkedin, relacionada con el trabajo y los negocios. A pesar de que no encontró ninguna noticia sobre el hecho de que ella hubiera heredado la custodia de un niño pequeño, el resto de la información disipó su inquietud y le convenció de que no se estaba enfrentando a un secuestro.

Vigilaría la situación de cerca. Tenía a un buen agente encubierto, Romeo. Si alguien podía conseguir que un niño hablara, ese era un gran danés.

Después, estuvo leyendo artículos sobre la parálisis cerebral y lo que parecía ser una diplejía, sobre fisioterapia y sobre el pronóstico. Era bastante esperanzador.

Cuando quiso darse cuenta, Romeo estaba quejándose para que lo dejara salir, antes de que amaneciera. Lo retuvo el mayor tiempo posible y, cuando abrió la puerta, Romeo salió corriendo y ladrando al césped y persiguió a un par de ciervas. Cuando volvió, un momento después, parecía que estaba sonriendo.

–Eso ha sido una grosería, Romeo –le dijo Owen–. Eran chicas, para empezar. Y no te estaban molestando.

–Y parecía que una de ellas estaba preñada –dijo alguien, desde la cabaña.

Hannah estaba sentada en el porche, con una taza de café posada en el brazo de una de las butacas. Él se acercó.

–Pero ha sido muy rápida, ¿no?

–Bueno, tenía que poner pies en polvorosa –dijo ella–. ¿Te apetece un café?

–¿Lo tienes preparado?

–Llevo un rato levantada. ¿Cómo lo tomas?

–Solo y sin azúcar. Gracias. Eres muy buena vecina. Sobre todo, teniendo en cuenta que no te esperabas que yo estuviera aquí.

–Ese perro me va a salvar la vida –dijo ella. Romeo subió al porche y le dio un empujoncito con el morro–. Sí, eres muy guapo –le dijo Hannah. Después, entró en la cabaña a buscar la taza de café.

–¿Noah está durmiendo todavía? –le preguntó Owen, cuando ella le dio la taza.

–Se ha despertado varias veces por la noche, y ahora ha vuelto a quedarse dormido. Algunas veces tiene espasmos musculares o contracturas que le duelen. Le ayudan un poco los masajes –explicó Hannah, y le dio un sorbito a su café–. Bueno, le ayudaban más los masajes de su madre, pero ahora tiene que conformarse conmigo.

–Debe de ser un cambio duro. Para los dos.

–Tardará en acostumbrarse, pero es un niño muy valiente y con un

carácter maravilloso. Si yo hubiera tenido una noche tan inquieta, me habría despertado de muy mal humor, como un oso.

Owen sonrió.

–¿Has estado casada alguna vez? –le preguntó–. Bueno, perdona, es una pregunta personal. Te pido disculpas.

–No pasa nada. No, solo he estado comprometida dos veces. Pero me alegro de haber descubierto que era mala idea casarse. ¿Y tú?

–Yo, sí. Me divorcié hace diez años, pero me llevo bien con mi exmujer, aunque ella volvió a casarse.

–Debe de ser una situación un poco incómoda…

–No, no pasa nada. No queríamos las mismas cosas, pero ella es muy buena persona, y muy buena amiga. No nos vemos mucho, pero me llama de vez en cuando para preguntarme qué tal estoy y dónde he estado últimamente. Yo también la llamo, aunque con menos frecuencia. No soy tan sociable como ella. Se casó con un hombre a quien le encanta socializar y estar con gente, y yo vivo en un lago en las montañas y viajo solo.

–No me parece que seas tan poco sociable –dijo Hannah–. Te has sentado aquí en el porche, conmigo, y ni siquiera son las siete de la mañana. Y, aunque no haya sido tu intención venir, yo estoy muy contenta de tener compañía.

–Si alguna vez necesitas espacio, solo tienes que decirlo –respondió él.

–Sí, no te preocupes. No tendría reparos. Pero, sinceramente, tal y como está la situación en este momento, tener cerca a otra persona adulta con la que poder hablar… me da fuerzas. Hoy, un poco más tarde, voy a ir a saludar al *camping*. Cuando estuve aquí la otra vez, al marcharme, pasé por allí y paré a comprar un café, y conocí al dueño y a su mujer. Muy agradables.

–Helen y Sully son pareja, pero no están casados. Son estupendos. Anoche dijiste algo de vuestras amigas, tus amigas y las de la madre de Noah… No sé si te entendí bien.

–Las cuatro fuimos juntas a la universidad. Erin, la madre de Noah, Sharon, Kate y yo. Nos conocimos el primer año y, desde entonces, somos amigas. En realidad, las cuatro éramos de los estudiantes pobres, no podíamos permitirnos el lujo de vivir en el campus ni de apuntarnos a las hermandades. Las cuatro teníamos que trabajar y pagar los créditos de estudios. El segundo año conseguimos alquilar un piso destartalado cerca del campus porque ninguna de las cuatro soportaba seguir viviendo en su casa. Nos ayudamos las unas a las otras con los estudios, a encontrar trabajo, en las relaciones con nuestros novios… Nos convertimos en psicólogas y en confidentes de las demás y creo que, sin esa amistad, no habríamos conseguido

licenciarnos. Sharon y Kate están casadas ahora, con hijos. Erin no se casó, y yo he cancelado dos bodas. No tengo pensado organizar una tercera.

–Pero… ¿y Noah?

–No hubo ningún hombre de por medio –respondió Hannah, y dio el tema por zanjado. Sin embargo, Owen era obcecado.

–¿Y no ha tenido nunca influencia masculina? ¿Ni un abuelo, ni un tío?

–Erin tenía muchos buenos amigos y, si la hubieras conocido, no te habrías sorprendido al ver a dos de sus exnovios en su funeral. Era amiga de sus compañeros de trabajo, de sus vecinos… Era muy activa en su comunidad. Formaba parte de la Fundación para la Parálisis Cerebral y de otros dos grupos de apoyo. Noah siempre ha tenido la misma niñera, que tiene un marido encantador y varios niños. Para él, despedirse de Linda y de su familia ha sido casi tan duro como despedirse de su madre. Pero, por lo menos, a ellos podemos verlos por Skype…

Antes de seguir hablando, Hannah miró hacia atrás, por si acaso Noah se había despertado. Después, bajó la voz.

–Noah no tiene abuelos, y su tío es una mala persona. Erin fue muy clara en su testamento: no quería que su hermanastro tuviera nada que ver en la vida de Noah. Y Erin y su madre llevaban distanciadas muchos años. Eso es lo único que puedo contarte al respecto.

–No quería ser cotilla –dijo él, con incomodidad.

Ella sonrió con picardía.

–Bueno, no me gustaría que pensaras que lo he secuestrado.

–Estoy seguro de que no lo has hecho –respondió él, y sonrió. Claramente, Hannah sabía que había estado investigando en Internet.

–Me alegro –dijo ella.

Hubo algo de ruido dentro de la casa, y Noah se acercó con dificultad a la puerta, apoyándose en las muletas.

–Buenos días, precioso –le dijo Hannah, mientras se levantaba de la silla–. Me alegro de ver que estás usando solo las muletas. ¿Te sientes hoy con más fuerzas? –le preguntó, y miró a Owen–. Las ortesis le dan más independencia y libertad, pero las muletas le ayudan con el equilibrio. Cada vez tiene más fuerza muscular en las piernas, pero es un poco agotador.

Noah la ignoró por completo. Fue directamente a ver a Romeo, que se incorporó, se sentó y le dio un lametazo para desearle buenos días.

–Si te hubieras levantado un poco antes, habrías visto a Romeo persiguiendo a un par de ciervas –le dijo Hannah.

–Ha sido un maleducado –dijo Owen–. Las señoritas solo estaban pastando y no molestaban a nadie.

–¿Y cómo sabéis que eran chicas? –preguntó Noah–. ¿Las habéis

mirado por debajo?

Owen se echó a reír.

–No es necesario. Los machos tienen cuernos, y las hembras, no. Pasa lo mismo con los alces. Los chicos tienen cornamentas y las usan para luchar unos con otros. O para defenderse. Vas a aprender mucho estas vacaciones, ¿verdad?

–Supongo que sí –dijo Noah, sin dejar de acariciar a Romeo. Entonces, Romeo se tendió boca arriba para darle acceso a su panza–. ¿Qué vas a hacer hoy? –le preguntó a Owen.

–Creo que voy a dar un paseo con Romeo y, después, tengo que trabajar en mi estudio. ¿Te gusta pescar?

–Solo he pescado una vez –dijo Noah.

–Si no tienes nada que hacer más tarde, podemos ir al embarcadero. Y, a propósito del embarcadero, siempre tienes que ir acompañado por Hannah o por mí. El agua tiene mucha profundidad y, si te cayeras con las férulas puestas, te hundirías. Sería una buena precaución que te pusieras un chaleco salvavidas, pero a lo mejor ni siquiera sería suficiente. No puedes nadar con las piernas si llevas las férulas. Tienes que estar con un adulto que sepa nadar. Noah, ¿lo has entendido?

–Sí –dijo Noah, mientras le rascaba la tripa a Romeo.

–¿Qué es lo que he dicho? –insistió Owen.

–Que no puedo ir al embarcadero sin Hannah o sin ti porque puedo caerme al agua y ahogarme.

–De acuerdo –dijo Owen.

–¿Te apetece desayunar, nene? –le preguntó Hannah.

–¿Romeo también puede desayunar?

–Él solo come comida para perros –dijo Owen–. Tengo su pienso en el estudio. Pero no me parece que tenga mucha hambre.

–Voy a hacer huevos revueltos –dijo Hannah–. ¿Quieres desayunar con nosotros, Owen? En tu casa –añadió, riéndose.

–Bueno, no es mi casa hasta dentro de dos semanas. No quisiera entrometerme. Pero, sí, de acuerdo, puedo desayunar con vosotros. Y, después, cada uno empezará su jornada.

Capítulo 3

Lo que queda detrás de nosotros y lo que tenemos por delante son cosas insignificantes comparadas con lo que está en nuestro interior.
Ralph Waldo Emerson

Noah no demostró demasiado interés en ir al *camping*, hasta que llegaron. A Hannah se le había olvidado por completo Beau, el labrador dorado de Sully.

–Vaya, ¿qué tal estás? –le preguntó Sully, al verla–. Ya me había enterado de que habías vuelto, sin grupo de trabajo, esta vez. Me alegro de volver a verte.

–Yo, también, Sully. Mira, te presento a Noah, mi ayudante. Ahora somos un equipo. Noah, este señor, el señor Sullivan, es el dueño del *camping* y de Beau, su perro.

Noah se puso a rascarle las orejas a Beau de inmediato.

–¿Aquí todo el mundo tiene perro?

–Casi –respondió Sully–. ¿Te gusta mi lago?

–¿El lago entero es suyo? –preguntó Noah.

–No, pero yo considero mía la parte que está en mis tierras, y puedo usarlo entero. ¿Te gustaría tirarle la pelota a Beau? ¿O quieres comer o beber algo? ¿O preferirías que te dejara en paz?

–¿Puedo tirar la pelota, por favor? –preguntó Noah.

–Por supuesto que sí –dijo Sully. Metió la mano bajo el mostrador de la caja registradora y sacó una pelota de tenis. En cuanto la vio, Beau empezó a dar saltitos–. Te aconsejo que se la lances lejos al jardín antes de bajar las escaleras del porche, porque, a veces, se vuelve loco de entusiasmo y tira a la gente al suelo.

–De acuerdo –dijo Noah.

Mientras Noah y Beau salían, hubo un silencio en el que resonaron los pesados zapatos ortopédicos del niño y las uñas de Beau contra el suelo. Después, se oyó gritar a Noah:

–¡Ve por ella!

–No sabía que tenías un hijo –dijo Sully.

–No es hijo mío –respondió Hannah–. Poco después de conocerte, mi mejor amiga murió. Se puso enferma y, por complicaciones, se nos fue en cuestión de días. Noah era su hijo. Hace muchos años, me pidió que yo fuera la tutora de su hijo si alguna vez a ella le ocurría algo, y yo le dije que sí, y le pedí lo mismo cuando yo tuviera hijos. Ninguna de las dos tenía familia adecuada para ello. Así que aquí estoy, unas semanas después. Noah me conoce de siempre, soy su tía Hannah, la mejor amiga de su madre, a quien veía varias veces al año. Yo me desperté una mañana y toda mi vida había cambiado.

–A Helen le ocurrió algo muy parecido –dijo él.

–¿De verdad?

–Sí. Ella es la tía Helen. Crio a su sobrina desde los cuatro años. Su sobrina es Leigh Shandon, la médica de urgencias del pueblo, así que, al final, todo salió bien. Le voy a decir que venga cuando haga un descanso. Ahora está escribiendo en el porche –dijo él. Sacó el teléfono móvil y le envió un mensaje.

–¿Quieres tomar algo fuera, para que podamos vigilar al niño y al perro?

–Buena idea –dijo Hannah.

Abrió la nevera de la tienda y sacó un refresco, y siguió a Sully. Ambos se sentaron en una de las mesas y observaron a Noah, que estaba lanzándole la pelota a Beau como si fuera un adiestrador. Cuando Beau se la llevaba, Noah le pedía que se sentara y, después, le tiraba la pelota de nuevo. Entonces, Beau iba corriendo por ella y se la llevaba a Noah, y Noah le recompensaba con abrazos y caricias.

–¿Por qué lleva la férula? –preguntó Sully.

Ella le explicó lo que le ocurría al niño y le dijo que el pronóstico era bueno.

–En este momento, lo más difícil para él es que está creciendo, y tiene muchas contracturas musculares que le causan dolor. Pero está cada vez más fuerte. Aunque el hecho de haber perdido a su madre puede retrasar su recuperación, porque ella era su mejor animadora.

Helen entró en la tienda desde la casa y se sentó con ellos en la mesa del porche. Estuvieron charlando un rato; ella escuchó la historia de Hannah y, después, contó la suya.

–Es todo muy parecido, salvo que, en mi caso, fue mi hermana la que murió. Se quedó embarazada a los dieciocho años y, después, cuando tenía veintidós, tuvo que hacerse una operación rutinaria que salió mal, y se nos fue. Desde ese momento, siempre estuvimos solas Leigh y yo. Fue la parte más difícil de mi vida, pero, también, la mejor. Agradezco todos y cada uno de esos días. Y a ti te pasará lo mismo, estoy segura.

–Es un regalo –dijo Hannah. Después, añadió, susurrando–: Tengo mucho miedo de estropearlo todo.

–Lo entiendo –dijo Helen–. Todos los padres dicen eso.

–Bueno, yo sí lo estropeé –dijo Sully–. Pero Maggie salió muy bien, a pesar de mí. ¿Quieres un sándwich, cariño?

–Oh, gracias, Sully –dijo Helen–. Sería muy agradable por tu parte. Hannah, ¿os apetece un sándwich a vosotros dos? Seguramente, ya es hora de almorzar.

–Vaya –dijo Hannah–. ¡Con vosotros me siento como si fuera de la familia y estuviera de visita!

–La gente de esta zona se convierte en familia –dijo Helen–. Así consiguió Sully que me enamorara de él. Me cortejó con la comida. Y con otras cosas.

Cuando Sully sacó un plato de sándwiches, Hannah llamó a Noah.

–¡Solo un poco más, Hannah! Por favor…

–Ven a comer algo –le dijo Sully–. Trae a Beau. Después del sándwich podéis seguir jugando. No puedo dejar que agotes a mi perro.

–De acuerdo –dijo el niño. Y, mientras volvían al porche, Beau iba saltando detrás de la pelota, y Noah se la dejó. Cuando subieron, dijo–: Creo que es mejor que Beau lleve la pelota. Yo no voy a hacer que se caiga.

Al llegar a casa de Owen, lo encontraron en el embarcadero, sentado en una tumbona de tela. Había colocado un par de cañas y estaba esperando a que picara algún pez. Noah se fue casi corriendo hacia el embarcadero, y Romeo salió a su encuentro moviendo la cola.

–Owen, ¿qué es eso? –le preguntó.

–Estoy pescando un poco. ¿Quieres probar?

–¿Puedo?

–Pues claro que sí. Yo te he invitado.

Noah estuvo pescando una hora antes de que cayera algo, y se rio con nerviosismo al ver cómo le ladraba Romeo al pez. Y, media hora después, se levantó para pedirle a Hannah algo de beber. Romeo se levantó también y, en su entusiasmo, empujó al niño y lo tiró al agua. Con la rapidez de un rayo, Owen agarró a Noah del cuello de la camiseta y lo sacó del lago.

Hannah, al oír el alboroto, acudió rápidamente. Sin embargo, vio a Noah, empapado, sentado en el embarcadero, riéndose tanto que casi resoplaba.

–Oh, Noah, ¿te has caído?

–Bueno, en realidad, me ha tirado algo como un caballo –dijo el niño, entre risitas.

–Te dije que es un poco torpe.

–Tienes que cambiarte rápidamente. No quiero que te enfríes.

–No me voy a enfriar. Además, solo he pescado un pez hasta ahora, y Owen lo ha tirado otra vez al agua.

–Tengo una idea –dijo Owen–. Son más de las cuatro. ¿Por qué no vais a poneros ropa seca y a peinaros y os invito a cenar fuera? Podemos ir al pueblo, a Shandon's. Tienen las mejores hamburguesas de todo Colorado y los helados más grandes que he visto en mi vida.

–Owen, no tienes por qué hacer eso –le dijo Hannah.

–¡Es lo menos que puedo hacer, después de que Romeo haya estado a punto de ahogar a mi compañero de pesca! Hacía mucho tiempo que nadie pescaba conmigo. ¿Qué te parece, Noah? ¿Te apetece salir a cenar?

–¿Podemos, Hannah?

–Si tú quieres, sí. Pero, por favor, vamos a la cabaña a ponerte ropa seca.

Noah fue chapoteando y riéndose todo el camino hasta la casa. Allí, Hannah le dio un baño caliente y le ayudó a ponerse la ropa. Al menos, le ayudó todo lo que él le permitió. Tuvo que secar sus zapatos con el secador, y murmuró:

–Lo primero que vamos a hacer es comprar otro par como este…

–Mi madre dijo que costaban un millón de dólares.

–Pues pediré un préstamo –dijo ella.

Al cabo de una hora, los dos estaban en el porche, esperando pacientemente. Owen salió a los pocos minutos y dijo:

–Veo que ya estáis listos. Hannah, ¿podemos ir en tu coche? Ya tiene la silla de Noah colocada.

Condujo él, con el asiento echado completamente hacia atrás. Aun así, Noah se echó a reír, porque veía que él tenía que encoger las piernas y seguía tocando el volante con las rodillas. Parecía que Noah no había salido nunca a cenar. Fue todo el camino parloteando. ¿Alguna vez entraba Romeo a su coche? ¿Iba Owen a tomar hamburguesa y helado? ¿Cuánto tiempo llevaba pescando? ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo allí? ¿Toda la vida?

Hannah suspiró y se rio en voz baja. Cuando llegaron al pub y leyeron la carta, ella dijo:

–Me parece que las hamburguesas son enormes. ¿Quieres una infantil, o compartes una conmigo? Porque yo no voy a poder comerme una entera, de todos modos.

Noah prefirió compartirla con ella y, al poco, su mesa estaba llena de deliciosa comida. Y no debería haberse sorprendido al ver que Owen conocía a mucha gente. Por allí, parecía que todo el mundo se conocía. Unos cuantos bomberos del pueblo se pararon a saludar, lo cual entusiasmó a Noah. Ellos lo invitaron a ir a conocer la estación de bomberos y a sentarse al volante del camión. El dueño del pub, Rob

Shandon, se presentó a Noah y a ella. Owen le explicó que eran sus inquilinos.

–Pero… ¿tú no estás normalmente fuera cuando alquilas la casa? –le preguntó Rob.

Owen le explicó que le habían cancelado un viaje de trabajo, pero que se alegraba, porque ahora tenía un compañero de pesca. Todos los que se detuvieron a decirle hola a Owen les fueron presentados a ellos dos.

Noah no había comido demasiada hamburguesa pero, enseguida, llegó el momento de los helados. Cuando se los llevaron a la mesa, el niño exhaló un gran suspiro, y Hannah y Owen se echaron a reír.

De vuelta a casa, cuando todavía no había anochecido, Noah iba dormitando en su silla.

–Parece que alguien ha tenido un gran día –dijo Hannah.

–¿Necesitas que lo lleve a casa en brazos?

–No, no. Cada vez tengo más músculos en los brazos.

–Yo voy a dejar a salir a Romeo para que se dé su vueltecita nocturna. Si no estás demasiado cansada, ¿quieres que nos sentemos un rato en el porche?

–No, yo no soy la que está cansada –dijo ella, mientras tomaba a Noah en brazos.

Entró con él en casa y lo llevó a su habitación. Al dejarlo sobre la cama, le quitó los zapatos y la férula e intentó sentarlo para quitarle la camiseta sacándosela por el cuello. Él apoyó la cabeza en su hombro y no ayudó lo más mínimo.

–Ayúdame, cariño. Vamos a quitarte solo los pantalones y te pongo unos del pijama, y puedes quedarte con la camiseta. Así no tendrás frío por la noche.

–Hannah –dijo él, con un hilillo de voz–. Sabía que íbamos a venir de vacaciones, pero no sabía que iba a gustarme.

–Pues acabamos de empezar, cariño –respondió ella, y le besó la frente–. Vamos, métete en la cama y te tapo. Te quiero, Noah.

–Yo también te quiero, mamá.

Hannah estuvo a punto de echarse a llorar. Noah empezó a roncar suavemente, al instante. Acababa de estar un momento con su madre y ella esperaba que lo recordase al día siguiente.

–Abrázalo fuerte, Erin –susurró.

Owen se apoyó en el respaldo de la silla y puso los pies en la barandilla del porche para admirar cómodamente la luna, que brillaba sobre el lago. Cuando salió Hannah, estaba un poco desaliñada. Él pensó que debería haberse empeñado en llevar a Noah a su habitación en brazos.

Ella se sentó. Tenía los ojos empañados.

–Oh, oh –dijo él–. Hay algo que no ha ido bien.

–Una de esas cosas que creo que pueden suceder a menudo. Noah ha dicho solo «Te quiero, mamá». Pobrecito mío. Yo también la echo mucho de menos.

–Es lógico. ¿Sabes lo que nos vendría bien? Deberíamos arrasar con el armario de las bebidas del casero. También tiene bodega –dijo él, y se puso de pie.

–Oh, pero está cerrado –dijo ella, distraídamente. Él ladeó la cabeza y la miró con una sonrisa de astucia–. Aunque, claro, seguramente tienes la llave.

–¿Qué te apetece? ¿Una copa de vino? ¿Un cóctel? ¿Brandy? ¿Un licor?

–Una copa de vino tinto, gracias.

Él se marchó lentamente, como si quisiera darle tiempo por si necesitaba llorar, o algo por el estilo. Volvió con una botella, un abridor y dos copas. Le mostró la etiqueta del vino, y ella dijo:

–Vaya. No sé mucho de vinos, pero el que compró esa botella sí sabía. Un Bordeaux del año ochenta y dos.

–Vamos a ver si está a la altura de su buena fama. Hay muchas falsificaciones por ahí, y yo no soy ningún experto –dijo Owen. La descorchó y olió el vino–. Creo que está muy bien.

Romeo subió al porche y se tendió en el suelo, junto a Hannah. Ella le acarició la cabeza.

–Buen chico, hoy lo has hecho muy bien. Has hecho feliz a un niño. Te agradezco tu amabilidad.

Owen sirvió una pequeña cantidad de vino en una de las copas para que Hannah lo probara. Ella hizo girar el vino, lo olisqueó y bebió.

–Oh, Owen –dijo–. Es delicioso.

Él sonrió y le sirvió una copa. Después, sirvió otra para él y dejó la botella en la terraza. –¿Sabes? A pesar del modo tan melancólico como ha acabado, este día ha sido estupendo para todos. ¡Noah se ha divertido mucho! –dijo, y se llevó la copa a los labios–. Vaya, es maravilloso –murmuró–. Y ni siquiera lo he dejado respirar.

–Owen, no sé qué decir. Has sido muy generoso con tu tiempo, con tu casa, y nos has tratado maravillosamente bien. Sé que tienes que trabajar, y esto ha sido muy inesperado.

–Me parece que a los dos os viene bien un poco de mimo, porque habéis pasado por algo muy duro. Y, en cuanto a mí, lo he pasado muy bien, salvo durante tres segundos durante los que tuve la esperanza de poder sacar a Noah del lago antes de que se hundiera –dijo él, y se echó a reír–. No quería tener que tirarme al agua, porque está helada. Creo que necesitamos trajes de neopreno. Es una buena idea.

–Yo no tengo la intención de que nos entretengas durante todos los días que estemos aquí…

–Haz tus planes –dijo él–. Yo soy flexible. Si tenéis tiempo, tal vez podamos salir otra vez. Si no, tengo cosas de las que ocuparme. Me gusta mi propia compañía, aunque sea tan bobo. Pero también me gustan los niños. Y creo que a ti te vendrá bien la compañía de un adulto.

–Es una pena que tu mujer y tú no tuvierais hijos. Se te dan muy bien los niños.

–Es muy fácil que se te dé bien un niño como Noah. Aunque tenga una enfermedad neurológica y acabe de perder a su madre es… luminoso.

–Sí. Creo que vamos a tener que adoptar un perro –dijo ella–. Yo siempre he viajado mucho por trabajo, y no podía tener perro, ni aunque quisiera.

–Yo también viajo mucho, pero tengo una hermana en Denver. Cuando voy al aeropuerto, dejo a Romeo en su casa, y se queda jugando con sus primos: dos sobrinos, una sobrina y dos perros, un labrador y un caniche.

–Vaya, eso sí que está bien pensado. Enhorabuena por ser tan previsor.

–No soy previsor –dijo él, riéndose–. Vi a un desgraciado abandonando a un perro en la cuneta. Lo ató a un árbol, le puso un cuenco de agua y salió a toda velocidad. Yo tuve ganas de perseguirlo y darle un puñetazo en plena cara, pero no me quedó más remedio que desatar al perro y meterlo al asiento trasero. Me pregunté qué raza de perro era, pensé que ya era adulto y ese era su tamaño. Sin embargo, el veterinario me dijo que tenía unos cinco meses y era un gran danés y que, probablemente, crecería el doble. Estoy seguro de que se comió la casa de su antiguo dueño, porque es lo que hizo con la mía. Pero, a los dos días, yo ya sabía que no iba a poder separarme de él. Romeo tiene un alma pura. Me ha ayudado a superar muchos momentos difíciles.

–Es tan bueno… –dijo ella, mientras le acariciaba.

–¿Y tu trabajo? –preguntó él, de repente.

–Ya me parece algo muy lejano. Soy comercial en una empresa de equipos médicos. Es un trabajo muy competitivo y acelerado, y yo estaba empezando a cansarme. La otra vez que estuve en tu casa fue en un retiro con un equipo de vendedores. Era un retiro para fomentar el buen ambiente de trabajo y la eficacia del equipo, pero la dinámica falló y yo me largué. Fui a casa y, al llegar, rompí con mi prometido. Acababa de echarlo de mi casa y de cancelar todos los preparativos para la boda cuando me llamaron para decirme que Erin había muerto. Y, después, heredé la tutela de un niño de cinco años, con lo

que eso conlleva legal y organizativamente…

–¿Y has estado sin trabajar todo este tiempo?

–Pedí la baja por asuntos familiares. No me quedaba otro remedio. Aunque no haya dado a luz, sí me he convertido en madre.

–¿Y cuánto tiempo tienes?

–Hasta tres meses pagados y, a partir de ese momento, otros tres meses sin sueldo. Si lo necesito, puedo prolongar esos tres meses hasta seis. Nuestras otras dos amigas se han ofrecido a cuidar de Noah cuando yo tenga que salir de la ciudad, pero hay que organizar muchas cosas… Las dos tienen hijos y trabajan. Unas vacaciones están bien, pero tenemos que conocer al equipo médico que se va a encargar de su tratamiento, y a los fisioterapeutas. Y el colegio nuevo va a ser todo un reto para Noah… Quiero estar ahí por si me necesita. Así que, al final, estoy pensando en cambiar de trabajo para no tener que viajar tanto. El futuro todavía está un poco sin definir…

Owen se inclinó hacia delante.

–Me da la sensación de que tú eres de las personas que pueden resolver este tipo de asuntos con facilidad. De una manera eficiente.

Ella se echó a reír.

–La eficiencia. Esa es mi cruz. De repente, me sorprendo a mí misma pensando cosas como «es mejor que coma algo ahora para que luego no se me olvide». O «tengo que darme prisa en dormirme para poder empezar a trabajar otra vez».

–¿Nunca te dejas trabajo para el día siguiente?

–Eso solo sirve para generar más trabajo. Se lo dan a la persona que lo puede hacer. Y no siempre coincide con el que consigue el ascenso.

–No es nada nuevo –dijo él–. Las cosas siempre han sido así.

–¿Tienes tú jefe, Owen?

–Tengo obligaciones –respondió—. He firmado contratos con plazos de entrega. Pero soy muy parecido a ti, hago el trabajo que hay que hacer. Tengo motivación, aunque no sea algo obsesivo. Y soy mi propio jefe, si no contamos a Romeo. Él tiene necesidades.

Romeo estaba totalmente relajado, tendido en el suelo de madera, y rodó para colocarse boca arriba con las patas en el aire. A Owen se le escapó una carcajada.

–Lleva una vida muy estresada.

–Seguro que duerme en la cama contigo.

Owen se puso rígido.

–¿Estaba sucio el edredón de tu cama, o tenía pelos?

–No, no –respondió ella, riéndose–. Todo está impoluto. Impecable.

–Es por la señora Bourne. Su nuera y su hija hacen la limpieza. Son increíbles. El único problema es que no entienden el concepto del huso horario. Aunque les diga dónde voy a estar, no es raro que la señora Bourne me llame a las tres de la mañana para preguntarme si

quiero que me lave el edredón o que vacíe la nevera para los siguientes inquilinos. Podrían llamar a la inmobiliaria que se encarga de los alquileres, pero no.

–Hacen un trabajo espléndido en la casa. ¿Vives alguna vez en ella?

–Sí, algunas veces, durante semanas o meses. Solo la alquilo unas doce semanas al año, cuando estoy fuera. La señora Bourne también se ocupa del establo. Yo me he convertido en un hombre muy perezoso.

–Seguro que no –dijo ella–. Cuéntame en qué estás trabajando ahora.

–Te lo enseñaré mañana, si tienes tiempo.

–¿Si tengo tiempo? –preguntó ella, riéndose–. Estoy aquí para no hacer nada, pero ya estoy agotada. Cuéntame qué es.

–Estoy trabajando en unas cuantas cosas. Me encantan las colecciones. Algunas veces acabo haciendo libros de fotografías y ensayos. Hice uno sobre los árboles. ¿A quién le importan los árboles? Pues resulta que a mucha gente. Y, al investigar y buscar árboles, he aprendido su importancia cultural, sus atribuciones místicas, la relación espiritual con ellos… Árboles que han sobrevivido durante diez generaciones y las han cubierto con sus ramas, árboles que han sido asesinados por dinero, y la tierra en la que crecían murió y se volvió yerma… En México hay sitios en los que las doncellas se casan con los árboles para luchar contra la deforestación y para protestar por la tala ilegal. ¿Quién iba a imaginárselo?

Owen se quedó callado un instante, pensativamente, y continuó.

–En este momento estoy recopilando fotografías de regresos a casa. De militares que vuelven, de reencuentros de refugiados, de presos que vuelven a casa al salir de la cárcel, incluso de gente que se reúne con sus animales. Creo que va a ser una colección maravillosa. Hará llorar a la gente y ¿te has dado cuenta de lo mucho que le gusta llorar a la gente? Siempre y cuando no sea por sufrimiento, claro. Si lloran en una reunión, es porque son lágrimas de felicidad. Y cada reunión tiene una historia –dijo, y se echó a reír–. Yo detestaba las redacciones que nos obligaban a hacer en el colegio porque quería ver fotos. Y, ahora, los textos que acompañan a las fotos son muy divertidos para mí.

–¿Lloras tú cuando encuentras las fotos y escribes sobre ellas?

–Soy un blando. Yo lloro por todo. Me da un poco de vergüenza.

–Pues a mí me parece maravilloso –dijo ella. Entonces, alzó su copa hacia él–. Solo la mitad.

Siguieron charlando mientras se bebían toda la botella. Owen le contó cómo había empezado a hacer fotos en el instituto, que se había puesto a estudiar fotografía y otras cosas durante la universidad antes de dejar los estudios y concentrarse en hacer fotos, y que había aceptado cualquier trabajo que tuviera algo que ver con una cámara

hasta hacía diez años, cuando había tenido un éxito sorprendente en las montañas de Colorado, fotografiando sus viajes, recopilando imágenes para las colecciones y escribiendo ensayos.

Ella empezó a hablarle sobre sus años de universidad y terminó contándole sus rupturas con sus dos prometidos porque parecía que ambos necesitaban más de una compañera. Uno, cuando tenía treinta años y, el segundo, a los treinta y cinco.

–¿Y has sufrido mucho?

–Un poco. Sobre todo, ha sido un golpe para mi orgullo. Pero, antes de que pudiera regodearme en mi dolor, Erin murió y me encontré con un niño pequeño entre las manos, y eso puso todos mis problemas en perspectiva. Él tenía una buena vida en Madison, y yo he tenido que arrancarlo de allí. Lo bueno de la situación es que Noah nos conoce a Sharon, a Kate y a mí, y que todas estamos en la zona de Minneapolis. Los niños de Kate son un poco mayores, y son muy buenos con Noah. Eso es una ayuda. Y yo rezo por encontrar una buena niñera o, por lo menos, la mitad de buena de lo que era Linda. Linda era como una abuela para él. Toda su familia adoraba a Noah.

–Me dijiste que la familia de la madre de Noah no es buena gente –dijo Owen–. Intento no pensar en qué puede significar eso…

–La situación familiar de Erin y la mía son parecidas. Las dos tuvimos una infancia difícil. No en el sentido de que hubiera dificultades económicas, o una falta de hogar, pero sí en el sentido emocional. A las dos nos abandonó nuestro padre y nos dejó con una madre que, aparentemente, sentía rechazo por nosotras. En mi caso, fui adoptada. Me han dicho que era un bebé muy malo, que lloraba todo el tiempo. O, a lo mejor, es que tuve una madre que quería tener un hijo pero no sabía lo que significaba eso. Mi padre se marchó, mi madre volvió a casarse y tuvo dos hijas de ese matrimonio. Y yo sé que no era su favorita. En mi adolescencia, incluso, una de mis hermanas me dijo que, en realidad, no tenían ningún lazo familiar conmigo. Cuando me fui a la universidad, no tuve ninguna ayuda de mi familia y quedó patente que no me echaban de menos. Solo me llamaban cuando necesitaban algo. Yo formé una nueva familia con mis amigas. Y la situación de Erin era peor aún. Ella no llegó a conocer a su padre. Su madre se casó después de que su primer marido la abandonara e, inmediatamente, tuvo un hijo. El hermanastro de Erin tenía cinco años menos que ella, pero era un niño horrible. Se metía en líos constantemente y, al final, fue condenado a ir a la cárcel por robo y agresión, aunque había cometido más delitos por los que no fue juzgado. Erin dejó de hablarse con su madre hace años y fue por su hermanastro. Erin le había prestado dinero y él, por supuesto, no se lo devolvió. Después, la madre de Erin quería que ella fuera a pagar la fianza de su hermano, pero Erin se negó, y eso fue la

gota que colmó el vaso. De hecho, Victoria ni siquiera fue al funeral de Erin. Para ser sincera, yo me sentí aliviada. Todos los amigos de Erin y Linda, la niñera, sabían que había que proteger a Noah de los Addison a toda costa, por el hermanastro. Erin lo dejó bien claro en su testamento. Erin era abogada, y su jefe, también abogado, conocía los hechos. Y Noah y yo estamos representados por un abogado en este asunto. Roger Addison es mala hierba, y su madre siempre se lo ha permitido todo. Roger ha tenido problemas con las drogas y es un delincuente. Erin no confiaba en que su madre protegiera a Noah y conservara su patrimonio, así que me otorgó a mí la tutela del niño. Cuando Noah haya tenido tiempo y haya superado el luto, hablaré con él sobre la adopción.

Aquella información sobre Roger le puso a Owen la carne de gallina. Fue horrible tener que oír aquello.

–¿Dónde viven?

–No sé dónde está Roger, pero su madre está en Minneapolis. Yo solo la he visto una vez en la vida, creo que estuve con ella diez minutos. Todas vivimos desde pequeñas en esa zona, pero no nos conocimos hasta la universidad.

–Tienes que ser muy diligente, Hannah. Parece terrible.

–Ya lo sé. Pero no estoy sola. Kate y Sharon también están alerta. Vamos a proteger a Noah cueste lo que cueste.

–Tu amiga fue muy lista al dejarlo en tus manos.

Ella se echó a reír.

–Espero estar a la altura de tus halagos. ¿Y cómo fue tu infancia, Owen? ¿También estuvo llena de problemas, como la nuestra?

–¿Mi infancia? –preguntó él, con un suspiro–. Mi infancia fue perfecta. Mis padres eran personas felices que se querían y se llevaban muy bien. Eran buenos el uno con el otro, se ayudaban, se divertían… Nos reíamos mucho. Algunas veces, mi hermana pequeña y yo nos portábamos muy mal, pero ellos no se dejaban alterar. Recuerdo que, una vez, tuve una rabieta espantosa y destrocé mi habitación, y oí que mi madre le decía a mi padre que no se preocupara, que yo iba a tener que limpiar mucho, que intentara no reírse. Ellos mantuvieron la calma y me apoyaron incluso en las peores crisis de mi juventud. Si no fuera por ellos, ahora sería un tipo amargado y vacío. ¿Qué padres apoyarían a su hijo cuando va a dejar la universidad para dedicarse a la fotografía?

–Deben de estar muy orgullosos de ti.

–Mi madre está muy orgullosa. Presume de ello. Espero que no esté dando mi dirección a todo el mundo. Siempre conoce a alguien que necesita hablar conmigo sobre la fotografía profesional y las publicaciones. Pero… Mi padre murió hace unos diez años, y lo echo mucho de menos. Murió demasiado joven, a los sesenta años. No llegó

a jubilarse. Ahora, mi madre tiene setenta, vive sola, va a todas partes, tiene una buenísima salud y participa mucho en las actividades de la comunidad. Después de la muerte d mi padre, se fue a vivir a Denver para estar cerca de mi hermana –dijo él, y se quedó pensativo–. Será mejor que vaya a verla pronto.

–¿Habláis mucho por teléfono?

–Oh, claro. Hablamos mucho y nos vemos por FaceTime. Ella lo odio, pero yo quiero verla cuando hablamos, para saber de verdad cómo está. Mi hermana se ve con ella todas las semanas y, algunas veces, más.

Estuvieron hablando hasta bien entrada la noche.

–Deberías irte a dormir –le dijo Owen–. Mañana por la mañana, Noah se va a levantar con las pilas cargadas.

–Ya lo sé –dijo ella, riéndose–. Estoy pensando en buscar una hípica para que vea a los caballos. Adora a los animales. Seguro que le encantaría montar.

–Yo te ayudo a encontrar caballos –le dijo él.

–¡Dios Santo, eres un príncipe azul! No te hagas ilusiones, Owen –dijo ella, bromeando–. ¡No voy a organizar más bodas! Ahora solo somos Noah y yo.

Owen estuvo paseándose por el establo un rato antes de acostarse. Al día siguiente iba a tener visita, sin duda. Ordenó algunas cosas, metió los platos en el lavavajillas y limpió un poco el baño, aunque no hiciera falta, porque era pulcro por naturaleza. Pero, algunas veces, se distraía…

Cuando le había dicho a Hannah que su infancia había sido perfecta, le había dicho la verdad. Sin embargo, no había mencionado el doloroso hecho de que, para su hijo, las cosas no habían sido así…

Nunca hablaba de eso. A veces, la gente se enteraba, seguramente, debido a lo conocida que era su exesposa. Ella había conservado el apellido Abrams, aunque se había vuelto a casar y había tenido otros dos hijos. Pero a él no le gustaba contárselo a la gente, porque la tragedia era tan atroz, que las miradas de conmoción y lástima eran insoportables.

Su hijo de siete años, Brayden, estaba jugando en el jardín mientras él recogía y limpiaba el garaje, y desapareció en pleno día. Brayden estaba montando en monopatín en el camino de entrada al garaje y en la acera, con la condición de que no se alejara más de tres casas. Owen estaba organizando el desorden que había en el banco de trabajo y las estanterías, y salía cada cinco minutos a vigilar a Brayden. Sin embargo, la última vez que lo hizo, se encontró el

monopatín abandonado en la acera, y no vio ni rastro de su hijo. Él no había oído pasar ningún coche.

Comenzó a llamarlo, pero el niño no respondió. Llamó a las puertas de los vecinos. Solo había una familia que tuviera hijos de la edad de Brayden, pero no estaban en casa, y ninguno de los otros vecinos lo había visto. Entró en su casa y lo llamó a gritos, pero su mujer le dijo que el niño no había entrado. Sheila estaba haciendo la cena, así que él recorrió la calle corriendo, llamando a Brayden. Sin embargo, solo tardó unos minutos en asimilar que aquello no iba a salir bien.

Llamaron a la policía. Los interrogaron durante horas al mismo tiempo que les aseguraban que los agentes estaban buscando por todas partes: en los parques, en los patios de los colegios, en los centros comerciales, en los solares de la zona. Le dieron a la policía una fotografía de Brayden, y se hizo pública la desaparición del niño. Pasaron los días. Días de no dormir, de llorar, de tratar de consolar a su mujer, de enterarse de que había pistas que, al final, no llevaban a nada. Al principio, a ellos los trataron como a sospechosos. Intervino el FBI. No hubo ninguna llamada pidiendo rescate. Sus padres ofrecieron una recompensa de cien mil dólares a cambio de información que pudiera ayudar a encontrar a su nieto, un dinero que Owen no pensaba que tuvieran.

Todos vivieron aquel tiempo con un dolor y un miedo constantes. Ellos dos, sus padres, sus hermanos, los vecinos, el colegio… la ciudad entera. Pidieron públicamente ayuda, información. Se organizaron centralitas telefónicas con voluntarios que, además, iban llamando a las puertas de las casas y recorriendo los campos circundantes.

Pasaron los días, las semanas, los meses. La policía y el FBI tenían sus miras puestas en varios sospechosos, pero no hallaron rastros de Brayden. Sheila y él no pudieron afrontarlo juntos. Él se encerró en sí mismo, con la única idea de encontrar a su hijo, pero incapaz de exponerse más a la atención pública. Por el contrario, Sheila se convirtió en un genio de las relaciones públicas de la noche a la mañana y acudió a todas las instituciones posibles de ayuda para la búsqueda de niños desaparecidos o secuestrados. Comenzó a hablar públicamente en contra de los abusos y el tráfico infantil y apareció en la televisión, entrevistada en programas de máxima audiencia.

Ya antes de que hallaran los restos de Brayden, Owen supo que su matrimonio no podría continuar. La policía descubrió que a su hijo lo habían enterrado en el desierto, a las afueras de Los Ángeles, en un lugar que se veía desde la carretera. Llevaba muerto dieciocho meses. Su secuestrador era uno de los principales sospechosos y fue identificado y condenado gracias a una prueba de ADN. Aquello sacó a la luz unas imágenes terroríficas que estuvieron a punto de arrancarle el corazón a Owen.

A partir de aquel momento, Sheila se concentró en la labor de protección a la infancia y a liderar una campaña para conseguir que se endurecieran las condenas a los pederastas. Si hubiera estado en su mano, habría exigido que les marcaran la frente a fuego. Dejó su trabajo y se dedicó por completo a la abogacía en ese campo, y recibió ofertas de grupos de presión y de programas de televisión para hablar a un público aún más amplio.

Él no pudo soportarlo. Necesitaba estar solo para soportar su dolor. No tenía ningún problema con el hecho de que Sheila tomara aquel rumbo, el de exponer su sufrimiento y convertirlo en algo útil. Sin embargo, él no podía. Se fue a casa de su hermana, a Denver. Paseó por las Montañas Rocosas durante un año, con la cámara en la mochila. Hablaba con Sheila cada pocos días, lloraba con ella, la consolaba y se dejaba consolar.

Entonces, un día, ella le preguntó:

–No vas a volver a Los Ángeles, ¿verdad?

–No. Lo siento. No puedo.

–Lo entiendo –dijo ella–. Siempre y cuando no me culpes.

–¿Culparte a ti? ¡Por Dios, Sheila, si alguien tiene la culpa, soy yo! ¡Yo era el que estaba vigilándolo!

–Lo que sabemos es esto –dijo ella, con calma, con sensatez–: El monstruo que se lo llevó sabía que era la situación perfecta. No pasaban coches, no había peatones, nadie miraba por la ventana, había un seto alto y él tenía una furgoneta. Solo necesitó diez segundos. Y, como no hay nadie en el mundo que pueda prometer que no va a apartar la vista durante diez segundos, yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ponérselo más difícil a esos depredadores. Para evitar que les ocurra esto al menos a unos pocos niños.

–Y a unos pocos padres –dijo él. La admiraba mucho–. Por favor, perdóname que no pueda embarcarme en esa cruzada contigo.

–Owen, te quiero, y voy a hacer esto contigo o sin ti. Pero quiero que entiendas una cosa: yo nunca hubiera imaginado que iba a ser capaz de hacerlo. Pero, sí, soy capaz. Y es importante. Puedo conseguir cosas buenas.

–Claro que es importante –repitió él–. Y claro que conseguirás cosas buenas. Gracias. Estoy muy orgulloso de ti.

Hubo otra víctima antes de que la vida pudiera continuar. Ben Abrams, su padre, murió de un infarto, dos años después de la muerte de Brayden, al poco de que encontraran sus restos. Desde la desaparición de su primer nieto, Ben tenía el corazón hecho trizas. Owen había sufrido más por las lágrimas de su padre que por las suyas propias. Ben siempre había sido el hombre más bueno del mundo. Nunca había mostrado mal humor, nunca fruncía el ceño. Había

estado casado con su mujer más de cuarenta años y, en todo aquel tiempo, siempre había cultivado el amor y la risa. Hasta que un monstruo sin conciencia les había destrozado la vida.

Owen abrazó a su madre con fuerza y le dijo:

–Por favor, no me dejes. Te necesito. Tienes que ser fuerte. Tienes que vivir. Creo que, si pierdo a alguien más, yo también moriré.

–Vamos a vivir, Owen. Vamos a vivir tal y como Ben y Brayden querrían que viviéramos. Vamos a dormir bien, sabiendo que están juntos, que están esperando a que nos reunamos con ellos. Y serán felices de esperar mucho tiempo.

Así que, allí estaba él, doce años después de perder a su hijo, la alegría de su vida. Las lluvias torrenciales y las inundaciones que se estaban produciendo en Taiwán le habían impedido viajar al país, y eso le había brindado la oportunidad de conocer a una mujer guapa y divertida y a su niño, un pequeño con aparato ortopédico y muletas, que necesitaban a un hombre y a su perro porque ellos también habían sufrido una terrible pérdida. No iba a ser algo que cambiara su vida, porque su vida no podía cambiar. Pero, por lo menos, tenía un par de semanas para hacer que la de ellos fuera un poco mejor.

Capítulo 4

El amor llega a aquellos que todavía tienen esperanza, aunque hayan tenido decepciones, a aquellos que todavía creen, aunque hayan sido traicionados, y a aquellos que todavía aman, aunque les hayan hecho daño.
Anónimo

Un poco antes de las siete de la mañana, Hannah volvió a sentarse en el porche con una taza de café bien caliente. Noah iba caminando hacia el establo. Ella le había dicho, muy seriamente, que Owen y Romeo no estarían despiertos todavía, y que no podía llamar a la puerta. Él le prometió que sería muy silencioso. Se acercó a la casita y pegó el oído a la puerta, y se quedó inmóvil, escuchando. Después, para que Hannah pudiera oírlo desde el otro lado del jardín, gritó:

–¡Creo que están despiertos!

Y Hannah se echó a reír con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse de la silla.

Al momento, Owen abrió la puerta. Llevaba unos pantalones de pijama, una camiseta de manga larga y unas zapatillas, y tenía una taza de café en la mano. Romeo estuvo a punto de tirar a Noah al suelo con sus muestras de felicidad por la visita.

–Déjale un minuto para que vaya al baño, Noah –le dijo Owen–. Seguramente está a punto de explotar.

–¡De acuerdo! Romeo, ve a hacer tus necesidades –dijo Noah, señalándole el jardín con una de las muletas. Y, como si lo hubiera entendido, Romeo se fue olisqueando el suelo, buscando el mejor sitio.

–¿Has dormido bien? –le preguntó Owen a Noah.

–Sí –dijo él niño–. Hannah dice que estaba muy cansado.

–Sí, ayer fue un día muy ajetreado –dijo Owen, mientras le revolvía el pelo–. ¿Estás preparado para otro día igual?

–Sí, claro. Aunque sin caerme al lago.

–Sí, yo, también, hijo –respondió Owen.

Después, se acercó al porche y sonrió a Hannah.

–Lo siento –dijo ella, aunque tenía una mirada de diversión–. Le dije que fuera muy silencioso.

Él se sentó en una de las butacas del porche.

–Eso es lo que pasa cuando te haces amigo de un niño de cinco años. ¿Has dormido bien?

–Oh, sí. Y Noah ha dormido de un tirón por primera vez desde hace semanas. Creo que toda esta actividad es muy buena para sus músculos.

–¿Has desayunado?

–No, pero puedo preparar algo. Noah ya se ha tomado sus cereales. ¿Te apetecen huevos revueltos?

–Como Noah ya ha desayunado, podemos tomar otra taza de café, peinarnos, dejar a Romeo en casa e ir a la cafetería del pueblo. Dan el mejor desayuno de esta zona.

–¿Es lo que haces normalmente?

–De vez en cuando. Pero, después del desayuno, me gustaría ir a una tienda de artículos para el agua que está en Colorado Springs. Podemos comprar un par de trajes de neopreno para Noah y para mí. He leído artículos sobre la diplejía. Nadar es muy bueno. Podemos buscar una piscina, pero tenemos la mejor piscina aquí mismo.

Ella se quedó sin palabras.

Él se inclinó hacia delante.

–El lago no se calienta hasta julio, de veras. Y no podemos tirarnos al agua y aprender a nadar ahora, porque se nos congelarían las pelotas. Bueno, a ti, no.

–Vaya, pues parece que vamos a tener otro gran día –dijo ella–. ¿Cuándo vamos a ver tus fotografías? ¿En qué estás trabajando ahora?

–Cuando desayunemos y terminemos las compras –dijo él.

Hannah se puso en pie.

–¿Te apetece un poco más de café? Ah, y a propósito, yo ya me he peinado.

–Tienes el pelo perfecto –dijo él–. Quería añadir eso.

Cuando ella le llevó el café, él le preguntó:

–¿Has pensado en las cosas que quieres hacer mientras estés aquí?

–¿Aparte de formar vínculos fuertes con mi nuevo compañero? Me encantaría hacer senderismo, pero a lo mejor no se puede. No sé si Noah sería capaz de caminar mucho.

–Algunos de los senderos son fáciles, y yo puedo llevarlo a caballito cuando se canse. Si tú me llevas la mochila.

–¿Qué habrá dentro de esa mochila?

–Adivina –dijo él, sonriendo.

–Por supuesto. Tú no irías a ninguna parte sin tu cámara.

–Cuando no llevas la cámara encima, todo te parece la fotografía de tu vida.

–Yo tenía visiones de estar leyendo en una hamaca…

–Está bien, yo monto la hamaca.

–¿Qué es lo que te impulsó a venir aquí, a arraigar aquí?

–Estaba de visita en casa de mi hermana y vine a hacer senderismo y a acampar varias veces. Pobre mujer… Le dije que iba a quedarme dos semanas y no me marché. Pero ya había ocupado todo su sótano y necesitaba un estudio fotográfico. Me encontré esta parcela en venta por casualidad. Era muy bonita y tenía un establo. Pensé que podía convertirlo en un apartamento. Me pareció perfecto. A los tres años, construí la casa, no me preguntes por qué. Porque podía. Es una inversión. Debería vivir en el establo y vender la casa, pero no puedo.

–¿Por qué?

–Pues… porque me gusta mucho. Además… ¿y si la vendo y no me caen bien mis vecinos?

Ella cabeceó.

–Eres un hombre muy extraño.

–Ya lo sé –dijo él–. Voy a ponerme unos vaqueros. Tengo hambre. ¿Noah tiene que cambiarse?

–No, pero yo, sí. Tardo lo mismo que tú.

Antes de salir hacia el pueblo, Owen dejó a Romeo en el establo.

–Vuelvo en unas cuatro horas –le dijo, y cerró la puerta. Noah se quedó boquiabierto–. Romeo entiende el tiempo –le dijo Owen–. ¿Sabes cómo lo sé? Porque si llego tarde, se enfada y me ignora.

–¿De verdad?

–Eso es lo que creo yo –dijo Owen–. Bueno, vamos, no quiero llegar tarde.

El desayuno de la cafetería fue un éxito. Hannah comió más de lo que necesitaba, porque la comida estaba deliciosa. Se tomó un sándwich de huevo, queso, pimientos y cebolla con pan tostado. Estaba todo tan bueno que, media hora después, seguía suspirando.

Sin embargo, el viaje a la tienda no fue tan fructífero. Owen, que medía más de un metro noventa, no encontró un traje de neopreno de su talla, y Noah, a los cinco años, tampoco. Solo ella, que pensaba que no necesitaba ningún traje, encontró uno de su talla. Al menos, el encargado les dijo que, si conseguía trajes para ellos dos, se los enviaría a la dirección de Owen.

–Necesitaríamos que llegaran cuanto antes, por favor –le dijo Owen al encargado–. Nos quedan solo unos diez días para que Noah y Hannah se marchen, y queremos nadar.

Después, volvieron al establo de Owen a ver algunas de sus fotografías.

Hannah no se lo dijo, pero antes de acostarse, la noche anterior, había ido a ver la biblioteca de Owen. Era una biblioteca pequeña,

pero estaba llena de libros y, entre ellos, encontró sus volúmenes de fotografía con preciosos textos, todos ellos reunidos en una de las estanterías.

Flores, árboles, comidas exóticas, trajes regionales, celebraciones nupciales de todo el mundo y, por supuesto, el paisaje y la fauna de Colorado. Se los llevó a su habitación para hojearlos.

En la biblioteca había un letrero que decía:

Tenga la amabilidad de devolver los libros a la estantería, y no a su maleta, para que los siguientes huéspedes puedan disfrutar de ellos.

Los libros eran preciosos, pero, más aún, la voz de Owen. Lo oía en cada una de las páginas, contando la historia de la fotografía.

No hay mejor ejemplo de nuestra vida que un árbol con las ramas extendidas, extendiéndose con curiosidad, con las raíces profundas y sólidas.

Había fotos de bosques exuberantes, pero, también de talas indiscriminadas y de incendios forestales que dejaban las laderas desnudas. También había retratos de mujeres mexicanas que se habían casado con árboles en Oaxaca, y de gente que se encadenaba a los troncos para protestar por las talas ilegales en el noroeste del Pacífico. Imágenes de gente de todo el planeta, que plantaba, cortaba, destruía, replantaba. Nacimiento, muerte y rejuvenecimiento.

Los ecologistas denuncian la destrucción y muerte del planeta, pero el planeta va a sobrevivir. Siempre ha sido así, y siempre lo será. Una vez solo, se liberará del veneno del aire, y su vegetación sustituirá la muerte de la tierra quemada. Los animales se reproducirán y poblarán los campos. Somos nosotros los que moriremos y desapareceremos.

En aquel texto había melancolía. Tenía una vulnerabilidad que hizo que ella percibiera una herida en su alma. Tal vez, por el fracaso de su matrimonio.

Cuando Noah la despertó, aquella mañana, ella estaba tendida sobre los libros, soñando. Rápidamente, los recogió todos y los escondió. Noah no entendía aún el concepto de la discreción, y contaba todo lo que veía.

Sin embargo, aquella constatación del talento de Owen había hecho que sintiera impaciencia por pasar la tarde en su estudio, ver sus fotografías y conocer el proceso.

El establo no era grande. La mitad del espacio era el estudio, con

ordenadores, monitores grandes, armarios, baldas, mesas, caballetes, corchos colgados de las paredes, papel fotográfico y herramientas de todo tipo. Había un arco en la pared, por el que se pasaba a su apartamento de una habitación, que estaba detrás del estudio. Allí había un sofá, una cama, estanterías con libros, una mesa y dos sillas, una pequeña cocina y un baño grande con una ducha espaciosa. En su vestidor había cómodas y percheros, y una lavadora secadora en un rincón.

–Esto es increíble –dijo ella–. Por fuera parece muy pequeño, casi un cobertizo –dijo Hannah.

–Antes había un cuarto de arreos, un armario y cuatro boxes para caballos. Cal Jones tiene un establo enorme. Lo reformó y lo convirtió en una casa muy grande, preciosa, de cinco habitaciones, con oficina. Trabaja allí. Si se me ocurre alguna excusa, te llevo a verla. Es una rehabilitación increíble.

–Pero tú podrías vivir aquí confortablemente para siempre.

–Ya lo sé. Por eso siempre estoy sopesando la idea de vender la casa. Me parece demasiado lujosa para un solo hombre.

–¡Noah! Cariño, no toques eso –le dijo Hannah al niño, al darse cuenta de que estaba tocando unas lentes muy grandes con curiosidad.

–No pasa nada, Noah. Es un telescopio. Una noche que esté despejado el cielo vamos a sacarlo para ver la luna y las estrellas.

–¿De verdad? –preguntó Noah.

–Sí, de verdad. ¿Te gustaría hacer unas cuantas fotos?

–Sí. ¿Puedo?

–Claro. Vamos a buscar una cámara de tu talla.

Las horas pasaron mientras veían fotografías en los monitores y Owen le enseñaba a Noah a enfocar y tomar las fotos. El modelo favorito de Noah fue Romeo, como era de esperar. Después, Noah le preguntó a Owen si tenía mantequilla de cacahuete y gelatina.

–¡Oh, Noah, si son más de las cuatro! –exclamó Hannah. Había perdido la noción del tiempo entre los libros de Owen–. ¡Menos mal que has desayunado dos veces! Se nos ha pasado la hora de comer. ¡Oh, qué mala madre soy! Vamos a la casa grande y te preparo algo.

–Tengo una idea mejor –dijo Owen–. Vamos a preparar la cena entre todos. Creo que ya ha llegado la hora de tomar una copa de vino.

–¿Qué puedo hacer? –preguntó ella.

–Vamos a echar un vistazo a tu nevera, a ver qué hay –dijo él–. Yo cocino.

Resultó que Owen necesitaba muy poca ayuda en la cocina del establo. Preparó pasta con pollo y salsa de pesto, espinacas, tomates secos y champiñones. A Hannah se le hizo la boca agua, pero estaba segura de que iba a tener que preparar algo más sencillo para Noah.

Pero, por supuesto, como lo había preparado Owen, a Noah le encantó. Y le dijo:

–Mi madre ponía espinacas y verduras en todo. Esto está muy rico. Me recuerda a ella.

Después de la cena, Noah estuvo jugando con Romeo en el jardín, mientras el sol de mayo se escondía detrás de las montañas. Owen y Hannah se sentaron en el porche y trataron de digerir aquella fantástica comida. Después, Noah subió al porche y se apoyó en Hannah, bostezando.

–¡No, no, jovencito! No te puedes quedar dormido sin bañarte otra vez. Hay que bañarse, lavarse los dientes y ponerse el pijama…

–No puedo –gimió él.

–¡Vamos a hacerlo aunque tenga que sujetar yo el cepillo de dientes! –exclamó ella, tomándolo en brazos–. Vaya, hoy has engordado.

–Yo limpio la cocina mientras tú acuestas a Noah –dijo Owen.

Noah estaba tan cansado, que Hannah casi tuvo que sujetarle la cabeza en el baño para que no se ahogara. Y tuvo que sujetar el cepillo de dientes, pero consiguió meterlo en la cama con un pijama limpio. Estaba bostezando cuando ella le dio un beso.

–Te quiero, Noah –le susurró.

–Yo también te quiero, Hannah –respondió él, y se durmió.

Cuando volvió al porche, Owen tenía una botella de vino en la mesa.

–Tú todavía no tienes que acostarte, ¿no?

Aquella noche, mucho más tarde, Hannah le envió a Kate un mensaje de texto preguntándole si estaba despierta. Su teléfono móvil sonó inmediatamente.

–¿Va todo bien? –le preguntó Kate.

–Oh, Kate, esto es lo mejor que he hecho en la vida. Noah está muy contento, tiene las mejillas sonrojadas del sol y se ríe mucho. Aquí hay un hombre maravilloso que tiene un perro que se llama Romeo que adora a Noah, el perro, quiero decir. Aunque Owen también lo quiere. Hoy nos ha llevado a comprar un traje de neopreno porque nadar es muy bueno para Noah y el lago está demasiado frío, y… es tan agradable…

–Oh, Dios mío –dijo Kate.

–Estoy bien –respondió Hannah–. No es nada romántico. Pero nunca había conocido a nadie como él. Estoy deseando contarte cosas suyas. Es un poco famoso, pero también es tímido. Ha publicado unos libros de fotografía y ensayos fabulosos. No me imaginaba que Noah y yo fuéramos a conocer a alguien así…

Los días se volvieron plácidos y bellos para Hannah.

Noah ya casi nunca se despertaba por las noches, pero, cuando eso sucedía, era capaz de volver a dormirse. Se acurrucaba contra ella, sobre todo, si estaba un poco cansado. Y, a la mañana siguiente, se levantaba emocionado, impaciente por ir a ver sus amigos del otro lado de la parcela. Un par de mañanas, Romeo se encontró a ciervos en el jardín y los persiguió. En otra ocasión, apareció un ciervo grande y se giró brevemente hacia el gran danés. Entonces, Romeo dio un ladrido de miedo y salió corriendo, y Owen y Noah se echaron a reír.

Los trajes de neopreno llegaron, por fin, y ellos se los probaron. Se pusieron su calzado de goma, entraron al lago y, a la media hora, ¡Noah estaba nadando! No se habían puesto aletas porque Owen había leído que patalear en el agua usando la fuerza de los tobillos era mejor para fortalecer y estirar los tendones. Hannah no pudo sacar a Noah del agua hasta dos horas después, y solo consiguió que descansara un poco y comiera algo antes de que el niño le rogara que le permitiese entrar de nuevo al agua.

Por las tardes, Hannah leía libros a Noah en la hamaca. Y, entonces, se dio cuenta de que Noah sabía leer. Le preguntó cuánto tiempo llevaba leyendo, y él respondió que no lo recordaba exactamente.

–Es que yo no puedo jugar tanto en la calle como los otros niños –dijo.

Un día de principios de mayo, cuando se despertaron, vieron la lluvia que caía suavemente, pero Noah le rogó a Hannah que le permitiera ir a nadar. Hannah se mantuvo firme diciéndole que iban a esperar a que saliera el sol. Como Owen le había explicado una vez que Helen Curver era escritora, y Hannah ya sabía que tenía experiencia con una situación parecida a la suya porque había heredado una sobrina, pensó que, tal vez, aquella mañana lluviosa fuera un buen momento para ir de visita a el Crossing.

–Vamos a ver a Sully, y así podrás decirle hola a Beau –le sugirió a Noah–. Owen, ¿quieres venir? Solo me quedaré una o dos horas, si acaso Helen no está muy ocupada, claro.

Owen decidió que aquel tiempo a solas le permitiría concentrarse en el trabajo. Hannah metió en su bolso las cosas que podían entretener a Noah, la tableta, un par de juegos, ceras y bolígrafos para dibujar.

–Vaya, vaya, parece que la lluvia os ha sacado de casa –dijo Sully, al verla entrar en el pequeño supermercado–. ¿Qué tal las vacaciones, jovencito?

–Tenemos trajes de neopreno y podemos nadar en el lago sin que se nos congelen las pelotas –dijo Noah.

Hannah le tapó la boca con una mano.

–Eh… bueno, parece que tengo que hablar con Owen acerca de las

palabras que elige para explicarse…

–Pues a mí me parece muy cierto –dijo Sully–. Además, los hombres tendemos a decir lo que pensamos sobre esas partes de nuestra anatomía…

–¿Puedo jugar con Beau? –preguntó Noah.

–Si, pero no le dejes salir. No conozco a ningún perro a quien le gusten tanto la lluvia y el barro como a este, y no estoy de humor para bañarlo. Se me ocurre una idea, ¿quieres cepillarlo? ¿Quieres quitarle cinco kilos de pelo de encima?

–A lo mejor sí podría hacerlo –dijo Noah.

–Muy bien, pero tiene que ser en el porche –le dijo Sully–. Por favor, no le dejes bajar al jardín.

–¿Crees que podría interrumpir el trabajo de Helen? –le preguntó Hannah–. Quería hablar con ella.

–Lo más seguro es que le encante –dijo Sully–. Y, por lo menos, la gente a la que está matando en ese libro te lo agradecerá.

–¿Te importa que deje a Noah contigo y con Beau un rato?

–Encantado –dijo Sully. Hannah se quitó la mochila de los hombros y se la entregó.

–Bueno, sé que en esta mochila no hay pañales ni biberones, así que… ¿qué tenemos aquí?

–Juegos y cosas de esas –dijo Noah, riéndose–. Para que yo me entretenga.

–Ah, ya entiendo –dijo Sully–. Si cepillas al perro, después puedes enseñarme uno de esos juegos.

–De acuerdo, eso es lo que voy a hacer.

Helen alzó la vista del ordenador y sonrió al ver a Hannah.

–Vaya, tenía ganas de que vinieras a visitarnos.

–¿Estás en medio de tu historia?

–Bah, es la historia más aburrida que haya escrito nunca. Al menos, por el momento. ¿Qué tal tus vacaciones?

Helen cerró el ordenador portátil y señaló la silla que había frente a ella, al otro lado del escritorio. Hannah se sentó.

–Maravillosas –dijo–. Nunca había visto tan contento a Noah. Tenía miedo de que nunca volviera a ser feliz.

–Bueno, todavía habrá malos días –dijo Helen–. En este momento, está demasiado ocupado como para pensar, pero echará de menos a su madre a menudo. Haces muy bien en disfrutar de estos días. Y tienes muy buen color. Parece que has estado mucho al aire libre, ¿no?

Hannah le habló de todo lo que habían estado haciendo aquellos días, la natación, el senderismo y los helados del pub de Rob Shandon.

–Rob es el marido de mi sobrina –dijo Helen–. Es mi yerno, más o menos.

–Dios Santo, todo el mundo de este pueblo está emparentado.

–Sí, es todo un árbol genealógico…

–Y Noah ha empezado a hacer fotos. Owen le dio una cámara vieja y le enseñó a enfocar y apretar el disparador. Después, miran las fotos en el ordenador, y el niño está entusiasmado.

–¿A que Owen es encantador? –le preguntó Helen–. En cuanto lo conocí, supe que era especial. Me encanta hablar con él de sus viajes y de su éxito profesional. Es un hombre con mucho talento y tiene un corazón de oro.

–¡Sí! Reconozco que me tiene embelesada. Ha sido muy beneficioso para Noah, ¡y para mí! Da la impresión de que es un alma pura. Pero, Helen, sé que tú has estado en mi lugar, así que… ¿podrías darme algún consejo sobre cómo ser madre tan de repente? Mi amiga Erin, aunque era una madre soltera y trabajadora, era la mejor madre que yo he conocido. ¡Yo no voy a poder estar a la altura!

–Claro que sí. Yo tuve que contar con los demás, no solo para poder sobrevivir, sino para que Leigh también pudiera relacionarse con la gente. Sobre todo, con los vecinos. Tuve que hacerme amiga de sus profesores y explicarles claramente que estábamos solas.

–Yo tengo otras dos amigas que no viven lejos, y que también estaban muy unidas a Erin y a Noah. Ellas me van a ayudar, y sus hijos son maravillosos con él. Y ya lo he apuntado a un nuevo programa de fisioterapia. Aunque si Owen se sale con la suya, Noah va a estar andando sin muletas antes de que nos vayamos.

–Quiero decirte algo importante. Es algo con lo que yo tuve que luchar. Siempre debes recordar que tú no tuviste la culpa de que muriera la madre de Noah. Él va a necesitar que tú lo apoyes y lo reconfortes, pero no dejes que el sentimiento de culpabilidad te empuje a tomar decisiones equivocadas. No seas demasiado indulgente con él, no le concedas todos los caprichos ni permitas que sea travieso solo porque te sientes mal por él. Eso no le va a ayudar. Y mi mejor consejo es que le digas a menudo que lo quieres y que quieres que esté contigo. Tú también echas de menos a su madre, claro, pero… qué regalo te ha hecho.

–Sí –dijo Hannah–. La primera semana sentí terror, pensaba que era imposible. Sin embargo, al final de esa primera semana, después de haberlo abrazado y de ver cómo él trataba de mantenerse entero a pesar de lo mucho que estaba sufriendo, supe que no iba a poder vivir sin él. ¿Cómo puede una persona enamorarse de un niño tan rápidamente? ¿De un niño que ni siquiera es mío?

–Tampoco se tarda mucho en sentir que ese niño es tuyo. Unas veinticuatro horas, y ya lo necesitas tanto como él te necesita a ti.

–No lo sabía…

–Por desgracia, no siempre es así. Hay gente que no tiene la capacidad de establecer vínculos con los niños, ni siquiera con sus propios hijos. Yo me considero afortunada en ese sentido. Desde el principio sentí adoración por la niña a la que iba a criar.

Hannah recordó su infancia. Siempre había sentido que su madre no la quería. La trataba con frialdad, seguramente, porque era adoptada y no se parecía a sus hermanas. Ella creció siendo la menos querida de toda la casa, siendo la única que tenía un apellido distinto. La rechazaban y ella lo sabía, siempre lo había sabido.

Para Noah, las cosas no iban a ser así. Ella iba a ser su madre en todos los sentidos, costara lo que costara.

–¿Y cómo te las arreglaste para conciliar su crianza con el trabajo?

–Haciendo malabarismos. Tenía mucha amistad con mi vecina, que era ama de casa. Cuando Leigh tenía que quedarse en casa por algún catarro, mi vecina la cuidaba. Algunas veces, Leigh venía a mi clase por las tardes. Y, por lo demás, iba a todas partes conmigo. Cuando creció un poco, podía ir a casa de alguna amiga después de clase. Los dos primeros años tuvimos que acostumbrarnos, y yo cometí algunos errores, pero al final lo conseguimos. Ten la mente abierta, Hannah. Ya verás como surgen ideas nuevas.

–Estoy segura de que fue muy divertido tenerte como madre –dijo Hannah.

–Algunos días, sí –respondió Helen–. ¿Tú estás contenta? Parece que sí eres feliz.

–Me da miedo volver al mundo real, pero tengo que trabajar. Esto ha sido como una fantasía.

–Vamos a la tienda a pedirle a Sully algo de comer –dijo Helen, tomándola del brazo–. Muchos vivimos aquí todo el año, ¿sabes? Aunque parezca una fantasía, te garantizo que es la vida real. Y es muy agradable. A mí me gusta incluso en invierno, y eso que odio el frío.

–¿Cómo es el invierno aquí?

–No está mal –respondió Helen–. Pero no le cuentes a Sully que he dicho esto. Entonces, no podría quejarme tanto.

–¡Pero si él te adora!

–Sí, sí, y en invierno, más aún. Trae la leña y hace sopa. Solo sabe hacer cuatro tipos de sopa, y se parecen mucho. El invierno que viene hay que encontrar recetas nuevas para que no me vuelva loca.

Cuando llegaron al porche de la tienda, Sully y Noah estaban jugando a las damas. Y parecía que Noah iba ganando.

Owen era muy consciente de que estaba contando los días. Al principio, les quedaban diez, y le parecía tiempo suficiente. Después, solo siete. Después, cinco.

Se había quedado prendado de Hannah desde el primer momento y, cuanto más tiempo pasaba con ella, más atracción sentía. Ella se había puesto morena con el sol de Colorado. Le habían salido pecas en las mejillas y tenía un aspecto saludable. No se maquillaba y se peinaba con una sencilla coleta. Cuando se soltaba el pelo, le llegaba hasta los hombros. Era guapa y tenía un tipo atlético y unas piernas largas. Tenía una risa contagiosa, fuerte.

Todos los días iban a nadar, a caminar, a hacer fotos. Hannah y Noah leían juntos todas las tardes, casi siempre, en la hamaca. Iban juntos al mercado y a tomar un helado. Desayunaban y comían juntos. Por las noches, Hannah y él se sentaban en el porche, después de que Noah estuviera acostado. Y él no estaba seguro de cuál era la parte del día que más le gustaba.

Sheila lo llamó una noche, justo cuando estaba a punto de acostarse.

–¿Qué tal te ha ido en Taiwán, Owen?

–Oh, Sheila, tenía que haberte llamado. Tuve que cancelar el viaje por las inundaciones. Al principio, solo querían retrasarlo cinco días, pero no pudo ser.

–Vaya, lo lamento. ¿Te ha costado una fortuna?

–Bah, no. He aprendido a contratar un seguro de viajes. Los sitios a los que voy, a veces, están muy aislados y hay riesgos.

–Bueno, y ¿cuál es tu siguiente destino?

–Eso es lo mejor. Voy a ir a Hang Son Doong, la cueva subterránea más grande del mundo. Está en Vietnam. Estaré allí dos semanas, y una de ellas la pasaré enteramente en la cueva. Míralo en Internet. Es increíble.

–¿No le habías alquilado la casa a nadie?

–Sí, pero eso no lo cancelé. Estoy en el establo. Y me alegro de no haberlo hecho, porque ellos necesitaban venir a un sitio como este. Son una mujer joven y un niño de cinco años cuya madre ha muerto de repente. La mujer se llama Hannah y era la mejor amiga de la madre del niño, que se llama Noah. Él tiene una leve parálisis cerebral que le afecta al movimiento de las piernas. Es un niño muy listo. Romeo le ha estado ayudando a adaptarse a su nueva vida.

–¿Y tú también los estás ayudando, Owen?

–El niño es muy inteligente y gracioso. Me recuerda a alguien, ¿sabes?

–Siempre lo echaremos de menos. Es algo con lo que vamos a tener que vivir siempre.

Él se rio, pero sin ganas.

–Tú lo haces mucho mejor que yo. Yo me he encerrado por

completo en mí mismo.

–No sé si lo hago mejor. Yo me convertí en un dragón rugiente. En cuanto a ti, parece que ahora ya no estás tan encerrado. Incluso parece que estás abriéndote un poco.

–Seguramente, es por Noah. Es un niño especial, divertido, atrayente. A pesar de que es vulnerable y está en una situación de necesidad emocional, puede que sea el más fuerte de los tres que estamos en la finca.

–Yo diría que los dos hemos recorrido un camino muy largo, Owen. ¿Y ella? ¿Qué tal es? –le preguntó Sheila.

–Cuando nos conocimos, me contó que hacía pocas semanas que tenía a Noah y que todavía estaba muy insegura, intentando aprender a ser madre. Es soltera y, aunque le había prometido a su mejor amiga que lo haría, nunca se hubiera imaginado que iba a llegar el momento en que tuviera que cumplir esa promesa. Estas pequeñas vacaciones han sido muy buenas para ellos. Ella ya demuestra mucha más seguridad.

–¿Y cuánto tiempo más se van a quedar?

–Cinco días –dijo él–. Viven en Minneapolis.

Sheila se quedó callada un momento.

–A lo mejor deciden quedarse un poco más. Parece que está siendo muy bueno para los dos.

–No lo sé. Ella habla mucho de todo lo que todavía tiene que hacer para que Noah pueda empezar el colegio y ella pueda seguir con su trabajo y… ya sabes, con la vida real.

Sheila se echó a reír.

–Algunas veces, la vida real está muy sobrevalorada.

«Y, algunas veces, la vida real es lo que tú hagas, y dónde lo hagas», pensó él.

–¿Cómo están Lucas y tus niñas?

–Lucas, trabajando demasiado en la fundación, pero está consiguiendo muchas cosas. Y las niñas están ocupadas y felices. Deberíamos alquilar tu cabaña e ir a verte pronto.

–Sheila –preguntó él, riéndose–. ¿Qué clase de mujer va a visitar a su exmarido con su actual marido?

–Hace falta que el exmarido sea alguien especial. Escucha, esta mujer y su hijo…

–Se llama Hannah. Hannah y Noah.

–A lo mejor no deberías dejar que se marcharan. La vida es muy corta.

–Ya lo sé. Mira, estaba a punto de acostarme, pero me alegro muchísimo de que hayamos hablado.

–Ah. Ese es Owen diciéndole a Sheila que se ocupe de sus asuntos.

–No, nada de eso. Saluda a Lucas de mi parte. Dile que no trabaje

tanto, que el trabajo nunca se va a ir a ninguna parte.

–Hablando de trabajo, ¿estás haciendo buenas fotos últimamente?

–Fantásticas. Te voy a mandar algunas por correo electrónico. No, espera. Te mandaré algunas de las que haga en la cueva.

–Me parece muy bien, Owen. Cuídate mucho.

–Sí, lo haré.

Últimamente, había hecho algunas fotografías muy buenas. Noah nadando con Romeo. Hannah, en la hamaca, con un libro, meciéndose suavemente con un pie apoyado en el suelo. Hannah, con un mechón de pelo en la cara. Hannah y Noah comiendo un helado, riéndose, con la nariz manchada. Un autorretrato con ellos dos. Noah, tirándole la pelota a Romeo. Noah, durmiendo con la cabeza apoyada en el estómago de Romeo.

Se daba cuenta de que Hannah no era consciente de su belleza. Tenía el pelo castaño, espeso, suave. Los ojos, oscuros, con reflejos dorados. Siempre estaba preocupada por los demás: por él, por Noah, por sus migas, por todos aquellos con los que tenía contacto. Era considerada y buena. Y tenía muy buen humor, era ingeniosa. Era muy tierna con Noah. En un solo día, él ya sabía que Noah estaba en muy buenas manos.

«A lo mejor no deberías dejar que se marcharan».

Capítulo 5

Admiro al hombre que es capaz de sonreír en los momentos difíciles, que saca fuerzas de la angustia y que, al examinar sus cualidades y defectos, ante su propio reflejo, se hace más valiente…
Thomas Paine

Hannah estaba poniendo una lavadora cuando Owen la encontró.

–Hannah, acaba de llamar Helen Culver. Me ha pedido que te dijera que quiere que vayáis a comer al pub. Le gustaría presentarte a su sobrina, Leigh.

–¿A la sobrina que crio?

–Solo tiene una –respondió Owen–. Creo que Leigh y tú tenéis más o menos la misma edad. ¿Por qué no vas? Yo me quedo con Noah.

–¿No tienes que trabajar? No me gustaría ser una molestia. Seguramente, a Helen no le importará que lo lleve a comer.

–Siempre voy a tener que trabajar –dijo él–. Y siempre tendré buenas excusas para evitarlo. Seguro que Noah prefiere tomarse un sándwich de mantequilla de cacahuete conmigo que ir al pub con un grupo de mujeres. ¿Puedes pasar por el mercado? Tengo una lista, pero es corta.

–¿Seguro?

–Sí, seguro. Esta noche vamos a comer pollo con verduras. Y, si te parece que Noah debe comer algo más, cómpralo también. Helen me dijo que la cita era a las doce.

–¿No debería llamarla para decirle que sí?

Owen sonrió.

–Ya se lo he dicho yo.

Después, salió a ver cómo estaban Noah y Romeo, y Hannah se apresuró a meterse en la ducha. En realidad, le apetecía ir a comer con Helen y su sobrina. Una médica, nada más y nada menos. ¿Y si Noah decidía que quería estudiar Medicina? ¿Cómo iba a arreglárselas ella? Su sueldo era bueno, pero, si tenía que cambiar de trabajo y viajar menos, ganaría menos. Estaba el dinero de Erin y el seguro de

vida. Cuanto más usara ahora, menos tendría para el futuro. Hannah se dio cuenta de que iba a tener que planearlo todo con sumo cuidado.

Cuando llegó al pub, Helen y su sobrina ya estaban allí, esperando en una mesa.

–Siento llegar tarde –dijo–. Estaba poniendo una lavadora y…

–No llegas tarde –respondió Helen–. Siéntate aquí, a mi lado. Te presento a mi sobrina, Leigh, y a mi sobrina nieta, Lily Culver Shandon.

–Me alegro de conocerte, Hannah. ¿Qué te parece nuestro pequeño pueblo? –le preguntó Leigh.

–Toda esta zona es preciosa. Ha sido el refugio perfecto para Noah y para mí.

–Le conté a Leigh cuál es tu situación. Espero que no te importe –dijo Helen–. Se parece mucho a lo que nos ocurrió a nosotras. La madre de Leigh era mi hermana, pero tenía diez años menos que y, así que no éramos muy amigas. Pero, como tú, de repente me vi como madre soltera.

–Y a mí casi me pasa lo mismo –dijo Leigh.

–¿Por qué? –preguntó Hannah.

–Bueno, acababa de empezar a salir con Rob cuando me enteré de que estaba embarazada –dijo ella, y tomó un sorbito de agua–. No estábamos casados, y yo iba a ser madre soltera hasta que él consiguió convencerme, y me casé con el hombre más maravilloso del mundo. Un hombre que tiene dos hijos adolescentes y un negocio. Soy la médica de urgencias del ambulatorio, y trabajo muchas horas.

–¿Y cómo te las arreglas para cuidar al bebé? ¿Te ayuda mucho Helen?

–No –dijeron las dos, al unísono. Y, entonces, se echaron a reír.

–Yo la ayudo un poco, pero también tengo trabajo –dijo Helen–. Le he dicho a Leigh que empiece a buscar una buena niñera.

–En este momento, con Lily tan pequeña, nos la pasamos de unos a otros. Rob está en casa por las mañanas y, algunas tardes, la niña se viene conmigo a la clínica. Su hermano Sean, que está en el primer año de instituto, nos ayuda siempre que puede. Sean y su hermano mayor, Finn, no quieren admitirlo, pero se les cae la baba con ella. Cuando Lily empiece a andar y se mueva más deprisa, tendremos que organizarlo de otro modo.

–Lo más difícil es acordarse de que hay que disfrutar de estos días, cuando estás tan ocupada intentado cuidarlos lo mejor posible –dijo Helen.

–¿Y quién te ayuda a ti, Hannah? –le preguntó Leigh.

–En este momento, mi apoyo es Owen. Es maravilloso con Noah y estoy segura de que Noah se lo está pasando muy bien. En Minneapolis, tengo un par de amigas que también estaban muy unidas

a la madre de Noah, Erin, y que me van a ayudar en todo lo posible. Pero las dos trabajan. Tendré que pedir más ayuda. En este momento tengo un permiso por asuntos familiares, y tengo más tiempo para pensar. Y, si es necesario, puedo prolongar la baja, aunque sea sin sueldo.

–Entonces, podrías quedarte aquí un poco más de tiempo –dijo Leigh.

–Ojalá –dijo ella–. Pero tengo una casa en Minneapolis, y tengo que pagar la hipoteca. Noah tiene que empezar los tratamientos con sus nuevos médicos; Erin y él vivían en Madison. Yo tengo que continuar con su terapia –explicó y, de repente, se echó a reír–. Creo que Owen se lo ha tomado como un reto personal. Ha comprado trajes de neopreno para que podamos nadar en el lago, que está helado. Noah tiene cinco años y le dijo a Sully que el traje era para que no se le congelaran las pelotas.

–Oh, Dios, así va a ser Lily también –dijo Leigh, y se posó la mano en la frente–. Yo hablo muy mal.

–Y lo ha heredado de mí –reconoció Hannah–. Estamos condenadas.

Rob Shandon se acercó a su mesa.

–¿Qué les apetece a las señoras hoy?

–Lo mío ya lo sabes –dijo Leigh–. Y, también, la bolsa de los pañales cuando tengas un minuto.

–Yo voy a tomar la ensalada César –dijo Helen.

–Y yo, también –dijo Hannah.

–Probadla en un bocadillo de tortilla de trigo –les sugirió Rob–. Es lo que más piden.

–Lo que tú nos recomiendes –dijo Hannah.

–No me gusta presumir –dijo Leigh–, pero he sido tan lista que me he casado con un hombre que sabe cocinar. Durante los diez últimos años ha estado yendo a casa a la hora de cenar para prepararles una comida nutritiva a sus hijos y sentarse a la mesa con ellos. Y ahora, cuida de mí también.

«Owen también sabe cocinar», pensó Hannah.

–¿Y si te llaman para una urgencia? –le preguntó a Leigh.

–No sucede muy a menudo, pero tengo a Sean cuando está en casa y, si no, Rob tiene unos buenos empleados aquí, y puede irse a casa tranquilo si lo necesito. Y siempre está Helen, aunque me ha dicho claramente que no me aproveche de ella.

Helen se encogió de hombros.

–Me temo que no soy tan flexible –dijo–. Pregúntale a Sully. Me gusta tener un horario. Soy esclava de los hábitos. Es lo que me ayudó a sobrevivir cuando Leigh era pequeña y yo tenía dos trabajos.

Estuvieron hablando y riéndose durante toda la comida. Hannah se enteró de que la maternidad en solitario no era lo único que tenían en

común. Leigh y Helen también eran del Medio Oeste, de Chicago. Después de varios años de arduo trabajo y de luchar contra los atascos de tráfico, había decidido cambiar su ritmo de vida y había aceptado el contrato de Timberlake, por experimentar cómo podía ser la vida allí, y había descubierto que era mucho mejor que el estilo de vida que llevaba en la ciudad.

–No te dejes engañar por el tamaño del pueblo. Aquí tienes cerca todo lo que puedas necesitar. El paisaje es precioso, el aire es puro, la gente es hospitalaria. Es un lugar saludable. Ahora que tengo a Lily, soy muy feliz de poder criarla aquí.

Fue una de las mejores comidas con amigas a la que había ido en mucho tiempo. Estaba asombrada por el éxito de aquellas dos mujeres, Helen, como escritora, y Leigh, en su práctica de la Medicina. Las dos habían encontrado el amor verdadero durante el año que llevaban viviendo allí. Y, a pesar de que trabajaran mucho, tenían vidas personales satisfactorias.

–Y tú también la tendrás –le dijo Helen.

–Bueno, no lo sé –respondió Hannah–. El amor verdadero me parece algo muy difícil de conseguir, aparte del amor que siento por Noah. No tengo ganas de buscar a otro hombre después de cancelar dos bodas. Además, ahora tengo que pensar en Noah.

–Creo que deberías quedarte un poco más aquí –le dijo Leigh–. Solo hasta que hayas tomado las riendas de tu nueva vida.

–Eso sería maravilloso, pero todas las noches, cuando cierro los ojos, empiezo a pensar en lo que tengo que hacer para que Noah y yo sigamos con nuestras vidas: matricularlo en el colegio, llevarlo de nuevo a sesiones de fisioterapia, presentárselo a sus médicos, encontrar a una buena niñera, volver a trabajar…

–Cuando Rob estaba casado con su primera mujer, era subdirector de un restaurante de cinco estrellas en una gran ciudad. Después de que ella muriera, cuando sus hijos tenían cinco y siete años, decidió que lo mejor que podía hacer era ir a vivir a un pueblo pequeño, seguro, de gente amigable, donde pudiera abrir un restaurante. Un sitio en el que el colegio estuviera cerca de casa, para poder cuidar de los niños. Ahora, estamos aquí con un bebé, y él está muy cómodo con la niña, llevándola en el carrito, cuidándola en su despacho… Creo que, desde que nació Lily, el negocio ha aumentado. Todo el mundo quiere ver al bebé. Y en la clínica ocurre lo mismo. Mis enfermeras me ayudan a cuidarla. Nada de esto habría sido posible en un hospital grande de Chicago. No sé cómo habrían reaccionado mis jefes de urgencias en la ciudad si yo hubiera dicho que tenía que irme a casa porque mi bebé tenía fiebre. Pero ¿aquí? Se ofrecerían unas quince personas para ayudarme. Mis pacientes esperarían gustosamente hasta que yo volviera de ver a la niña.

Hannah se dio cuenta de que tenía que reflexionar bien sobre todo aquello.

Aquella noche, después de cenar, cuando Hannah le estaba contando a Owen cómo había sido su comida con Helen y Leigh, él preguntó:

–¿Por qué no te piensas lo de quedarte un poco más? Aquí, todos los días son buenos días para Noah, y tú tendrías tiempo para aclararte la cabeza. Te queda todo el verano.

–Owen, tengo que enfrentarme a esto. Tengo que volver a ganar un buen sueldo, y no quedarme aquí gastando dinero. Me encanta tu casa, pero…

–Hannah, creo que sabes que el hecho de que hayáis estado aquí también ha sido bueno para mí. Hace más de diez años que me divorcié, y no puedo decir que me haya sentido demasiado solo. He tenido pocas relaciones con mujeres, y todas han sido breves. Mi mujer volvió a casarse. Su marido es un tipo muy agradable. Me cae muy bien. Y tienen dos niñas pequeñas –le dijo, y se echó a reír con azoramiento–. Hace un par de días hablé con ella y me dijo que quería venir a verme con su familia, y yo le pregunté qué clase de mujer va a visitar a su exmarido –explicó, y cabeceó ligeramente–. Desde el día que llegasteis Noah y tú, es como si todo fuera completamente normal. Sé que tienes que irte y, quizá sigamos en contacto, incluso puede que volváis. Y me resulta más normal que vengáis Noah y tú que mi exmujer con toda su familia. ¿A ti no?

Ella se echó a reír.

–Supongo que sí.

–Estoy acostumbrado a sentirme raro. Aquí soy el tío delgaducho ese de la cámara. Pero, por algún motivo, contigo no me siento extraño.

–Pero es que no lo eres. Eres la persona más real que he conocido desde hace mucho tiempo. Y no me pareces delgaducho.

–Cuando tenía doce años, ya podía bajarle las cosas a mi madre de la balda más alta de la estantería. También puedo bajártelas a ti, si lo necesitas. Puedo nadar con Noah. Aquí, está mejorando día a día.

–Creo que mi responsabilidad es conseguir que mejore día a día en la que va a ser su casa para siempre. Debería cumplir ese plan, por muy insegura que me sienta.

–Normalmente, este sitio es un sitio muy poco complicado –dijo él–. Todavía te quedan dos días. Piénsalo, ¿de acuerdo? Piensa en concederte este regalo, que solo es un poco de tiempo. Está siendo muy bueno para todos.

–Por favor, dime que no me vas a guardar rencor si decido que es

mejor que nos marchemos.

–Claro que no. Nos hemos hecho amigos. Solo quiero que seas feliz y que hagas lo que es mejor para ti.

Ella sonrió.

–¿Por qué me da la extraña sensación de que eso es lo que dijiste cuando decidiste divorciarte? ¿Fuiste amable y considerado también en ese momento?

Él se rio en voz baja.

–Creo que fue algo parecido. Pobre Sheila. Ella tiene tanta energía, tantas cosas que decir y que dar. Es una persona muy sociable, le encanta relacionarse con la gente. Me decía que, algunas veces, yo me quedaba en silencio durante días. No sabía que fuera tan exagerado, pero lo cierto es que a mí no me gustan los grupos grandes de gente. Y también es cierto que empecé a mirar más mi mundo a través de las lentes de las cámaras. Me temo que lo que me gustan son las cenas tranquilas, las puestas de sol, los paseos, las hogueras en el campo, la gente que no tiene quinientos amigos, sino unos cuantos muy buenos, y que me cuenta entre ellos. He recorrido el paisaje de Colorado durante meses y, en uno de mis paseos, encontré este sitio, donde supe que iba a poder estar callado, relajado y tranquilo.

–Pero… también viajas a lugares muy exóticos.

–Sí, es verdad. Tengo una curiosidad insaciable por las cosas que no he visto, y también necesito ganarme la vida. Pero no siempre voy a sitios exóticos. He viajado a pueblos del país para ver la llegada de un soldado después de licenciarse del servicio, o su salida del hospital con unas piernas ortopédicas. He hecho fotos en comedores sociales y he retratado a personas sin hogar. Pero me encantan los sitios a los que consigue ir muy poca gente. Creo que me pasa algo parecido a ti, que tengo un rompecabezas en la mente y estoy encajando las piezas.

–No sé cómo voy a poder darte las gracias por tu generosidad con Noah y conmigo. Ha sido un privilegio ver tu obra.

–Ahora me estás haciendo la pelota.

–¡Ja! Pues claro que no. Te envidio, envidio tu talento y su motivación. ¡Yo no sé qué hacer con mi vida! Tengo un buen trabajo, y la empresa también es buena. Sin embargo, lo único que me resulta sueldo es bueno, sí, pero es lo único que me resulta gratificante en estos momentos. Me he cansado de todo lo demás.

–Hannah, eso le pasa a mucha gente, sea en la profesión que sea. Antes de mi divorcio, yo hacía una clase de fotos diferentes. Hacía bodas, partidos de béisbol, fotografías escolares, de bebés, fotos para tarjetas de Navidad… Y, después, conseguí esta incómoda libertad y empecé a cambiar.

–¿Te he contado lo que pasó la otra vez que estuve aquí? ¿Te he contado cómo fue el ejercicio de empresa?

–Bueno, me contaste que habías venido a un retiro de tu empresa, sí. Creo que yo estaba de viaje.

Entonces, ella le habló de los ejercicios de confianza, de la moderadora sexy, de cómo se colocaban sus compañeros. Le explicó que, finalmente, se había ido a casa antes de tiempo, y se había encontrado a su prometido dándose un revolcón con su propia secretaria.

A él se le escapó una carcajada de asombro.

–Oh, Dios mío, perdóname. No fue muy divertido, ¿verdad?

–Bueno, a medida que pasa el tiempo, me parece más divertido. Cuando Noah sea mayor, quizá cuente la historia en su boda…

–Espero estar allí –dijo Owen–. Parece una cosa sacada de una serie de televisión.

–Tuve que forzar la cerradura de tu armario para sacar mi teléfono y mi ordenador. La moderadora nos los había retirado para que tuviéramos que comunicarnos a la vieja usanza. Debería haber forzado la cerradura de la bodega…

–Ah, pero, entonces, no habrías pillado a tu prometido con tu secretaria.

Se miraron y se echaron a reír. Se tomaron otra copa de vino. Y, cuando se dieron las buenas noches, él le besó la frente.

–Este es un sitio seguro y tranquilo. Si piensas que puede ser bueno para Noah y para ti, podéis quedaros más tiempo.

–Eres un hombre muy bueno.

–Algunas veces soy un poco egoísta.

–Kate –dijo Hannah, con el teléfono al oído–. ¿Puede cambiar tu vida en dos semanas? ¿Es posible que las cosas que siempre habías querido se conviertan en cosas de las que te gustaría liberarte y las cosas que pensabas que nunca ibas a querer empiecen a significarlo todo para ti?

–Hannah, Hannah. Eso puede pasar en dos minutos, ¿acaso no lo sabías todavía? ¿Estás bien?

–Este sitio es como el cielo, y no quiero volver a Minneapolis. Me temo que voy a estar muy sola. Me temo que Noah se me escape entre los dedos, que no pueda hacer mi trabajo y cuidarlo a la vez. ¿Y si no encuentro una buena niñera? ¿Y si no tomo las mejores decisiones?

–No tienes por qué volver corriendo a trabajar –le dijo Kate–. Puedes tomarte el tiempo que necesites para adaptarte a todo. Sharon y yo te vamos a ayudar todo lo que podamos. Tenemos muchos contactos en el mundo infantil, y mucha experiencia. Podemos ayudarte a encontrar ayuda y apoyo. Pero no tienes que volver corriendo, si no quieres. Solo han pasado dos semanas.

–Owen me ha ofrecido quedarme otras dos semanas más, si quiero. Dice que nuestra presencia es también muy buena para él.

–¿Y por qué no aceptas? No es demasiado tiempo. Todavía tendrías todo el verano para organizarlo todo en casa. ¿Necesita Noah atención médica ahora?

–No, parece que está muy bien. Está mejorando, de hecho. Y me he hecho amiga de la médica del pueblo, así que, si necesito algo, seguro que ella puede derivarme.

–Entonces, ¿Noah y tú os lleváis bien?

–¡Sí! Muy bien. Yo lo adoro, y creo que él está empezando a quererme a mí.

–Pues confía en ti misma. Concédete un poco más de tiempo antes de volver aquí. Después, tenemos todo el verano por delante. Todo saldrá bien.

–Tienes razón. Quiero quedarte. No solo por Noah. Yo también lo necesito.

–Y tienes mucha curiosidad por ese hombre, ¿no? –dijo Kate–. A ver qué puedes saber de él durante este tiempo.

Hannah se echó a reír con algo de vergüenza.

–Sí. Eso, también.

A la mañana siguiente, Hannah se lo dijo a Noah.

–He decidido que podemos quedarnos dos semanas más, ya que Owen nos lo ha ofrecido. Pero, después, tenemos que volver a Minneapolis. ¡Hay muchas cosas que hacer!

–¡Bien! –exclamó él–. ¿Qué te ha dicho Owen?

–Todavía no se lo he contado a él. ¿Quieres decírselo tú?

–¡Sí, yo se lo digo! –exclamó Noah.

Noah se vistió rápidamente y tomó sus muletas. Fue a la puerta del establo mientras Hannah lo observaba con una sonrisa desde el porche.

–¡Podemos quedarnos más! –gritó.

Y, entonces, Owen lo tomó en brazos y lo lazó al aire. Una de las muletas de Noah le cayó en la cabeza. Él hizo un gesto de dolor y se echó a reír. Llevó al niño de nuevo hacia el porche de la cabaña, seguido por Romeo. Su sonrisa era la más grande que ella hubiera visto nunca.

–Es una noticia muy buena –dijo.

–Espero que esto no empeore las cosas, porque si Noah y Romeo se encariñan aún más…

–No seas tonta –le dijo Owen–. Ya no pueden encariñarse más.

–Pero es todo el tiempo que me queda. Solo dos semanas. De lo contrario, entraría en el periodo de baja sin sueldo…

–Sí, lo entiendo. Además, así tendréis todo el verano para adaptarte a la vida cotidiana…

–Sí, eso es –dijo ella–. Bueno, y ¿qué vamos a hacer?

–Muchas cosas. Nadar, pescar, ir a ver a nuestros vecinos, sacar fotos e ir a dar un paseo. A lo mejor deberíamos ir a ver un par de pueblos que hay cerca de aquí, conocer sus pubs, cafeterías, galerías de arte, librerías… todo. No te preocupes. Creo que vamos a estar muy ocupados y a divertirnos mucho.

Owen estaba contando los días otra vez. Al principio, con dos semanas más, tuvo la sensación de que podía estar mucho más tiempo con Hannah y Noah. Las flores del mes de mayo aparecían por todas partes, en los senderos, las casas y los ranchos. Todas las mañanas planeaban lo que iban a hacer aquel día y dónde iban a comer. Algunos días se quedaron en casa. Pero, hicieran lo que hicieran, por la noche, cuando Noah ya estaba acostado, se sentaban en el porche y hablaban.

Para Noah, aquellos días eran muy intensos y agotadores, y dormía la siesta durante una o dos horas. En casa de Owen nunca había habido tanta vida.

De repente, ya solo faltaba una semana. Y, después, dos días.

–Bueno, ya sabes que puedes quedarte más tiempo si sirve de algo –le dijo a Hannah.

–Gracias, eres muy amable. Pero eso sería como huir de la realidad, y Noah y yo tenemos que enfrentarnos a ella. ¿Nos invitas para que volvamos algún día?

–Sí, venid a visitarme, por favor. Siempre seréis bienvenidos.

Hannah se sentía tan cómoda y tan contenta, que le parecía demasiado bueno para ser cierto. Entonces, ocurrió algo raro: vio que tenía una llamada perdida de Wyatt. No le había enviado ningún mensaje, así que ella pensó que debía de haberse marcado su número sin que él se diera cuenta. Sin embargo, eso la dejó inquieta.

Pero, después de pasar un par de horas con Owen, dejó de preocuparse. O la llamada dejó de importarle, no estaba segura.

Todas las noches se iba a la cama diciéndose que iba a llegar el momento de marcharse. Y llegó. Le dijo a Noah que solo les quedaba un día más.

***

A la mañana siguiente, Hannah se despertó a causa del ruido de la lluvia. Sería bueno para las flores y el huerto de Sully, pero era una pena que lloviera el último día que iban a pasar con Owen. Además, alguien se despertó con el pie izquierdo.

–¡He dicho que no tengo hambre! ¡No quiero cereales! –exclamó Noah, con enfado.

Hannah se quedó estupefacta. Su niño, que era perfecto, se había estropeado.

–¿Prefieres huevos revueltos? ¿Tostadas? ¿Tortitas?

–No tengo hambre –gritó Noah, y dio un puñetazo en la mesa. Con el golpe, el cuenco de leche y Cheerios se cayó en la mesa, y su contenido se derramó en el suelo.

–Creo que lo que quieres es pasar un rato a solas. Vete a tu habitación. Yo subo dentro de un minuto a hablar contigo. Después de limpiar.

–¡Quiero que venga Romeo!

–Me parece que todavía no se han levantado. No me obligues a llevarte a rastras a tu habitación.

–No quiero ir –dijo el niño. Y, entonces, se echó a llorar.

Hannah se arrodilló junto a su silla y le tocó la frente.

–¿Te encuentras mal? ¿Te duelen las piernas? ¿Sigues cansado?

–No me pasa nada –dijo él, frotándose los párpados con los puños apretados.

–Entonces, ¿por qué estás de tan mal humor? Nunca te había visto portarte tan mal.

–¡Tú sí que eres mala! –dijo él.

–Muy bien –respondió Hannah, y lo tomó en brazos–. Tienes que estar un rato a solas y yo tengo que limpiar lo que tú has ensuciado. No quiero verte hasta que estés dispuesto a pedirme perdón.

Él empezó a forcejear y a dar patadas. Llevaba las zapatillas de deporte ortopédicas, y le dio una buena patada a Hannah en la espinilla.

–Vaya, no sé si te vas a quedar aquí todo el día –le dijo ella, y lo dejó sobre la cama. Después, salió de la habitación y cerró la puerta. Se frotó la espinilla y fue cojeando a la cocina.

Unos minutos después, alguien llamó a la puerta. Hannah abrió y se encontró con Owen y Romeo. Romeo tenía una toalla extendida en la espalda para impedir que se mojara con la ducha.

–¿Era Noah el que gritaba? –preguntó él.

–Sí, hoy ha ido a desayunar de muy mal humor.

–¿Pero eso le pasa a menudo?

–¡No! No tengo ni idea de qué le pasa. Espero que no se esté poniendo enfermo. Llevamos juntos dos meses y nunca se había portado así. Ni siquiera después de perder a su madre.

–Puede que lo estuviera acumulando. Si es así, lo mejor es que salga todo.

Romeo se sentó al lado de Owen, callado y estoico. De hecho, a Hannah le pareció que el perro fruncía el ceño.

Hannah le sirvió una taza de café a Owen y se sentaron a la mesa.

–¿Por qué tu café sabe mucho mejor que el mío? –le preguntó él.

–Porque no lo has hecho tú. ¿Quieres que te prepare unos huevos revueltos?

–Prefiero esperar un poco y desayunar con Noah. Cuando se recupere. ¿Qué planes tenéis para hoy?

–Bueno, esperaba que Noah se pusiera a jugar fuera y yo pudiera recoger todas nuestras cosas y hacer las maletas. Esta noche nos daremos una ducha y, así, mañana por la mañana solo tendremos que vestirnos, desayunar un poco y salir de viaje.

–Puedo entretenerlo en el establo con las fotos –dijo Owen–. Y, con suerte, después dejará de llover.

–Quiero ir a casa de Sully a despedirme.

–Vas a volver a visitarnos, ¿verdad?

–¡Pues claro que sí! Lo prometo.

–Voy a estar esperando.

–Pero no sé cuándo podré, Owen. Ya sabes que antes tengo que organizarlo todo en casa. Después, pensaremos cuando volvemos a visitarte. Noah estará impaciente por venir.

–Y yo –dijo él–. Te enviaré las fechas en las que voy a estar fuera para que podáis venir cuando yo esté, ¿de acuerdo? Y llevaos los trajes de neopreno por si queréis bañaros en esos lagos tan fríos de Minnesota…

–Ya sabes que parece que estoy loca, pero no.

Dejaron de hablar al ver que Romeo se levantaba. La toalla se cayó al suelo. El perro caminó hacia el otro lado del salón, donde estaba Noah, agarrado a su manta.

–Lo siento –dijo, en voz baja.

–¿Te encuentras mejor? –le preguntó Hannah. Él asintió–. Ven aquí, cariño.

Él se acercó lentamente y ella lo tomó en brazos, lo sentó en su regazo y le dio un beso en la sien.

–Owen ha esperado para desayunar contigo. ¿Qué te apetece?

–¿Qué va a comer Owen?

–Yo voy a comer huevos revueltos.

–Yo también quiero –dijo Noah.

–Muy bien –respondió Hannah–. Pues quedaos aquí sentaditos. Yo os hago el desayuno, chicos.

Mientras estaba en la cocina, Hannah los oyó hablar.

–Hoy tenemos que divertirnos, porque os vais mañana.

–¿Qué vamos a hacer?

–Bueno, hasta que deje de llover, podemos ir al estudio y ver fotos. Has hecho muchas, y puedo meterlas todas en un *pendrive* para que te las lleves a casa. Así puedes conectarlo al ordenador de Hannah o a la tableta y mirarlas.

–¿Y puedo llevarme algunas de las tuyas también?

–Claro. Dime cuáles son las que te gustan. Y, después de lo de las fotos, vamos a comer a casa de Sully.

–¿Y puede ir Romeo?

–Si no llueve, sí. Si todavía llueve y el suelo está resbaladizo, Romeo tiene que quedarse en casa. Es muy mala influencia para Beau.

–Y a Sully no le apetece bañar a Beau.

–Y a mí no me apetece traer a un gran danés a casa en el coche si está todo lleno de barro. Ni en el coche de Hannah.

Hannah se acercó en aquel momento y les sirvió dos platos.

–Gracias por eso. Aquí tienen, señores. Si les apetece algo más, solo tienen que decirlo.

–Gracias –dijo Noah.

–Muy bien, Noah –dijo Owen–. Me alegro de que vuelvas a tener buenos modales.

Noah se encogió de hombros y clavó el tenedor en los huevos revueltos.

–Antes estaba de mal humor.

–Ya lo he oído. Ha sido terrible. No le des huevos a Romeo, o tendrá cagalera.

Noah se echó a reír.

–Se ha comido los cereales que tú habías tirado, y me estoy preparando.

–Otro motivo por el que no puede ir en mi coche –dijo Hannah.

–Cuando volvamos de comer y hayáis recogido todas vuestras cosas, os ayudo a meterlas al maletero –dijo Owen.

Al instante, Noah bajó la mirada y empezó a remover los huevos por el plato.

–No te pongas triste, Noah. Hannah ha dicho que vais a volver de visita este verano.

–¿De verdad? –le preguntó el niño a Hannah.

–Claro que sí. Vamos a buscar un buen momento, después de organizar todas las cosas en casa. Entonces, vendremos de visita. ¿Te sientes mejor?

–Sí –dijo él–. Pero, bueno, esa todavía no es mi casa.

Hannah alzó la barbilla.

–Lo siento, Noah, pero las cosas son así ahora, y vamos a conseguir que salgan bien. Tendrás nuevos amigos, como ha sucedido con Owen y Romeo. Y vamos a venir a verlos en cuanto podamos. Tenemos un trabajo muy grande por delante, y no podemos estar siempre de vacaciones. ¿Me vas a ayudar?

Noah miró a Owen, y Owen asintió. Entonces, Noah dijo:

–Sí.

–Buen chico. Y, ahora, yo voy a recoger la cocina y a limpiar la

casa, mientras Owen, Romeo y tú vais a elegir las fotos.

–De acuerdo –dijo Noah, obedientemente.

Cuando se marcharon, Hannah se quedó sola en la cocina y se echó a llorar. Ella tampoco quería marcharse. Quería que se parara el reloj, quemar el calendario y hacer que el resto de su vida fuera siempre así.

Hannah y Owen fingían que estaban alegres, pero ella estaba segura de que Noah se daba cuenta de que no era real. Fueron a comer al porche de Sully. Salió el sol, y Romeo se puso a saltar por el *camping* con Beau. Sully y Noah se pusieron a lanzarles la pelota mientras Hannah charlaba con Helen.

Cuando volvieron a casa, Owen y Noah se fueron a pescar mientras Hannah hacía las maletas. Después, Owen la ayudó a cargarlo todo en el coche y ella demostró que era muy controladora a la hora de colocar las cosas, algo que hizo que los dos se rieran.

Owen hizo la cena, los perritos calientes favoritos de Noah y, después de cenar, jugaron a Candy Land. Y, al final, Hannah le dijo a Noah que tenía que bañarse y acostarse. Incluso dejó que Romeo le ayudara a dormirse.

Cuando, por fin, ella salió al porche, Owen había encendido un par de velas, había abierto una botella de vino y había puesto una música suave que salía de los muros. Ella no tenía ni idea de cómo lo había hecho. Aquella casa que había construido lo tenía todo. Era mágica.

–¿Te gustaría que vaciara la nevera? –le preguntó–. No queda mucho, y no hay nada caducado.

–Déjalo todo y siéntate.

Ella se sentó y tomó la copa de vino que él le estaba ofreciendo.

–Mañana desharé las camas y meteré las sábanas en la lavadora antes de que nos vayamos.

–Por favor, no. Déjame alguna cosa que hacer. Creo que mañana querré estar ocupado. Y ¿podrías llamarme alguna vez durante el viaje? Para decirme qué tal va todo.

–Claro, pero, por favor, no te preocupes.

–Han sido unas vacaciones muy buenas –dijo él–. Espero que hayas descansado. Las semanas previas a vuestra llegada debieron de ser muy difíciles.

–Sí, ha sido una escapada maravillosa –dijo ella, y le dio un sorbito al vino. Wyatt, mi prometido, me traicionó. Tuve que cancelar una boda. Perdí cientos de dólares de fianzas. Y no he vuelto a acordarme de él desde hace cuatro semanas.

Owen se echó a reír.

–Vaya, te escapaste por los pelos.

–Voy a pensar mucho en ti –dijo ella.

A él se le escapó una risa suave.

–Bien, porque quiero que vayas. Yo también puedo ir a Minneapolis. Hemos pasado todos los días juntos y todavía nos quedan muchas cosas de las que hablar. Me gustaría que conocieras a mi madre y a mi hermana. Creo que son lo mejor de mi vida. Me gustaría, incluso, que conocieras a mi exmujer. Es una mujer excepcional.

–A mí me gustaría trabajar de ayudante tuya y acompañarte en algunos viajes.

A él se le iluminó la mirada.

–¡Qué casualidad, hay una vacante! ¿Cuándo puedes empezar?

Ella sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Ya sabes que tengo que irme. Quiero que Noah empiece con su vida cotidiana. Creo que será muy bueno para él.

–Vas a ser una madre estupenda. Ya eres una madre estupenda.

–Para mí, todo ha cambiado. Antes, tenía muchas posibilidades de que me ascendieran a directora regional de Ventas y, si desempeñaba bien esa labor, seguramente me nombrarían vicepresidenta de Ventas. Pero ahora, ya no me parece importante. Lo único que me importa es tener tiempo suficiente para Noah. Tiempo y dinero para atenderlo bien. Dejaría de trabajar, pero no puedo, porque necesitamos el seguro médico y los ingresos. Creo que voy a buscar un trabajo con un horario más flexible y menos viajes. A lo mejor hay algo en mi propia empresa…

–¿Un cambio a otro departamento?

–Ni siquiera sé lo que quiero buscar.

–A lo mejor deberías buscar ayuda.

–No creo que necesite un psicólogo –respondió ella, un poco molesta.

Él se echó a reír.

–No me refería a un psicólogo, sino a un asesor en cuestiones profesionales. Aunque tu situación es excepcional, también hay mucha gente que llega a un punto en el que el trabajo no le resulta gratificante, y quieren cambiar, pero no saben por dónde empezar.

–Vaya. Eso no se me había ocurrido.

–Tómate tu tiempo. No tienes que cumplir un plazo.

–Tú haces que todo suene muy fácil.

–No, no va a ser fácil. Pero no tiene por qué ser una emergencia. Noah y tú podéis avanzar a tu ritmo.

Siguieron charlando y tomando vino, como el resto de las noches. Después, él hizo que se levantara y le dio un ligero beso en la frente.

–Quiero que duermas bien, pero no que te levantes con resaca. Mañana tienes un viaje largo por delante.

Entonces, la abrazó y la estrechó contra sí.

–Te voy a echar de menos. Y a Noah. Creo que el pobre Romeo se va a deprimir.

–Vas a tener que hacerle mucho caso.

–¿A qué hora os vais a levantar?

–A las seis. Nos vestimos, desayunamos algo y salimos.

–Yo también me voy a levantar –dijo él.

Le alzó la barbilla y la besó en los labios, con dulzura, con firmeza. Después, le hizo una caricia en la mejilla con los nudillos.

–Esto no es un adiós. Vamos a hablar muy a menudo. Seguramente, todos los días. Y nos vamos a ver muy pronto.

–Claro que sí –dijo ella–. Que duermas bien. Hasta mañana.

Capítulo 6

La familia es la prueba de la libertad, porque
es la única cosa que un hombre libre
construye para sí mismo y por sí mismo.
Gilbert K. Chesterton

Hannah temía que aquello fuera un adiós definitivo. Owen tenía una vida de aventuras, era famoso y, entre viaje y viaje, se escondía en aquella cabaña y catalogaba sus fotos y sus colecciones. ¿Qué sabía de él, en realidad? Adoraba su temperamento y su sentido del humor y le encantaba cómo se relacionaba con Noah y con Romeo, pero no podía saber de ningún modo si tenía un lado oscuro. Su exmujer, a quien él había descrito como una persona extrovertida, había dicho que él era capaz de permanecer en silencio mucho tiempo, días. Mientras habían estado juntos, ella no había experimentado eso. ¿Algo así podía ser soportable, después de un tiempo? ¿O se convertiría en algo agotador, en causa de un sentimiento de soledad?

Sin embargo, Hannah estuvo a punto de llorar mientras se estaba duchando. Tenía que contenerse para no entristecer aún más a Noah, que ya estaba sufriendo por tener que separarse de Owen y de Romeo. Pobre Noah, cuántas cosas por las que sufrir estaba experimentando últimamente…

Pero el beso de Owen, y la seguridad que había sentido entre sus brazos, eran algo prometedor. Era un hombre calmado y seguro, fuerte, y ella no había conocido a nadie como él. No había vuelto a pensar en Wyatt en todo aquel tiempo, salvo cuando había visto su llamada perdida.

Había algo que la confundía, sin embargo. Estaba claro que Owen adoraba a Noah, pero ¿qué sentía por ella? Durante aquellas cuatro semanas, él la había abrazado un par de veces, pero habían sido abrazos castos y amables. Le había besado la frente unas cuantas veces, y los labios, una sola vez. Sin embargo, no percibía un fuerte deseo en él. Le había dicho que, desde su divorcio, había tenido pocas relaciones, y breves.

Se secó el pelo y se acostó. Pensó que Owen y ella llegarían a

conocerse mejor a través de sus llamadas de teléfono. E iba a ir a verlo de nuevo. Si no averiguaba lo que necesitaba saber después de otra visita, tal vez volviera el verano siguiente. Después de todo, ya había asumido que iba a ser madre soltera.

A la mañana siguiente, al despertarse, estaba cansada. No había dormido muy bien. Se levantó, se vistió y puso el café al fuego. Guardó el pijama y la ropa del día anterior, y el neceser. Dejó su bolsa de viaje al lado de la puerta.

Después, despertó a Noah, que gimió con tristeza.

–Vamos, levántate y sonríe. Quiero que hagas fotos del paisaje durante el viaje, para que puedas mandárselas a Owen. Va a venir a desayunar, así que hay que levantarse.

–¿Es obligatorio?

–Bueno, puedo llevarte al coche en pijama y tú puedes vestirte después, pero ¿no quieres despedirte de Owen y de Romeo?

–Sí –dijo él.

Hannah lo ayudó a levantarse, a vestirse y a colocarse la férula. Mientras él se lavaba los dientes, ella quitó las sábanas y las metió en la lavadora. Dobló las mantas y los edredones y colocó las almohadas. Al final, percibió el olor del café, que ya estaba listo. Le sirvió a Noah un cuenco de cereales, sirvió dos tazas de café y abrió la puerta. Esa era la señal que habían convenido.

Romeo entró dando saltos.

–Ven, ven, ven aquí –lo llamó Noah, y el gran danés se le acercó y le dio un lametazo en la cara.

Ella sacó el café al porche y vio a Owen, que estaba sentado en su butaca favorita.

–¿Cuánto llevas esperando? –le preguntó, mientras le tendía el café.

–Poco.

–Ah, tienes cara de cansado –dijo ella–. Ya verás como todo va a ir bien. Ya lo he pensado bien. Vamos a hablar por teléfono, vamos a hablar por FaceTime y nos vamos a enviar mensajes. Nos vamos a conocer mejor aún. Antes de que termine el verano vamos a volver a visitarte. Y, a lo mejor, tú puedes venir a Minneapolis. Esto ha sido maravilloso, Owen. Tú eres maravilloso. Gracias. Creo que ha sido el mejor mes de mi vida.

–El mío, también.

–¿Puede quedarse Noah con la cámara que le prestaste? Así puede hacer fotos del viaje y te las podemos enviar por correo electrónico. Te devolveré la cámara por correo… —Eso no es necesario. Puede quedársela. Y dile que te haga fotos a ti también. Y yo le sacaré fotos a Romeo.

–De acuerdo.

–¿Necesitas ayuda para meter algo más al coche?

–No. Ya está todo.

De repente, oyeron una vocecita en el interior de la casa.

–Cuida de Owen y de Beau, y no seas una mala influencia. Sé bueno. Owen te va a enseñar mi cara por el teléfono cuando yo llame. Te quiero más que a nadie.

Hannah se tapó la boca con la mano, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Tenemos que irnos ya. No quiero alargar más esto. Por favor, compréndelo.

–Lo comprendo –dijo él.

–Voy a aclarar el cuenco de los cereales.

–Hannah, ya lo hago yo. Ven aquí –le dijo él, y la abrazó–. Vamos a alegrarnos de lo bien que ha salido todo, y no a convertirlo en algo negativo. Ha sido increíble, y estoy deseando que llegue la próxima vez.

A ella se le escapó un sollozo de emoción, y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

–¿Cómo te sientes siendo el segundo hombre más importante de mi vida?

Él sonrió.

–Muy bien, muy bien –dijo. Entró en la cocina y tomó a Noah en brazos–. Vamos, vaquero, te voy a subir al coche. Hannah te va a colocar todas tus cosas en el asiento trasero. ¿Tienes que ir al baño?

–Ya he ido.

Owen colocó a Noah en su asiento y le dio un beso en las mejillas.

–Gracias por venir a verme. Por favor, volved pronto. Os voy a echar mucho de menos.

–De acuerdo.

Owen tomó las cosas que había llevado Hannah y las puso en el asiento, al alcance de Noah. Después, ella salió de nuevo, con su bolso y su bolsa de viaje. Volvió a abrazarlo y se sentó al volante.

–Que lo pases muy bien en tus viajes, Owen.

–Gracias. Ten mucho cuidado conduciendo, por favor.

–Claro, no te preocupes.

Él cerró la puerta y ella arrancó el motor. Después, pitó una vez y oyó un ladrido de Romeo. Al mirar por el espejo retrovisor, se dio cuenta de que Noah estaba llorando.

–¿Estás bien, cariño?

Él asintió.

–Ojalá no tuviera que alejarme siempre de todos los que me caen bien.

A ella también se le cayeron las lágrimas, y decidió que era mejor no decir nada. Tenían derecho a llorar un poco.

Se puso en camino hacia Leadville.

Owen se tomó otra taza de café en el porche. Romeo posó la cabeza en sus rodillas.

–Somos solteros otra vez, Romeo –le dijo, mientras le acariciaba las orejas–. Pero vamos a estar bien.

Después de todo, había estado muy bien durante años. No tenía que responder ante nadie y había hecho algunas colecciones de fotografía maravillosas, y tenía que volver a concentrarse en el trabajo.

Pero también le había gustado la compañía de Hannah y Noah. Eso le había sorprendido. En diez años, debería haber conocido a alguien que le hiciera sentir algo de nuevo, pero, no. No había ocurrido hasta que se había cruzado con Hannah y Noah. O ellos eran especiales, o él ya estaba preparado y, casualmente, habían aparecido.

No quería que se marcharan. Por supuesto, no podía obligarles a que se quedaran; se lo había ofrecido, pero no había querido presionar más a Hannah. Él siempre dudaba a la hora de mostrar su afecto o sus necesidades a otra persona. ¿Le había dicho que era muy guapa? No, porque él era un poco tímido. Tímido y, a veces, inseguro. Tampoco le había dicho que había sido padre. Siempre sentía pánico a contarles esa parte de su vida a los demás, porque veía una mirada de espanto en los ojos de su interlocutor. Nadie entendía cómo había sido capaz de sobrevivir a algo así. Él tampoco lo entendía.

Debería haberle contado a Hannah que había un motivo por el que se había sentido conmovido por la vulnerabilidad de Noah. Sus pérdidas encajaban como las piezas de un rompecabezas. No solo la pérdida de Noah, sino, también, lo que había perdido Hannah. Ella se había enfrentado a todo con gracia y con fuerza.

¡Era un idiota! ¿Cuándo iba a aprender a decirle a la gente lo que sentía?

Se puso a lavar los platos, limpió la mesa donde había desayunado Noah y miró la nevera. Había tanta comida buena que no creía que pudiera comérsela toda. Fue al dormitorio. Hannah había quitado las sábanas, aunque él le había dicho que no se molestara. Tomó una de las almohadas y se la puso contra la nariz. Dios… ¿cuánto tiempo conservaría su olor?

Volvió a salir y se sentó en el porche.

«¿Y si le dijera lo que siento y ella me diera una oportunidad y, con el tiempo, descubriera que soy un tipo solitario, callado y oscuro, y no pudiera vivir con ello? ¿Y si pasa solo un año y ella ya no es capaz de soportarme, de soportar mi preocupación y mi silencio?».

–No sé, Owen –dijo, en voz alta, respondiéndose a sí mismo.

En realidad, un año le parecía tiempo suficiente para aprender a ser

más abierto, más cariñoso, más accesible emocionalmente.

«Soy un idiota», pensó. Sacó su teléfono móvil y la llamó.

–Owen, estoy bien –dijo ella–. ¿Y tú?

–Yo, no. ¿Dónde estáis?

–Casi hemos llegado a Leadville.

–Antes de entrar en el pueblo hay una zona de servicio. Parad ahí. Voy en un momento.

–¿Por qué? ¿Por qué vas a venir?

–¡Tengo que decirte una cosa! ¿Puedes esperarme? Es muy importante.

–Bueno… Sí, claro. Pero… ¿seguro que estás bien?

–Sí, estoy bien. Llego en un cuarto de hora –dijo él, y colgó.

Dejó a Romeo en casa y fue hacia Leadville, pensando que ella se iba a creer que estaba loco. Empezó a ensayar cómo iba a reaccionar cuando ella le dijera que no podía quedarse con él, que tenía que hacer muchas cosas para poder ser madre soltera y trabajadora. Iba a decirle algo como:

–De acuerdo, pero tenía que intentarlo.

Cuando llegó a la zona de servicio, aparcó detrás de su coche y tocó la bocina. Después, salió y fue corriendo hacia la puerta de Hannah cuando ella bajaba.

Owen le tomó la cara entre las manos y entrelazó los dedos en su pelo, y le dio un beso poderoso. Ella abrió la boca, lo invitó, y él la devoró con pasión. No podía separarse de ella y, contra sus labios, le dijo:

–Quiero tener la oportunidad de enamorarme de ti. Te necesito. Eres lo mejor que me ha ocurrido, y Noah, también. Quiero que os quedéis. Por favor, quedaos este verano. Vamos a ver lo que sabemos cuando termine y, si te parece que lo nuestro no es buena idea, de acuerdo, no diré nada más. Pero creo que si nos concedemos este verano, vamos a enamorarnos. Bueno, creo que seguramente yo ya estoy enamorado. Tiene que ser así. Nunca me había sentido tan mal.

–¿Tan mal? –le preguntó ella, susurrando.

–El hecho de que os vayáis es desgarrador para mí. Por favor, quedaos.

–Pero… Noah…

Él volvió a besarla, y ella lo rodeó con sus brazos.

–Tenemos todo lo que necesita. Aquí hay médicos, dentistas, neurólogos… Bueno, a lo mejor aquí mismo, no, pero están cerca. Hay fisioterapeutas. Hay colegios, niñeras, un gran danés. No tienes que preocuparte por el dinero. No digo que no quiera que trabajes… Mierda. Estas cosas nunca se me han dado bien.

–¿El qué, Owen? –le preguntó ella, sonriendo.

–Lo de suplicar.

Ella lo estrechó entre sus brazos.

–Sí, eso era lo que faltaba –le dijo. Después, se puso de puntillas y lo besó con amor. Él la levantó del suelo.

–¿Vas a quedarte este verano, para ver si me aguantas? ¿Para ver si los tres formamos una familia? Porque yo sé, por experiencia, que la felicidad puede terminar en un segundo y, desde que tú llegaste, he sido tan feliz… Si tú también lo has sido…

–Sí. Muy feliz.

–Entonces, quédate este verano –dijo él–. Para empezar. Por lo menos, vamos a darle el verano…

–Creo que es muy razonable. Sí. Yo también quiero averiguarlo.

–Oh, Dios –dijo él, apretándola contra sí–. Oh, Dios…

Y, entonces, alguien con una vocecita dijo:

–¡Eh! ¿Qué estáis haciendo?

Owen quería ser el que se lo contara a Noah. Abrió la puerta del coche y dijo:

–Noah, Hannah y tú vais a volver a mi casa. Espero que os quedéis todo el verano.

–¿Cuánto es eso? –preguntó el niño.

–Mucho. Meses. Hasta que deje de ser verano. ¿Qué te parece?

A Noah se le iluminó la cara y sonrió.

–Me parece muy bien. ¿Lo sabe Romeo?

–Puedes contárselo tú.

De vuelta a casa de Owen, Noah hizo muchas preguntas.

–¿Por qué vamos a volver? ¿Cuánto dura el verano? ¿Es como un año? ¿Puedo pescar hoy? ¿Puedo nadar? ¿Voy a tener que irme a mi habitación otra vez a estar tranquilo? ¿Se lo digo a Sully? Podemos llamarlo o ir allí. ¿Vamos a meter otra vez todas nuestras cosas en casa? No tenemos que dejarlas en el coche todo el verano, ¿no?

Hannah se estaba riendo mientras conducía.

–El verano dura mucho. Sí, vamos a meter todas nuestras cosas en casa, en los armarios y los cajones. ¡Juega a algo mientras conduzco!

Owen les ayudó a meter el equipaje en casa y, mientras los chicos y Romeo jugaban, leían y pescaban, Hannah se puso a colocarlo todo y llamó a sus amigas.

–Me voy a quedar durante el verano –les dijo–. Voy a quedarme para averiguar si estoy enamorada. Voy a darme la oportunidad de saber si lo quiero tal y como me parece.

–Tenía ese presentimiento –dijo Kate.

–No estoy loca. Cuando lo conozcas, lo entenderás. No me enamoro rápidamente, ni con facilidad. Es cierto que me he equivocado con dos, pero no porque fuera impetuosa, sino porque ellos eran el hombre

equivocado. Owen es… –«es el hombre de mi vida», pensó–. Tengo que saberlo. Aquí somos felices.

–¿Seguro que es buena idea? –le preguntó Kate.

–Sí –respondió ella–. Todavía no estoy segura de lo que va a pasar al final, pero es lo que quiero. Deseaba con todas mis fuerzas que él me dijera «vamos a ver si estamos bien juntos». Cuando lo conozcas, lo entenderás. Es increíble.

–¿Y será bueno para Noah? –le preguntó Sharon.

–Creo que será lo mejor para Noah, pero no os preocupéis por eso. Yo siempre voy a poner a Noah por delante de todo lo demás y, si hay algo que sea negativo para él, puedo tener el coche cargado en media hora. Pero creo que Noah quiere a Owen incluso más que yo.

–Has dicho «querer» –observó Sully.

–No quiero apresurarme –dijo Hannah–. No estoy segura de si esto es amor verdadero, pero me lo parece. Por eso vamos a intentarlo este verano. Antes de que las hojas cambien de color, sabremos si deberíamos estar juntos.

–Hannah, yo creo que deberías esperar. No te vayas a vivir con él tan pronto. Tómate tu tiempo.

Hannah se echó a reír.

–Esperé un año con mi primer prometido. Esperé dos años con el segundo. Ambos fueron una malísima elección. Ninguno de los dos se parecía a esto. ¿Cuánto debería esperar? Owen hace que me sienta mejor conmigo misma que mis dos prometidos juntos. Y Noah es demasiado pequeño y dulce como para separarle de otra persona a la que quiere. Vamos a quedarnos con Owen este verano y, si estamos bien juntos, nos quedaremos más. Yo tengo defectos de todo tipo, pero creedme, voy a proteger a Noah por encima de todo. Lo quiero con toda mi alma.

–Vamos a tener que ir a veros –dijo Sharon.

–Por supuesto –dijo Hannah–. Pero, cuando os enamoréis de este sitio y del hombre, ¡no penséis que os podéis quedar todo el verano!

Aquel fue un día largo y lánguido, porque todo el mundo estaba cansado. Parecía que el estrés de saber que tenían que marcharse los había dejado agotados. Todavía no se había puesto el sol cuando Noah ya estaba en el regazo de Hannah, bostezando.

–Creo que necesitas un baño rápido y la camita –le dijo.

–¿Puede venir Romeo?

–¿Owen?

–Si él quiere… Y, si conozco a Romeo, sí quiere.

Cuando ella volvió al porche, él había abierto una botella de vino. En vez de sentarse en su silla favorita, Hannah se sentó en su regazo y le rodeó el cuello con los brazos.

–Espero que no te arrepientas de esto –le dijo.

–Casi no te pillo a tiempo –respondió él–. Casi dejo que te escapes.

–Mis amigas están preocupadas por si me estoy equivocando. Van a venir a vernos, a averiguar si me he vuelto loca.

–¿Y cuándo van a venir? –le preguntó él, acariciándole el cuello con la nariz–. Tengo un par de días más para seducirte, ¿no?

Ella se echó a reír. También se estremeció al sentir sus labios en el cuello.

–No necesitas tanto tiempo, Owen. Pero ¿cuándo has descubierto que sentías esto? Yo no tenía ni idea.

–Ha sido muy rápido. No inmediatamente, pero, en un día, estaba preguntándome qué era este sentimiento. No podía correr el riesgo de ahuyentarte, así que me obligué a calmarme. Vosotros habíais pasado por muchas cosas y lo único que quería era que os sintierais seguros y felices aquí. Y, conmigo. Aquí, conmigo.

–Owen, tenías que haberme dicho lo que sentías. Cuando me ofreciste la oportunidad de quedarme más tiempo…

–Hacía mucho tiempo que no estaba enamorado, Hannah. Vas a tener que ser paciente conmigo. Soy un tipo solitario. Pero lo que quiero, en realidad, es formar parte de una familia como la vuestra. Lo que quiero en realidad es no soltarte hasta dentro de veinticuatro horas. Por lo menos.

–¿Me estás ofreciendo meterme en la cama esta noche?

–Sí, no estaría mal.

–Vas a necesitar un pijama –le dijo ella–. A veces, Noah se despierta por las noches. ¿Tienes pijama?

Hay una maleta en el armario de la habitación principal en la que tengo cosas personales que no necesitaba llevarme al establo. Creo que ahí hay camisetas y algún pantalón corto. ¿Servirá?

–Sí, estaría bien –dijo ella, y lo besó.

–¿Y tú, tienes pijama? –le preguntó él, estrechándola contra sí.

–Por supuesto.

–Pues creo que no lo vas a necesitar durante un rato –dijo él, y la besó con toda su emoción.

Metió las manos por debajo de su camisa y le acarició la espalda, y deslizó los dedos bajo su sujetador para acariciarle el pecho. Mientras, jugueteó con la lengua en su boca, hasta que los dos estaban jadeando. Alzó suavemente las caderas.

–¿Crees que ya estará dormido?

–Estaba casi dormido cuando lo he acostado, pero, de todos modos, voy a verlo –dijo ella, y se rio–. No voy a poder tomarme una copa de vino, ¿verdad?

–Yo las llevo. Vamos a tomar vino. Y otras cosas –dijo. Dejó a Hannah en el suelo y se levantó también–. Ven conmigo, cariño. De puntillas. No hay necesidad de despertar a nadie.

Cerraron la puerta principal, apagaron la luz y, después de comprobar que Noah y Romeo estaban dormidos, entraron en su habitación, cerraron la puerta y abrieron la cama. Había dos copas de vino y una botella en la mesilla de noche.

–¿Has echado de menos tu cama? –le preguntó ella.

–No era la cama lo que quería –dijo él.

Le quitó la camisa, sacándosela por la cabeza, y la besó desde el cuello hasta el hombro, y descendió por su brazo hasta su muñeca. Después, él también se quitó la camisa, y estrechó a Hannah contra su piel. La tendió sobre la cama mientras la besaba y le acariciaba el pelo.

–Tenía miedo de que esto no sucediera nunca. Estabas empeñada en volver a Minneapolis.

–Tengo una casita muy mona allí. Va con una hipoteca muy mona. Cuando pude comprarla, me sentí tan orgullosa… Mi vida ha cambiado diez veces desde entonces.

–Espero que, de ahora en adelante, todos los cambios sean bienvenidos.

Owen le quitó la ropa interior y la desnudó por completo.

–Empezando ahora mismo.

Le acarició los lugares más privados del cuerpo con sus largos dedos, y ella separó las piernas.

Hannah le desabrochó los pantalones y deslizó la mano en su interior.

–Empezando aquí –dijo, y se rio suavemente. Cuando le acarició la erección, él gimió sin poder evitarlo–. Owen –susurró–, quítate estos pantalones y vamos a meternos bajo las sábanas.

Él fue moviéndose a derecha y a izquierda hasta que se desnudó y, después, se situó entre sus piernas y empujó con suavidad.

–¿Usas algún método anticonceptivo? –le preguntó.

–Eso significa que no tienes preservativos.

–Significa que tengo algunos caducados en ese baúl del armario. No estaba preparado porque no me imaginaba tener tanta suerte.

–Bueno, yo tomo la píldora y siempre me ha ido perfectamente.

Entonces, Hannah lo besó y le acarició la espalda y las nalgas. Él tenía un cuerpo muy bello, los músculos, largos y delgados.

Owen le lamió los pezones y, después, descendió con su estómago hasta que llegó al centro de su cuerpo. Le separó aún más las piernas y enterró la cara para torturarla con la lengua. Ella se agarró a su pelo y le masajeó la cabeza. Entonces, él volvió hasta sus labios y le susurró:

–Lo que quieras. Cualquier cosa.

–Quiero tenerte dentro de mí.

–Gracias a Dios –dijo él e, inmediatamente, se deslizó dentro de su cuerpo.

Cerró los ojos y comenzó a moverse. Ella se movió con él, aferrándose a su cuerpo, y gimió ligeramente. Le rodeó la cintura con las piernas y él comenzó a embestirla con movimientos largos, apretándose contra ella y hundiéndose profundamente.

Hannah tuvo un clímax muy poderoso entre sus brazos.

–Cariño –le susurró él–. Hannah…

Y, entonces, no pudo esperar más y, con unas cuantas acometidas, explotó con ella.

Cuando dejó de jadear, Owen la besó y se apoyó en los codos para elevar el peso de su cuerpo.

–Espero que haya estado bien –dijo, con la voz ronca–. Porque creo que, después de esta vez, me he vuelto adicto.

Ella se rio.

–Sí, muy bien. ¿Podemos repetirlo?

–Dentro de un rato –prometió él–. Ahora solo quiero sentir tu cuerpo junto al mío. Eres tan suave… tan dulce… Me alegro mucho de que me cancelaran el viaje.

–Y yo. ¿Qué crees que va a decir la gente cuando se dé cuenta de que sigo aquí?

–No sé lo que dirán de ti, pero sé que pensarán que no soy tan raro.

–No creo que nadie piense que eres raro –dijo ella, y lo abrazó.

–Yo creo que sí, porque incluso yo me encuentro raro. Pero, en este momento, me siento como el hombre más feliz del mundo…

–Deberíamos ponernos los pijamas y abrir la puerta para oír si Noah está bien…

–Dentro de un segundo –dijo él. Se giró hacia ella y se puso una de sus piernas sobre la cadera–. Podemos tomarnos un poco más de tiempo.

–Oh, Owen. Me encanta cómo me acaricias.

–Bien, porque voy a acariciarte siempre que pueda. Hannah, Hannah, me llenas tanto el corazón…

–Hasta ahora, creo que esto es una buenísima idea. La fotografía no es tu único talento.

Un par de horas más tarde, ya con el pijama puesto y acurrucados el uno contra el otro, Hannah abrió los ojos y vio que Noah estaba junto a la cama.

–¿Hannah?

–Noah, ¿has tenido una pesadilla?

–No, pero ya he terminado de dormir –dijo, con un bostezo–. Por ahora.

–Puedes venir a la cama, pero vamos a quitarte la férula.

–De acuerdo –dijo el niño–. Hannah, ¿ese es Owen? ¿Qué hace aquí?

–Bueno, es que esta es su cama y la estaba usando yo, así que me

imagino que quería recuperarla. Y a mí no me importa compartirla –dijo ella, mientras le quitaba a Noah el aparato ortopédico de las piernas–. Ven aquí a mi lado. No, Romeo, no. Tú tienes que quedarte en el suelo. Muy bien, así. Noah, tápate. Cierra los ojos, por favor. Yo todavía no he terminado de dormir.

–De acuerdo. En esta cama cabe mucha gente.

–Es mejor cuando no hay demasiada –dijo ella–. Shhh.

Helen dijo que estaba aliviada, y que no le sorprendía mucho, que Hannah y Noah se hubieran quedado.

–Ya sabía que eras una mujer lista –afirmó.

Leigh Shandon dijo:

–Estoy haciendo un grupo de amigas estupendo. A lo mejor formo un club de lectura.

Al pensar en los libros, Hannah recordó la gran estantería de la biblioteca de Owen en la que había visto muchos clásicos infantiles, todos ellos, demasiado largos como para terminárselos en unas vacaciones. *La isla del tesoro, El Robinson suizo, Alicia en el país de las maravillas, Orejas largas, Donde crece el helecho rojo, Peter Pan,* todos los libros de la serie de Harry Potter… Como, en un principio, solo iban a estar dos semanas allí, ella no había querido empezar muchos de aquellos libros, aunque se hubiera enamorado de las ediciones. El papel y las ilustraciones eran preciosos, y estaban encuadernados en cuero. Y, como pensaba que tenían poco tiempo, era ella la que le leía en voz alta a Noah. Estaban leyendo *La isla del tesoro*.

–Ayúdame a leer un poco, Noah –le decía ella.

–Sí.

Noah era capaz de leer frases enteras incluso de aquel libro complicado.

–¡Noah, qué bien se te da leer!

–A veces. Las palabras más difíciles, no.

–¿Quién te enseñó?

–La profesora. Y Linda. Y mamá.

–¡Vaya! ¡Eres impresionante!

Él se encogió de hombros.

–Es que no soy muy activo.

–¡Pues en la lectura sí lo eres!

–Creo que es porque aquí no hay más niños –dijo él–. Cuando hay más niños, soy el más lento moviéndome.

Eso hizo que ella se parara a pensar un momento. Entonces, dijo:

–Eso también va a cambiar. Y, cuando te pongas al nivel de los otros niños, ¡tú sabrás leer muy bien!

–Un poco –dijo él.

–Léeme lo que puedas de esta página –le pidió ella.

Él apenas se trabó con las palabras. Hizo pruebas fonéticas para pronunciar las palabras que no reconocía. Algunas veces, tuvieron que hablar del significado.

Owen salió del establo, se sentó en el porche y se puso a escuchar un rato. Sonría y asentía mirando a Noah. Después de unos diez minutos, Owen volvió al establo y Noah siguió leyendo con Hannah.

Bajó la temperatura y llovió un poco. Owen preparó estofado para cenar y, de postre, hubo helado. En vez de sentarse de nuevo en el porche, decidieron ver una película y encender la chimenea. Cuando Noah estuvo acostado, Hannah se acurrucó contra Owen en el salón.

–¿Te has dado cuenta de lo brillante que es Noah? –le preguntó–. Estoy segura de que está leyendo cosas correspondientes a cuarto o quinto curso. ¡Y solo tiene cinco años! Eres muy listo por tener libros para niños. Seguro que es para la gente que alquila la casa…

Él se quedó callado un momento.

–No, no los compré para los huéspedes. Los compré para mi hijo –dijo. Ella volvió lentamente la cabeza y lo miró–. Tengo que contarte una cosa –prosiguió Owen–. Una cosa muy difícil de asimilar.

Capítulo 7

Los nuevos comienzos a menudo toman la apariencia de dolorosos finales.
Lao Tzu

–Se llamaba Brayden y fue asesinado cuando tenía siete años. Lo secuestraron en la acera de nuestra casa, a dos manzanas. Yo estaba en el garaje, con la puerta abierta. No oí ningún coche. Él no gritó. Recuperaron su cuerpo dieciocho meses después. Entonces fue cuando me marché de California. Nunca he vuelto.

–Owen –susurró ella, después de un largo silencio.

–Lo sé. Es horrible, ya lo sé.

–Debe de ser muy difícil hablar de ellos –le dijo Hannah, acariciándole con delicadeza la mejilla.

–Puedo hablar de ello. Lo más difícil es ver cómo reaccionan los demás al oírlo. Sobre todo, la gente que me importa. Normalmente, hablo con gente que ya lo sabe. Mi madre, mi hermana, mi cuñado… Sé que es espantoso.

–Es desgarrador –dijo ella–. No sé cómo pudiste sobrevivir. ¿Lo sabe la gente de por aquí?

–Nadie lo ha mencionado nunca. Tampoco me lo han preguntado. Esto está muy lejos de Los Ángeles, pero el caso fue muy conocido. La desaparición y asesinato de Brayden Abrams, el hallazgo de sus restos, la detención de su asesino… Y mi exmujer todavía es conocida a nivel nacional porque se convirtió en una activista por los derechos de los niños. Todavía se llama Sheila Abrams, aunque volviera a casarse. No por mí, sino por Brayden. Lo cierto es que no sé quién lo sabe. No he hablado de ello con nadie de por aquí, por los motivos que te he explicado. Cambia la amistad que tengo con los demás. Las cosas se vuelven más delicadas.

–¿Es por eso por lo que le has tomado tanto cariño a Noah?

–No, no por eso. A mí me gustan los niños en general. Antes hacía fotos infantiles, retratos, fotografías familiares, escolares, todo eso. Desde bebés a graduados. Siempre me he llevado mejor con los niños y con los perros que con los adultos. Sheila decía que es porque soy

inmaduro y difícil de enseñar… Espero que lo dijera en broma, pero es posible…Bueno, de todos modos, creo que tú ya sabes que Noah es especial. Tu amiga debía de ser la madre más perfecta del mundo. Y tú también eres maravillosa.

–Creo que es por eso por lo que tu matrimonio se deshizo. ¿Quién iba a poder mantenerlo?

–Es un poco más complicado –respondió él–. Nosotros nos enfrentamos a la pérdida de dos formas muy distintas. Los dos estábamos destrozados y, hasta que lo encontraron, aterrorizados. Yo me encerré en mí mismo. Acudí a la policía sin descanso, estudié otros casos de secuestro y busqué. Busqué en todas partes: en parques, centros comerciales, cafeterías, callejones, contenedores… No funcionó, claro, pero seguí vagando. Sheila se convirtió en una figura pública, empezó a despertar conciencias, a llamar la atención hacia el problema, hacia la vulnerabilidad de los niños. Y es muy brillante haciéndolo. A decir verdad, ella siempre había sido muy brillante delante del público, y yo siempre he estado escondido detrás de la cámara, siempre he sido un observador. Sheila es una buenísima abogada. Y yo siempre he sido… más bien, alguien que observa. Ella quería que me uniera a su cruzada para despertar conciencias, de modo que saliera algo positivo de todo aquello, aunque solo salvara a un niño. Pero ese no era mi camino. El dolor es un veneno, y cada ser humano tiene una forma única de purgarlo. Yo quería tener el mismo impulso y la misma fuerza que tenía Sheila, pero solo sentía desesperación. Ahora, Sheila es una de las defensoras más conocidas de los niños perdidos y robados en el país. Es una oradora muy bien pagada, una personalidad de los medios, una mediadora. Ha testificado ante el Congreso y ha participado en la redacción de algunas leyes. No sé cómo describir cuánto la admiro.

–Todavía la quieres –dijo Hannah.

–Siempre la voy a querer –dijo él–. Pero no estoy enamorado de ella. Estoy enamorado de ti.

A ella se le cortó la respiración.

–No puedes estar seguro de eso.

–No lo he dicho para que tú me respondas que también lo estás. Yo he tardado mucho tiempo en abrirme a la idea de querer a alguien. Sheila es más fuerte y pudo superarlo antes, se casó con un abogado que es mucho más parecido a ella. Antes era policía. Es un tipo listo y tiene conciencia social. Trabajaban juntos y se enamoraron, se casaron y tuvieron dos niños. Pero, cuando os conocí a Noah y a ti, aquel mismo día supe que había conocido a una mujer a la que iba a poder querer. Y quise protegeros a los dos.

–Pero… ¿me querrías si no tuviera a Noah? –le preguntó ella–.

Porque perdiste a un hijo, y Noah es tan vulnerable que…

–Tan listo, vulnerable, divertido y dulce que… Sí, eso es lo que más me asusta. ¿Te imaginas qué sería de mí si lo perdiéramos a él? Casi es motivo suficiente para renunciar a mantener una relación contigo. Pero no puedo. En un día supe que, si conseguía ser el hombre que tú querías, iba a intentarlo. Pero también sé que tienes que estar dispuesta a vivir con este fantasma mío. Creo que se llama bagaje vital, y es muy pesado. Estoy traumatizado…

–No, no lo estás. Al menos, no mucho más que el resto. De hecho, creo que eso es lo que te hace tan especial. Siento mucho todo lo que ocurrió, pero no me pareces un hombre traumatizado. Eres bueno, amable y fuerte. Eres muy bueno para Noah y, también, para mí. Sin embargo, creo que es buena idea que nos concedamos el verano para descubrir cosas el uno sobre el otro. Nos merecemos la oportunidad de comprobar si somos buenos el uno para el otro.

–Yo sé que tú sí eres buena para mí –dijo él–. La cuestión es si mi parte rota será un peso demasiado grande para ti. Porque estoy cansado de sentirme lisiado y triste. Quiero ser bueno para alguien, para ti.

–Hasta el momento sí lo has sido –dijo ella.

–Prométeme que no vas a aceptarme por pena, o porque pienses que puedes arreglarme. Antes de perder a Brayden, yo ya era una persona callada y un poco rara. Eso no era molesto para Sheila. Decía que era feliz hablando ella.

Hannah sonrió.

–Estoy deseando conocer a esa mujer. ¿Hay algo más que quieras decirme?

–No se me ocurre nada, gracias a Dios. Seguro que esto ya ha sido suficiente.

–Bien. Pues vamos a acostarnos y a dormir abrazados. Necesito descansar. Mañana tengo que ir al pueblo a preguntar a Leigh Shandon por los médicos de Noah. Aunque he estado haciendo los ejercicios con él estas semanas, es importante que siga con su protocolo médico. Tenemos que volver al programa.

–Bien. Aunque le estemos pasando muy bien, no se me ha olvidado que necesita la terapia habitual. Y, escucha, si prefieres estar a solas esta noche para pensar en lo que te he contado…

–No digas eso, Owen. Vamos a la cama. Quiéreme. Necesito que me reconfortes.

Él sonrió.

–Increíble. No he hecho que salgas corriendo.

Volvió a suceder. Tenía una llamada perdida de Wyatt. Como estaba

pasando el verano a orillas de un lago con los dos hombres de su vida, no miraba demasiado el teléfono. Además, tenía llamadas de Kate y Sharon y había un par de números desconocidos, seguramente, de propaganda o venta por teléfono. No tenía mensajes. Miraba el correo electrónico una vez a la semana. No lo echaba de menos en absoluto.

Seguramente, Wyatt había marcado de nuevo sin querer. Si quisiera ponerse en contacto con ella por algún motivo, podría enviarle un mensaje, pero no lo había hecho. Y ella no tenía ganas de escribirle ni de saber nada de él.

Ahora que estaba con Owen, se había dado cuenta de que su amor por Wyatt, y su confianza en él, no eran lo suficientemente fuertes como para sostener un compromiso de por vida. Owen hacía que se sintiera renovada, feliz, segura. Tenía la sensación de que podía conseguirlo todo.

A cada día que pasaba, le resultaba más fácil ignorar la llamada perdida de Wyatt y no pensar en él. Estaba exactamente donde quería estar.

Hannah llevó a Noah a Timberlake, al médico, y Owen se quedó trabajando en el establo. Leigh fue muy alentadora con respecto a lo que le había contado el neurólogo que estaba tratando a Noah en Madison. Su caso era muy leve y, con la terapia adecuada, las medicinas y una posible operación de tendón de Aquiles después de la pubertad, seguramente Noah podría andar sin aparatos ortopédicos. También cabía la posibilidad de que tuviera problemas para caminar durante toda la vida, pero, en realidad, era afortunado, porque solo tenía que enfrentarse a eso. Otros enfermos de parálisis cerebral ni siquiera podían levantarse de la silla de ruedas…

Leigh llamó a Maggie Sullivan, la hija de Sully, que era neurocirujana, para pedirle recomendaciones sobre médicos y terapeutas, y Maggie también le habló de un psicólogo que podía ayudar a Noah con el duelo por su madre.

–Aunque ya ves que soy propensa a hacer demasiado, en lugar de muy poco –dijo Leigh.

–Sí, quizá es mejor ocuparse ahora de lo básico, porque estamos en verano y no hay clase –dijo Hannah.

Pensaba que, seguramente, Romeo era el mejor psicólogo para Noah. Qué suerte tenerlo cerca.

Durante las primeras semanas que Hannah había estado de baja por asuntos familiares, había recibido muchos correos de trabajo en los que le hacían preguntas sobre cuentas y socios comerciales, pero, con el paso de los días, la cantidad de mensajes había disminuido mucho. Estaba en contacto con su jefe, pero poco y, únicamente, porque no

quería quemar todos los puentes. Le enviaba fotos de Noah, de Romeo e, incluso de Owen, a sus amigas, mantenía correspondencia con su abogado, el jefe de Erin. Y, aunque pasaba muy poco tiempo a solas con el ordenador, buscó a Owen. Por supuesto, era muy famoso en los círculos de la fotografía y los libros, y había un par de referencias sobre el hecho de su hijo hubiera muerto a los siete años. Sin embargo, la mayor parte de los resultados de las búsquedas eran sobre Sheila Abrams, demasiados como para leerlos todos. Su trabajo como defensora de los derechos de los niños era global. Sheila Abrams era deslumbrante y muy respetada. Hablaba en mítines, en reuniones, en graduaciones, en congresos… Vio las entrevistas que le habían hecho Oprah Winfrey y Ellen DeGeneres. Hablaba muy bien, y era poderosa y valiente.

Hannah también encontró fotografías de Brayden e, incluso, alguna de su asesino, que negoció para liberarse de la pena de muerte dando información sobre sus víctimas. Confesó que había matado a cuatro niños y lo condenaron a ciento cuarenta y dos años de cárcel, pero fue asesinado en cuanto puso los pies en el centro penitenciario. Había dos fotografías en Internet. La primera, la foto policial de su arresto, en la que parecía la maldad personificada y, la segunda, hecha en el exterior de la sala del juicio, en la que parecía un hombre perfectamente inocente, miembro de la iglesia de su comunidad.

Era extraño, pero podía ver a Owen y a Sheila juntos. Se complementaban: el observador silencioso y estoico y la leona. Lo que más feliz hacía a Hannah era saber que Owen respetaba mucho la elección que había hecho Sheila. Algunas personas nacían para ejercer el liderazgo con una voz fuerte y alta. Owen había nacido para captar imágenes del mundo y de su gente, con su belleza y sus partes desagradables. Su obra era sutil y valiente. Seguramente, los dos habían sufrido en igual medida, pero, como él le había contado, habían decidido tomar caminos distintos.

Durante las primeras semanas de junio, se dedicaron a jugar y a trabajar, a ir a visitar a los médicos y el fisioterapeuta. Noah progresaba mucho. Entre jugar con aquel perro tan revoltoso y nadar casi todos los días, el niño casi había empezado a correr. Empezaba los días con mucha energía y terminaba agotado y sudoroso. Owen puso una alfombrilla de goma en el suelo de la ducha e instaló una barra para que Noah pudiera agarrarse y ducharse solo.

–Como un chico mayor –dijo Noah, extasiado–. ¡Ahora Hannah ya no tiene que lavarme!

Por supuesto, la primera vez, Noah se cayó, y Hannah se levantó para ir corriendo al baño. Owen la tomó del brazo y la detuvo.

–¿Estás bien, Noah? –le gritó Owen.

–¡Sí! –gritó el niño.

–¿Necesitas ayuda?

–¡No, puedo solo! –gritó de nuevo Noah.

–¿Y si se ha hecho daño? A ver si le van a salir hematomas… –susurró Hannah.

–Pregúntale si se ha mirado para ver si tiene moratones o si tiene alguna herida –le dijo Owen–. Hannah, se cae mucho. Es una de las complicaciones. Pero cada día está más fuerte.

–Ya lo sé, pero me gusta mirarlo por si acaso –dijo ella.

–Mírale detrás de las orejas y cerciórate de que se está lavando bien los dientes. Y deja que sea independiente.

Ella miró a Owen. Él tenía una expresión cálida y una sonrisa en os labios.

–Se le va a caer un diente, ¿sabes? –le dijo.

–¡Eso es genial! ¿Qué trae el Ratoncito Pérez hoy día?

–¡No tengo ni idea! ¡Llama a Sheila! ¡Pregúntaselo!

Él se echó a reír y la abrazó.

–Todavía no le he dicho que ibas a quedarte.

–¿Me guardas en secreto?

–No. En realidad, tengo muchísimas ganas de decírselo. Pero tenemos que hablar de una cosa. Noah dice que no tiene padre. Que su madre lo compró en una tienda.

–Oh, mierda –dijo Hannah–. Esto sí que se me escapa.

–Hannah, aunque sea difícil, tienes que decirle la verdad. Si puedo, te ayudo. Pero él tiene que saber que…

–Sí, pero es que es cierto –dijo Hannah–. Más o menos, su madre lo compró en una tienda.

Entonces, Owen movió lentamente la cabeza.

–Me parece que esta noche, la charla junto al fuego va a ser muy reveladora…

Se abrió la puerta del baño. Noah se agarró al pomo de la puerta para mantener el equilibrio, y estaba envuelto en la toalla con una enorme sonrisa.

–Vaya, ¡si estás de pie tú solo! –exclamó Hannah.

–Pero creo que me voy a caer ya –dijo él.

–No –respondió Hannah, y lo tomó en brazos–. Puedes sentarte en la cama y ponerte el pijama. Si lo necesitas, te ayudo.

–Puedo hacerlo yo –dijo él–. Pero no me importa que me lleves. ¡Romeo y Owen me han dejado muy cansado hoy!

–¿Y estás demasiado cansado como para que leamos un poco?

Él bostezó.

–A lo mejor, sí. Pero no me importa escuchar un poco.

Ella lo abrazó y lo llevó hacia su habitación.

Cuando salió al porche, Owen había encendido un par de velas y estaba sentado en su butaca favorita.

–¿Te gustaría tomar algo? –le preguntó a Hannah.

–Me parece que esta noche se impone algo un poco fuerte –respondió ella–. ¿Qué te parece un whisky, si tienes?

–¿Con agua? –preguntó él, enarcando una ceja.

–No mucha. Sobre todo, hielo.

–Cuidado, Owen –dijo él–. Esta noche ella va a beber en serio.

«¿Y quién podría reprochármelo?», pensó ella.

Cuando él volvió con las copas, Hannah alzó la suya para hacer un brindis.

–Por la maternidad –dijo–. En prácticas.

–Lo estás haciendo muy bien, ¿sabes?

–Tengo que explicarte este pequeño malentendido sobre la paternidad de Noah. Erin me contó lo que pasó. Tenía un folleto sobre cómo explicar la función de los óvulos y el esperma a los niños pequeños. Creo que se lo dio Sharon, o Kate, una de las dos. No hace mucho, un año, más o menos, Noah empezó a preguntar dónde estaba su padre. Erin le dijo que no tenía padre, técnicamente, o no de la manera corriente. Que, por lo general, las mujeres casadas tienen a sus bebés con sus maridos. Que, aunque ella no estuviera casada, deseaba ser madre. Le explicó que no todas las personas casadas tienen la suerte de tener bebés, que no todas las mujeres tienen óvulos y no todos los hombres tienen esperma, y que hacen falta las dos cosas para hacer un bebé. Cuando alguien tiene más de lo que necesita, a veces, los donan para las personas que no tienen suficiente. Entonces, aunque ella no tuviera marido, había un sitio al que podía ir para conseguir el esperma. Le dijo que fue a uno de esos bancos de esperma para conseguir un papá para su niño, y que debió de elegir el mejor de todos, porque su niño era perfecto. Y, después, le explicó que era un poco como la adopción, pero que así, podía quedarse embarazada y sentir cómo crecía dentro de ella, algo que era muy especial. Intentó explicarle que era algo muy privado y que, si alguien le preguntaba dónde estaba su padre, él tenía que decir que era un asunto familiar. De algún modo, «banco de esperma» se convirtió en «tienda» en la mente de Noah, y se olvidó de que era algo privado. Y no me extraña que no haya una cigüeña presente en la historia, también.

–Vaya, qué alucinante –dijo Owen–. Qué mente más asombrosa tiene.

–Sí, ya lo sé. Todos los días me enseña algo nuevo. Creo que ya no me va a dejar que lo vea más en ropa interior.

–Sí, a mí también me lo parece –dijo Owen.

–Tengo que pedirte un favor muy grande.

–No, no voy a explicarle a Noah lo que es un banco de esperma…

–No, no es eso. Más o menos, sé lo que tengo que hacer. No, se trata de mis amigas, Sharon y Kate. Quieren vernos y conocerte. ¿Podrías soportar mucha compañía? Podría pedirles que esperaran a que tú vuelvas de Vietnam, pero a Sharon no le queda mucho tiempo para dar a luz, seis semanas. Y quieren conocerte.

–Sí, diles que vengan. ¿Cuántos son?

–Kate, Phil y sus dos hijas. Los tres hijos del matrimonio anterior de Phil se quedarán con su madre. Sharon, John, su hija de tres años y el barrigón de Sharon. Así que, sin contar el barrigón, son siete.

Él sonrió.

–Si apruebo el examen, ¿puedo quedarme contigo?

–Puede que tengas que quedarte conmigo de todos modos.

–Me vale –dijo él.

Hannah se dio cuenta de que, por primera vez en la vida, no estaba nerviosa por tener que presentarles su novio a sus amigas. No solo confiaba plenamente en Owen, sino que no le importaba lo que ellas pensaran. Lo adoraba. El tercer fin de semana de junio, sus amigas y familias irían a pasar cuatro días con ellos, desde el jueves al martes. Owen le pidió que fuera a la compra con él para tener provisiones. Quería llenar la cocina de comida, bebida y helados. Los niños tenían tres años, cuatro y siete. Además, estaba Noah, de cinco. Cuando ella intentó pagar, él no quiso aceptarlo.

–Vamos, deja que sea yo el anfitrión. Si mi hermana o mi exmujer no vienen a verme, estoy casi siempre solo o de viaje.

–Tienes que procurar que Sheila venga pronto con su familia –dijo Hannah–. Tengo muchas ganas de conocerla.

–Tengo la sensación de que me vais a despellejar.

–No, no tanto.

Owen también quería cerciorarse de que había muchas cañas de pescar, chalecos salvavidas y juguetes para el agua. Compró tablas de *cornhole* y *pufs* para jugar a videojuegos, y un pequeño hogar portátil para hacer hogueras fuera, con una pantalla protectora para mantener a raya las chispas, y algunos fuegos artificiales y bengalas.

–¿Vas a comprar un bote? –le preguntó ella.

–Ojalá tuviera un barquito –dijo él–. La verdad es que no tengo interés en un barco, pero ahora, me encantaría tener uno.

Se quejó de que había bebido mucho vino desde que la conocía; por lo general, pedía el vino a varias bodegas, pero, en aquella ocasión, tuvo que conformarse con una caja que compró en la licorería, además de comprar cervezas y refrescos. Había muchas toallas, ya que su casa estaba en alquiler. La señora Bourne, su hija y su nuera fueron a

limpiar la casa y Hannah las ayudó. La señora Bourne parloteaba todo el tiempo.

–Así que lleva aquí más de un mes, ¿no? ¿Y se va a quedar? ¿Con su niño, que es tan rico? El señor Owen y usted deben de llevarse muy bien, si todavía está aquí. ¡Le he estado buscando una mujer a este hombre tan bueno y tengo que decir que él lo ha hecho muy bien con usted! ¿Y el pequeño Noah va a ir al colegio en Timberlake? Y tal vez haga algún viaje con el señor Abrams, supongo. ¡Y seguro que estaré limpiando para celebrar una boda un año de estos! ¡No quiero presionarla, porque usted tiene que estar segura, pero no creo que encuentre a nadie mejor que al señor Owen!

Hannah se dio cuenta de que, si ella no decía nada, la señora Bourne no lo notaba. En un momento dado, su nuera, Rebecca, dijo:

–Mamá, por favor, ¡deja de hablar, que se le van a caer las orejas!

–¿Estaba hablando? Oh, no importa, a Hannah no le importa. ¿Le importa, señorita Hannah?

Todos llegaron la tarde del jueves. Habían tenido un buen vuelo desde Minneapolis a Denver y habían alquilado una furgoneta en la que cupieran todos más el equipaje. Owen y Noah habían estado pescando en el embarcadero para matar el tiempo y, al oír una bocina y los ladridos de bienvenida de Romeo, Noah se levantó y se fue rápidamente por el embarcadero. Cada día era más rápido y caminaba con más estabilidad. Hubo muchos abrazos. Hannah miró a Owen y se dio cuenta de que se quedaba un poco rezagado. Le sonrió, porque nadie podía encontrarse tan solo en medio de una multitud como Owen. Tenía las manos metidas en los bolsillos y un mechón de pelo en la frente. Le hizo un gesto para que se acercara. John fue el primero en saludarlo, estrechándole la mano.

–¿Cómo estás? Yo soy John. Te presento a Sharon, y esta es Mandy –dijo, tomando en brazos a una niña de tres años.

Entonces, Phil también le tendió la mano.

–Muchas gracias por dejarnos que te invadamos de esta forma, Owen. Kate, mi mujer, y Jess y Alexa, que tienen cuatro y siete años. Supongo que lo primero es meter las maletas a casa y, después, tú nos dices lo que tenemos que hacer y lo haremos. ¿Cortar leña? ¿Cazar para la comida? ¿Pescar para la cena?

Owen se echó a reír.

–Mejor vamos a meter las maletas y a picar un poco. Después, Hannah os va a enseñar vuestras habitaciones y, después, los niños a lo mejor quieren nadar o pescar. Hay muchos chalecos salvavidas y cañas.

–Vaya sitio –dijo John–. Es una maravilla. ¿Tienes ponis en el establo?

–No, por desgracia, Romeo es el único pony. Es mi estudio, donde

trabajo. Si te interesa, luego puedo enseñártelo.

Romeo estaba en mitad del grupo de cuatro niños, repartiendo lametazos por las caras.

–No os preocupéis, está vacunado –dijo Owen.

–Es muy bueno, pero un poco torpe –dijo Noah–. Me tiró del embarcadero y casi me ahogo.

–No es verdad que casi te ahogaras –le dijo Hannah–. Vamos, todo el mundo, vamos a meter las maletas.

Sacaron patatas fritas, salsa de tomate, tortillas mexicanas con cremas para untar y un gran frutero lleno de fruta para que todo el mundo pudiera comer algo mientras jugaban. Los niños prefirieron nadar y Romeo se lanzó con ellos al agua persiguiendo una pelota. Todos se pusieron los chalecos salvavidas salvo Alexa, que nadaba muy bien.

Noah les enseñó sus cosas. Como no era hora de hacer sus ejercicios, se había puesto aletas y daba patadas muy fuertes en el agua para perseguir a Romeo. Tal vez fuera lento en tierra firme, pero, en el lago, era rápido como un pez. Owen los padres también se metieron al lago y comenzaron a jugar con los niños, riéndose y vengándose cuando los salpicaban. Después, Owen puso pollo y mazorcas de maíz en la parrilla mientras Hannah preparaba unos huevos rellenos picantes. También había alubias con carne y salsa barbacoa y azúcar, estofadas en la olla lenta, que iban a proporcionarles a todos muchas calorías y, también, mucho gas.

–Oh, Dios, a la hora de acostarnos nos vamos a conocer todos muy bien –dijo John.

–¿Y qué os parece que tomemos una copa después de cenar? –preguntó Owen–. ¿Señoras?

–Yo me tomo una copa de vino tinto, del que tú quieras –dijo Hannah.

–Y yo, toda la botella –dijo Sharon–. Ah, no. No puedo, hasta que llegue el bulto.

–Por Sharon y sus muchos sacrificios –dijo Kate, alzando un vaso para hacer un brindis. Y todos la imitaron y bebieron.

–Sois tan amables –dijo Sharon, fulminándolos con la mirada.

Los niños se bañaron y se acostaron, porque estaban agotados, y se quedaron dormidos enseguida. Los adultos disfrutaron de aquella noche de verano, en el porche, oyendo el suave chapoteo del lago y sintiendo la brisa que les llegaba a través de los pinos. Owen sacó el hogar portátil y encendió un tronco, y Romeo entró en casa para ir a dormir con Noah. Los adultos se quedaron hablando, conociéndose. John y Phil tenían mucha curiosidad por el trabajo de fotógrafo de Owen, y él, por sus trabajos de maestro y mecánico de aviones. Sharon fue la primera en acostarse. Owen, el último.

Se acurrucó contra Hannah y le dijo:

–Tus amigos son estupendos. Es reconfortante. Si, por algún motivo, yo no puedo cuidarte, sé que ellos lo harán. Son buena gente. Te quieren, y quieren mucho a Noah.

–Tú también eres muy buena persona, Owen. Has conseguido que se sintieran muy bienvenidos.

Como de costumbre, Noah se despertó el primero, con muchas ganas de salir. Hizo que los otros niños y sus padres se levantaran al amanecer. Aquellos días estuvieron llenos de pesca, natación, comida y diversión. Fueron todos juntos a visitar a Sully y a Helen y admiraron su jardín. Uno de los días, las mujeres fueron a conocer el pueblo y, después, todos comieron hamburguesas y helado en el pub. Pasaron una tarde viendo los libros y las fotografías de Owen y, a partir de ese momento, siempre había alguien que tenía uno de sus libros entre las manos. Todas las noches se sentaban en el porche y encendían una hoguera.

–Esto es vida, Owen –dijo Phil.

–Sé que es difícil de creer, pero trabajo de verdad. Y, algunas veces, trabajo mucho. Pero tengo que reconocer que es divertido.

—¿Cuál es la mejor parte? –le preguntó John.

–Hay muchas partes buenas –dijo él–. La libertad. El descubrimiento. Cada vez que voy buscando una fotografía, una escena o una experiencia, surge algo que no me esperaba y, por lo general, me lleva hacia una nueva dirección. Empecé con la colección de reencuentros cuando vi un segmento de las noticias en el que hablaban de un preso que había sido condenado injustamente y que había salido de la cárcel después de pasar veinte años encerrado. Toda su familia lo estaba esperando fuera. Ni siquiera recuerdo los detalles, pero después de esos veinte años, consiguieron demostrar su inocencia con una prueba de ADN. Yo me pregunté si su familia estaba allí porque nunca había perdido la fe en él, o si alguien de entre aquella multitud le pediría perdón por no creer en él. Y me di cuenta de que había muchas historias de reencuentros esperándome. Fui a presenciar la llegada de los soldados, por ejemplo. Normalmente, solo publico una foto por historia, nunca más de dos. Son historias fotográficas.

–Escribe de una forma deslumbrante –dijo Hannah.

Owen la miró.

–¿De veras?

–Sí –dijo Hannah–. Es muy personal, muy cautivador. Drama y risas. Y, como dices que odiabas las clases de Lengua Inglesa, debe de ser algo innato en ti.

Él se rio.

–Si supieras los calambres que tengo en el estómago cuando tengo que describir el momento, no dirías eso.

–Me encantan esos libros –dijo Hannah.

Owen les habló de algunos de sus viajes y sobre el viaje a Vietnam que iba a hacer dentro de poco. También les habló sobre algunas de las colecciones que estaba recopilando en aquel momento. Y, entonces, hizo algo que dejó a Hannah boquiabierta. Les habló de Brayden, y de cómo su muerte había cambiado su vida y lo había convertido en un fotógrafo totalmente distinto.

–Si os he estropeado las vacaciones, lo siento, pero habéis venido a conocerme, a saber si soy o no un chiflado. Deberíais saber esto sobre mí. No se lo cuento a la gente porque, aunque puedo hablar de ello, es difícil mirar a la cara de las personas que se enteran. Lo siento por eso. Pero lo cierto es que, después de doce años, después de conocer a Hannah y a Noah, siento que estoy cambiando de nuevo y, en esta ocasión, es un buen cambio.

Hubo muchos murmullos de condolencias y muchas palabras tranquilizadoras. Hannah lo miró y le hizo saber que estaba orgullosa de él. Sabía que lo había hecho por ella.

La noche anterior a su marcha, Kate le pidió a Hannah que la dejara acostar a Noah. Le besó la frente, y le dijo:

–Creo que tienes una buenísima situación aquí, Noah. Y Romeo es un gran amigo.

–Sí, es verdad –dijo él–. Yo creo que deberíamos quedarnos.

–Lo entiendo muy bien, pero sabes que eso es cosa de Hannah y Owen, ¿no? Porque Hannah tiene que elegir el mejor lugar para su trabajo, el colegio, el tratamiento médico y todas esas cosas. Pero te he traído una cosa. Es mi foto favorita.

Kate la sacó y se la dio. Era una foto enmarcada de las cuatro amigas.

–Cuando se sacó esta foto, tú solo tenías un año. Nos habíamos ido de vacaciones un fin de semana, y tú estabas con Linda. Ahí está tu preciosa mamá. Y Hannah.

Noah sostuvo la foto y la miró. Ella había visto que tenía una fotografía de su madre en la mesilla, pero aquella era de grupo.

–¿La echas de menos a veces? –le preguntó Noah.

–La echo de menos todos los días –respondió Kate–. Por eso te he traído la foto. No tengo pruebas, pero seguro que ella está tan cerca de ti que puede oír tus susurros. Te está cuidando. Nos está cuidando a todos.

Kate miró la fotografía un instante más y, después, abrazó a Noah y lo acostó.

–Que duermas bien, cariño –le dijo.

Se quedó junto a la puerta entreabierta un buen rato, y oyó cómo el

niño decía, con dulzura:

–Buenas noches, mami. Buenas noches.

El teléfono móvil de Hannah sonó en su habitación. Ella estaba con sus amigas, que habían empezado a hacer las maletas para volver a casa. Fue a su dormitorio y comprobó que quien llamaba era Judd Tamaris, el jefe de Erin. Cerró la puerta del dormitorio principal para escuchar y hacer algunas preguntas. Después, bajó a la cocina. Kate y Sharon se habían sentado a la mesa.

–¿Dónde están los niños? –preguntó.

–Fuera –dijo Kate–. Estorbando mientras Phil, John y Owen meten las maletas a la furgoneta. Eh, parece que has visto un fantasma.

Hannah asintió.

–Acaba de llamarme Judd Tamaris, el abogado que gestionó el testamento de Erin y la custodia de Noah. Parece ser que la madre de Erin ha impugnado la tutela. No pudieron entregarme una citación porque no estoy en casa, así que se pusieron en contacto con el abogado de Erin.

–¿Y ahora, qué? –preguntó Kate.

–Él sabe que estamos pasando el verano en Colorado, pero que puedo volver si es necesario. Me ha dicho que él se ha puesto en contacto con mi abogado y que van a intentar solucionar el problema sin acudir a los tribunales. No va a dar mi dirección sin una orden judicial, y me ha dicho que me quede donde estoy. Mañana me va a volver a llamar.

–Pero… ¿por qué motivo ha impugnado esa mujer la tutela? –preguntó Sharon–. ¿Qué derechos legales tiene?

–Es la única familia de Noah –dijo Hannah–. Oh, Dios… No podrá quitármelo, ¿verdad?

–¿Qué ha dicho el abogado?

–Dice que la decisión de Erin no tiene nada de irregular. Conoce bien la situación de su familia. No sé dónde está el hermanastro de Erin, pero Erin me contó que solía ir a casa de su madre y que, a pesar de todos sus problemas, ella lo acogía. Esto no es nada bueno.

–Hannah, hay un fideicomiso, ¿no? –preguntó Kate.

Hannah asintió.

–Es el dinero del seguro de vida de Erin, su fondo de jubilación y las ganancias de la venta de la casa. Es bastante dinero, pero tiene que durar toda la vida de Noah y hace falta pagar la universidad y otros gastos, así que no es una fortuna. El otro día me estaba preguntando qué pasaría si él quisiera estudiar Medicina o Derecho. Por supuesto, eso no me importa; no pienso tocar ni un céntimo hasta que no sepamos cuál es nuestra situación para matricularlo en un colegio y

cómo va a ser nuestro futuro. Y no soy la única que aparece en el testamento, como sabéis. Si a mí me pasa algo, la siguiente es Sharon y, después, tú, Kate. Seguramente, eligió ese orden porque tú ya tienes cinco niños, contando a tus hijastros.

–Como los Addison no tenían relación con Erin ni con Noah, creo que el verdadero incentivo es el dinero. Lo que contaba Erin de la vida con su madre y su hermano era muy triste. Ese hermanastro suyo es el demonio.

–¿Qué voy a hacer? –preguntó Hannah.

–Mantén la calma –dijo Kate–. Entérate bien de cuál es la situación. Y, por el amor de Dios, no respondas a ninguna llamada de los Addison…

–No sé si tienen mi número. Erin murió hace unos meses. ¿Vosotras habéis tenido noticias de Victoria Addison?

–Yo, no –dijo Sharon.

–Yo, tampoco –añadió Kate–. Fue Linda, la niñera, quien llamó a Victoria para decirle lo que había ocurrido. Ella no demostró ningún interés. Linda le dijo que Erin había elegido una tutora para Noah y que ella iba a quedarse con el niño hasta que llegáramos nosotras tres a Madison.

–No creo que le importara nada –dijo Hannah.

–Esto me huele muy mal –dijo Kate.

Capítulo 8

Las grandes obras no se llevan a cabo con la fuerza, sino con la perseverancia.
Samuel Johnson

Después de hablar con Owen largamente y de mantener otra conversación con Judd, Hannah concertó una cita para ir a ver a Cal Jones. Llevó una carpeta con toda la documentación legal que le había hecho llegar Judd. Después del entierro de Erin, Judd había acelerado el proceso para la tutela legal de Noah en el juzgado de familia de Madison, para que no hubiera ninguna interrupción en el cuidado del niño y que no tuviera que pasar ni un día en manos de los servicios sociales.

–¿Puedes explicarme cómo surgió la idea de asignarte a ti la tutela? –le preguntó Cal–. ¿Cuándo decidisteis tu amiga y tú que tú serías la tutora legal de Noah?

–Hablamos de ello en la universidad, cuando éramos muy jóvenes. Estábamos fantaseando. Nos prometimos que, si teníamos hijos, cuidaríamos de los de las demás en caso de que a su madre le ocurriera algo. Nos prometimos que seríamos mejores madres de lo que habían sido las nuestras. Erin y yo habíamos tenido infancias parecidas, con madres que preferían a sus hijos pequeños y que nos trataban como si no fuéramos suyas, como si no les importáramos. No nos pegaron, pero no estaban disponibles para nosotras en el sentido emocional. A mis hermanastras, por ejemplo, les pusieron aparato en los dientes, o les pagaron la universidad, mientras que yo tuve que trabajar para pagarme los estudios. La madre de Erin estaba constantemente defendiendo a su hijo, incluso cuando su comportamiento era peor que nunca. No me extraña que Erin decidiera tener a su hijo de soltera, pero ¿quién iba a imaginar que ocurriría algo así? Erin lo dejó muy claro en su testamento, e incluso escribió una carta al tribunal como complemento a la documentación legal, en la que explicaba con todo lujo de detalles por qué quería que yo fuera la tutora de Noah, y no su madre ni su hermanastro. Tengo copias de todo en esta carpeta. También dejó estipulado cuáles eran las alternativas si yo moría antes que ella o si, por algún motivo, no

podía cuidar de Noah, por ejemplo, por una enfermedad grave. Tenemos otras dos amigas que serían las siguientes tutoras legales del niño. Llevamos muy unidas desde hace diecisiete años.

–¿Y ella también sufrió maltrato por parte de su familia?

–Hannah asintió.

–Su padre las abandonó. Su madre volvió a casarse y tuvo un hijo. Después, se separó de su marido, hace muchos años, y él murió antes de que Erin y yo nos conociéramos en la universidad. Roger, el hermanastro, ha estado metido en líos desde que aprendió a andar. Pegaba a Erin. Ha estado en la cárcel. Erin me dijo que su madre podía haberle pagado una carrera en Harvard con todo el dinero que se gastó en tratamientos de rehabilitación de drogas y en pagar fianzas. Victoria ni siquiera fue al funeral de Erin. Y, aunque ahora haya impugnado la tutela de Noah, ni siquiera ha preguntado por su nieto.

–No es exactamente una impugnación –dijo Cal–. Está haciendo valer sus derechos de abuela. Ella le gustaría tener la custodia. Está solicitando visitas regulares, como mínimo. Lo tiene difícil en ambos casos, porque la documentación está en el juzgado de Madison, donde vivían Erin y Noah. La señora Addison presentó su demanda en Minneapolis y, en este momento, el niño está en Colorado.

–¿Tengo que llevármelo de nuevo a Minneapolis? –preguntó Hannah.

–No. Tú eres su tutora legal. No necesitas permiso para viajar o irte de vacaciones con él.

–¿Y no puedo conseguir una orden de alejamiento para que Roger no se acerque a él?

Cal hizo un gesto negativo.

–No. Aunque tenga antecedentes legales, no ha maltratado ni amenazado a Noah, ni a ti, tampoco. No puedes pedir una orden de alejamiento porque alguien no te caiga bien o porque hayas oído hablar mal de él. Aunque, de todos modos, voy a indagar en su historial y voy a averiguar lo que pueda. Si es un delincuente peligroso, necesitamos saberlo.

–Noah tiene parálisis cerebral. Camina con férulas en ambas piernas y con muletas. Está en muy buena forma, es fuerte y ágil, pero, Cal, no puede correr si alguien lo persigue. Es listo y es un niño feliz, pero necesita tratamiento médico y fisioterapia. Es increíble cómo está mejorando tan poco después de haber perdido a su madre. Tiene sus momentos –explicó Hannah, y se encogió de hombros–. A veces le puede la tristeza, pero Owen y Romeo le ayudan muchísimo… La idea de que vaya a parar a manos de un tío maltratador, a un hogar donde no lo cuiden ni lo quieran, aunque solo sea un día o un fin de semana,

me da pánico.

–Teniendo en cuenta los hechos y la planificación tan meticulosa de Erin, creo que eso no va a suceder. Puede que nunca sea un problema. ¿Sigues pensando en quedarte todo el verano?

–Sí, sí. Hablaremos de los siguientes pasos dentro de un par de meses.

–¿Estás pensando en la adopción? –preguntó Cal.

–Sí, pero no quiero agobiar a Noah. Quiero que esté seguro de que no estaría abandonando a su madre, y también quiero que sepa que lo quiero para siempre. Antes de esta complicación, pensé que podíamos tomarnos todo el tiempo del mundo hasta el momento de mantener esa conversación. ¿Serviría de algo que…?

–No, lo dudo. Pero, a no ser que lo cite el tribunal o que haya una orden judicial que te obligue a llevarlo a Madison, lo cual es casi imposible, quédate aquí. Si necesita algo de su casa, ¿puede conseguírselo algún amigo vuestro?

–Sí. Yo no había pensado en volver a Minneapolis hasta finales de verano.

–Bien. Si hay algún tribunal dispuesto a escuchar a la señora Addison, deberíamos pedirle a Judd Tamaris que intervenga, dado que representaba a Erin y la conocía desde hacía mucho tiempo.

–Y el tribunal lo nombró para representar a Noah –dijo Hannah–. Su nombre está en los documentos.

–Excelente. Concédeme unos minutos para fotocopiar todo esto. Voy a llamar al señor Tamaris para decirle que he aceptado representarte y, dentro de pocos días, te contaré cómo es la situación. También voy a investigar a Roger y a su madre. Por tu parte, diles a tus amigos de Minneapolis que no les digan a los Addison dónde estás ahora. E intenta no preocuparte. Si la señora Addison hubiera formado parte de la vida de Noah desde el principio, si hubiera exigido sus derechos antes de que el juez te concediera la tutela, tal vez tuviera algo que hacer, pero, si tú me lo has contado todo, no veo qué posibilidades puede tener.

–El parentesco de sangre –dijo Hannah–. Está utilizando la baza de que es su única pariente consanguínea.

–A los jueces les gusta mantener a las familias unidas siempre que es posible, pero no tienen ninguna duda a la hora de sacar a los niños de hogares donde exista maltrato o negligencia y enviarlos a casas de acogida. ¿Cómo va a cuidar a Noah esa abuela? ¿Tiene un empleo remunerado? ¿Tiene una buena situación económica?

–Hay un fideicomiso –dijo Hannah.

–¿Y es grande?

–Depende de cómo lo mires. Teniendo en cuenta sus necesidades especiales y el hecho de que hay que pagarle la universidad,

seguramente no es suficiente. Si no tuviera que pensar en el futuro de Noah, sería mucho dinero. Más de un millón de dólares –dijo ella.

Cal se apoyó en el respaldo de la silla.

–Vaya.

–Eso es lo que me da terror. Que ella consiga la custodia y se gaste todo ese dinero sin tener en cuenta las necesidades de Noah. Me temo que lo único que quiere es usar ese dinero para sacar de sus líos a Roger. Erin siempre me decía que, si yo conociera a su madre, me caería bien, pero que no es quien parece. Por favor, Cal, ayúdanos. No quiero que Noah pase por otra situación terrible.

–No te preocupes, Hannah –le dijo él–. Lo vamos a conseguir.

–¿Conoces a Cal desde hace mucho tiempo? –le preguntó Hannah a Owen.

–Lo conozco desde poco después de que se casara con Maggie. A veces nos encontramos cuando va a ver a Sully a su casa con su niña pequeña. Y lo he visto por los senderos varias veces. Y la gente de la zona habla de él, de que él ayuda a los demás, de que los demás lo han ayudado a él con su establo… Además, Sully tiene mucho instinto para la gente y, si Sully tuviera una mala opinión de Cal, Maggie no se hubiera casado con él.

–Ha conseguido que me sintiera mucho mejor –le dijo Hannah–. Pero ¿crees que es buen abogado?

–Por la zona se habló de que era un abogado defensor con cierta fama de Michigan. Si quieres, podemos mirarlo en Internet.

–Después de que Noah se vaya a la cama. ¿Qué te parece un duelo de portátiles esta noche?

–Vaya, tú sí que sabes excitar a un hombre –le dijo Owen, mientras la abrazaba.

Después de que Noah se acostara, Owen y Hannah se sentaron en el sofá con sus portátiles y buscaron a California Jones en Internet. Al poco tiempo, Hannah estaba apoyada en Owen, mirando su pantalla, y él estaba leyendo en voz alta. Había una biografía de Cal, que habían publicado su bufete o él, en la que se citaban sus títulos, y un par de artículos sobre su faceta más personal. Y un obituario. Mientras vivía y ejercía en Michigan, Cal había estado casado con otra abogada que sufrió esclerodermia y murió hacía seis años. No había detalles de cómo había llegado a conocer a Maggie Sullivan, dos años después de la muerte de su primera mujer. También había algunos artículos que hablaban de casos muy complicados que había ganado para sus clientes en Michigan, pero no decían nada de Colorado.

–Creo que deberíamos invitar a cenar a Cal, a Maggie y a Elizabeth –dijo Hannah–. Me gustaría conocerlos mejor y saber cómo llegó Cal

hasta aquí.

–Hace un par de años, cuando nos conocimos en casa de Sully, mencionó que, en una época de su vida en la que se encontraba muy indeciso, había pasado mucho tiempo haciendo senderismo por esta zona, hasta que las cosas habían empezado a recolocarse en su vida. Yo le dije que a mí me había pasado lo mismo. Como buenos hombres, dejamos rápidamente a un lado la conversación sobre temas emocionales, y comenzamos a hablar sobre si la altitud tenía poderes curativos.

–Claro, como buenos hombres –dijo Hannah, cabeceando.

Después, le pasó los dedos por el pelo largo que le caía sobre las sienes. Tenía bastantes canas. No le parecía extraño que Cal y Owen se cayeran bien, porque tenían cosas en común. Los dos habían tenido que superar pérdidas muy difíciles y habían sobrevivido.

–Me encantaría invitarlos a cenar, pero parece que solo soy capaz de preparar hamburguesas y macarrones con queso.

–Ya lo sé. También se te dan muy bien las ensaladas. Tú puedes preparar eso, y yo haré el resto.

Owen se encargó de elegir un día para la cena con Cal en el que Maggie estuviera en Timberlake, de modo que las dos familias pudieran reunirse. Hasta entonces, Hannah y Noah organizaron el horario. Dos veces a la semana irían a Aurora al fisioterapeuta y, otros dos días, al psicólogo. Hannah y Owen seguían con las sesiones de fisioterapia en casa, y el fisioterapeuta afirmó que Noah estaba en muy buena forma. Por su parte, el psicólogo determinó que Noah era un niño muy estable para haber perdido a su madre hacía tan poco tiempo. Por supuesto, todavía estaba lidiando con el dolor, pero en el seno de una familia cariñosa.

Uno de los días, cuando volvió con Noah a la finca, Hannah se dio cuenta de que Owen estaba trabajando. Él siempre encontraba un rato para jugar con el niño, para nadar, o caminar. Pero, claramente, tenía trabajo que hacer.

–¿Puedo ayudarte un poco? –le preguntó Hannah–. Así, luego podemos jugar.

–No creo que haya nada en lo que puedas ayudarme, pero gracias.

–Nunca se sabe –dijo ella–. ¿Qué estás haciendo?

–Estoy trasladando algunas fotografías a otros soportes para llevarlas a galerías. A lienzo, madera, cristal. Y voy a intentar hacer una pieza grande, por partes.

–De acuerdo. Yo saco la basura, limpio y hago lo que necesites. Noah, ven aquí, y ponte a revisar tus fotos o a colorear en el ordenador.

–Tengo un par de fotos listas para transferir, ya secas. Te enseño lo

que hay que hacer y tú puedes frotar el anverso de la lámina de transferencia. Es un poco tedioso.

–Bueno, parece un trabajo en el que puedo especializarme –dijo ella, con una sonrisa.

En algún momento, mientras trabajaban, Noah se fue a dormir a la cama de Owen y Romeo se acurrucó a su alrededor. Hannah estuvo frotando con cuidado, de forma meticulosa, el papel posterior a una lámina de transferencia de fotos sobre un lienzo, mientras Owen revisaba sus colecciones en el ordenador. Le pidió opinión a Hannah en un par de ocasiones, y ella se la dio sin reparos.

–Sí, esa –dijo, una de las veces–. No, esa no –respondió, a la segunda.

Más tarde, esa noche, cuando estaban viendo salir la luna sobre el lago desde el porche de la casa, ella le dijo que le encantaba trabajar en su estudio.

–Pero tienes que prometerme que, si te estorbo y no te estoy ayudando, me lo vas a decir. Estás acostumbrado a trabajar en solitario.

Después, le sugirió que transfiriera una de las fotos de árboles a un jarrón alto, y a él le encantó la idea. Él árbol era negro y no tenía hojas y, cuando terminó aquella pieza, quedó impresionante. Fue algo fácil, económico y muy artístico. Lo firmó con tinta negra.

–Creo que llevo demasiado tiempo trabajando a solas –dijo.

Y así, tan fácilmente, Hannah ocupó su lugar en el taller de Owen, ayudándolo. Por supuesto, no a jornada completa. Ella tenía sus propias tareas y, además, atendía a Noah. Noah le mostró a Hannah un dibujo que había hecho durante su sesión con el psicólogo. Era de un hombre muy alto, una mujer, un niño con muletas, un perro enorme y, en el cielo, sobre todos ellos, un ángel pequeño y sonriente.

–Noah, es precioso –le dijo–. Tenemos que enmarcarlo para poder verlo siempre. ¿Ese ángel es alguien a quien conozco?

–Mi mamá. Creo que está feliz. Creo que Romeo está feliz.

–Yo sí que soy feliz –dijo Hannah–. Echo mucho de menos a tu madre, pero, aun así, soy feliz. Y creo que es por ti. Tú consigues que cada día sea especial.

–¿Y Owen? –preguntó Noah.

–Estoy segura de que él también está muy feliz. Sin embargo, puedes preguntárselo tú. –No, tú –dijo Noah–. ¿Tú eres feliz con Owen? Porque vosotros os besáis mucho.

Ella se echó a reír.

–Bueno, me parece que es obvio, ¿no? Estoy muy feliz con Owen. Es un buen hombre.

–¿Y un buen novio? –preguntó Noah.

–Es un novio excelente –dijo ella.

–Pero… ¿Hannah? A veces tengo tantas ganas de que ella esté aquí, que ni siquiera puedo hablar.

–Es normal, cariño. A mí también me ocurre. Y, a veces hablo con ella de todos modos, como si estuviera a mi lado.

–¿En voz alta?

–Sí, en voz alta. Y, a veces, en mi cabeza. Creo que ella está escuchando de cualquier manera.

–No sé –dijo él, cabeceando–. Ella no me responde. Solo me ha respondido una vez, pero solo una.

Hannah se quedó sorprendida, pero trató de disimularlo.

–Ah, y ¿cuándo fue eso, cariño?

–Pues… yo estaba echándome la siesta con Romeo, pero no estaba completamente dormido, y ella estaba sentada en la cama, acariciando a Romeo. Y me dijo: «Me gusta este perro, Noah. Me alegro de que seáis amigos. Sé muy valiente y acuérdate de que siempre tienes que ser bueno. Te quiero mucho. Cierra los ojos». Yo la obedecí y, cuando los abrí otra vez, ella ya había vuelto al cielo. ¿Está bien, Hannah? ¿Por qué estaba en mi cama?

Hannah tuvo que contener las lágrimas.

–Creo que es maravilloso –dijo, con un hilo de voz–. Me hace muy feliz que fuera a verte.

–A lo mejor también va a tu cama –respondió Noah, y a ella se le escapó una carcajada entre las lágrimas. Eso sorprendería mucho a Owen. O, quizá, sorprendería a la propia Erin.

–Si la veo o sueño con ella, te lo cuento. Te lo prometo. ¡Y tengo una idea! Deberíamos hacer una tarta de postre uno de estos días, de esas tan ricas que hacía ella. Puede que a mí no me quede tan bien, pero lo intentaré. ¿Te apetecería?

–¿De melocotón?

–Tendré que buscarlos, puede que sea un poco temprano todavía. Pero lo miraré.

–Me gustaría.

Aquella noche, mientras estaban en la cama, Hannah a Owen lo que le había dicho Noah. Él se echó hacia atrás y se rio.

–A lo mejor debería ponerme los calzoncillos.

–Erin es muy discreta –dijo ella–. No miraría.

Pocos días después, Cal y su familia fueron a cenar. No hablaron del asunto de la custodia en la mesa, pero, cuando Noah y Elizabeth, vigilados por Romeo, se pusieron a ver una película, y ellos se trasladaron al porche con las copas, Hannah le preguntó a Cal si sabía algo nuevo.

–A última hora de esta tarde –le dijo él– el juez de familia de Minneapolis desestimó el caso de la custodia por falta de

legitimización. Eso significa que no va a impedir que otro juzgado se haga cargo, sobre todo, porque Noah y tú no estabais presentes. Así que es posible que el tema no se haya resuelto por completo. La señora Addison preguntó cómo se las iba a arreglar para averiguar dónde estaba su nieto, y el juez le dijo que su abogado podía asesorarla durante ese proceso. Ya nos enfrentaremos a eso si es necesario. Por otra parte, ¿tú conoces a Roger Addison o a su madre?

–Vi solo una vez a la madre de Erin, muy poco tiempo, y hace varios años. A Roger no llegué a conocerlo. Y el padrastro de Erin había muerto. ¿Por qué?

–Porque Roger Addison tiene un historial delictivo muy feo que comenzó cuando era menor de edad. Es reincidente y ha cumplido condena de cárcel por agresión, fraude, posesión de drogas y robo. También hay delitos por los que fue acusado, pero no condenado, y algunos son peores. Robo a mano armada, violación, más robos y agresiones. No tiene treinta años, pero ya es un criminal empedernido. Aunque estos últimos años ya no ha tenido problemas con la justicia. O está mejorando a la hora de encubrir sus delitos, o es que su comportamiento ha cambiado. Ha tenido empleo casi todo el tiempo, aunque hayan sido distintos trabajos, y recientemente no lo han detenido. También he revisado el historial de la señora Addison, pero no tiene antecedentes penales. Eso no significa que sea una buena persona, pero, si ha cometido algún delito, no la han descubierto. Y, sí, siempre ha apoyado a su hijo, ha pagado las fianzas, ha pagado la rehabilitación, etcétera.

Hannah miró hacia atrás, por encima de su hombro, para cerciorarse de que los niños no estaban en la puerta.

–No es una buena persona –dijo–. Ni siquiera ha preguntado por Noah. Ninguno hemos tenido noticias suyas. No sé cómo puede pensar alguien que le importa el bienestar de Noah. Pero el que más me asusta es Roger. Es el motivo por el que Erin se fue a vivir a Madison. Él se aprovechaba de todo el mundo, y su madre y ella se peleaban cuando ella se negaba a ayudarle. Era una familia complicada. Su última discusión fue antes de que naciera Noah. Por eso, Erin siempre ha estado muy segura de cómo debía vivir Noah. Y con quién.

–El nombre de Roger no aparece en la documentación legal de la señora Addison, pero, teniendo en cuenta lo que escribió sobre su relación con su hermanastro, es muy posible que él esté detrás de este intento de hacerse con la custodia del niño, por el dinero. Si alguno de ellos te llama, dile que se ponga en contacto con tu abogado y cuelga. Y, si ves a alguno de ellos cerca, llama a la policía y luego, llámame a mí.

–¡No creo que los reconociera! ¿Y qué le digo que han hecho a la policía? ¿Que me dan escalofríos?

–Yo te enviaré un par de fotos por mensaje de texto y le diré a Stan que soy tu representante legal en un caso de custodia contra una mujer que tiene un hijo con un largo historial delictivo. Puede que Roger Addison esté esperando que el dinero del fideicomiso vaya a parar a sus manos. Estoy siendo cauteloso, nada más, Hannah. He llevado casos de custodia en los que estaban involucradas personas con antecedentes penales y puede volverse traicionero. Me resulta difícil creer que una mujer que no tenía relación con su hija ni con su nieto quiera la custodia del niño. Hay algo más. Por cierto, no quisiera tener razón. Preferiría que este asunto se esfumara.

–Yo, también –dijo Hannah–. Le he preguntado a Noah si conoce a su abuela, si la ha visto alguna vez, y me ha dicho que no se acuerda. Es obvio que no.

–Pues disfruta del verano y presta atención a los detalles raros. Y, si se ponen en contacto contigo, avísame.

Un par de días después, volvieron a reunirse para celebrar el Cuatro de Julio en el *camping* Crossing de Sully. Iban a celebrar una comida campestre.

–Disculpadme por traer a un gran danés a la fiesta, pero Romeo odia el ruido de los fuegos artificiales y no puedo dejarlo solo en casa. Cuenta con que lo proteja Noah –dijo Owen.

–Me alegro de que lo hayas traído –dijo Sully–. El Cuatro de Julio asusta mucho a los animales, y algunos huyen despavoridos. Connie y Sierra han traído fuegos artificiales, como de costumbre. A los niños les encantan, aunque a los perros no les gusten nada.

Sierra era la hermana de Cal, y estaba casada con Connie. Los dos habían ido con sus hijos, un niño adoptado y una niña de un año que había sido toda una sorpresa. Hannah pensó en hablar con Sierra sobre la adopción cuando no hubiera tanta gente alrededor. Aquella tarde, Hannah y Maggie hablaron del trabajo de Hannah y de cuándo iba a terminar su permiso laboral.

–Acaba en septiembre –le dijo a Maggie–. El problema es que las ventas requieren de muchas horas de jornada y de muchos viajes. Nosotros pasamos mucho tiempo con radiólogos, cirujanos, médicos de urgencias y otros doctores que usan nuestros equipos. Los llevamos a cenar para hablar de cómo es posible satisfacer mejor sus necesidades, asistimos a operaciones y presenciamos tratamientos, hablamos con ellos constantemente y… Bueno, no creo que pueda seguir haciendo eso. Ya no estoy sola, no tengo tanta independencia.

–Se me ha ocurrido una cosa –le dijo Maggie–. ¿No has pensado en trabajar en un hospital o en una clínica? Seguramente, el sueldo no será bueno, pero nunca se sabe hasta que buscas.

–Es una buena idea –dijo Hannah–. Necesito un cambio.

Días después, Owen mencionó su próximo viaje.

–Tengo que empezar a prepararme para ir a Vietnam, pero, si te sientes incómoda estando aquí sola, puedo retrasar el viaje.

–No, no puedo permitir que hagas eso –respondió Hannah–. Estabas deseando hacer este viaje y, además, quiero ver las fotos que vas a traer a casa.

–Pero las cosas no están tan tranquilas ahora –dijo él–. Por los Addison.

–Eso es cierto, pero, hasta ahora, la señora Addison ha estado actuando en los juzgados, y para eso tengo a Cal y a Judd –dijo ella.

–Voy a hablar con Cal otra vez antes de marcharme –dijo Owen–. Si se sabe algo de ellos, piensa en quedarte con algunos amigos esos días. Hay mucha gente que te acogería encantada: Cal y Maggie, Leigh y Rob, Helen y Sully…

–Por favor, no te preocupes –le dijo Hannah.

–Es que no voy a poder ponerme en contacto contigo cuando esté en la cueva –dijo él.

–Owen, voy a tener mucha precaución. Y Noah no va a estar solo fuera ni un segundo. Ni siquiera en el porche. Además, tenemos a Romeo para que nos defienda si aparecen visitas indeseadas.

–Nunca ha tenido que hacer de protector…

–Y, seguramente, no tendrá que hacerlo, pero es tan grande que nos protegerá sin pretenderlo.

Posó la palma de la mano en su mejilla. Era lógico que, después de lo que había ocurrido con su hijo, sintiera nerviosismo.

–Te vamos a echar mucho de menos, pero queremos que explores esa cueva.

–Mientras yo no esté aquí, quiero que pienses en una cosa –respondió él–. No quiero que te sientas presionada, ni acorralada. Pero sí quiero que sepas que esto sí funciona para mí. Que estoy preparado para formar una familia. No tienes que preocuparte por el trabajo, por el dinero. Si quieres trabajar para ser alguien productivo, tiene que haber algo en esta zona que pueda llenar ese espacio. Te quiero. Quiero que Noah y tú os quedéis aquí.

–¿Y mi casa? –preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

–Alquílala. Véndela. Déjala ahí seis meses, o un año, tómate un tiempo para estar segura. Yo pago la hipoteca.

–Owen, eso sería una locura…

–Hannah, tengo dinero. Bastante. Pero, sin una familia, no me sirve de nada. Bueno, estaba intentando no decir nada que pudiera presionarte…

Ella se echó a reír.

–Owen, estos últimos meses me han salvado la vida. Ha sido por ti. Tengo que emprender una nueva vida con Noah y, gracias a ti, he podido mantener la cordura y gestionar la situación. Pero no quiero aprovecharme de ti. Aunque, como te he estado ayudando en el estudio, me siento un poco menos mal por eso.

–¿Vas a pensar en esto mientras estoy de viaje?

Hannah se inclinó y le besó la frente.

–¿Y qué es «esto», exactamente?

–Puede ser lo que quieras. Como ahora: dos personas que comparten una casa con un perro y un niño… y que mantienen unas relaciones sexuales fabulosas. O puede ser un compromiso, si quieres. Cuando te parezca bien. Yo no tengo prisa, siempre y cuando te quedes. Podemos formar un equipo para trabajar, y tú gestionarías sola el fideicomiso de Noah. Tenemos muchos abogados alrededor por si es necesario redactar algún documento para protegeros a Noah y a ti. También puede ser un equipo de trabajo. Lo que tú digas.

–Claro que pensaré en todo eso. Quiero que vayas a la cueva más grande del mundo. Y trabajaremos en este proyecto cuando llegues a casa.

–¿Te sentirás sola? –le preguntó él.

–Te voy a echar muchísimo de menos, pero tengo las sesiones de fisioterapia con Noah, el psicólogo, un niño muy activo y un perro y varios amigos nuevos. A lo mejor terminamos de leer *La isla del tesoro*.

Él le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Creo que este es tu sitio.

Capítulo 9

No hay duda que todas las grandes virtudes se crean, se refuerzan y mantienen en la familia y en el hogar.
Winston Churchill

Hannah siempre había tenido problemas para sentirse parte de un lugar, pero hacía mucho tiempo que no pensaba en ello, hasta que Owen se lo había dicho. La primera vez que había tenido la sensación de que era una intrusa había sido al nacer su segunda hermana, la tercera hija de su madre. Ella tenía seis años, y alguien había preguntado:

–Hannah ni siquiera tiene el mismo color de pelo y ojos que sus hermanas, ¿a que no?

Ella tenía el pelo y los ojos castaños, mientras que sus hermanas eran rubias de ojos azules. Ella tenía la piel sonrosada y morena, mientras que ellas eran como de marfil. Y, por supuesto, ella era adoptada, pero tenía buenos antecedentes: se suponía que era de origen francés, alemán, danés y portugués. Sin embargo, siempre se había sentido diferente. Además, ¿por qué iba a confiar en unos padres biológicos que se habían deshecho de ella? Era posible que, al rellenar los documentos, hubieran escrito cualquier nacionalidad que les pareciera curiosa.

Owen quería que pensara en quedarse con él… y lo iba a pensar. Pero también iba a pensar en la pertenencia en un sentido más amplio. Con qué estaba comprometida ella, y quién estaba comprometido con ella.

Owen se fue temprano aquella mañana, pero a pesar de que no había amanecido, pasó a darle un beso a Noah.

–Vuelvo dentro de diez días –le dijo–. ¿Vas a cuidar bien a Romeo?

–Sí, claro –dijo Noah, que estaba adormilado, mientras se frotaba los ojos.

–Cuando te vayas en casa y lo dejes, acuérdate de decirle cuándo vas a volver –dijo Owen, y acarició a Romeo–. Cuida de Noah. Cuento contigo.

–¿Estás emocionado por el viaje, Owen? –le preguntó Noah.

Owen se encogió de hombros.

–Me gustaría posponerlo. Últimamente me he divertido demasiado, y creo que me estoy volviendo perezoso.

–Hannah dice que todo el mundo tiene que hacer trabajos –le dijo Noah.

Owen se echó a reír.

–Es una esclavista.

–No es verdad –dijo ella, desde la puerta. Estaba observando la despedida entre Owen y Noah.

–Sí lo eres –dijo él, sonriendo–. Noah, tengo todo el equipaje en el coche. Voy a marcharme antes de que decida quedarme y suspender el viaje.

–Vamos a salir al porche –le dijo Noah a Romeo, y el perro se levantó. Noah tomó sus muletas, pero Owen lo tomó en brazos.

–Yo te llevo –le dijo–. Puedes sentarte en el porche con Romeo y no estorbarme mientras me despido de Hannah. Tengo pensado darle unos buenos besos.

–Me está empezando a parecer que os gustan todos esos besos –dijo Noah.

–¿A mí? No –dijo Owen–. Es solo que no quiero que se sienta ignorada.

–Eso es una trola –dijo Noah, y Owen le hizo cosquillas.

Noah y Romeo esperaron pacientemente en el coche mientras Hannah y Owen se besaban y abrazaban junto a la furgoneta de Owen.

–Quiero que te diviertas, que estés ocupada y que estés con gente. Si te acuerdas, sácales fotos a Romeo y a Noah. Y, si hay wifi en alguna parte, os enviaré un correo electrónico, pero me han dicho que es poco probable. Pero quiero que te diviertas para que el tiempo pase rápidamente.

Ella se echó a reír.

–Es lo que pienso hacer. Y, sí, no te preocupes, voy a tener mucho cuidado y a cerrar bien todas las puertas. Pero vamos a estar perfectamente. Creo que anoche nos lo dijimos todo.

–Anoche –susurró él, abrazándola–. Fue increíble.

–Creo que entra en la categoría de verdadera despedida.

–Tengo que reconocer que nunca me habían despedido así –dijo él–. Me dan ganas de organizar más viajes.

–Espera a que veas la fiesta de bienvenida –dijo ella, y lamió su labio inferior–. Te voy a echar de menos. Por favor, vete. Me estás agotando, y tengo cosas que hacer.

Él le dio un último beso y un azote en el trasero, y se subió a la furgoneta. Romeo dio un aullido de tristeza, pero no se separó de Noah. Cuando la furgoneta desapareció, Hannah se giró hacia el niño.

–¿Quieres desayunar? –preguntó.

Noah asintió.

–Y, después, ¿qué?

–Tengo algunas ideas. Voy a hacer las tareas y, después, hablamos de todas las cosas que podemos hacer mientras Owen está en la cueva más grande del mundo.

–Ojalá pudiera verla –dijo Noah.

–Me parece que tú vas a hacer muchos viajes emocionantes en tu vida –dijo ella–. Deberíamos mirar los libros de Owen y hacer una lista de todos los sitios a los que te gustaría ir.

Aquel primer día de ausencia de Owen, Hannah y Noah fueron a comer con Leigh al pub del pueblo. Después fueron a la estación de bomberos. Connie Boyle estaba trabajando y le enseñó a Noah todas las cosas divertidas. Noah se sentó al volante del camión y Connie le enseñó a encender las luces. Fueron a la cocina, donde uno de los bomberos estaba haciendo galletas. Después, salieron hacia el *camping* de Crossing y Helen los convenció para que se llevaran unas cuantas frutas y verduras del huerto. También los convenció para que se quedaran a cenar, pero, como Noah le había prometido a Romeo que volverían dentro de dos o tres horas, primero tenían que ir a casa a recogerlo.

–Porque él entiende el paso del tiempo –explicó–. Y podría disgustarse.

Fueron a buscarlo a casa y lo llevaron al *camping* para que pudiera jugar con Beau.

Al día siguiente, fueron a las sesiones de fisioterapia y, después, nadaron con Romeo. Sully fue a verlos y estuvo pescando con Noah en el embarcadero. Otro día fueron de compras a Colorado Springs y pasaron a visitar la casa de Cal, donde se quedaron a cenar.

–Creo que se ha corrido la voz –dijo Hannah–. Si Owen está fuera, no voy a poder hacer la comida para Noah y para mí.

Nadaron, pescaron y fueron a sus citas médicas. Después de casi una semana, Hannah le dijo a Noah que tenía una sorpresa para él. Fueron a Colorado Springs, a un lugar que le había sugerido Connie, y Hannah se hizo un tatuaje en el omóplato derecho con el nombre de Noah. Estaba dentro de un corazón que estaba dentro de una flor. Primero le enseñó el diseño para saber si él estaba de acuerdo.

–Es un poco de niña –dijo Noah.

–Es que yo soy una niña –respondió ella–. ¡Pero a ti no te convierte en una niña!

–¿Y te vas a hacer uno para Owen?

–Todavía no estoy preparada para hacerme un tatuaje con el nombre de Owen, pero lo pensaré.

Leyeron, vieron películas, caminaron por el sendero que había

detrás del *camping*, nadaron, pescaron, fueron al pueblo a comer hamburguesas y helado, y visitaron a sus amigos.

Una de las visitas más esclarecedoras que hizo Hannah fue a Sierra Boyle. Era algo que quería hacer desde que la había conocido. Sully y Helen se quedaron con Noah un par de horas para que ellas pudieran hablar. Hannah quería conocer la experiencia de Sierra con la adopción de Sam, pero se enteró de mucho más de lo que esperaba.

–Nosotros teníamos a Sam en régimen de acogida y nuestra solicitud de adopción estaba pendiente. Sin embargo, la abuela de Sam cambió de opinión de repente y pidió que el niño regresara. No era tan mayor, pero tenía algunas enfermedades crónicas y no estaba en condiciones de cuidar a un bebé. Casi no podía levantarlo de la cuna. Fe una pesadilla. Lo encontré sollozando, empapado y sucio en la cuna. Estaba a punto de secuestrarlo, de salir corriendo con él, pero llamé a Cal.

Hannah se quedó muda por un momento.

–Sierra, ¿no has oído decir que la abuela de Noah apareció hace poco buscando algún tipo de vínculo con él? Quiere la custodia, pero, hasta el momento, dos juzgados han rechazado su petición. Cal nos está ayudando.

–¿Nos? –preguntó Sierra–. ¿Eso significa que Owen y tú estáis…?

–Owen está tan interesado en el bienestar de Noah como yo. Le gustaría que formáramos una familia. Yo estoy intentando hacer las cosas con sentido común, de tomármelas con calma. Si es lo mejor, muy pronto será evidente, ¿no? Pero ¡sigue contándome cómo fue tu batalla por la custodia de Sam!

–La abuela de Sam no tardó mucho en darse cuenta de que no podía cuidarlo, pero hubo días muy largos, muy difíciles, y yo me desmoroné. Solo tardé un día en querer tanto a Sam que ya no podía dar marcha atrás.

Sierra le contó a Hannah toda la historia: Connie había ido a asistir en un accidente de tráfico y sacó a Sam del coche donde acababa de morir su madre, una chica joven, cuando él solo tenía cuatro meses. Hannah le preguntó por los vericuetos de una adopción y sobre cómo podía gestionar la intromisión de los miembros de la familia de Noah, como su abuela. Durante aquellas dos horas, se estableció entre ellas un vínculo de amistad. Hannah estaba impaciente por contárselo todo a Owen en cuanto llegara a casa.

Aquella noche, a las dos de la madrugada, sonó el teléfono, y Hannah se despertó sobresaltada.

–Tengo cobertura –dijo Owen, triunfalmente–, pero no sé cuánto va a durar.

–Dime, rápido, ¿es maravilloso?

–Es increíble –respondió él–. Cuando Noah esté más fuerte y pueda

resistir más, voy a traeros aquí. Estoy sacando algunas fotos fantásticas.

–Hemos estado viendo tus libros y haciendo una lista de los sitios a los que quiere ir. La mayoría son templos o santuarios a los que hay que llegar subiendo miles de escalones.

Owen se echó a reír.

–Vaya incentivo. ¿Qué tal está?

–Muy bien –dijo ella–. Hemos estado muy ocupados, así que casi no te echamos de menos, pero te prometo que, cuando llegues a casa, haré que te sientas bienvenido.

Owen se rio.

–No, la verdad es que te echo de menos como una loca –dijo ella.

–¿Y no has tenido ningún problema?

–Ni uno –dijo ella–. Hace buenísimo y tenemos a un millón de personas alrededor. Creo que están de vacaciones. Ya ha pasado la mayoría de los senderistas que van hacia Banff, pero hay algunos rezagados. Hemos estado con nuestros amigos, y Noah está feliz con Romeo, su mejor amigo. Y tengo una sorpresa para ti…

De repente, la conexión se cortó. Ella no sabía hasta cuándo la había escuchado…

–Oh, Owen, qué rabia… –le dijo al teléfono–. Solo cuatro días más.

Aquella mañana, muy temprano, salió a tomar el café al porche y vio un par de ciervos jóvenes pastando en el césped que había entre la casa y el estudio. Llevaba unos tres minutos allí cuando el ruido de un coche espantó a los animales, que salieron corriendo. Hannah entrecerró los ojos. No conocía al conductor. Estaba a punto de entrar en casa y cerrar la puerta con llave cuando el conductor salió del coche y preguntó:

–¿Hannah Russell?

–¿Lo conozco de algo? –preguntó ella.

–No –dijo él–. Tengo una cosa para usted –añadió, y le mostró un papel.

Sin apagar el motor del coche, se acercó al porche y subió los escalones mientras ella retrocedía. El hombre le tendió el papel y ella lo tomó con cautela. Después de todo, no era el cartero. Entonces, el hombre retrocedió y se marchó de la finca.

Ella abrió el papel y vio que era una citación del juzgado de familia. Victoria Addison había presentado una demanda por la custodia de Noah en Colorado.

–Intenta calmarte –le dijo Cal a Hannah–. Voy a ponerme en contacto con su abogado para enterarme de qué es lo que piden. No creo que piense que puede llevarse a Noah a Minneapolis para criarlo

allí. En primer lugar, la custodia ya está establecida según los deseos de su madre. En segundo lugar, no tiene vínculos con el niño. En tercer lugar, es un niño con necesidades especiales y ella no lo ha cuidado ni un solo día desde su nacimiento. En cuarto lugar, según la carta que Erin escribió antes de su muerte, Victoria tiene un hijo que vive a menudo con ella y que podría ser un peligro para Noah. Puedo seguir enumerando motivos por los que esta demanda me parece algo absurdo. Tiene muy poco que ofrecer, y lo ofrece demasiado tarde.

Hannah había llamado inmediatamente a Cal, y Cal le había dicho que Maggie estaba en casa y que podía cuidar de Elizabeth y de Noah mientras ellos mantenían una reunión en su despacho.

–¿Tengo que intentar explicarle todo esto a Noah?

–Antes, deja que averigüe lo que pueda. Hablaré con su abogado de Colorado.

–Si me marcho rápidamente a Minneapolis, ¿no podría liberarme de esta demanda?

–Ya le han denegado la custodia en Minneapolis. Y el juez de Madison confirmó el fallo. No creo que Judd Tamaris tenga licencia para ejercer en este estado, pero la buena noticia es que no necesitamos que ejerza de abogado. Puede ser testigo y puede hacer vídeos con declaraciones de otros amigos cercanos que podemos presentar en el juzgado. Como Erin trabajó para Judd durante años, él estaba muy cerca de ella y conocía bien su situación. Además, es el albacea de su testamento y su familia y él la consideraban una amiga íntima. Sin embargo, lo que me preocupa no es defender la custodia del niño. Lo que me preocupa es el por qué. ¿Por qué quiere Victoria Addison la custodia de un nieto a quien no conoce? ¿Es por razones sentimentales? A Sierra le pasó algo así…

–Ya lo sé –dijo Hannah–. Estuve hablando con ella y me contó lo de la abuela de Sam.

–Durante unos días, fue algo muy difícil –dijo Cal.

–Creo que Victoria tiene unos sesenta y cinco años –dijo Hannah–. No sé nada sobre su salud ni sobre su forma física, pero Noah necesita ayuda. Owen tuvo que instalarle una barra en la ducha y, aun así, se cayó un par de veces. Yo soy fuerte y estos brazos se han quejado un poco al tener que llevarlo de una habitación a otra, pero cada vez me fortalezco más. Si a una mujer joven y en forma no le resulta tan fácil manejarse…

–Eso es lo que quiero decir –respondió Cal–. Puede que esté ocurriendo algo que no sabemos.

Esa noche, cuando todo estaba en silencio y Romeo estaba retozando por el jardín, Hannah puso a Noah en su regazo.

–Tengo que preguntarte una cosa –le dijo–. ¿Te acuerdas de tu abuela?

–No, pero creo que tengo una. ¿La tengo?

–Sí, está en Minneapolis. Tu abuela y tu madre no estaban de acuerdo en muchas cosas. Entre ellas, en cómo se debe cuidar a un niño. Por eso, tu mamá me pidió que fuera tu tutora.

–Ah, muy bien.

–Yo estoy muy contenta de que me tocara –dijo Hannah.

–Yo, también. ¿Cuándo llega Owen?

–Faltan muy pocos días. ¿Estás contento?

–Sí, estoy contento. Quiero que llegue ya. ¿Viene pronto o por la noche?

–Creo que después de cenar. Pero nos va a llamar para avisarnos.

–Entonces, creo que deberíamos esperarlo para cenar y hacerle su postre favorito, helado. Le encanta el helado.

Vaya, no habían podido hablar demasiado de su abuela. Noah pensaba que tenía una, pero no la había visto nunca. Quería estar con Hannah. ¿No era eso lo bastante bueno, aunque solo tuviera cinco años?

Owen le envió un mensaje a Hannah diciéndole que su vuelo desde Ho Chi Minh se había retrasado, pero que despegarían lo antes posible. Le había dado la información del vuelo para que pudiera seguir el itinerario por ordenador. Ella respondió, también por medio de un mensaje: *Duerme, si puedes, cuídate, te estamos esperando.*

Durante todo el viaje hacia Vietnam estuvo pensando en cancelarlo y volver a casa. Mientras preparaba la expedición a la cueva de Hang Son Doong, también pensaba en marcharse. Cuando empezaba a entrar en la cueva, se dijo que no volvería a hacer ningún viaje largo. Quería estar con su familia: Noah, Hannah y Romeo. Los echaba tanto de menos que le estaba costando concentrarse en las fotografías. Tuvo que llevar varios paquetes de pilas para las cámaras y la tableta y, al final de cada día, se encontraba con algunas imágenes increíbles. Estaba deseando enseñárselas a Hannah y a Noah. Había unos veinte civiles en aquella expedición, cinco guías, dos guardabosques, dos cocineros y un grupo de porteadores. Él era el único estadounidense. Se hizo amigo de una pareja brasileña y de un chino. Había también una australiana que debía de ser rica, porque llevaba dos años viajando por todo el mundo.

Hacían falta dos días de caminata por la jungla para llegar a la cueva, cinco días para llegar al final y, después, hacer un giro que los llevaba a la segunda entrada. Acamparon de noche. Siete días seguidos de senderismo y *camping*. La comida y el agua se la entregaron antes de entrar en la cueva, que tenía su propio ecosistema. Los guías

vietnamitas hablaban chino cantonés, francés y un inglés muy bueno. Han Son Doong todavía no estaba abierto al público y podían pasar años antes de que la abrieran, pero aquellas expediciones especiales que había que reservar con varios años de antelación estaban ganando popularidad. La cueva era increíble. Había un gran lago y una playa de arena en la que acamparon dos noches. Había partes oscuras y estrechas, una selva tropical y un área cuyo techo era tan alto como un edificio de cincuenta pisos. La flora era magnífica. Vieron, incluso, pájaros exóticos.

Cuando Owen salió de la cueva, se duchó y se cambió de ropa en uno de los centros para visitantes y fue directamente al aeropuerto. Estaba agotado. Normalmente, pasaba un par de días descansando para recuperarse del trabajo antes de volver a casa, pero aquel viaje lo había reducido al mínimo imprescindible para poder hacer las fotografías y volver cuanto antes con su familia. Durante el tiempo de retraso del vuelo, estuvo sentado en su asiento, viendo las fotos en la tableta y asombrándose de su belleza. Él estaba tan poco concentrado, que no deberían ser tan buenas. Estaba deseando enseñárselas a Hannah.

Desde Ho Chi Minh a Denver había más de veinte horas de vuelo. Aterrizaron a las diez de la noche. No le envió ningún mensaje a Hannah. Tomó su mochila, subió a su coche y se dirigió a casa, sabiendo que estarían dormidos. Sin embargo, cuando llegó, encontró todas las luces encendidas, a pesar de que era medianoche. Al entrar, dejó caer la mochila al suelo.

–Cariño, ya he llegado –dijo, en voz baja.

Hannah se levantó del sofá y corrió a sus brazos. Romeo abrió la puerta de Noah y se unió a la fiesta.

–¿Por qué estás despierta? –le preguntó, besándole la cara.

–Estaba viendo tu vuelo en el ordenador, y sabía que ibas a llegar. No podía dormirme. Noah sí se quedó dormido. Lo he llevado a la cama hace un par de horas. ¿Lo has pasado de maravilla?

–Me lo estoy pasando de maravilla ahora –dijo él, sin dejar de besarla.

Romeo estaba intentando abrirse paso entre ellos, los empujó hasta que Owen le prestó algo de atención. Después, Owen volvió a besar a Hannah. Oyeron un ruido y vieron que Noah se acercaba a ellos con las muletas.

–Eh, colega, ¿te he despertado? –le preguntó Owen, inclinándose para tomarlo en brazos.

Noah soltó las muletas y se abrazó con fuerza a su cuello.

–No pasa nada –dijo Noah–. Te hemos traído helado.

–¿Quieres un poco? –le preguntó Owen–. ¿Helado a medianoche?

–No me importaría –dijo Noah, y Owen le revolvió el pelo.

–Yo voy a tomar un poco más fuerte –dijo él–. No estoy seguro de en qué día vivo. Creo que es ayer –añadió.

Fue al sofá y se sentó con Noah en el regazo.

–Tengo las piernas demasiado largas para dormir en un avión, aunque sea en primera clase. Hannah, ¿podrías ser tú la camarera, solo por esta vez?

–Claro que sí –dijo ella, y fue a la cocina.

–¿Estaba bien la cueva? –preguntó Noah–. ¿Era difícil?

–Los guías y los porteadores eran fabulosos, pero había algunos sitios en los que tuvimos que arrastrarnos, trepar e incluso nadar. Ha sido un camino difícil. Uno de los amigos que hice era un hombre de sesenta y ocho años, chino, y era más fuerte incluso que yo.

–Yo nunca voy a poder hacer eso…

–Pues yo creo que sí –le dijo Owen–. Hará falta músculo y entrenamiento, pero tienes tiempo. La cueva todavía no está abierta al público y no se permiten niños en las expediciones. Pero tú vas a hacer todo lo que quieras hacer. No me sorprendería que, un día, escalaras el Everest. Tal y como estás ejercitándote ahora… Sí, señor, en cuanto crezcas un poco más…

Hannah apareció en aquel momento con un cuenco de helado y un whisky con hielo. Se acurrucó junto a Owen y lo escuchó hablar sobre la cueva. Se habían apilado: Noah, en el regazo de Owen, Romeo, con la cabeza sobre el muslo de Owen y Hannah, acurrucada contra ellos.

–Mañana vemos las fotos –dijo Owen–. Creo que todos vamos a dormir mucho. ¿Has oído, Romeo? Eso significa que tú también tienes que dormir hasta tarde.

–¿Cuál es la mejor parte de la cueva? –preguntó Noah.

–Había muchas partes impresionantes. Es enorme. Hay un lago y una playa de arena. Acampábamos en la playa y los cocineros de la expedición nos preparaban la comida. La noche en la playa era muy hermosa. Había pasajes tan estrechos que teníamos que arrastrarnos, y lugares tan abiertos que se podría construir una casa.

–¿Teníais un bote para el lago? –preguntó Noah.

–No, no había bote. Quizá porque es demasiado difícil conseguirlo en una cueva. O, tal vez, no quieren que esté en la cueva. Era precioso.

Noah hizo muchas preguntas mientras se comía el helado y Owen tomaba sorbitos de whisky. Después de quince minutos, Owen tomó el cuenco vacío de Noah y lo puso en la mesa de centro. Noah se acurrucó con la cabeza en el hombro de Owen y bostezó.

–Hay alguien por aquí que está muy cansado –dijo Owen.

–Soy yo –respondió Noah, bostezando de nuevo.

Rápidamente, se quedó dormido, y Owen lo rodeó con un brazo

contra su pecho. Demostró ser muy habilidoso, sujetando al niño, rodeando con el otro brazo a Hannah y estrechándola contra su costado y sosteniendo la copa de whisky con la mano.

–Ah, hogar, dulce hogar.

Hannah no dijo nada, y él la estrechó un poco más. Entonces, oyó un sonido y bajó la cabeza para mirarla. Vio que ella tenía húmedas las mejillas.

–¿Estás llorando? –le preguntó él, en un susurro.

–Ojalá las cosas pudieran ser siempre así –dijo ella.

–Si queremos, podemos hacerlo así para siempre –dijo él, y le besó la frente.

Ella lo miró con sus ojos oscuros, que brillaban a causa de las lágrimas.

–La señora Addison ha presentado una demanda pidiendo la custodia de Noah. Está aquí. Lo va a intentar.

–¿Has llamado a Cal?

Hannah asintió.

–He ido a verlo. Vamos a reunir pruebas y declaraciones. Habrá una vista, y él dice que no tenemos nada que temer de una vista.

–Vamos a conseguirlo, Hannah –le dijo Owen–. No vamos a rendirnos. No te preocupes.

Ella le acarició la mejilla.

–Owen, esta no es tu lucha. Es mía.

Él se quedó callado un instante.

–Sabes muy bien que sí lo es.

Owen los abrazó durante toda la noche. Hannah se dio cuenta de que no dormía mucho. Estaba quieto, pero su cuerpo estaba tenso, por mucho que intentara disimularlo. Ella se despertó un par de veces, y él le dijo:

–No te preocupes. Vamos, duerme.

Los dos se levantaron por la mañana y él tapó a Noah, se puso unos pantalones de pijama y la siguió a la cocina. Mientras ella preparaba el café, estuvieron en silencio. Después, Hannah sirvió dos tazas y se sentó frente a él.

–No puedo perderlo –dijo, susurrando.

–No lo vas a perder –respondió él–. No quiero invadir tu territorio, pero quiero ayudar, si puedo. Tienes que decirme qué puedo hacer y qué no.

–No te entiendo.

–Bueno, esto ha ocurrido mientras yo estaba fuera. Me gustaría hablar con Cal, hacerle algunas preguntas y enterarme de cuál es su

estrategia. Pero tú eres su clienta. Si quieres que lo haga, tienes que decírmelo.

–Podemos ir a verlo juntos, si quieres.

–¿Quieres que yo ayude? ¿Te parece bien que me implique?

–Me gustaría saber tu opinión, pero no quiero ser una carga.

Él cabeceó.

–Tú no has traído problemas a mi casa, Hannah. Tú viniste aquí con un niño y yo me enamoré de los dos. Quiero formar parte de vuestra vida. Solo dime si esto es una intromisión por mi parte. Si tengo que retroceder, avísame.

–Lo haré –dijo ella–. En este momento, necesito tu apoyo. Estoy asustada, Owen.

–¿Te parece bien que llame a Cal? Me gustaría saber qué ideas tiene.

Ella asintió.

–Ha solicitado un aplazamiento para poder reunir a las personas que conocían a Erin y a Noah, y que supieran de los planes que tenía su madre para él. Dijo que también esperaba conseguir el testimonio de algunas personas que conozcan a los Addison. Pronto sabrá la fecha de la vista, dentro de unos dos días.

Owen habló con Cal, pero Cal tenía muy poca información aparte de lo que Hannah ya sabía. La fecha de la vista se fijó para tres días después, y hubo que conseguir rápidamente billetes de avión para los testigos. Judd pudo conseguir la declaración de la niñera, Linda. Kate estaba en camino, pero Sharon no pudo ir porque estaba a punto de dar a luz. Así pues, declaró desde casa.

Y estaba Noah. Había quedarle algún tipo de explicación, pero Hannah no quería que el niño se preocupara. Abordó el tema mientras leían en la hamaca.

–La tía Kate viene mañana para hacernos una visita muy breve –dijo Hannah–. Tengo que ir al juzgado para arreglar unos cabos sueltos sobre mi tutela legal. Son cosas sin importancia.

–¿Seguro? –preguntó él–. Porque Owen y tú susurráis mucho.

Qué inteligente era.

–No es nada importante, pero tengo que ir al juzgado y tú no puedes ir. Puede que me lleve tiempo, así que Sully dijo que podías pasar la mañana con él. Si tardamos más, te traerá aquí para que dejes salir a Romeo. Hemos estado hablando de ir al juzgado porque Owen quiere ir conmigo.

–¿Por qué? –preguntó Noah.

–Porque también se preocupa por ti. Y por mí.

–Seguro que nunca pensaste que habría que hacer tanto papeleo solo para que pudiéramos estar juntos, ¿verdad?

–Pero ¿va a ir bien?

–Va a ir bien porque te quiero mucho y estoy muy orgullosa de ti. Aunque nunca hubiera pensado que íbamos a estar juntos, ahora ya no puedo imaginármelo de otra manera.

–Hannah, ¿y si tú te mueres?

Por un momento, Hannah se quedó muda y lo abrazó con fuerza. Respiró profundamente.

–En primer lugar, eso no es muy probable. Pero entiendo que te preocupe ese asunto. Tu madre lo dejó todo bien organizado, Noah, así que, si yo no pudiera cuidarte, irías con Sharon o Kate.

–¿Y Owen? ¿No podría quedarme con Owen?

–No sé cuál es la respuesta a eso. Creo que es otra pregunta que tendría que hacerle al abogado. Y a Owen.

–Entonces, ¿se lo vas a preguntar? Sé que tiene que hacer muchos viajes, y eso, pero, tal vez pudiera quedarme con Cal o Sully cuando él tenga que irse.

–¿No quieres quedarte con Sharon o Kate? Bah, esta conversación es una tontería, porque yo no te voy a dejar nunca. No me va a pasar nada, Noah.

–Me caen muy bien Sharon y Kate, pero no quiero echar de menos a Romeo y a Owen.

«Ojalá este perro viva cien años», pensó ella.

–Ya hablaremos de todas las posibilidades y nos aseguraremos de que tú estés feliz y te sientas seguro. ¿De acuerdo?

–Sí, estaría bien –dijo él–. Mi favorita eres tú –añadió.

–Y tú eres mi favorito –dijo ella–. Echo de menos a mi mejor amiga, Erin, todos los días, y todos los días rezo una pequeña plegaria para darle las gracias por dejarte conmigo.

Capítulo 10

Intenta no convertirte en un hombre de éxito,
sino en un hombre valioso.
Albert Einstein

Cal estaba complacido con el juez de familia que les habían asignado, Leonard Vincente, que llevaba en aquel juzgado cuarenta años. Hannah estaba un poco asustada. Había mirado su fotografía en Internet. Era un hombre muy mayor.

–Es listo como un lince y tiene décadas de experiencia –dijo Cal–. Solo he estado una vez con él, pero tiene una buena reputación. Es muy respetado. No se le escapa ni una.

–¿Por qué sigue ejerciendo a su edad? –preguntó Hannah–. ¿No tendría que estar jubilado?

–Es obvio que le encanta su trabajo –dijo Cal–. Este es un condado pequeño y él lleva muchos años en el puesto. Su historial es ejemplar. Parece un sencillo juez de ámbito rural, pero no tiene nada de sencillo. Tiene un conocimiento profundo y sofisticado de la ley y sus aplicaciones. Y es justo.

El juzgado era pequeño y más nuevo que la mayoría de los otros edificios de Leadville y, sin embargo, seguramente tendría unos cincuenta años. El suelo de madera estaba rayado y había pocos bancos para los espectadores. No había muchas vistas aquella mañana, pero la señora Addison no estaba por ninguna parte. Hannah y Cal se sentaron en la mesa de la defensa. Kate y Owen se sentaron en la parte de los espectadores que había tras ellos. Había un ayudante del sheriff, un taquígrafo del tribunal, un secretario y una mujer que debía de ser oficial de seguridad.

Entonces, Hannah vio entrar a Helen en la sala. Helen sonrió ligeramente y la saludó con la mano, y se sentó al lado de Kate y Owen. Todos hablaron en voz baja un instante.

Después, entraron la señora Addison y su abogado, y recorrieron el pasillo central hasta la mesa de los demandantes. La señora Addison iba sonriendo y asintiendo como si conociera a la gente que la rodeaba. No se parecía a la foto que ella había visto. La imagen no le

hacía justicia. Parecía mucho más joven de lo que era, y tenía sofisticación. Llevaba el pelo corto, y estaba en forma. Iba bien maquillada y llevaba un traje negro que le sentaba muy bien. Se pasó los dedos por el pelo para apartárselo de la cara, y el gesto reveló unos pendientes de brillantes. Destacaba en la habitación por su belleza y su atuendo.

Su abogado era joven, de unos treinta años, y también iba muy bien vestido.

–¿Sabes algo más de su abogado? –le preguntó Hannah a Cal, en voz baja.

–No, pero lo busqué cuando encontré su nombre en la documentación. No ha tenido tiempo de acumular mucha experiencia, pero tiene un buen historial.

Hannah no podía imaginarse a aquella mujer con aspecto de mujer rica queriendo la custodia de un niño de cinco años con muletas, ni la veía tirándose por el suelo con Noah, pescando con él, llevándolo a caballito por un sendero de montaña. El motivo era el fideicomiso, pensó Hannah. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Querría aquella herencia para Roger? No, no era posible. Nadie podía ser tan tonto y tan cruel.

Cuando el juez entró en la sala, todos se pusieron de pie. El juez se sentó detrás de su escritorio, y Hannah sintió cada vez más pánico. No sabía qué podía esperar.

–Buenos días, señores y señoras –dijo el juez–. He leído sus documentos, la demanda y la contestación a la demanda, he revisado el derecho de los abuelos, el testamento, el legado, y he escuchado y leído todas las declaraciones. He fijado la vista esta mañana porque es una buena forma de escuchar todos los argumentos de ambas partes. Tal vez haya una solución que aún no se ha presentado, pero, una vez que nos escuchemos todos, salga a la luz. Pero dejen que comience la conversación eliminando parte del suspense: no voy a revertir la tutela legal. El testamento y la declaración que lo acompaña son muy claros y muy razonables. La señora Waters deseaba que, en caso de morir, su hijo fuera criado por la señora Russell. Parece que tenía buenos motivos para tomar esa decisión, y yo no me voy a oponer.

Hannah exhaló un suspiro de alivio y estuvo a punto de desplomarse contra Cal.

La señora Addison, por su parte, empezó a sollozar. Lloró sobre la mesa con los brazos cruzados. Su abogado le dio unas palmaditas en la espalda.

–Señor Renwick –preguntó el juez–, ¿es necesario un descanso?

–Por favor, concédame un instante, señoría –dijo el joven.

Le acarició suavemente la espalda y le susurró algo.

En la sala, todos estaban esperando en silencio. Por fin, la señora Addison alzó la cabeza de forma muy dramática, se secó las mejillas

húmedas y se dio un delicado golpe en la nariz.

–Ya estoy bien, señoría –dijo–. Pido disculpas.

–Avíseme si necesita más tiempo para calmarse –dijo el juez–. Como iba diciendo, parece que esta cuestión ya está resuelta para satisfacción del tribunal. Según mis cálculos, este es el tercer tribunal de Estados Unidos que resuelve el caso. La señora Waters hizo un trabajo excelente para garantizar el bienestar futuro de su hijo.

Cal se puso de pie.

–Señoría, entonces, ¿podemos desestimar la demanda para que mi clienta pueda continuar con su vida?

–No tan rápido, señor Jones. No todo el mundo está satisfecho todavía. Mi principal preocupación es el niño. Cinco años –dijo. Chasqueó la lengua y cabeceó–. Y ha sufrido una gran pérdida. Si me permite, me gustaría saber de su abuela. Según los testimonios bajo juramento, usted nunca ha formado parte de su vida. ¿Es eso cierto?

La señora Addison asintió, con los ojos cerrados y la barbilla temblorosa.

–Me arrepiento mucho. Y, ahora, aquí estoy, suplicando. Noah es mi último familiar vivo, y no puedo estar con él…

–Creía que tiene usted un hijo.

–Estamos distanciados, señoría. Es un… –dijo, y carraspeó–. Un problema desde que era pequeño, y me robó. Creo que es por las drogas. Tuve que cortar los vínculos con él por su propio bien.

El juez permaneció impertérrito. Dijo:

–¿Primero, su hija y, ahora, su hijo? ¿Qué es lo que le impidió formar parte de la vida de su nieto hasta ahora, señora Addison?

–Mis propios defectos, señoría. Mi hija y yo nos peleamos por mi hijo, su hermanastro. Él no la trataba decentemente. Mi hijo siempre está metido en líos, aunque yo hice todo lo posible por ayudarlo. Erin, mi hija, me dio un ultimátum y me dijo que tenía que cortar todos los lazos o con él, o con ella.

–¿Y cuál fue el motivo de ese ultimátum? –preguntó el juez.

–Roger fue detenido en varias ocasiones, y cumplió pena de cárcel. Llamó a Erin un par de veces para pedir ayuda. Ella le dio dinero una vez, pero él nunca se lo devolvió, y ella terminó con su hermano. No puedo decir que la culpe, pero, en ese momento, yo le rogué que fuera paciente y generosa. Supongo que cometí un error, pero una madre es terca. Quería ayudarlo a tomar el buen camino. Su padre tuvo una influencia muy mala en él, señoría. Mi familia está separada. Mi exmarido murió hace años, en mi hijo no se puede confiar y, ahora, mi hija ha muerto. Y van a mantener a mi nieto alejado de mí.

–¿Y qué medidas ha tomado para iniciar una relación con su nieto?

Ella se quedó sorprendida.

–Se lo entregaron a otra persona para que lo cuidara, señoría. Presenté una solicitud de tutela y me la denegaron.

–¿Se comunicó con la tutora de su nieto? ¿Trató de lograr algún tipo de reconciliación?

–No, señoría. La niñera de mi nieto me dijo que lo iba a cuidar otra persona, que mi hija había estipulado que no fuera parte de mi vida. Eso es muy doloroso. Lamento no haberle pedido a mi hija otra oportunidad. Siempre pensé que habría más tiempo para hacer las paces. También, que Roger mejoraría al crecer, pero también me equivoqué en eso.

–Señora Russell –preguntó el juez, dirigiéndose a Hannah–. ¿Coincide esa historia de la señora Addison con lo que usted tiene entendido?

–No, señoría, no exactamente –dijo Hannah–. Erin no lo describió como una pelea que los separó. Nos dijo que su madre la maltrató emocionalmente y que su hermano le pegaba. Antes de su muerte, incluso antes de que redactara su testamento, se cambió de ciudad para no estar cerca de su madre ni de su hermano. Ese es el motivo por el que se afincó en Madison y no en Minneapolis, donde nos criamos todas. Roger no ha tenido problemas pequeños, sino que ha sido detenido y condenado por delitos graves y ha estado varias veces en la cárcel. Da miedo y es peligroso. Erin no confiaba en que su madre pudiera velar por la seguridad de Noah.

–¿A qué se refiere con que se criaron todas?

–Éramos cuatro amigas de Minneapolis. Nos conocimos en la universidad y nos hicimos muy amigas. Estábamos muy unidas. Todas sabíamos cuáles eran nuestras historias familiares, y la de Erin era muy dura. Llevamos siendo amigas diecisiete años, señoría. Nuestra amiga Kate ha venido desde Colorado por si podía ayudar en esta vista, pero Sharon está a punto de dar a luz y no ha podido estar aquí. Creo que tiene su declaración. Siempre hemos estado juntas. Llevamos cerca de Noah desde el día que nació.

–Entonces, ¿usted conocía a la señora Addison? –preguntó el juez.

–No, señor. Creo que la vi una vez cuando estábamos en la universidad, pero ahora no la reconozco. No vino al funeral.

–Y usted, joven… Kate. ¿Conocía a la señora Addison?

–Yo tampoco la he visto más que una vez, cuando estábamos estudiando. Todos fuimos al funeral de Erin, por supuesto, y nos quedamos decepcionados con la ausencia de la señora Addison.

El juez frunció el ceño y miró a la señora Addison.

–Ni siquiera me informaron hasta el día antes del funeral, señoría. Estaba destrozada. No pude levantarme de la cama durante días.

–Mi más sentido pésame, señora –dijo el juez. Después, miró a

Hannah–. Dado que sus familiares no aparecieron, ¿quién se encargó de todo? ¿Usted?

–Por supuesto –dijo ella–. Lo organizamos todo las tres siguiendo los deseos de Erin. Nos ocupamos de todos los detalles y nos ocupamos de Noah. Señoría, Noah está muy bien. Está yendo a sesiones de fisioterapia para mejorar su parálisis cerebral y al psicólogo para atender su duelo. Echa mucho de menos a su madre, pero lo está sobrellevando bien. Cada día nos las arreglamos mejor. Él ni siquiera sabía que tenía una abuela.

–Oh, señoría, daría cualquier cosa por tener una segunda oportunidad. ¡Por favor!

–Señora Addison, me consuela mucho saber que estaba tan angustiada por la muerte de su hija que ni siquiera pudo asistir a su funeral. Me preocuparía que un niño pequeño quedara bajo tu cuidado si tu constitución es frágil.

–Tenía miedo de ir –gimió ella–. ¡Todos me odian! Mi hija les dijo a sus amigos que su madre era horrible, y yo no podía verlos a todos juntos en un acto público. Lo reconozco, he cometido errores, pero quería a mi hija. ¡No se pude imaginar lo mucho que me duele que no hiciéramos las paces y no haber conocido a mi nieto antes de que ella se fuera!

–Seguro que se arrepiente mucho –dijo el juez–. Yo tengo nietos y bisnietos y no podría soportar que no formaran parte de mi vida –explicó, y miró a Hannah–. La familia es importante. También es algo complicado y, a veces, difícil. He visto situaciones insostenibles en este juzgado. Dado que ninguno de ustedes fue testigo directo de la relación que tenía la señora Waters con su madre, no tengo tantos elementos de juicio como me gustaría. ¿Estaría dispuesta a permitir un régimen de visitas? ¿Dejaría que el pequeño Noah tenga la oportunidad de conocer a su abuela materna?

Hannah hizo un gesto negativo.

–No, señoría. Erin fue bien clara al respecto. No quería que su hijo se mezclara con su familia. No confiaba en su madre ni en su hermanastro.

–Eso es comprensible, teniendo en cuenta las experiencias que ella misma describe en su carta. Sin embargo, yo sugeriría un par de visitas supervisadas. Puedo asegurarles que ni la seguridad de Noah ni su tutela están en peligro, pero él debería conocer a su abuela y ella debería conocer a su nieto. Por lo que sabemos, todo podría acabar ahí. O podrían formar algún vínculo de amistad. Tal vez, algo más positivo que lo que tenemos ahora.

–¡Oh, señoría! –exclamó Victoria, agarrándose las manos–. ¡Oh, Dios!

–El juzgado puede asignar a un funcionario de los servicios sociales

para que supervise las visitas o, si tiene familiares o amigos que…

–Yo estaría encantado de ejercer de supervisor, señoría –dijo Cal–. Y el señor Renwick puede unirse a nosotros, si lo desea.

–Señora Addison, me estoy arriesgando en esto. No sé exactamente qué tipo de relación ha tenido con sus hijos, pero parece que ha sido muy problemática. Sin embargo, todo el mundo merece una oportunidad. El veredicto no se va a revocar, pero usted tendrá la oportunidad de familiarizarse con su nieto. O de conocerlo brevemente…

–Señoría, yo suplicaba al menos la custodia conjunta… –dijo Victoria.

–Señora, le agradecería que no me interrumpa. Quiero dejar bien claro un detalle: esta visita es solo para usted. Su hijo no está invitado, ¿entendido? Su hija le tenía miedo y parece que con buen motivo. Él no tiene derecho a visitar a Noah y usted no puede sacar al niño de este condado. De hecho, no puede llevarlo a ninguna parte sin mi permiso y sin el permiso de la señora Russell. Puede visitarlo en un lugar elegido por su tutora y su abogado. Digamos que sean dos visitas y que ninguna exceda de las dos horas. Después, volveremos a vernos todos.

–Pero, señoría, ¡yo vivo en Minneapolis! ¡Y Noah está aquí, en una casa alquilada, con Hannah!

–Muy bien, en ese caso, no hay visitas –dijo él, y alzó la maza.

–¡No! –exclamó ella–. Me quedo. Me quedo el tiempo suficiente para poder ver a Noah.

–Muy bien –dijo el juez–. ¿Ha visto qué fácil?

Para Hannah, no era nada fácil. No era el resultado que deseaba. Quería que la señora Addison y su hijo se mantuvieran lo más alejados posible de Noah y que los dejaran en paz.

El juez eligió una fecha a los quince días y, la siguiente, a las tres semanas. Después, otra vista dentro de un mes. La señora Addison intentó convencerlo para que lo fijara todo dentro de una semana, y el juez Vincente denegó su petición con firmeza.

Cal sugirió que tomaran una taza de café antes de volver a casa. Hannah invitó a Helen y, por supuesto, Owen y Kate también estaban allí. Cal los llevó directamente a la cafetería que había en la calle principal.

–Kate, lo siento muchísimo –dijo Hannah–. Has venido hasta aquí para la vista y creo que ha sido una pérdida de tiempo para ti. Casi no te han dejado hablar.

–No tenía mucho que decir, pero creo que al juez le ha quedado claro que nosotras estábamos muy unidas a Erin desde hace muchos,

años, que se ha cumplido la voluntad de Erin y que Erin sabía que su hijo iba a estar a salvo contigo.

–Pero ¿por qué le ha concedido el derecho a visita?

–Dos visitas supervisadas. Tengo que recoger la orden el lunes. Pero son un par de visitas breves. ¿Crees que una mujer que ni siquiera se molestó en ir al funeral de su hija va a quedarse en un pueblo donde no tiene trabajo ni amigos para ver a un nieto al que ni siquiera conoce? Puede que el juez Vincente le esté poniendo las cosas difíciles para que se rinda. Ha sido muy claro: serán visitas breves, supervisadas y no van a cambiar el veredicto de la custodia. Por otro lado, tal vez la esté poniendo a prueba, porque piensa que a lo mejor ella ha visto la luz y solo quiera tener una relación con el niño, y esté dispuesta a hacer sacrificios personales para conseguirlo. El juez ese muy astuto, yo no lo subestimaría. Aunque parezca un abuelito, es duro. Respetado. Querido.

–¿Crees que es posible que Victoria se haya arrepentido de verdad? –preguntó Hannah–. ¿Qué pasa si ha cambiado y se ha convertido en una persona cariñosa?

–Leigh y yo somos muy amigas y estamos muy unidas la una a la otra –dijo Helen–. Pero hemos tenido algún enfrentamiento. Si hubiera perdido a mi sobrina antes de tener la oportunidad de arreglar las cosas con ella, estaría destrozada. Pero, por otro lado, no habría tardado cinco años en resolver un problema. Aunque Victoria se haya convertido en una abuela cariñosa y dulce, eres tú la que seguirás teniendo la custodia de Noah. Me temo que esa mujer ha renunciado a sus derechos al permanecer alejada de él durante tanto tiempo.

–Exacto –dijo Cal–. Tú eres una buena madre, y esto lo decidió Erin. Por tu parte, es muy colaborativo permitir que Victoria vaya a conocer a Noah. Pero no hay nada más. No vamos a permitir que te coaccionen ni te intimiden. Vas a estar rodeada de gente, incluyéndome a mí, que voy a supervisar cada segundo de esa visita. Y, además, voy a seguir investigando los antecedentes de Victoria. Aquí hay algo raro.

–Da una sensación un poco… resbaladiza –dijo Helen, mientras removía su café–. No tiene el aspecto de una mujer que quiera ser una abuela cariñosa.

–Es muy joven y guapa –dijo Kate.

–No me refiero a eso –respondió Helen–. Es que no me he podido tragar sus lágrimas ni los ruegos, ni las muestras de arrepentimiento y, por supuesto, no creo que tuviera miedo de ir al funeral porque pensaba que todo el mundo la odiaba. Ella no te conocía, no teníais ningún contacto. Si quería conocer a su nieto, ¿por qué no apareció cuando se enteró de la muerte de su hija y pidió que la dejaran verlo? Debería haber estado en casa de su hija incluso antes del funeral. Pero estoy segura de que, en cuanto se enteró de que Erin había muerto, se

quedó horrorizada porque pensó que iban a cargarle con un niño, y se escondió. Seguro que le preocupaba mucho lo que iba a tener que pagar por el entierro y el funeral de Erin. Pero, entonces, hubo algo que cambió las cosas. ¿Puede haberse enterado de que hay una herencia?

–La custodia sí es un asunto de dominio público, pero no se dan detalles como ese –dijo Cal–. Por ejemplo, no se puede acceder a un registro público para averiguar cuánto ha heredado una persona, ni cuánto pagó un seguro. No podemos acceder a las cuentas bancarias de los demás. Pero… ¿se puede averiguar eso? Sí, supongo, cuando la gente habla.

–Pero ninguno de nosotros diríamos nada.

–Tú me dijiste que había un fideicomiso –comentó Helen.

–Pero no te dije a cuánto ascendía la cantidad –respondió Hannah–. Solo te dije que era suficiente, a menos que Noah quisiera estudiar Medicina, o algo así.

–No te preocupes, yo no le he hablado a nadie de la existencia de ese fondo –dijo Hannah–. Pero todos deberíamos devanarnos los sesos para descubrir cómo ha podido enterarse Victoria de algo sobre el futuro de Noah. ¿Por medio de su niñera de Madison? ¿Alguien del despacho donde trabajaba Erin? ¿Un vecino? Porque hay una cosa que es innegable: Victoria Addison no salió a escena hasta varias semanas después de la muerte de su hija. Hubo algún tipo de cambio. Es posible que descubriera que había dinero de por medio.

Cal la miró con malicia.

–Helen, ¿quieres trabajar para mí?

–Mi cabeza funciona así –dijo Helen–. Sully se asusta mucho.

Hannah sabía cuál era el historial de Roger Addison y cuáles eran sus antecedentes penales, pero no sabía casi nada sobre Victoria. Cal pensó que sería ventajoso averiguar más, por ejemplo, cómo se ganaba la vida, a qué dedicaba su tiempo, cuáles eran sus aficiones. Uno de los detectives que trabajaba para su despacho y él se pusieron a investigar con la intención de conseguir un perfil más completo de la señora Addison antes de que comenzaran las visitas.

Hannah pensó que era buena idea hablar con Noah. Como de costumbre, el niño fue muy maduro y tolerante.

–Entonces, ¿tengo abuela? –preguntó–. Eso me parecía.

–Sí. Y quiere conocerte –dijo Hannah–. Vamos a invitarla dentro de un par de semanas. Puedes pasar una o dos horas con ella.

–¿Es simpática? –preguntó él.

–No lo sé –dijo Hannah–. Supongo que ya lo averiguaremos. Es muy poco tiempo, solo para que os conozcáis. Owen y yo estaremos cerca.

A lo mejor puedes presentarle a Romeo y enseñarle a pescar.

–¿Y si Romeo la tira al lago? –preguntó Noah, con una sonrisa de picardía.

–¿Recuerdas que tu madre dijera algo sobre tu abuela?

–Creo que no se caían muy bien –respondió él–. Pero ¿es mala?

–Solo la he visto unos minutos, Noah, y parecía agradable. Pero no te preocupes, durante la visita vamos a estar todos juntos. Será muy simpática, porque, si no lo es, no la invitaremos a comer. ¿Qué te parece?

–Sí, es buena idea. A lo mejor Owen puede enseñarle a pescar, y yo puedo enseñarle cómo nado.

–Es impresionante cómo nadas, eso está claro –dijo Hannah–. Como ella vive en Minneapolis, no creo que haya muchas más visitas.

–Pero, Hannah, tú también vives en Minneapolis –dijo él–. ¡A lo mejor podemos quedarnos aquí!

–Qué listo eres, Noah. Pero es que todavía no he averiguado cómo vamos a mantenernos si no vuelvo a mi trabajo. Si yo no trabajo, ¿cómo vamos a pagar las facturas y la comida? ¿A ti no te gusta comer?

–Bah, no tanto –dijo él, sonriendo.

Unos días antes de la primera visita, la última semana de julio, Owen les dio una sorpresa.

–Espero que esto no complique más la situación, pero Sheila, su marido, Lucas, y sus hijas, quieren venir a hacernos una visita rápida.

–Eso es genial, Owen. Será una buena distracción, ¿a que sí?

–Yo no voy a permitir que esto me distraiga –respondió él.

–Esto es algo nuevo para mí –dijo ella–. Nunca había conocido a una exmujer.

–¿No? Bueno, cabe la posibilidad de que esta exmujer te caiga mejor que yo –dijo Owen.

–Te prometo que no –dijo ella.

Sin embargo, a medida que se acercaba el día, estaba cada vez más impaciente.

Cuando llegaron a la finca, Owen y Noah estaban en el embarcadero. Se acercaron poco a poco y Romeo se puso a ladrarle al coche, bailando emocionado porque siempre creía que los que iban a la casa iban a visitarlo a él. Sheila fue la primera en salir del coche y corrió hacia Owen. Lo abrazó y lo estrechó con fuerza. Era una mujer bellísima. A Hannah no le sorprendió su aspecto, porque la había visto en algunas fotos en Internet y dos entrevistas suyas en programas de televisión que estaban colgados en Youtube, y ya sabía que era guapísima y culta. Le llamó la atención su altura, porque,

probablemente, medía un metro ochenta. Era rubia y tenía pecas, y sus ojos eran verdes y brillantes. Owen la hizo girar en el aire, sin preocuparse de que su marido estuviera saliendo del coche ni de que ella estuviera cerca. Después, Sheila lo miró bien y le puso las manos en la cintura delgada como si quisiera medirlo. Le dijo algo que le hizo reír a carcajadas. Ella se inclinó y miró a Noah.

–Vaya, hola –le dijo–. Tú debes de ser Noah.

–Sí. Owen me ha dicho que puedo llamarte Sheila.

–Claro, porque es mi nombre. ¿Y yo puedo llamarte Noah? ¿O señor Noah? ¿O sir Noah?

Él se echó a reír.

–Solo Noah. Todavía no me han nombrado caballero.

–Vaya, así que eres muy listo, ¿eh? Seguro que, si tu objetivo es ser caballero, no vas a tener ningún problema para conseguirlo. Y ¿dónde está Hannah?

–Aquí mismo –dijo Hannah, acercándose por su espalda–. Es un placer conocerte, Sheila.

–¡Sí, lo mismo digo! –respondió Sheila, y abrazó a Hannah.

Aunque era alta y delgada, su abrazo fue cálido, suave y lleno de afecto. Hannah no quería que la soltara. Era difícil identificar a aquella brillante abogada que podía desenvolverse en el frío mundo del tráfico de personas con una mujer tan amable y llena de amor.

–Bueno, viejo, parece que sobrevives –le dijo Lucas a Owen.

Hannah vio que se estrechaban la mano y se sonreían como viejos amigos. Era un hombre de origen latino, con el pelo negro y algunas canas, muy guapo y fuerte.

–Y tú eres Hannah –le dijo a ella, dándole un apretón de manos.

–¡Oh! ¡Debes de tener hermanas!

–Cuatro –respondió él, sonriendo–. Y me educaron para que no les aplastara la mano a las mujeres.

Las niñas estaban con Romeo, pero se acercaron lentamente. Jenny tenía seis años y, Amber, siete, y las dos se parecían mucho a su padre, con su belleza y su pelo negro. De repente, hubo muchas cosas que ella quería saber de aquellas personas. ¿Cómo se las habían arreglado para mantener sus relaciones en los compartimentos adecuados y para permanecer unidos a pesar de todo lo que habían tenido que sufrir? ¿Cómo se las había arreglado aquella pareja para divorciarse y volver a unirse en unos términos tan afectuosos? Habían continuado su relación de amistad sin celos, sin tristeza, sin anhelos y sin ira, a pesar de lo que les había ocurrido. Ella nunca había visto nada parecido.

–¿Os apetece algo de comer o de beber? –les ofreció Owen.

–Hemos comprado bocadillos para las niñas, y algunas golosinas, y han estado comiendo sin parar desde que salimos del aeropuerto, pero

yo te agradecería una cerveza fría –dijo Leigh.

–Muy bien, estamos muy bien aprovisionados. ¿Y usted, señora?

–Cualquier vino tinto caro evitará que me queje –dijo Sheila.

–Ella siempre tuvo gustos caros –le dijo Owen a Hannah.

–Espero que estés preparado –le dijo ella, rodeándole la cintura con un brazo.

–¡Tengo una bodega!

–¡Y yo espero que esté llena! –exclamó Sheila–. Estoy de vacaciones.

–Vamos a meter vuestro equipaje –dijo Owen–. El trabajo, antes que el placer.

Fue como si se conocieran desde hacía años. Sheila y Lucas pusieron sus cosas en su habitación y, después, mientras los adultos se instalaban cómodamente en el porche, los niños se pusieron a corretear por todos lados. Noah no se quedaba atrás, aunque iba con las muletas. Entraban, salían, e incluso intentaron subirse al embarcadero, hasta que los mayores les ordenaron que no lo hicieran.

–Noah no puede estar en el embarcadero sin un adulto. Con el aparato ortopédico y esos zapatos, que son muy pesados, se hundiría como una piedra –dijo Owen–. Romeo lo tiró al agua el primer día, y menos mal que yo estaba con ellos.

–Jenny y Amber saben nadar. Un poco –dijo Sheila.

–Tengo muchos chalecos salvavidas. Y cañas. Mañana por la tarde, cuando haga un poco de calor, podemos pescar y darnos un baño –dijo Owen.

Owen había preparado unos espaguetis para cenar, porque a los niños siempre les encantaban. Cuando devoraron toda la comida, los niños necesitaban sus baños o sus duchas antes de ponerse el pijama. Mientras los preparaban para dormir, Owen encendió una hoguera en el jardín. Los tres niños estaban dentro, viendo una película en el sofá.

La conversación de los adultos se volvió tranquila, relajada.

–Me encanta este sitio –dijo Sheila–. Owen, ¿cómo consigues sacar adelante el trabajo?

–Para mí, vivir así es la única forma de hacer algo. No hay presión innecesaria, el clima es estupendo y no hay mucha gente que me distraiga. Hannah me ha estado ayudando a enmarcar imágenes y a editar algunas fotos, y he descubierto que trabajar con alguien me gusta mucho.

–¿Y a ti, Hannah?

–Es divertido. Así, tengo algo que hacer. Tengo que pensar en volver a trabajar. He estado de baja por asuntos familiares desde marzo.

–¿Y en qué trabajas? –preguntó Sheila.

–En ventas –dijo Hannah, y explicó cuál era su producto y su

terreno–. Me gustan las ventas y se me dan bien, pero estoy un poco aburrida, después de doce años. Ahora soy directora de ventas y no salgo mucho, solo tengo que dirigir un equipo de comerciales.

–¿Y qué tal es eso?

–Son jóvenes, así que, a veces, no es fácil. Y tengo que hacer mucho papeleo. La parte positiva es que no tengo que preocuparme de mis comisiones ni de mis cifras de ventas, pero la parte negativa ese que tengo que preocuparme por las cifras de ventas de todo el equipo. Gano más dinero ahora que cuando era comercial, pero tengo que lidiar con un equipo de hombres con demasiada personalidad.

–¿Y son tipos con empuje? –preguntó Lucas.

–Sí –dijo Hannah–. Y muy escandalosos. A veces, me siento como una madre.

Sheila se echó a reír.

–¡Muy buen entrenamiento para heredar un hijo!

–Sí, supongo que sí –dijo Hannah–. No lo había pensado.

Tenían tres días antes de que llegara Victoria. Los hombres se quedaron con los niños en el lago, y Sheila y Hannah se fueron al pueblo para hacer un pequeño recorrido y comer allí. Hannah le preguntó a Sheila si le apetecía que tuvieran compañía, y Sheila dijo que sí, así que ella llamó a Sierra y a Leigh y quedaron en el pub. Cuando Sheila explicó quién era y el motivo de su visita, las dos mujeres se quedaron fascinadas por el hecho de que las exparejas pudieran ser tan amables.

Al día siguiente, Hannah llevó a Sheila a dar un buen paseo, y visitaron a Helen, que estaba en el Crossing. Helen estuvo preguntándole a Sheila por su trabajo. Los niños nadaron y pescaron, corrieron y jugaron durante todo el día y, a la hora de la cena, Lucas y Owen prepararon la comida y una hoguera para los adultos.

–Y mañana, viene Victoria –dijo Hannah–. Aunque el juez prometiera que esa visita no va a tener ningún impacto en la custodia, estoy nerviosa.

–Y yo tengo noticias –dijo Owen–. Me llamó mi hermana y, cuando le dije que Sheila y su familia estaban aquí, hizo valer sus derechos de hermana, y viene pasado mañana. Solo a pasar el día, con los niños y, seguramente, con su marido.

–Estupendo –dijo Sheila–. ¿Conoces a la hermana de Owen? –le preguntó a Hannah–. Es fantástica.

–Qué familia más increíble –dijo Hannah–. Yo tengo dos hermanastras, pero no nos llevamos bien, y casi no hablo con ellas. Y el motivo por el que tengo a Hannah es que Erin y su madre estaban distanciadas desde hacía años. Sin embargo, vosotros, después de todo

lo que habéis pasado…

–Tenemos mucha suerte de ser buenos amigos –dijo Sheila–. A lo mejor es por haber perdido a Brayden. No podíamos malgastar energías peleándonos durante el divorcio. Teníamos preocupaciones mucho más importantes. No teníamos ni idea de cómo iba a ser nuestra vida sin estar juntos, sin Brayden. ¿Cómo te imaginas tú tu vida, Hannah?

Hannah cerró los ojos para pensar.

–Lo que veo es el sol reflejado en el lago, la nieve en las montañas, los ciervos en el jardín –dijo. Abrió los ojos, y continuó–: Oigo reírse a Owen y a Noah, así que sé que son parte de mi nueva vida, pero no sé en qué voy a trabajar ni cómo voy a encontrar el instinto necesario para criar a Noah. Pero él está en mi futuro, allá donde mire. Cuando pienso en Noah enfrentándose a Victoria, me entran instintos asesinos.

Sheila se echó a reír.

–Es una buena señal. Para ti, no necesariamente para Victoria.

–No puedo fallarle a Noah ahora –dijo Hannah.

–No le vas a fallar. Escucha esa voz tranquila de tu interior y confía en ella. Si empiezas a sentir un mal viento, abrázalo y mantenlo a salvo. Cuando sea necesario, tomarás las decisiones adecuadas –le dijo Sheila, sonriendo, y le apretó la mano–. Me alegro mucho de que Owen te haya conocido. Y estoy deseando conocer a Victoria. ¿Seguro que no importa que estemos aquí? Podemos llevarnos a las niñas a dar un paseo por ahí, solo para que tengáis más privacidad.

–No queremos privacidad –dijo Owen–. Es una visita supervisada. El abogado también va a venir. Vamos a asegurarnos de que pueda estar con Noah, como ha dicho el juez, pero no vamos a permitir que se quede a solas con él. Si la madre de Noah no confiaba en ella, nosotros, tampoco.

Sheila sonrió.

–Vaya, vaya. Esa abuela no tiene ni idea de con quién se ha metido –dijo.

–Y a mí me viene muy bien –dijo Hannah–. Puedo ser muy valiente cuando es necesario, pero tengo que admitir que no siempre he sido lo suficientemente escéptica. Tengo tendencia a ser demasiado confiada. Pero, esta vez, no.

Capítulo 11

Todos viajamos por la selva en esta vida, y
lo mejor que podemos encontrar en nuestros
viajes es un amigo sincero.
Robert Louis Stevenson

Victoria Addison llegó a casa de Owen a las diez de la mañana, fresca para pasar un día en el lago. Llevaba unos pantalones de estilo Capri, una camisa sin mangas y un jersey sobre los hombros, y un sombrero de paja. También llevaba una bolsa grande de lona, como de playa. Hannah estaba esperando en el porche con sus amigos: Owen, Cal, Sheila, Lucas, Jenny y Amber. Cal explicó que, para que la visita fuera útil, alguien tenía que estar con Noah y con Victoria, escuchando su conversación y observando su comportamiento. Por ese motivo, Hannah bajó las escaleras del porche para recibirla.

–Hola, señora Addison –le dijo, tendiéndole la mano–. Es un detalle por su parte venir de visita. Le presento a Noah.

–¡Ah, Noah! –exclamó Victoria, fingiendo sorpresa y observando las muletas–. Te habría reconocido en cualquier lugar –dijo.

–¿Sí? –respondió Noah–. Yo no la hubiera reconocido a usted.

–Claro que sí –dijo Victoria–. Tu madre me mandaba fotos tuyas.

–¿Sí? –volvió a preguntar el niño–. Pero nunca vino a nuestra casa –dijo.

Hannah pensó que ella ni siquiera tenía que ser astuta. Noah no lo sabía, pero tenía una astucia innata. No se le escapaba nada, ni siquiera la actitud de la encantadora señora Addison.

–Bueno, esa es una historia complicada –dijo ella–, pero estoy muy contenta de poder estar contigo. Te he traído algunas cosas –añadió. Después, miró a su alrededor con el ceño fruncido–. ¿Dónde vamos a estar durante la visita?

Justo en ese momento, Romeo bajó los escalones del patio y chocó con Victoria. Ella dio un jadeo y se retiró, dándole un empujón en la cabeza al perro. Romeo se sentó con abatimiento.

–Le presento a Romeo, señora Addison –dijo Hannah–. Es un perro muy dulce y cariñoso.

–¡Y tremendamente grande!

–Nosotros nunca lo empujamos ni le pegamos –dijo Noah–. Es un poco torpe, pero es muy bueno.

–Ya lo veo, por supuesto –dijo Victoria, y le dio una palmadita en la cabeza a Romeo–. Lo que pasa es que me ha asustado, nada más.

–Pues espere a que la tire al lago –dijo Noah–. Entonces sí que se va a sorprender.

Victoria se echó a reír forzadamente.

–Bueno, hay una gran reunión en la casa. ¿Estoy molestando? Podría cambiar la visita para cuando no haya tanta gente.

–No, no molesta nada. Son nuestros amigos. Ya conoce al señor Jones. Lucas se va a llevar a las niñas dentro. El resto vamos a jugar a las cartas en la mesa mientras Noah y usted charlan en este extremo del porche. Tienen las butacas y el columpio. ¿Le apetece tomar algo? ¿Café? ¿Té? ¿Un refresco?

–Pero ¿cómo vamos a tomarnos confianza si nos está observando tanta gente? –preguntó Victoria, mientras subía los escalones.

Cal se puso en pie.

–Dentro de cinco minutos ni se acordará, señora Addison. Lo cierto es que la visita va a ser supervisada. Le sugerí a su abogado que se reuniera con nosotros.

–Y yo le dije que no –respondió ella–. No estaba al tanto de que habría tanto público.

–Es un porche muy largo –dijo Cal–. No vamos a interrumpirles.

Lucas metió a sus hijas en casa mientras Sheila y Owen se dirigían al extremo más alejado del porche.

–Es la única opción –le dijo Hannah a Victoria–. ¿Seguro que no quiere tomar nada?

Victoria la ignoró y le puso una mano en el hombro a Noah.

–Vamos a sentarnos en el columpio y te enseño algunas de las cosas que he traído. ¿Podemos hacer eso? ¿Te parece bien?

–Bueno –dijo él.

–Pues, entonces, vamos. Llevaba mucho tiempo esperando este momento.

Noah no dijo nada. Fue con las muletas hasta el columpio. Hannah se sintió como si le arrancaran el corazón. Tenía ganas de llorar. Probablemente, iba a tener que pasar toda la tarde hablando con Noah para intentar aclarar las cosas con él.

–Este es un sitio muy bonito, Noah. Entiendo que Hannah te haya querido traer aquí a pasar las vacaciones –le dijo Victoria.

–Puede que nos quedemos –dijo Noah.

Hannah tuvo que contenerse para no dar un jadeo. Había tratado de no darle a Noah falsas esperanzas en ese sentido, puesto que era algo que debían solucionar Owen y ella. Había sido sincera acerca de su

necesidad de volver a trabajar, pero eso era lo único que le había dado a entender en sus conversaciones.

Sheila sonrió alegremente y se sentó a la mesa. Barajó las cartas, repartió e inició una charla tranquila. Le preguntó a Hannah si había estado últimamente en el jardín de su amigo Sully, si él estaba cultivando algo y desde hacía cuánto lo conocía. Owen y Cal estaban en silencio, y Hannah estaba nerviosa, intentando escuchar todo lo que dijeran Noah y Victoria. Entendió pequeños retazos:

–Puedes llamarme «abuela», si quieres –dijo Victoria.

–Prefiero llamarla «señora Addison».

–Bueno, quizá cuando nos conozcamos mejor –dijo Victoria–. Mira, te he traído un iPad con el que puedes jugar y ver películas.

–Ya tengo, gracias –dijo Noah.

–Bueno, a lo mejor puedes dárselo a algún chico pobre.

Hannah tardó unos veinte minutos en darse cuenta de que a Sheila y a Cal no se les estaba escapando ni una palabra y de que, deliberadamente, mantenían una charla intrascendente y un volumen bajo, sin pronunciar ningún apellido, sin dar ninguna información. Hablaban sobre las cartas, el tiempo, el lago y la pesca.

–Cuénteme cosas de mi madre –le pidió Noah a Victoria.

–Cuando era pequeña, a tu edad, llevaba coletas, y le gustaba mucho subirse a los árboles. No quería llevar vestidos ni ropa elegante. Era muy inteligente en el colegio.

Victoria siguió hablando. Hannah frunció el ceño, porque aquella mujer podía estar hablando de cualquier niño pequeño y bonito.

Después, Victoria empezó a sacar cosas de la bolsa de playa. Le había llevado ropa, un par de gorras de béisbol, unos cuantos juegos y camisetas con logotipos de los Minnesota Vikings y los Twins, equipos de fútbol americano y béisbol.

–Cuénteme cosas de mi madre de cuando era más mayor. Antes de ser mi mamá –le dijo Noah.

–Pues… le encantaban las galletas y los dulces. Le gustaba hacer tartas, panes y empanadas, pero, como trabajaba mucho, no podía hacerlo frecuentemente. También le gustaba mucho ir a la feria estatal, le encantaba el parque de atracciones, sobre todo, las más terroríficas. Le encantaba toda la comida de feria, perritos calientes de maíz, algodón de azúcar, tacos de barbacoa, palomitas de maíz… Le gustaba quedarse despierta hasta tarde y ver películas de miedo, y me acuerdo de que le encantaba disfrazarse para Halloween, de bruja, o de mago, o de Alicia en el país de las maravillas.

–¿Tenía mascotas como Romeo?

–Tenía un perrito cuando estaba en el instituto, pero, cuando se marchó a la universidad, lo dejó en casa. Después, no tuvo más mascotas, que yo sepa. Era independiente, y le gustaba estar sola.

Hasta que naciste tú, claro. Le encantaba ser madre.

–¿Sí?

–¡Sí, mucho! Presumía de ti todo el tiempo. Pero, Noah, cuéntame cosas sobre ti. ¿Qué quieres ser de mayor?

–Quiero ser fotógrafo –dijo–. O médico. O bombero, como Connie.

–¿Quién es Connie? –preguntó Victoria.

–Es nuestro amigo. Es alpinista y socorrista. Es genial.

Victoria se quedó callada un momento.

–¿Quieres que te lea un rato? He traído algunos libros.

–¿Cuál era el color favorito de mi madre?

–No estoy segura. Cuando era pequeña le gustaban mucho el azul y el rosa. También le gustaban mucho los rompecabezas y la música. La música rock, como a todos los adolescentes. Vamos a leer, ¿quieres?

–Sí, claro –dijo él.

Se sentó a escuchar, y Victoria sacó unos cuantos libros con fotos y le pidió que eligiera uno. Cuando Noah lo eligió, Victoria comenzó a leerlo. Pero era un libro que debían de haberle vendido como si fuera apropiado para un niño de cinco años, y ella no tenía ni idea de que Noah ya estaba leyendo *La isla del tesoro* por su cuenta, y que rara vez se atascaba con las palabras.

Hannah perdió cinco partidas a las cartas porque no podía prestar atención. Owen y Cal trataron de integrarla en la conversación, pero ella no podía concentrarse. Solo podía oír a Noah. Al final de lo que le pareció una eternidad, Noah dijo:

–Gracias. Hannah, ¿podemos terminar ya?

Hannah miró el reloj. No había pasado ni una hora. Miró a Cal, que asintió ligeramente.

–Muy bien –dijo ella.

Se levantó y fue hacia el otro extremo del porche.

–Muchas gracias por venir, señora Addison. Y gracias por traer todas estas cosas para Noah.

–¡No se ha acabado el tiempo todavía!

–Me temo que nuestro niño está muy cansado –dijo Hannah–. Quizá la próxima visita pueda ser más larga.

–¿Y va a haber una congregación entera también la próxima vez? Porque no sé cómo voy a causar una buena impresión con todo el mundo mirándome fijamente.

–No se preocupe, señora Addison. Ha sido muy amable. Supongo que sí nos veremos en la próxima visita. Muchas gracias por todo, ha sido muy generosa.

Victoria dio un gruñido. Se puso en pie, le dio un beso a Noah en la cabeza y le revolvió suavemente el pelo.

–Nos vemos la semana que viene.

Romeo se puso de pie y la miró con fijeza. No gruñó, solo se

mantuvo en pie como si se estuviera asegurando de que Noah estaba a salvo.

Victoria se marchó sin despedirse de los demás adultos. Subió a su coche, dio marcha atrás y se fue.

–¿Puedo entrar a ver si están comiendo algo rico? –preguntó Noah, refiriéndose a Lucas y a las niñas, que seguían dentro de la cabaña.

–Por supuesto que sí –dijo Hannah–. Pero intenta no llenarte de golosinas, Noah. Quiero que toméis un buen sándwich a la hora de comer.

–De acuerdo –dijo el niño. Tomó sus muletas y se fue hacia la puerta para entrar en la casa. Entonces, se dio la vuelta–. ¿Es necesario que vuelva?

–Ya veremos –dijo Cal–. El juez quería que tuviera la oportunidad de conocerte. ¿No te ha caído bien?

Noah se encogió de hombros.

–No está mal. Pero no debería inventarse las cosas. Mi mamá decía que eso es mentir.

–¿Y qué es lo que se ha inventado? –preguntó Cal.

–A mi mamá no le gustaban nada las películas de miedo. Solo le gustaban las que veíamos juntos. Casi no veía la televisión, y a mí solo me dejaba verla una hora, salvo si veíamos alguna película. Le gustaba la calma. Le encantaba leer. Y mi mamá detesta las atracciones. Cuando estuvimos en Disney, vomitó en la atracción de las tazas. ¿Y qué es un perrito caliente de maíz?

–Es un perrito caliente pinchado en un palo, más o menos.

Él hizo un mohín y cabeceó.

–Yo nunca había comido perritos calientes hasta que llegué aquí. A mi madre le gustaban las verduras. Siempre ponía espinacas en todos los platos. Decía que era bueno para mis músculos. Creo que solo he estado una vez en el McDonalds. Aquí, la comida es mejor, pero, para todo lo demás, yo todavía quiero a mi madre.

–Yo, también –dijo Hannah–. Gracias por aguantar, Noah. Me has dejado impresionada con tus buenos modales.

–Y sabemos cuál era su color favorito –añadió él, y se fue al interior de la casa con sus muletas.

Hannah se dejó caer en una silla, agotada.

–Dios, ha sido interminable.

Owen y Cal también entraron, y dejaron a las mujeres en la mesa.

–Pero él ha hecho el trabajo por ti –le dijo Sheila–. La ha retratado. Es una mentirosa. No sabe nada ni de su hija ni de su nieto. Ha sido una buena visita. Has averiguado cosas en un entorno seguro. Y el juez querrá saber si ha ido bien. Y no ha ido bien, porque la señora Addison ha puesto triste a Noah al no recordar a su madre. ¿Cuál era el color favorito de Erin?

–Le encantaban el morado, el lila, el violeta. Se ponía ropa de esos colores. Pintó el dormitorio de morado claro. Le tomábamos el pelo con eso. Era terrible. Pero no se lo impuso a Noah. Y Victoria le ha leído libros para bebé, cuando Noah ya está leyendo La isla del tesoro. Sabe leer muy bien. No conoce todas las palabras, pero las pronuncia bien.

–¿A los cinco años? –preguntó Sheila, asombrada.

–Es que no puede jugar fuera tanto como los demás niños –dijo Hannah, repitiendo lo que le había dicho Noah.

–Pues aquí juega muchísimo. Los tres se han vuelto locos –dijo Sheila–. Desde que estamos aquí, yo lo he visto muy activo.

Apareció una copa de vino delante de Hannah, y ella alzó la cabeza y se encontró con la mirada de Owen.

–¿Qué es esto?

–Un poco de sedante –dijo Owen–. Noah ya está dando brincos, gritando y riéndose con las niñas, así que no está traumatizado en absoluto. Están jugando al Uno. Y él se está comiendo todos los *pretzels*. ¿Te apetece una copa de vino, Sheila?

–Por supuesto que sí. Estoy de vacaciones.

–¿Qué te ha parecido a ti la visita de Victoria? –le preguntó Owen a Sheila.

–Bueno, Victoria no me ha dado buena impresión. Si, de verdad, quiere tener una relación con su nieto, a pesar de que su hija se opusiera, aceptará la decisión del juez y pedirá permiso para llamarlo por teléfono o para enviarle mensajes. Podría llegar a conocerlo un poco y enviarle regalos por su cumpleaños o por Navidad. ¿Te has dado cuenta de que se ha quedado sorprendida al ver sus muletas? Parecía que no sabía nada de la condición de Noah. Esa es otra información interesante.

Owen le puso una copa delante a Sheila y los hombres se sentaron con ellas a la mesa.

–Estoy impaciente por saber qué te ha parecido a ti, Cal –dijo Hannah.

–Bueno, no ha hecho nada malo, ni siquiera sospechoso. Sin embargo, Erin se tomó muchas molestias para asegurarse de que Noah no fuera con su abuela, y explicó sus razones. Claramente, tú has estado mucho más cerca de Erin y de Noah durante todos estos años que Victoria.

–¿Has conseguido averiguar más cosas sobre ella? –le preguntó Hannah.

–He averiguado algunas cosas, sí, pero no lo que me esperaba. Por ejemplo, que superó un cáncer…

–¿Cómo?

–Les dijo a un vecino y a un compañero de trabajo que llevaba siete años sin ninguna recaída, pero ninguno de los dos sabía de qué tipo de cáncer hablaba.

–Pero Erin nunca… Erin lo sabría. A pesar de que no tuvieran una buena relación, llamaba periódicamente a su madre solo para asegurarse de que estaba bien. No se habían visto desde hacía años, pero estaban en contacto. Erin hacía aquella temida llamada de teléfono de vez en cuando, un par de veces al año. Su madre era la que nunca la llamaba a ella. Una vez me dijo que llevaba cuatro años sin llamarla. Además, me dijo que todas las llamadas acababan en discusión. O porque, supuestamente, Erin no hacía lo suficiente por su madre, o porque Roger tenía algún problema y necesitaba dinero… Pero, si hubieras conocido a Erin, sabrías que era demasiado buena como para ignorar algo como un cáncer. No se habría arriesgado a que su madre muriera sin verla. Y, por lo que decía de Victoria, Victoria le habría pedido ayuda. No, estoy segura de que Erin no lo sabía.

–Pero, si estaban distanciadas…

Hannah cabeceó.

–Por lo menos, Erin me dijo en dos ocasiones que tenía la tentación de ir a ver a su madre o darle dinero, ya después de mudarse a Madison. Dijo que debía tener mucho cuidado, porque su madre la utilizaba.

–Bueno, supongo que eso ya no importa. Veré si vuelve a surgir ese asunto. En la actualidad, está en paro –prosiguió Cal–. Ha tenido una gran variedad de trabajos, casi todos relacionados con la salud y los servicios sociales. Por ejemplo, trabajó en una empresa que brindaba servicios a personas mayores. Ofrecían opciones de atención médica, servicios financieros como, por ejemplo, la hipoteca inversa, planificación financiera, asesoramiento en inversiones, seguros de atención a largo plazo… Dejaron el mercado hace seis meses, así que no pude hablar con ellos. Victoria también ha trabajado en residencias de ancianos, como voluntaria, y en administración hospitalaria. Hace mucho tiempo, trabajó en administración de fincas, en un centro de día para ancianos, en una clínica de rehabilitación. Y, por si eso no era suficiente, también ha hecho voluntariado. Es obvio que tiene conocimientos de contabilidad, porque ha trabajado en varias ONG en puestos de ese tipo. También ha sido acompañante de algunas personas mayores. Trabajó en el sector inmobiliario, seguramente, para complementar sus ingresos. A primera vista, parece que le gustaba ayudar a la gente.

–¿A primera vista? –preguntó Hannah.

–No hemos encontrado muchos contactos personales. Se ha mudado muchas veces, alquiló casas en Minneapolis y Saint Paul durante un par de años y parece que no tuvo mucha relación con ninguno de sus

vecinos. Solo he podido conseguir información de un par de compañeros de trabajo, que me dijeron que era agradable y querida. Una mujer soltera de sesenta y cinco años y, sin embargo, parece que no puede trabar amistad con nadie. Pero un par de vecinos de hace años sí saben mucho sobre Roger. Y, aunque no conocían muy bien a Victoria, fueron comprensivos. Tenía un hijo adulto con problemas que se aprovechaba de ella.

–Todo eso es un poco contradictorio –dijo Sheila–. ¿No tiene ninguna relación duradera con nadie? ¿Con quién se va de compras? ¿Con quién juega a las cartas? ¿Con quién va a la piscina?

–Y es una mentirosa –añadió Hannah–. Le dijo al juez que nadie se puso en contacto con ella para informarla de la muerte de Erin hasta el día antes de funeral, y eso no es cierto. Además, Noah sabe que no se acuerda de cosas muy fáciles de recordar sobre una hija.

–Me enteré de que Roger Addison todavía está en Minneapolis, pero no hay nada que indique que esté viviendo en casa de Victoria, según un vecino. No ha vivido con ella recientemente, aunque sí la ha visitado alguna vez, y le cortó el césped un par de veces. Tiene un camión ruidoso con abolladuras –dijo Cal–. Voy a investigar un poco más. A lo mejor puedo presentar una solicitud para terminar con este experimento de las visitas. Por otro lado, a lo mejor deberíamos permitir la segunda visita y volver a reunirnos con el juez.

–Antes de tomar la decisión, voy a hablar con Noah –dijo Hannah–. Si está molesto, es posible que debamos intervenir.

A la mañana siguiente, Owen estaba abrazando a Hannah con fuerza.

–Es nuestro último día con esta parte de la familia –dijo ella, suspirando–. ¿Qué te parecería que formáramos una comuna? Creo que podríamos hacerlo.

–¿Y si yo te quiero para mí solo? –preguntó él.

–No mires ahora, pero creo que ese barco ya ha zarpado. Somos tú, Noah y yo. ¿Qué vamos a hacer hoy, en nuestro último día juntos?

–Va a hacer sol, así que podemos pescar y nadar. Y viene mi hermana.

–¡Es verdad! ¿Sabes cuándo?

–Estoy seguro de que llegará antes del mediodía. Sheila y mi hermana han seguido siendo amigas.

–Tenías razón. Me ha encantado Sheila, y espero que nosotras también podamos seguir siendo amigas.

–Ha seguido siendo amiga de su exmarido durante todos estos años, así que creo que tienes posibilidades. Obviamente, es muy tolerante. Vamos a preparar el café y empezar el día.

Owen bajó a la cocina a hacer el desayuno. Hannah y Sheila tomaron una taza de café en el porche y dejaron salir a Romeo al jardín. Los niños se pusieron pronto a hacer ruido en la cocina y Lucas escapó al porche. Les dijo que Owen estaba haciendo tortitas y huevos revueltos.

A las diez de la mañana, habían terminado de desayunar y estaban duchados y vestidos, e iban a empezar a planear aquel día, pero apareció un coche y tocó la bocina. Sheila reconoció a sus ocupantes de inmediato y se acercó dando un grito de alegría. Del coche salieron una anciana, una mujer de la edad de Sheila y tres niños que la abrazaron y, después, corrieron hacia Owen. Sin embargo, Romeo los interceptó, y lo abrazaron a él también. Después, las niñas de Sheila fueron a saludar a los niños del coche. Hubo muchos abrazos; claramente, era un reencuentro. Owen le puso un brazo a Hannah sobre los hombros.

–Es el resto de la familia. Mi madre, Janet. Mi hermana, Mary. Mis sobrinas, Susanne y Korby, y mi sobrino, James. Mi cuñado no ha podido venir, pero lo conocerás pronto, te lo prometo. Han venido a pasar solo el día. Quería que los conocieras y todos querían ver a Sheila, a Lucas y a las niñas. Somos una familia extraña y numerosa.

Hannah miró a Owen a los ojos.

–Eres mágico.

Fue un día muy completo, lleno de historias, comida y juegos. Todos aprovecharon para ponerse al día, en general, y para conocerse. Las mujeres estuvieron sentadas en el porche, hablando o en la cocina, preparando ensalada de patatas, huevos rellenos y verduras, mientras Owen y Lucas atendían a los niños y pescaban con ellos, o nadaban en el lago. Bastante temprano, Owen y Lucas encendieron la parrilla y hubo un festín de hamburguesas y perritos calientes. Todos se sentaron alrededor de la gran mesa del comedor.

Había empezado a atardecer cuando Mary reunió a su madre y a sus hijos para volver a Denver. El día se llenó de calma rápidamente cuando los niños, exhaustos, se ducharon y se pusieron a ver una película, y Owen y Lucas se sentaron en la mesa a jugar a las cartas, y Hannah y Sheila se sentaron en el porche mientras oscurecía.

–Le he dicho a Owen que os invitáramos a vivir aquí para formar una comuna –dijo Hannah–. Os voy a echar de menos. ¿No te parece una locura que la exmujer de mi novio se haya convertido en una de mis personas favoritas?

Sheila se echó a reír.

–Lo mismo digo, pero no creo que haya ninguna comuna en nuestro futuro. Por favor, no digas nada delante de las niñas, pero vamos a hacer un cambio. Puede que tardemos un año, pero vamos a trasladar la fundación a Washington D.C. Me han pedido que forme parte de un

consejo nacional para la seguridad de los niños. Eso nos va a proporcionar un mayor alcance en la red nacional de defensa de la infancia, y yo me convertiré en una activista a tiempo completo. Es lo que quiero hacer. Además, todos los legisladores están allí, y pienso ser su peor pesadilla.

–¡Es muy emocionante! ¿Y tenéis ganas de mudaros?

–Lucas tiene mucha familia en el sur de California y no está muy seguro, pero quiere que la fundación crezca, y esta es la mejor forma de conseguirlo. Estoy segura de que a las niñas no les va a gustar tanto el cambio, pero, al final, será bueno para ellas, porque tendrán más experiencias. Pero… ¿y tú, Hannah? ¿Qué vais a hacer Noah y tú?

–Nunca había sido tan feliz como aquí –dijo Hannah–. Y para Noah también está siendo muy bueno. Pero yo tengo trabajo en Minneapolis y, aunque Owen quiere que nos quedemos y dice que no le preocupa si trabajo, yo no sé qué haría sin trabajar. No se trata solo de los ingresos, es la sensación de estar haciendo algo útil. Bueno, sé que ser madre de Noah es útil, pero…

Sheila se echó a reír.

–No tienes que darme tantas explicaciones. La maternidad es una bendición y una recompensa, pero debes tener alguna ocupación. Algo que te resulte gratificante.

–Owen habla mucho de su estudio. Yo le he estado ayudando con su trabajo, transfiriendo imágenes de la fotografía a otros soportes. Es divertido, pero no sé si me interesaría a largo plazo.

–¿Sabes lo que necesita Owen de verdad? Alguien que le lleve los negocios –dijo Sheila–. Alguien con experiencia en relaciones públicas, que pueda organizar exposiciones de su obra, llevarle la contabilidad, escribir comunicados de prensa, organizarle los viajes, interactuar con su agente y su editor, ayudarlo a vender las fotografías. Estoy segura de que, en este momento, su contabilidad es un desastre. Yo me ocupaba de las facturas y de las cuentas. Él lo tenía todo en una carpeta, completamente desorganizado…

–Ahora ya no tiene casi nada en papel –dijo Hannah–. Me cuesta un poco entrometerme en sus cosas personales…

–No es personal. Es su negocio, y tiene muchos detalles molestos para él, como los impuestos, por ejemplo. Él odia todo eso. Owen nació para vagar con una cámara y soñar. No es pragmático y no le gusta el pragmatismo. Sería más feliz si pudiera dedicarse solo a hacer fotografías.

Hannah se quedó callada un instante.

–Yo he trabajado de comercial, luego he sido directora de ventas y he estado a cargo de varios comerciales. Pero nunca pensaría que puedo…

–A lo mejor surge el tema y puedes decirle a Owen que estás

cualificada, si él está interesado –le dijo Sheila, y sonrió con picardía–. No será el primer negocio familiar que se forma.

–Eres increíble –respondió Hannah–. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo es posible que te divorciaras, que mantuvieras una estupenda relación con Owen y que te construyeras una vida nueva? Creo que todavía lo quieres y parece algo perfectamente natural.

–Siempre voy a querer a Owen –dijo ella, en voz baja–. Pero nosotros estábamos unidos por la tragedia y, para sobrevivir, tuvimos que ir en direcciones opuestas. Yo me dediqué a la defensa de los niños, y Owen solo quería estar alejado del ámbito público. Necesitaba encontrar su propia paz. Es fantástico con la gente, es un buen vecino, un buen amigo. Fue un esposo y un padre maravilloso. Pero, hace unos años, fui a una exposición suya en Denver y me di cuenta de que le habían salido manchas rojas en el cuello por tener que ver cómo los extraños miraban y juzgaban su obra. No es un ermitaño, pero no soporta ser el centro de atención. ¿Yo? Yo sí estoy cómoda siendo el centro de atención. He testificado en el Congreso, aunque estaba aterrada. Pero, el efecto que tuvo en mí hacer un buen trabajo a ese nivel me tuvo flotando durante días. Owen tendría que dormir una semana para recuperarse de algo así –explicó, y sonrió–. Cada uno tiene sus propios dones. Somos mejores con las personas que nos entienden y se parecen un poco a nosotros. El secreto está en aceptar a la gente como es, no como tú quieres que sean. Owen y tú estáis bien juntos. Tenéis cosas parecidas, pero también sois lo bastante diferentes como para poder equilibraros.

«No he tenido la mejor de las suertes en mis relaciones», pensó Hannah. «Pero ninguno de ellos era como Owen».

A la mañana siguiente, hubo muchos abrazos y promesas de visitas en el futuro. Cuando se fueron, Owen, Hannah, Noah y Romeo se quedaron en el jardín, viendo alejarse la furgoneta. Se oyó el canto de un pájaro, y un pez saltó en el lago.

–Vaya, se ha quedado todo muy tranquilo –dijo Noah, y miró a Hannah–. ¿Qué vamos a hacer hoy?

–Hoy vamos a tener un día de descanso –respondió ella.

Victoria Addison se sirvió una copa y llamó a su hijo Roger.

–Mamá, ¿estás bien? –le preguntó él, a modo de saludo.

–Sí, estoy bien. Estoy en Colorado. He encontrado a mi nieto, Noah. Esta tal Hannah, la tutora legal del niño, va a ser difícil. Y se ha liado con un hombre que ha tomado cariño a mi nieto. ¿Te acuerdas de

Hannah?

–No sé si la conocí –dijo Roger–. Erin no me presentaba a sus amigas. ¿Vas a causarle problemas?

–¡No seas idiota! –le espetó ella–. Solo quiero ayudarla. Y conocer a mi nieto. Debería haberme imaginado que Erin iba a hacer algo así, algo como dar al niño a alguien de fuera de la familia.

–No puedo creerme que tú quieras quedarte con un niño… –dijo Roger–. A ti no te gustan los niños. Pero, claro, también has tenido amistad con ancianos y tampoco te gustan…

–¿Qué es ese ruido? –le preguntó ella.

–La radio.

–¿Dónde estás?

–En casa.

–¡Mentira! ¿Dónde estás, y qué estás haciendo?

Él suspiró.

–Estoy en casa, y han venido un par de amigos. No estoy en tu casa. Mis amigos y yo vamos a jugar al póquer.

–¡Sal ahora mismo de mi casa! ¿Qué te he dicho? ¡Se supone que no tengo ningún contacto contigo! ¡Le he dicho a todo el mundo que hace mucho tiempo que no te veo!

Entonces, colgó.

Si Roger estaba en su casa con amigos, el casero podía enterarse, y ella estaba evitando al casero. Le dio un sorbo a su copa. Sabía que algún día iba a llegar el momento en que tuviera que cortar lazos, oficialmente, con Roger. Ya le había dicho al juez que no tenía nada que ver con él y, además, Roger ya no le servía de nada. Su relación siempre había sido difícil, con muchos altibajos. Antes, podía contar con que Roger le hiciera caso. Ahora, se llevaban mejor cuando él estaba en la cárcel, porque cuando estaba fuera, se drogaba y bebía y, cuando se drogaba y bebía, cometía errores estúpidos.

Él decía que ya no se drogaba, porque tenía que hacerse análisis periódicamente mientras estaba en libertad condicional. Decía que había ido a rehabilitación. Sin embargo, era un mentiroso y no se podía confiar en él.

Antes, podía controlarlo mucho mejor. Últimamente, se había hecho muy desafiante, y ella no entendía por qué, porque le debía mucho. Había estado a su lado cada vez que había cometido un error. Sin embargo, eso había terminado. Ya no tenía margen para más errores.

Se había enterado de que estaban investigando en su último lugar de trabajo, de que la policía estaba interrogando a los empleados, incluso a los que habían dejado su puesto antes de que la empresa cerrara. Un par de empleados habían sido acusados de estafa, desfalco y robo por aprovecharse de la clientela, casi todos ancianos que necesitaban ayuda con los seguros y las finanzas. Todavía no habían

llegado a ella.

No era la primera vez que había sospechas en torno a una empresa o una ONG en la que ella hubiera trabajado, pero, en aquella ocasión, era mucho más grave que nunca, puesto que se había involucrado el mismísimo fiscal general.

A ella se le daba bien ganarse la confianza de la gente. Había aprendido la mayoría de las técnicas de un hombre con el que había mantenido una relación cuando era joven. Se podía ganar mucho dinero con personas que necesitaban sus cuidados y su experiencia. La habían nombrado heredera en dos testamentos, y por un buen motivo. Ella siempre tenía mucho cuidado antes de aceptar una herencia. Aquellas almas desamparadas no tenían familia y no habían dejado demasiado atrás. Además, sabía que no podía acaparar demasiadas herencias porque sería sospechoso.

Pero había cometido un error. Había obtenido la tutela de un anciano rico que no tenía familia e iba a heredar ochocientos mil dólares de su fortuna cuando él muriera. Había sucedido cuando tenía un puesto en su empresa, haciendo el trabajo que ellos llevaban a cabo: ocuparse de las facturas de la administración de sus propiedades y su cuidado, pagando con cargo a la cuenta bancaria del anciano. El pobre hombre murió en su casa, y ella estaba esperando a que se solucionara el papeleo y se abriera el testamento cuando surgió un problema. No fue por ningún familiar que apareciera por sorpresa, sino por una biblioteca; el anciano era uno de los patronos de la institución y había dejado una copia del testamento al bibliotecario, en el que estipulaba que dejaba toda su fortuna en herencia a la biblioteca. Por supuesto, se opusieron a que el dinero fuera a parar a manos de la nueva tutora, a pesar de que ella tenía un testamento que había sido redactado y grabado, apresuradamente, cuando él estaba en cuidados paliativos.

Una biblioteca pública. Eso desencadenó una investigación, por lo que dejó su trabajo y se marchó. Necesitaba dinero, pero tenía miedo de aparecer de nuevo mientras las autoridades investigaban sobre la validez de aquel testamento.

Erin no llevaba mucho tiempo muerta, y ella podía averiguar cuánto dinero había dejado para Noah. No sabía cuánto podía ser, pero Erin era tacaña y muy lista con el dinero. Tomó una decisión: iba a presentar una demanda para hacerse con la custodia del niño. Si la herencia no era cuantiosa, tendría el gesto magnánimo de permitir que Hannah se quedara con el niño. No tenía mucho tiempo y, aunque tenía ideas, no tenía ningún plan. Aquella Hannah se había rodeado de abogados y protectores. Ella hizo unas transferencias del dinero que tenía, que no era suficiente para jubilarse, vendió algunas cosas, hizo las maletas y se fue a Colorado. Abandonó su casa y dejó de

pagar el alquiler, después de convencer a los inquilinos de que estaba enferma y se estaba recuperando. Quería hacerse con la custodia de Noah y apoderarse de su herencia.

Pero, entonces, descubrió la existencia de Owen. No solo era un hombre rico, claramente, sino que, además, le tenía cariño. Lo investigó y descubrió que había perdido a un hijo varios años antes, algo que le convertía en una persona mucho más vulnerable. Con suerte, tendría mucho interés en que ella se alejara de su entorno. Solo haría falta que le diera dinero.

Por supuesto, ella necesitaba cierta fuerza. Estaba pensando en cuánto talento iba a tener que invertir.

Solo le quedaba otra visita supervisada al niño. Después, el juez iba a decidir qué tipo de relación iba a poder mantener con él.

Capítulo 12

El amor es una sola alma que habita en dos cuerpos.
Aristóteles

La segunda visita de Victoria se produjo en la primera semana de agosto. No fue tan tensa como la primera, aunque también estuvieron presentes Hannah, Owen y Cal. Noah aguantó durante dos horas antes de quejarse, pero le preguntó a Owen si podían enseñarle a Victoria el embarcadero para que viera a los peces nadando y saltando. Victoria le hizo muchas preguntas a Noah. ¿Qué le gustaba ver en la televisión? ¿Qué era lo que más le gustaba de la escuela? ¿Qué quería ser de mayor? ¿Cuáles eran sus lecturas favoritas? ¿Había algún deporte que podía practicar, aunque usara las muletas y los aparatos ortopédicos?

–A veces hago salto con pértiga –dijo él.

–¿De verdad?

Owen se echó a reír.

Hannah no iba a poder relajarse hasta que terminara la próxima vista con el juez, a pesar de que Cal le aseguró que la custodia no estaba en peligro. Pero, en aquella ocasión, el juez quería conocer a Noah antes de la vista. Los abogados estuvieron presentes en aquella reunión, que duró diez minutos.

–¿Qué te ha preguntado, Noah? –quiso saber Hannah, cuando el niño volvió a su lado–. ¿Ha estado bien? ¿Estabas asustado?

–No, no estaba asustado. Es tan viejo como Sully. Tiene fotos de niños por todo su despacho y ha dicho que tiene un millón de nietos. Me preguntó si me gustaba estar con mi abuela y yo le dije que estaba bien. Le dije que fui muy educado.

–Fuiste increíblemente educado –dijo Hannah–. ¿Algo más?

–Me preguntó que si me gustaría volver a verla y yo le dije que… –Noah agachó la cabeza–. Le dije que no era muy divertido. Pero él se echó a reír, así que creo que no se enfadó. Entonces, él me dijo que era muy agradable haberme conocido y que si estaba deseando volver al colegio. Yo le dije que no lo sabía, porque iba a ser un colegio

nuevo. ¿Lo has decidido ya, Hannah? Porque yo sí sé lo que quiero hacer.

Hannah se echó a reír.

–Yo también sé lo que quieres hacer. No me presiones todavía, por favor. Es una decisión muy difícil.

Así pues, llegó el día de la vista. El juez Vincente se dirigió a Victoria.

–¿Fueron agradables las visitas a su nieto, señora Addison? –le preguntó.

–Lo intenté –dijo ella–. Fue un poco difícil, con tanta supervisión, como si yo fuera a robar algo o a pegar a mi nieto.

–Espero que se haya quedado tranquila después de comprobar que es feliz, que está sano y en buenas manos. Mi decisión es la siguiente. Hannah Russell seguirá ejerciendo la custodia del niño, tal y como dije que iba a suceder. La señora Russell le facilitará su número de teléfono y puede usted usarlo para preguntar por Noah. En ningún caso deberá acosarla, sino preguntar amablemente. Quizá, incluso, le apetezca a usted saludar al niño. Y, quizá, también, quiera volver a verlo en un futuro, pero eso deberá decidirlo su tutora, que también decidirá las circunstancias en las que pueda ocurrir. Sea sensible, señora Addison. La señora Russell también necesita tiempo para fortalecer sus vínculos con Noah. He estado en situaciones como estas anteriormente, y sé que, si usted respeta los límites que fije la tutora, con el tiempo podrá ver o hablar con Noah más frecuentemente, y entablar una buena relación con él. Acuérdese de su nieto en su cumpleaños y en Navidad. ¿Lo ha hecho alguna vez?

–¡Por supuesto! –exclamó Victoria–. Pero mi hija estaba enfadada y, seguramente, no le dijo que le había mandado regalos.

El juez Vincente frunció el ceño.

–Entiendo –dijo–. Bueno, este asunto se da por terminado. Custodia exclusiva para la señora Russell y visitas supervisadas con autorización de la señora Russell. Que todos tengan un buen día.

Hannah estuvo a punto de desmayarse del alivio.

Había más gente esperando la noticia. Sully y Maggie llamaron a Cal. Hannah había apagado el teléfono durante la vista y, cuando volvió a encenderlo, vio que tenía un mensaje de Leigh Shandon. Noah se había quedado en el *camping* con Sully y Helen, así que, cuando llegaron Owen, Cal y ella, habían empezado con una fiestecita improvisada. Leigh y su bebé aparecieron cuando terminó el horario de la clínica. Cal llamó a Maggie y ella fue con Elizabeth. Sierra acudió con sus hijos y con Connie, y también pasaron por allí un par de bomberos. Owen fue en busca de Romeo y lo llevó al *camping*. Todos se reunieron en el porche de la casa de Sully, y dejaron el

porche de la tienda para los campistas. Un par de niños de Canady que a menudo trabajaban allí se hicieron cargo de la tienda, y Sully acudía de vez en cuando para cerciorarse de que todo iba bien.

Todo el mundo decidió a la vez que podían preparar una cena con lo que hubiera a mano. Helen llevó hamburguesas, Maggie y Hannah recogieron verduras del huerto y las cocinaron al vapor, y se prepararon grandes ensaladas.

–¿De verdad ha terminado todo? –le preguntó Sierra a Hannah.

–Cal ha dicho que Victoria necesitaba un motivo muy bueno para conseguir que se revisara el caso, como, por ejemplo, que Noah estuviera sufriendo maltrato. Aunque ella mintiera, Noah no permitiría que se saliera con la suya –dijo, y se rio suavemente–. Sabía que Noah era inteligente, pero no sabes qué intuitivo es. Le puso trampas para pillarla en mentiras ya desde la primera visita. Yo tardé en darme cuenta de que la estaba poniendo a prueba con las preguntas sobre su madre. Ella no le dio las respuestas correctas, y él no lo aceptó.

–¿Y cómo te sientes ahora?

–¡Es como si tuviera los huesos de papel de seda! Noah y yo hemos sido un equipo desde hace ya cinco meses. Echo mucho de menos a Erin, pero todas las noches rezo para darle las gracias, con la esperanza de que me oiga. Lucharé por Noah hasta la muerte.

–Bienvenida a bordo, Hannah –le dijo Sierra–. Ya eres una madre.

Aquella noche, después de que Noah se fuera a la cama, Hannah y Owen se acurrucaron en el sofá y estuvieron hablando, en voz baja, del alivio que sentían.

–Aunque no haya ningún peligro con respecto a la custodia, debemos prestar atención. Puede que solo quiera ser la abuela de Noah, pero yo voy a evitarla de todos modos –dijo Hannah.

–No se parece nada a lo que me esperaba –respondió Owen–. Supongo que la había convertido en un monstruo, pero parece inofensiva. Es atractiva y habla bien. Lloró de manera muy convincente durante la primera vista.

–Yo tenía una amiga en la escuela secundaria que sabía hacer eso. Sabía empezar a llorar cuando quisiera. Perdí el contacto con ella, pero seguro que algún día la veo en los premios Oscar.

–Me da la impresión de que estás hasta más ligera –dijo él, moviéndola de un lado a otro–. No hay un solo músculo rígido en tu cuerpo.

–Estoy flotando…

–Y, a propósito, ya estamos en agosto. Hemos tenido dos sustos con la custodia y el colegio empieza dentro de menos de un mes…

Ella se mordió un labio.

–Estoy nerviosa. ¿Es por mí, o por Noah? Porque es comprensible

que tengas un sentimiento de protección por un niño pequeño y vulnerable, después de haber perdido a tu hijo.

Él la besó.

–Si todavía piensas que es por Noah, está claro que tengo que esforzarme más. Sí, quiero mucho a ese niño. Si alguien no lo quisiera, habría que examinarle la cabeza. Pero a ti te quiero de un modo totalmente distinto. ¿Te da miedo perder el trabajo?

–Sí. Y dejar mi casa. Y vivir de ti. Todo eso. Lo único que ya no me da miedo es la idea de ser la madre de Noah. Nunca podría separarme de él. Es lo que quiero ser.

–¿Y no puedes extender más el permiso laboral?

–Para conservar el trabajo, sí, pero si quiero conservar el puesto, no. Ya he agotado casi todo el plazo.

–¿Y no podemos dar pasos más pequeños que puedan convertirse en grandes pasos? Para ti. Entiendo que estés insegura por la situación, y sé que yo no tengo que dejar un trabajo ni mi casa, así que no estoy arriesgándome tanto.

–¿Qué clase de pasos pequeños? –preguntó ella.

–Por ejemplo, alquila tu casa. Pide una ampliación del permiso, aunque tengas que renunciar al puesto, porque así te asegurarías de que sigues teniendo un trabajo en una empresa que conoces muy bien. Es como poner una red de seguridad. Estoy seguro de que no hará falta, pero vamos paso a paso.

–Tengo muchas cosas en esa casa.

–Podemos ir a vaciarla. Trae aquí lo que quieras y, el resto, ponlo en un trastero.

–Habría que pintar, que limpiar la moqueta, que hacer reparaciones… He pedido al niño de un vecino que me cuidara el jardín y cortara la hierba, pero lo demás estará descuidado…

Owen se echó a reír.

–Todo, salvo la mudanza, se puede hacer por teléfono. Como ya no estás viviendo allí, necesitarás un administrador. Se quedan entre el diez y el veinte por ciento del alquiler. Puedes pagar la hipoteca con la renta. Pero, Hannah, Noah tiene que ir al colegio en algún sitio. No tienes mucho tiempo para decidir dónde.

–Este pueblo es tan pequeño… No es como Minneapolis, donde podría encontrar muchos especialistas.

–Y, sin embargo, somos amigos de un abogado defensor bastante célebre y una neurocirujana bien conocida. Creo que Noah tendrá todo lo que necesita. Creo que sabes que yo movería cielo y tierra para ayudarle.

–Él quiere quedarse aquí.

–Y yo quiero que haga amigos de su edad y, para eso, tiene que ir al

colegio. Me gustaría pasar hasta el último segundo con él, pero eso sería egoísta. Tiene que estar con niños. No puede pasarse toda la vida con un tipo y con su perro. ¿Has visto cómo corre últimamente, con esas muletas que maneja tan bien? Es como un pony, va cruzando el jardín a trompicones. A mí me da la sensación de que ya casi no las necesita, pero las usa para no tener que forzar el cuerpo para caminar. Sí, está claro que necesita pasar más tiempo con niños de su edad.

–Me siento un poco más segura sabiendo que iría al colegio en un pueblo pequeño y agradable como Timberlake –dijo Hannah–. Y me sentiré aún mejor cuando Victoria vuelva a Minneapolis. ¿Crees que se enterará cuando vayamos allí a limpiar mi casa? Porque no puedo dejar aquí a Noah. No puedo. Todo este asunto de la custodia se ha vuelto tan resbaladizo…

–No, no se va a enterar. A no ser que tenga un espía en tu casa. Además, si estamos limpiando, no nos vamos a alojar allí.

–Podríamos quedarnos en casa de Sharon o Kate.

Owen sonrió.

–Da la impresión de que estás dispuesta a intentarlo.

–¿Y tú? ¿Estás seguro? Porque solo nos conocemos desde hace unos meses.

–Yo ya estaba seguro a las pocas semanas.

–Me da miedo volver a equivocarme.

–¿Y no te planteas que puedes acertar? Yo sí. No tengas miedo, Hannah. Y no renuncies a lo nuestro demasiado pronto.

Al día siguiente, Hannah llevó a Noah a la cita con el fisioterapeuta y Owen aprovechó para llamar a Cal y preguntarle cuándo podían reunirse.

–Hoy voy a estar todo el día trabajando desde casa, así que pasa por aquí cuando quieras.

Owen fue de inmediato, para estar de vuelta en casa cuando llegaran Noah y Hannah. Cal le abrió la puerta y le dio una taza de café.

–¿Qué es lo que te preocupa, Owen?

–Hannah ha decidido quedarse –le dijo él–. Va a matricular a Noah en el colegio del pueblo. Vamos a hacer un viaje rápido a su casa, a Minneapolis, a vaciar la casa de muebles, limpiarla y prepararla para el alquiler.

–Es una buenísima noticia –dijo Cal–. Noah y ella son una maravillosa aportación a esta zona.

–Todavía no se lo ha dicho a Noah, pero lo va a hacer muy pronto.

Cal frunció el ceño.

–Entonces, ¿por qué no estás tan contento como deberías?

–Tengo un mal presentimiento. En realidad, no sabemos dónde está Victoria. ¿Se quedará por aquí, o volverá a Minneapolis? ¿Cómo podríamos averiguarlo? Aunque arregláramos el asunto del juzgado, sé que esa mujer quiere algo. Y no sé qué hacer, porque no puedo estar encima de Noah las veinticuatro horas del día. Aunque nosotros vayamos a estar con él, me gustaría saber qué puede pasar. Tú dijiste que habías hecho una investigación exhaustiva de sus antecedentes. ¿Cómo se hace eso?

–Por medio de detectives privados –dijo Cal–. A veces, cuando hay delitos, la policía también puede ayudar. No será muy difícil averiguar dónde está. Pero ¿de qué iba a servir?

–Pero… creo que sí deberíamos saber dónde está y qué está haciendo. Yo me sentiría mucho mejor si supiera que ha aceptado el fallo del tribunal y sigue con su vida. ¿No podrías ayudarme con esto?

–Los buenos detectives cobran bastante, pero son muy minuciosos.

–Por supuesto –dijo Owen–. Esto es un terreno desconocido para mí, Cal. ¿Tú no tienes la sensación de que ocurre algo raro?

–Bueno, eso es lógico. Me temo que la motivación de Victoria es su secreto. Después de verla con él, me cuesta creer que lo que quiere es tener una relación de afecto con Noah. Creo que es por el dinero, pero no puede saber cuánto hay, a no ser que Erin se lo dijera antes de morir. Y, por lo que sé de su relación, parece bastante improbable.

–Yo ni siquiera lo sé. Solo sé que Hannah no quiere usarlo para gastos de manutención. Quiere que esté disponible para Noah, por si quiere estudiar Medicina. Está pensando en su futuro. Así que yo no puedo evitar acordarme de que el hermanastro de la madre de Noah es un delincuente que podría resultar peligroso.

–Pero está en Minneapolis, en libertad condicional. Si abandona el estado, volverán a meterlo en la cárcel.

–¿Tú no podrías vigilar e investigar aún más a esta familia hasta que no haya preguntas sin responder?

–¿Te sientes amenazado, Owen?

Owen respiró profundamente.

–Puede que sea una paranoia. Por supuesto, no infringiría la ley ni te pediría que lo hicieras tú, pero… Bueno, hay algo que nunca te he contado, y quiero contártelo para que sepas por qué estoy pensando en todo esto. Verás, tuve un hijo…

Después de que Owen y Hannah hablaran de todo lo que había que hacer, le contaron a Noah que habían decidido vivir juntos en la casa del lago. Él se quedó asombrado.

–¿De verdad?

–Sí. Los dos hemos pensado que queremos estar más tiempo juntos –

dijo Hannah–. ¿Estás tú de acuerdo?

–¡Sí! ¡Yo sí necesito más tiempo! –exclamó, y se abrazó a Romeo.

–Vamos a tener un par de semanas muy ajetreadas. Tengo que arreglar algunas cosas en Minneapolis. Nos vamos a ir los tres, y vamos a poder conocer al bebé de Sharon y a visitar a Kate y a su familia. Vamos a contar con tu cooperación.

Noah abrazó con más fuerza a Romeo.

–Sí, eso puedo hacerlo –dijo el niño–. ¿Viene Romeo?

–No, me temo que no –dijo Owen–. Va a ir de vacaciones con su tía Mary.

Hannah sentía ansiedad por Victoria, se preguntaba si habría vuelto a Minneapolis, si los estaría esperando, pero Noah no volvió a acordarse de su abuela, no la mencionó ni una sola vez. Y, aunque Hannah había cumplido con la orden del juez y le había dado su número de teléfono, no había tenido noticias de la mujer.

Hannah fue con Noah a visitar la escuela del pueblo para matricularlo. El director los invitó a que volvieran antes de que comenzaran las clases para conocer a su profesor y ver el aula.

Comenzaron a organizar la mudanza a distancia. Kate dio con un buen administrador y Owen contrató a la empresa de mudanzas. El administrador se ofreció para organizar las reparaciones, la limpieza y pintura de la casa cuando hubieran sacado todos los muebles. Compraron los billetes de avión y concertaron todas las citas.

Una de las primeras personas con las que Hannah programó una reunión fue con su jefe, Peter. No habló directamente con él, sino con su secretaria. Aquella era una de las primeras cosas que tenía que hacer al llegar a Minneapolis. Para aquella ocasión, se puso uno de sus trajes de trabajo.

Peter estaba en su escritorio cuando entró en su despacho, y él rodeó la mesa y se acercó para darle un abrazo.

–Hannah, tienes un aspecto estupendo –le dijo.

–Gracias –respondió ella–. He tomado mucho el sol y me he divertido mucho este verano.

–Siéntate. Me alegro de verte, pero voy a ser sincero, me estoy preparando. Espero que hayas venido a decirme que vas a volver a tu puesto…

Ella sonrió.

–He venido a preguntarte si es posible que me concedas permiso indefinido. Mi vida ha cambiado mucho y muy rápidamente, y todavía no puedo aceptar un trabajo a tiempo completo, pero quiero a esta empresa y no quiero tener que renunciar a ella.

–Bueno, primero, cuéntamelo todo –le dijo Peter.

Peter sabía cuál era el motivo por el que Hannah había solicitado aquella baja por asuntos familiares, pero ella le contó todos los

detalles gustosamente.

–Me da la impresión de que has conocido a alguien –dijo él, sonriendo.

–He conocido a un hombre maravilloso y a su enorme perro. Noah ha mejorado muchísimo allí, en Colorado. Está muy sano y muy fuerte. Hablamos mucho sobre su madre, pero está feliz. Y yo, también.

Entonces, le habló sobre Owen, su trabajo, sus viajes, su estilo de vida. Después, le habló de Timberlake y de Crossing, y de algunos de sus nuevos amigos. Y, después, miró el reloj.

–¡Oh, Dios mío, cuánto te he entretenido!

Pero Peter no era de los que apresuraban una reunión. Era un hombre con una gran capacidad de concentración, y, aunque tuviera cierta tendencia a organizar retiros corporativos, era muy buen jefe, y trabajar para él había sido un placer.

–Así que no solo ha sido el sol lo que te ha dado un aspecto tan saludable –dijo él, y movió algunos papeles por su escritorio–. Sabes cuál es nuestra política tan bien como yo, y no concedemos permisos laborales indefinidos a no ser que sea por motivos médicos. Sin embargo, en este caso, voy a hacerlo. ¿Y sabes por qué?

–No lo sé.

–Porque no lo vas a utilizar. Creo que ya no voy a volver a verte por aquí. Has encontrado a tu gente y has encontrado tu lugar y, aunque todavía tengas un poco de reticencia a alejarte de tu antiguo mundo de nueve a cinco…

Ella se echó a reír.

–¿A quién quieres engañar con eso de «de nueve a cinco»? ¡Trabajamos muchas horas y viajamos muchísimo! Pero adoro esta empresa. Me dio muchas oportunidades.

–Y te prometo que te vamos a echar mucho de menos. Siempre fuiste una de nuestras estrellas. Pero, Hannah, el éxito en los negocios no lo es todo. Es muy importante encontrar lo que te gusta hacer en la vida, pero también es muy importante encontrar a la persona con quien compartir la vida.

–Sinceramente, había empezado a pensar que no lo iba a conseguir.

–Me acuerdo de que tenías a ese idiota de prometido –dijo él–. Me alegro de que lo averiguaras antes de que se convirtiera en ese idiota de marido –añadió Peter, y se echó a reír–. Escucha, si alguna vez quieres un trabajo, llámame. No importa dónde esté, llámame. Eres una de las mejores empleadas que he tenido. Y, si necesitas alguna carta de recomendación, te garantizo que escribiré una muy buena.

–Gracias –dijo ella. Se levantó y le tendió la mano–. Estoy muy agradecida.

–Te lo mereces. Bueno, disfruta de la maternidad. Ese niño tuyo

parece una maravilla. Y el hombre al que has conocido también parece muy interesante.

–Te enviaré uno de sus libros –le dijo ella–. Te va a encantar.

Hannah pasó por la oficina para despedirse de sus compañeros, diciéndoles que iba a estar de permiso laboral indefinido un tiempo, debido a que tenía un niño pequeño a su cargo y se había ido a vivir a Colorado.

Luego, se quedó sentada en el coche alquilado que compartía con Owen. Owen estaba en su casa con Noah y era hora de mirar por última vez el edificio de su antiguo trabajo, porque, en el fondo, sabía que no iba a volver.

El teléfono sonó en su bolso, y lo sacó. Colgaron después de dos tonos. Era el número de Wyatt. Aquello le pareció divertido, pero tuvo la sensación de que no era un accidente, y decidió devolverle la llamada.

–Si querías hablar conmigo, deberías haber dejado un mensaje –le dijo, cuando él respondió.

–No pensaba que fueras a llamarme –dijo él–. Llevo meses queriendo hablar contigo.

–¿Y por qué has colgado todas las veces? Antes eras mucho más atrevido.

–Y estúpido.

–¿De qué quieres hablar conmigo, Wyatt? Date prisa, porque no tengo mucho tiempo.

–Quería pedirte perdón. Te traté mal, Hannah, y lo sé. Por supuesto, me enteré de la muerte de Erin y de que te has hecho cargo de su niño. Envié unas flores…

–Sí, las vi. Gracias.

–Quería llamarte entonces, pero no quería que te sintieras aún peor.

Ella suspiró.

–Echo de menos a Erin más de lo que puedes imaginarte, pero he sido muy feliz desde que Noah vino a vivir conmigo. Es una alegría. Creo que vamos a ser felices.

–Uno de los empleados de tu departamento me dijo que te has ido a vivir a Colorado…

–Bueno, ahora estoy en Minneapolis, cerrando la casa. A Noah y a mí nos gusta Colorado. Lo he matriculado en el colegio y tiene nuevos médicos. Y nuevos amigos. Es un cambio muy grande, pero muy positivo, también.

–Te encuentro… muy bien. Veo que estás muy bien. Mira, tengo que decirte una cosa. Cometí el error más grande de mi vida. Te engañé y te perdí.

–Acepto tus disculpas, pero no hay vuelta atrás. Ahora estoy en el lugar más adecuado para mí. He conocido a alguien y me he dado cuenta de que tú y yo no éramos el uno para el otro.

–Hannah, tú no hiciste nada malo. Fui yo. Era impaciente y, a lo mejor, estaba un poco aburrido, y también era completamente inmaduro.

–Eso no te lo voy a negar –dijo ella, aunque riéndose–. ¿Stephanie y tú?

–Eso no duró nada, por supuesto. ¿No hay ninguna posibilidad de que pueda… verte?

Ella cabeceó.

–No, Wyatt. Esa parte de mi vida acabó. No voy a mirar atrás. No voy a volver.

–No te lo reprocho –dijo él–. Pero quería que supieras que me arrepiento de lo que hice. De verdad, lo siento muchísimo.

–Perdonado –dijo ella–. Creo que este es el momento en el que nos despedimos amigablemente y tú dejas de llamarme. Estoy comprometida. No quiero tener llamadas de antiguos novios.

–¿Comprometida tan pronto? –preguntó él–. Pero si solo han pasado unos meses. Nosotros estuvimos esperando un año antes de…

–Como ya te he dicho, esto es diferente para mí. Además, ahora soy madre. Noah es mi prioridad.

–De acuerdo. Pero quiero que sepas que, si tuviera alguna oportunidad, volvería con los ojos cerrados.

–No la tendrás, Wyatt. No es que te guarde rencor, pero lo he dejado todo atrás. Te deseo lo mejor. Encontrarás a una mujer para ti, ya lo verás. Pero, la próxima vez que le hagas una promesa a una mujer, cúmplela y comprueba que tu aburrimiento no es pasajero.

–Ahora veo las cosas de un modo muy distinto.

«No me lo creo ni por asomo», pensó ella.

–Adiós, Wyatt. Borra mi número de teléfono. Así será más fácil.

–Supongo que tengo que estar agradecido de que no hayas bloqueado mis llamadas.

–¡Es una gran idea, gracias! Cuando te encuentres con nuestros amigos mutuos, diles que estoy muy bien y soy feliz. Adiós.

Colgó y bloqueó su número.

Cuando llegó a casa, se encontró a Noah y a Owen metiendo en cajas los juguetes de Noah.

–¿Cómo ha ido todo? –le preguntó Owen.

–Muy bien –dijo ella–. Mi jefe ha sido muy agradable y me ha concedido un permiso indefinido. Me ha llamado mi exprometido para pedirme perdón.

Owen sonrió.

–¿Y te ha pedido otra oportunidad?

–Sí, pero es imposible. Le dije que lo perdonaba, sí, pero que tuviera más suerte con la siguiente. Y he bloqueado su número.

Él la abrazó.

–Pobre perdedor –le susurró.

Hannah y Owen trabajaron mucho hasta que consiguieron empaquetar todo. Una parte de los muebles fue a un trastero cercano a casa de Kate, y Hannah le dio el código de entrada. A Timberlake enviaron una caja llena con las cosas favoritas de Hannah y la mayoría de los juguetes de Noah, la ropa de cama que le había comprado su madre, fotografías y algunas otras cosas.

Hannah regaló mucha ropa, muebles, utensilios de cocina y manteles, pero también había un montón para tirar. Aquellos días, Noah se quedó con Kate o con Sharon. Pasaron unas cuantas noches con sus amigos. Aunque el trabajo era duro y sucio, el reencuentro fue estupendo y la perspectiva de empezar de nuevo, deliciosa.

Era el último día que pasaban en Minneapolis, y Owen estaba llevando la última carga de basura a los contenedores. Noah le rogó que le dejara acompañarlo, y Hannah se quedó en casa barriendo el garaje, su última tarea del día. El administrador ya había recibido la lista de cosas que aún había que hacer, y Hannah estaba muy contenta con la renta que estaban pidiendo. Parecía que todo estaba saliendo bien.

Casi había terminado de barrer cuando apareció una pequeña furgoneta abollada delante de la casa. En cuanto su conductor bajó del vehículo y se encaminó hacia la casa, ella supo quién era: Roger Addison. Cal le había enviado fotografías de Victoria y de Roger hacía varias semanas. Ella agarró la escoba con fuerza.

–¿En qué puedo ayudarte? –le preguntó.

–¿Te mudas?

–¿Nos conocemos?

Él se encogió de hombros.

Tenía menos pelo que en la foto y era corto de estatura.

–Bueno, al ver que aquí había una mudanza… Yo estaba buscando una casa.

–Está vendida. Estoy haciendo la limpieza final.

–No sabes quién soy, ¿verdad?

–¿Debería?

–A lo mejor. Soy el hermano de tu mejor amiga. El hermano de Erin –dijo él, y miró a su alrededor–. Quería ver a mi sobrino. ¿Está bien?

–Creo que será mejor que te vayas. Estoy ocupada.

–He pensado que debía venir, por lo menos, a deciros «hola» a ti y a mi sobrino. No sé si nos hemos visto alguna vez. No me esperaba que tú fueras a ser la madre de mi sobrino.

–Roger, tienes que irte –le dijo ella, y sacó su teléfono–. O voy a llamar a la policía.

–¿Por qué? ¿Solo porque estoy siendo amable? Solo quería saber si mi sobrino está bien. Además, hay unas cuantas cosas que tú deberías saber.

–¿Y cómo sabías tú que yo estoy aquí?

–Sabía que esta era tu dirección. Le pregunté a uno de los vecinos si te había visto y le dejé mi teléfono. Es el señor Handelson, del final de la calle. Le pedí que me llamara si te veía.

–No lo conozco.

–Escucha, hay un par de cosas que quiero decirte, ya que tú vas a criar al niño. He tenido muchos problemas desde niño, Erin me odiaba y no la culpo. Pero, aun así, era mi hermana, y yo siempre quise hacer las paces con ella. Supongo que se me acabó el tiempo.

–No, creo que se le acabó a ella –dijo Hannah.

–Sí. Me siento muy mal por eso. Ni siquiera me enteré hasta un mes después. Siento que la hayas perdido, era tu amiga.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y la observó.

–No la traté bien. Hay mucha gente a la que no he tratado bien. Pero yo nunca le haría daño al niño.

Justo en aquel momento, Owen llegó en la furgoneta de alquiler y entró rápidamente en la calle de la casa de Hannah. Bajó del vehículo y cerró de un portazo.

–¿Qué quieres? –le preguntó a Roger, a quien reconoció al instante.

–Oh, vaya, aquí la gente no es muy amable –dijo Roger, retrocediendo unos pasos–. Supongo que has oído hablar muy mal de mí. Pero quería deciros que eso fue hace mucho tiempo…

–Aquí no tienes nada que hacer –le dijo Owen–. No estás invitado. Márchate.

–Solo he venido a ver si necesitabais ayuda –dijo Roger, con las palmas de las manos hacia Owen–. He pasado por aquí unas cuantas veces y os he visto de mudanza. Quería ver si puedo hacer algo por mi sobrino. A lo mejor debería llevarlo al McDonald's, o algo así. Por estar con la familia…

Owen se le acercó mucho.

–Escúchame bien, nosotros no somos familia. No te acerques al niño en ninguna circunstancia. De hecho, no te acerques a ninguno de nosotros. Si vuelvo a verte, lo vas a lamentar.

–¿Me estás amenazando, tío? ¡Porque yo no te he hecho nada! Pero pensé que, ya que tenéis al niño, a lo mejor deberíamos hablar. Hay cosas que puedo contaros y os ayudarían.

–Hannah, llama a la policía –dijo Owen.

–¿Por qué?

–Por acosarnos –dijo Owen–. Eres un delincuente en libertad condicional y te han ordenado que no te acerques a nosotros.

–¡A mí nadie me ha dicho eso!

–Ahora ya te lo he dicho –respondió Owen–. Cuando llegue la policía, te van a detener y van a averiguar qué es lo que te propones. Seguro que averiguan que eres culpable de algo. Vete antes de tener problemas.

–No sé qué te pasa –dijo Roger, pero se dio la vuelta para marcharse.

–¿Te ha enviado tu madre? –le preguntó Hannah.

Roger se dio la vuelta y la miró con el ceño fruncido.

–Mi madre no me dice lo que tengo que hacer. Ya te he dicho que quería ver qué tal está el niño. Ahora que Erin ha muerto, no me queda mucha familia.

Pero Erin lo odiaba, pensó Hannah.

–Erin dijo que llevaba muchos años sin verte.

–Porque ella quiso.

–Y ahora, porque lo quiero yo. Quiero que te alejes del niño, y que le permitas recuperarse y construir una vida nueva. Acaba de perder a su madre, y no puede exponerse a más traumas. No sabe quién eres tú, y así tienen que seguir las cosas. Buena suerte, pero, por favor, no nos acoses.

–Escucha, sé que me merezco esto, me lo he ganado. Pero hace mucho que no me meto en líos. Estoy en rehabilitación. Estoy cambiando mi vida y arreglando lo que he hecho. Solo quería saber si el niño está bien. Se ha quedado sin madre. ¿Está bien?

–Sí, está bien. Así que ya lo sabes –dijo Hannah–. Se está adaptando bien. Erin fue quien tomó la decisión de dejarme a mí su tutela, y no a su familia de sangre. Por favor, no nos lo pongas difícil.

–De acuerdo, pero hay un par de cosas que deberías saber. Son importantes.

–¿Qué cosas? –preguntó Hannah.

–Hannah, que se vaya –dijo Owen.

–Sí, me voy. Pero ten cuidado con mi madre. Ella no es lo que parece.

Roger fue caminando hacia atrás mientras hablaba y, finalmente, se giró hacia su furgoneta.

–No voy a molestaros.

Aquello era lo mismo que le había dicho Erin. Roger subió a la furgoneta y se alejó.

Hannah corrió hacia el coche de Owen y abrió la puerta.

–¿Dónde está Noah?

–Lo he dejado en casa de Kate –dijo Owen–. Estaba sucio y cansado, y yo quería volver a recogerte. Vamos a cenar con ellos y a volver al hotel. Creo que ya hemos terminado aquí. Vamos a cerrar la casa.

–Owen, ¿qué estaba haciendo aquí? –preguntó Hannah, que estaba a punto de echarse a llorar.

–No tengo ni idea, pero me alegro de que nos vayamos a Colorado. Puede que Romeo no sea malo, pero sí sabe cómo dar miedo.

Capítulo 13

Un cobarde es incapaz de demostrar amor. Esa es la prerrogativa de los valientes.

Mahatma Gandhi

Fue un gran alivio volver a Colorado. Hannah llevó a Noah al médico y al fisioterapeuta, y ellos dijeron que estaba muy bien. Compraron ropa para el colegio y algo de material escolar y fueron a conocer a la maestra antes de que empezaran las clases. Después, volvieron a su vida cotidiana.

Victoria llamó para preguntar cuándo podía ver a Noah, y Hannah le dijo amablemente que era muy pronto y que estaban muy ocupados porque Noah tenía que prepararse para el colegio.

–¡Pero si ya han pasado dos semanas! –exclamó Victoria–. ¡Y lo echo de menos!

Sonaba completamente falso. Victoria no lo había visto en toda su vida. ¿Cómo podía haberse convertido en alguien tan importante para ella de repente?

–Lo siento, pero en este momento no tenemos tiempo.

–Me encantaría saber cómo ha sido su primera semana de colegio.

–La llamaré para contárselo –dijo Hannah.

–Quería hablar con él.

–Ya veremos –respondió Hannah.

Hannah estaba intentando colocar sus cosas en la preciosa casa de Owen, y se encontró con más objetos que no necesitaba. Su pila de cosas que regalar fue aumentando a medida que comprobaba que no tenían lugar en la cabaña. Owen vació un baúl de su dormitorio y se lo cedió a Hannah para que guardara sus jerséis y sus abrigos. Estuvo una semana instalarse por completo.

–Mi casa sí que está habitada ahora –dijo él–. Me encanta tener tus jabones y tus cosméticos en mi baño.

–Tengo mucho que hacer en la habitación de Noah –dijo ella.

–Sí, lo he visto. Necesita un escritorio y más estanterías.

–¿Tú no tienes que trabajar?

–He pensado en recuperar el tiempo cuando Noah haya empezado el

colegio. Por ahora, la prioridad es que os instaléis en la cabaña.

En aquel momento, a finales de agosto, había mucho que nadar en el lago, mucho que pescar, leer, visitar a los amigos y a los vecinos. Entonces, por fin, llegó el primer día de colegio.

Y Noah no podía tomarse el desayuno.

–Necesitas llevar algo en el estómago –le dijo Hannah–. Va a ser un día muy largo.

–No creo que me quepa –dijo Noah.

–¿Estás nervioso?

–No, es algo peor.

–¿Y sabes qué? Eso nunca cambia. El primer día de guardería, de colegio, de instituto, de universidad…

–De un trabajo nuevo –dijo Owen, que apareció en la cocina secándose el pelo con una toalla–. Los primeros días tienen esa fama.

De repente, Noah se inclinó y vomitó en el suelo.

–Bueno, eso resuelve el problema más inmediato –dijo Hannah.

Noah la miró con los ojos empañados.

–Hannah, ¿y si vomito en el colegio?

–Estas cosas pasan a menudo –dijo Owen, mientras limpiaba el suelo con unas servilletas de papel–. No vas a ser el único que estés nervioso, Noah, te lo prometo.

–Soy el único que no puede andar.

–¿Me estás tomando el pelo? –le preguntó Hannah–. Te mueves tan rápidamente como Romeo. Lo único que tengo que pedirte es que, por favor, tengas cuidado hasta que conozcas el terreno y sepas dónde están todos los baches y los agujeros del patio. Intenta no abrirte la cabeza el primer día.

–A lo mejor no debería ir hoy –dijo él–. No conozco a nadie. No tengo miedo cuando tengo a Romeo, pero, cuando no tengo a nadie, a lo mejor puedo caerme, o vomitar, o… ¿y si me echo a llorar, Hannah?

Ella lo abrazó y le besó las mejillas.

–Noah, yo creo que tu profesora ya habrá visto todas esas cosas con otros niños. Lo mejor que podemos hacer es quitarnos de en medio este primer día. Vamos a que te laves los dientes y a recoger tu mochila. ¡Vamos por ello!

–Oohh… –dijo él, pero se fue hacia su baño.

–Oohh –dijo Hannah, apoyándose en Owen.

–Va a estar muy bien –le prometió Owen–. Vamos a llevar a Romeo.

En el colegio, el ambiente era festivo y estaba lleno de emoción. Los niños corrían de un sitio a otro e iban reencontrándose con sus amigos. Los más pequeños estaban aferrados a sus madres o padres, y algunos niños mayores llevaban a sus hermanos de la mano hasta la puerta. Había maestros esperando junto a las aulas para dar la

bienvenida a los alumnos. Owen dejó el coche en el aparcamiento y le puso la correa a Romeo. Se inclinó para darle un beso a Noah en la cabeza.

–Vamos, ánimo –le dijo, y le dio un suave puñetazo en el brazo.

–Sí –dijo Noah. Después, acarició a Romeo con cariño.

–Eh, ¿ese es tu perro? –preguntó alguien. Era un niño de unos seis o siete años, que se acercó a ellos–. ¿Muerde?

–No, pero a veces pisa a la gente –dijo Noah.

–¿Puedo acariciarlo?

–Claro –dijo Noah–. Es muy bueno.

El niño le pasó la mano a Romeo por la cabeza, y Romeo se sentó.

–Es precioso. ¿Cuál es tu profesor?

–Es una profesora, la señora Dempsey –dijo Noah.

–¡Yo la he tenido! Es muy guay. Ahora estoy en segundo.

Una pareja joven se acercó y se presentó. Eran Rick y Lydia.

De repente, uno de los bomberos que conocían, Rafe Vadas, se detuvo con uno de sus hijos.

–Hola, Noah –le dijo–. El primer día. Ya verás como todo va bien.

Entonces, Rafe les dio la mano a todos. Se acercaron un par de niños más y se emocionaron con Romeo, que estaba en su elemento. Aquello le dio algo de seguridad a Noah.

–Vamos –le dijo Hannah–. Quiero ir contigo hasta tu aula para ayudarte a encontrar tu asiento y el cubículo para tu mochila. ¿Se nos ha olvidado algo?

Noah hizo un gesto negativo.

–¿Puede venir Romeo?

–Al interior del edificio, no –dijo Owen–. Yo espero aquí. Pero lo vamos a traer esta tarde, cuando vengamos a recogerte.

–De acuerdo –dijo Noah.

Después, se dirigió valientemente hacia la entrada. Los niños fueron entrando en el edificio. Todo era ruidoso y alborotado. Había un par de pequeños que lloraban en voz alta y suplicaban a sus madres que no los dejaran allí. Había mujeres con bebés que llevaban a sus hijos mayores al colegio. Los mayores, que ya conocían el proceso, bajaban de un salto de los coches de sus padres. Otros llegaban en bicicletas y las dejaban aparcadas en la puerta.

Muchos de los que pasaban saludaban a Romeo, y él se lo agradecía con un buen lametón en la cara. Owen abrió la puerta del coche y le pidió a Romeo que subiera, pero el perro se quedó junto al coche, esperando a Hannah.

Entonces, Owen vio a Victoria al otro lado del aparcamiento. Estaba al lado de su vehículo, y lo saludó con una mano. Él no le devolvió el saludo. La vio subirse al coche y alejarse.

Aquello era una intimidación, simple y llanamente. Él sabía que

había llamado a Hannah y que le había pedido que le permitiera ver a Noah, y Hannah le había dicho que estaban muy ocupados.

No quería inquietar más a Hannah, pero tenía que decírselo. Cuando ella salió del edificio, se estaba enjugando las lágrimas.

–¿Está bien? –preguntó Owen.

–¡Está muy bien! ¡Ha hecho amigos inmediatamente! El niño que se ha sentado a su lado quería probar sus muletas.

Owen sonrió.

–Me temo que hay una pequeña complicación. Vamos a tener que llevar a Romeo a casa y volver.

–¿Por qué?

–Victoria estaba al otro lado del aparcamiento, observando.

–¿Y por qué ha hecho eso? Yo le dije que no podía ver a Noah ahora. No hice planes con ella para que lo viera en otro momento.

–Sabe lo que quieres –dijo Owen–. Lo que no sé es qué se propone. ¿Cansarte? ¿Demostrar lo decidida que está? No importa. Tenemos que hablar con el director y decirle que tenemos un problema con la abuela biológica del niño. Aunque ya hemos dejado claro con quién pueden dejar ir al niño, no le hemos dicho al director que hay una persona que puede representar un peligro para él.

–¿Un peligro? –preguntó Hannah–. ¿Qué quieres decir…?

Ella entró en el coche, y Owen arrancó el motor.

–Cualquiera que intente estar con Noah sin tu consentimiento es sospechoso y podría ser peligroso. ¿Y si intenta sacarlo del colegio y llevárselo?

–¡Para! ¡Para el coche! –exclamó ella. Bajó del coche y corrió hacia Rafe Vadas, que estaba saliendo del edificio. Después, los dos volvieron juntos–. Aparca, Owen. Rafe dice que puede quedarse con Romeo mientras hablamos con el director. No voy a dejar a Noah aquí sin hacer eso.

–¿Va todo bien? –preguntó Rafe–. ¿Está bien Noah?

–Sí, sí, está muy bien. Pero hay una abuela biológica que lo conoció hace muy pocas semanas e intentó quedarse con su custodia. Le han concedido derecho de visita con mi consentimiento, pero la última vez que me llamó le dije que estábamos muy ocupados. Ella no lo conoce y él no la conoce a ella, y Owen dice que la ha visto en el aparcamiento, observando a los niños entrar en el colegio. Deberíamos decírselo al director.

–Sí, deberíais –dijo Rafe.

–Esto es muy incómodo –dijo Hannah, mientras esperaba a Owen–. Seguramente, es inofensiva, pero no quiero correr ni el más mínimo riesgo.

–Eh, no te preocupes por eso. Seguro que surgen problemas de este tipo constantemente con los miembros de las familias que no tienen la

custodia de los niños.

A las diez de la mañana, Hannah estaba tan nerviosa que iba a volver loco a Owen, también. Al final, decidió ir a ver a Sully y a Helen. Helen transmitía mucha calma y sentido común. Como ya había pasado el seis de septiembre, el Día del Trabajo, el *camping* no estaba muy concurrido. Aún hacía calor y había un par de campistas sentados en el muelle de Sully, tomando el sol. Helen tenía el ordenador portátil abierto en la mesa del porche de Sully, así que Hannah fue primero a la tienda. Sully estaba recogiendo el género y limpiando el polvo de las estanterías.

–Hola, Sully –le dijo.

–¡Hola! Hacía un par de días que no te veía.

–Hoy ha sido el primer día de clase. Hemos dejado a Noah en el colegio y ha hecho un amigo antes de que yo saliera del aula.

–Vaya. ¿Y estás contenta?

–Claro que sí, pero estoy un poco nerviosa. ¿Crees que molestaría a Helen si la interrumpo?

–A lo mejor me cuesta el Pulitzer –dijo Helen, desde la puerta–. Ven y pongo un poco de agua para el té. Por fin está empezando a hacer fresco.

–Prometo no quedarme mucho –dijo Hannah.

Helen la tomó del brazo.

–Quédate hasta que se me ocurra alguna idea, ¿de acuerdo? Esta mañana ha sido una auténtica pesadez. Parece que tengo el cerebro anquilosado.

Se sentaron a la mesa y Helen cerró el ordenador. Sirvió un té para cada una y miró a Hannah.

–Sé que hay algo que te inquieta.

–Hoy era el primer día de clase de Noah. Estaba muy asustado, pero ha reunido valor y ha ido a clase. Enseguida hizo un amigo nuevo, y su profesora es maravillosa. Pero yo estoy hecha un manojo de nervios. Me he dado cuenta de que Noah nunca ha estado lejos de mí a menos que haya estado contigo y con Sully, con Owen o con una de mis dos mejores amigas, que lo conocen desde que era un bebé. Pensé que, siento profesora, podrías ayudarme.

–Oh, vaya. Me acuerdo de que me sí me puse un poco nerviosa cuando Leigh empezó el colegio, pero estaba demasiado ocupada como para poder distraerme con eso. ¿Cómo lo lleva Owen?

–Muy bien, para ser alguien que debería estar paranoico. ¿Sabes lo que le ocurrió al hijo de Owen?

–No sabía que Owen tuviera un hijo.

–Murió hace doce años. Solo tenía siete.

Entonces, Hannah le contó la historia a Helen. Cuando terminó, Helen estaba llorando. Y ella, también.

–Owen no habla de ello, y no creo que podamos reprochárselo. Sin embargo, no es ningún secreto. Cuando conocí a Owen, lo busqué en Internet y solo encontré una breve mención de que había perdido a un hijo, pero no vi muchos detalles. Pero, si buscas a Sheila Abrams, su exmujer, verás que ha sido defensora de los derechos de los niños y activista durante más de diez años. Y es una mujer maravillosa.

–¡Debe de serlo! Porque Owen es increíble. No sé cómo puede alguien recuperarse de algo así.

–Estoy segura de que nunca lo superará –dijo Hannah–. Pero ¿sabes qué tiene Owen de poderoso? ¡Su comprensión! Estoy segura de que tiene el impulso de no separarse de Noah a sol ni a sombra, pero dijo que por qué iba él a ponerle la vida difícil al niño solo porque estuviera traumatizado. Fomenta la independencia de Noah, aunque eso debe de tener un precio. Yo creo que, de no ser porque Noah llamó la atención de Owen, él nunca se habría fijado en mí.

–Yo he visto cómo te mira Owen, Hannah, y te garantizo que no es por Noah. Aunque Noah es irresistible. Seguro que, si estuviera en su lugar, iría de voluntaria al colegio todos los días.

Hannah ladeó la cabeza.

–Vaya, es una buena idea. ¿Crees que me lo permitirían?

–Vamos, vamos. Tú no querrás ser ese tipo de madre –le dijo Helen–. Voy a preguntarle a Sully si él quiere.

Hannah se echó a reír, a pesar de todo.

–Sé que a Sully se le dan muy bien los niños, pero dudo que vaya a dejarse cazar para esto. Tiene demasiado que hacer y demasiados pequeños en la familia.

–En líneas generales, creo que no se deben ocultar los sentimientos a los niños, porque, además, ellos siempre lo notan todo. Pero, en este caso, creo que es admirable estimular la independencia de Noah. Es muy importante para todos los niños, pero para él, más. Necesita confianza y seguridad para superar sus limitaciones.

–Ya lo sé. Ese es el único motivo por el que no voy al colegio a vigilarlo. Pero no me ayuda nada el hecho de que Victoria haya estado esta mañana en el aparcamiento acechando, mirando a los niños. No sé qué pasa con esa mujer, pero me inquieta mucho.

–¿Cómo?

–Que me inquieta mucho…

–No, eso no. ¿Dices que estaba en el aparcamiento, acechando?

Hannah asintió.

–Eso sí es sospechoso –dijo Helen–. Yo oí las instrucciones que le dio el juez y Victoria no es nada tonta. No me sorprendería que hubiera

ido solo por incomodarte.

–Owen me dijo algo parecido. Es frustrante. Siento pena por ella, porque no puede estar con su único nieto, y siento enfado por la confusión que está creando. Si Erin no hubiera sido tan categórica, yo sería más flexible, pero… Oh, Helen, ¿por qué me siento culpable?

–Deja de sentirte culpable ahora mismo. No sé por qué estaban distanciadas Erin y su madre, pero Victoria tuvo mucho tiempo para arreglar la situación. ¡Cinco años desde que nació Noah, y unos cuantos años antes!

–¿Qué crees que quiere?

–No lo sé, pero yo también estaría inquieta. No puede estar acechando en el aparcamiento de una escuela elemental y observando a los niños. Es mejor que llames a Cal y se lo cuentes. Tal vez él se lo diga al juez.

–Owen iba a llamar a Cal mientras yo estoy aquí.

–Bien. Es una mujer adulta, y Noah es un niño pequeño que acaba de quedarse sin madre. Debería avergonzarse de complicarle la vida solo porque ella quiera algo.

–¿A ti qué te parece que es lo que quiere?

–No lo sé, pero supongo que lo averiguaremos. Tú no bajes la guardia. Habla con Noah. Dile que la regla es que Victoria no puede verlo a menos que Owen y tú estéis presentes. Así, si ella se presenta en el colegio o algo por el estilo, él puede decirle que no está permitido. Y no te preocupes mucho mientras está en el colegio. Las escuelas de Timberlake son maravillosas. He conocido a varios de los profesores del pueblo. Y, como he sido maestra, te aseguro que se han enfrentado más veces a problemas por la custodia de los niños. Saben lo que tienen que hacer.

–Nosotros tuvimos que hacer papeleo para designar con exactitud quién podía recoger a Noah. Fueron muy serios al respecto.

–Sí, es cierto. Es que ese tipo de incumplimientos se llama secuestro, y te puede costar veinte años de cárcel.

–¿Cómo es posible que sepas eso?

–Querida, te asombraría la cantidad de cosas que he almacenado aquí –dijo Helen, señalándose la cabeza, y le tomó la mano–. Parece que esa mujer no ha asimilado bien las órdenes del juez. A lo mejor es buena idea ser firmes y muy sinceros con Victoria para que ella entienda bien cuáles son los límites. Si lo piensas bien, encontrarás la forma de ser comprensiva y, al mismo tiempo, no dejar lugar a dudas.

Después de que se fuera Hannah, Helen se puso delante del ordenador. Hannah no se acordaba de la dirección de Victoria, pero ella había visto en los papeles del juzgado que Victoria estaba en

Butler or Baxter Street, en Leadville. Helen la miró en un mapa. No era una calle muy larga.

Fue a la tienda.

–Sully, voy a salir un rato. Voy a tomar el aire para ver si fluyen las ideas.

–¿Has comido?

–He comido algo en la casa. ¿Quieres que traiga algo de fuera?

–Quiero que me digas cómo está Hannah –dijo él–. Parecía un poco nerviosa.

–Está bien. Solo tiene los nervios del primer día de colegio. No pasa nada.

–Parecía que estaba mejor cuando se fue.

–Algunas veces, lo único que necesita una persona es un poco de empatía. Creo que voy a ir a Leadville un rato, a ver si me quito telarañas de la cabeza.

Él frunció el ceño.

–¿Por qué me parece que estás tramando algo?

–No lo sé. Vaya ideas que tienes. Voy a ir a la librería, a ver si tienen mi nuevo libro bajo pedido. Y ¿qué vamos a cenar?

–Tomates. Hay muchos, pero ¿podrías traer un par de cebollas grandes y unos champiñones?

Ella alzó la barbilla.

–¿Y te vas a comer tú las dos cebollas grandes?

–Es la única diversión que tengo, Helen. ¿No vas a decirme para qué sales, de verdad? Porque a ti no te gusta ir por ahí sin rumbo. Te gusta comer, beber, escribir y leer, y volver a escribir.

Ella suspiró.

–No iba a decírtelo porque no eres capaz de mantener la boca cerrada.

–¡Claro que sí! –protestó él–. ¡Lo hago todo el rato! ¿Qué ocurre?

–La abuela de Noah se está comportando de un modo extraño. No la han invitado a verlo esta semana, así que se ha presentado en el colegio el primer día para observar desde el aparcamiento, y ha puesto muy nerviosa a Hannah. No es de recibo, ¿no crees?

–Vas a causar problemas.

–Por el amor de Dios, yo nunca causaría ningún tipo de problemas. Pero ¿por qué no iba a buscar a esta tal Victoria Addison?

–¿Y hacer qué?

–Puede que averigüe qué pretende merodeando por el colegio elemental de Timberlake.

–¿Crees que te lo va a decir?

Helen sonrió.

–No te imaginas las cosas que me cuenta la gente.

Capítulo 14

No vayas por ahí diciendo que el mundo te debe algo. El mundo no te debe nada. Estaba aquí primero.
Robert J. Burdette

Hannah empezó a pensar en cómo podía cambiar el eje del poder en aquella situación. Al comportarse de un modo impredecible, Victoria se había hecho con el control de sus vidas. Ella quería anticiparse a la madre de Erin y asegurarse de que estaban estableciendo las reglas para proteger a Noah.

Noah tuvo un estupendo primer día de clase. Estaba muy feliz con sus nuevos amigos y no se había quedado sentado durante el recreo. Maniobraba hábilmente con las muletas, y no tuvo problemas para estar con los demás niños. Contó que la gente quería saber lo que le pasaba, así que él se lo había dicho.

–Les dije que tengo parálisis cerebral pero que esperaba superarla.

–Excelente respuesta.

–Y solo hay un niño que lea tan bien como yo. El resto están muy atrasados.

–Creo que es más probable que tú estés muy adelantado –dijo Owen–, porque tu madre y Linda te dedicaron mucha atención.

–Quiero contarle a Linda lo del colegio –dijo Noah.

Después de cenar, llamaron a Linda por FaceTime. Noah estaba emocionado, gritando a toda velocidad, contándole a Linda todo lo que se le pasaba por la cabeza. Sin embargo, cuando se fue a la cama aquella noche, se echó a llorar.

–¿Cuánto tiempo crees que la voy a echar de menos?

–¿A Linda? –preguntó Hannah.

–Bueno, sí, porque a mi mamá sé que la voy a echar de menos para siempre, pero Linda no se ha ido. Es que está lejos.

–Cuando yo era pequeña, el teléfono era solo voces, no había FaceTime. Creo que deberíamos llamarla siempre que te apetezca –le dijo Hannah–. Eso te ayudaría.

Su segundo día también fue muy bueno y, aunque estaba cansado,

salió a saltos del colegio, con una sonrisa. Quería llamar a Linda, y lo hicieron. El miércoles, Victoria apareció de nuevo en el aparcamiento. Hannah y Owen no la saludaron.

–Voy a tener una conversación seria con ella –dijo Hannah.

Atravesó el aparcamiento y abordó a Victoria cuando ella estaba abriendo la puerta de su coche.

–Esto tiene que acabar –le dijo Hannah.

Victoria se giró.

–¿A qué te refieres, Hannah? Solo quería verlo, ya que no puedo estar con él.

–Es intimidante. Es de mala educación. Es un acoso. Está claro que tiene usted problemas para aceptar los límites.

Victoria se rio.

–¿Por qué dices que yo soy intimidante? He perdido el caso. No tengo sitio en la vida de mi nieto. ¡El único que voy a tener!

–Las dos sabemos que está sobrepasando los límites. Si vuelvo a verla por aquí, hablaré con el juez. Ya le he pedido al director del colegio que tenga cuidado con usted.

–¡Eso sí que es de mala educación! –exclamó Victoria, y entró en su coche.

Victoria no volvió a aparecer el resto de la semana. Noah se las arregló muy bien y estaba muy contento; el viernes por la noche, cuando Hannah lo estaba acostando susurró:

–Ojalá pudiera contárselo a mi mamá.

–Ojalá pudiéramos los dos –respondió Hannah.

–Pero siempre siento que está cerca. Cuando empiezo a pensar en ella, lo siento. Se me hincha el corazón.

Ella le acarició el pelo.

–Tengo la sensación de que ella está más feliz por cómo van las cosas. Todos estamos bien, sanos, contentos, y nos esforzamos por vivir una vida que sea buena para nosotros. Esto era lo que ella quería.

–Echo mucho de menos a mi mamá, pero nunca tuve nada así. Es como una familia con una mamá y un papá. Sé que Owen no es mi papá y que tú no eres mi mamá…

–Y que Romeo no es tu hermano –dijo Hannah, riéndose. Noah también se rio.

–Pero es como si lo fuera –dijo el niño–. Aunque no lo sea…

–Noah, si es una familia para nosotros, es una familia. Yo la adoro, y Owen, también. Los cuatro vamos a estar siempre juntos. Y así, si estamos unidos, todo saldrá bien.

–A mi madre le gustaría –dijo él–. Es lo que ella quería. Es lo que

escribió. Lo único que no entiendo es cómo sabía lo de Owen y Romeo.

A Hannah se le formó un nudo en la garganta.

–Esos dichosos ángeles –dijo–. Lo saben todo.

–Noah me ha dicho cosas preciosas cuando lo estaba acostando –le dijo Hannah a Owen, y se acurrucó entre sus brazos–. Me ha dicho que esto era lo que quería su madre y que por eso lo dejó escrito.

–Algunas veces, ese niño me deja alucinado con su percepción de las cosas.

–Es cierto. Me dijo que le gustaba nuestra familia, aunque no fuera realmente una familia.

–Para mí, sí lo es –dijo Owen–. Puede que no tengamos los documentos habituales, pero para mí, es de lo más real. Además, a lo mejor, cuando Noah y tú estéis preparados, podamos legalizarlo todo. Puede que así, tengamos más fuerza todavía si vuelve a aparecer alguien como Victoria.

–¿Eso es lo que quieres, Owen?

–Mi primer deseo es estar contigo cada día y cada noche, Hannah. Creo en nosotros. En Noah, en ti y en mí. Vamos a estar muy bien juntos. Y siempre voy a hacer lo que pueda para protegernos. Te quiero.

–¿Cómo te he encontrado? Has sido muy bueno con nosotros.

–Creo que la casa y Romeo te encontraron a ti –dijo él–. Gracias a Dios.

Victoria llamó el sábado por la mañana y preguntó cuándo podía ver a Noah. Hannah se lo esperaba.

–Hay una cafetería cerca del juzgado en Leadville –le dijo–. Vamos a quedar allí para tomar un café hoy, a las dos. Yo invito. Tenemos que hablar un poco antes de que pueda ver a Noah otra vez.

–¿Ocurre algo? –preguntó Victoria.

–¿Puede quedar conmigo? –preguntó Hannah, y Victoria accedió.

Hannah le pidió a Owen que cuidara a Noah mientras ella iba a ver a Victoria, y él asintió. Sin embargo, enarcó una ceja a modo de pregunta.

–Creo que ya es hora de que Victoria y yo tengamos una conversación sobre lo que es aceptable y lo que no.

Owen sonrió. Le brillaron los ojos.

Victoria apareció a las dos en punto en la cafetería. Hannah ya tenía

delante una taza de café, y la saludó sonriente, pero la otra mujer no respondió.

–Gracias por venir, Victoria. Vamos a pedir un café un té para usted…

Victoria estaba tensa. Cuando les sirvieron el café, Hannah empezó a hablar.

–Será mejor que hablemos sobre sus expectativas, Victoria, porque está muy claro que sus planes y los míos no coinciden. Noah accedió a verla durante una visita porque yo se lo pedí. Es muy amable y le gusta agradar, pero también es muy sincero, y dijo que no se lo pasó bien. Evidentemente, estaba incómodo, como yo. No es que usted hiciera nada malo, es que él no la conoce y no entiende por qué quiere usted formar parte de su vida de repente. Y usted no puede dedicarse a merodear por la escuela elemental cuando no tiene permiso para verlo. Por suerte, Noah no se dio cuenta, pero, sinceramente, a mí me da miedo. Es como si estuviera acechando a un niño inocente.

–Solo quería ver a mi nieto, con quien se me niega la relación.

–Pues tiene que dejar de hacerlo. No sé cuándo tuvo usted una buena relación con Erin, pero sé que llevaba años sin verla. Dijo que ella la llamaba de vez en cuando, y eso era todo. Aquí, la prioridad es Noah. Se está recuperando de la pérdida de su madre, pero…

–¡Yo perdí a mi hija!

–Y yo, a mi mejor amiga. Pero Noah es un niño y, repito, él es la prioridad. Si quiere preguntarme qué tal está, yo se lo explicaré gustosamente por teléfono. Pero solo una vez a la semana.

–¿Cuándo podría verlo?

–Todavía no lo sé. Quizá, dentro de unas semanas, siempre y cuando no siga acechándolo.

–¡Qué acusación tan absurda! ¡Me he quedado aquí para ver a mi nieto! ¡Es muy poco conveniente para mí!

–Pues váyase a su casa. Puede que pasen meses hasta que estemos dispuestos a invitarla a comer.

–¡No puedes hacerme esto! Tengo derechos.

–No tantos como cree. No me opongo a que vea a Noah, pero debe ser paciente y prudente. Él está sufriendo. Hemos avanzado mucho, pero aún quedan dificultades que superar. Si le importa el niño, lo mejor que puede hacer es darnos tiempo. Dentro de un par de meses es su cumpleaños. Envíele un regalo. Llámele para felicitarlo. Sea delicada a la hora de acercarse a él. Sea comprensiva. Él ni siquiera estaba seguro de si tenía abuela antes de que usted nos llevara a los tribunales. Será mejor que cambie su comportamiento, porque acudiré al juez sin dudarlo si me siento presionada o acosada.

–¡Eres una paranoica! Yo no he hecho nada para…

–Victoria, yo no la conozco en absoluto, solo sé que Erin no quería

que tuviera relación con Noah. Y su comportamiento avasallador me pone nerviosa. Si Erin no confiaba en usted, ¿por qué voy a hacerlo yo? No estoy completamente convencida de que pueda tener una buena relación con Noah y, cuando veo que no respeta mis límites, aún siento más reticencia. El juez lo dejó todo bien claro. Creo que puedo contar con su ayuda.

–No hay nada que puedas hacer, y no me asustas.

Hannah se apoyó en el respaldo de la silla.

–Muy bien, eso sí ha sido amenazante. Voy a ir a ver al juez y voy a solicitar una orden de alejamiento.

–No te he amenazado ni agredido. ¿Crees que pueden concederte una orden de alejamiento solo porque no te caiga bien alguien? No. Además, no puedes demostrar que yo haya dicho nada.

–¿Por qué está tan enfadada?

–¿Cómo te sentirías tú si te arrebataran a tu único nieto?

–Antes no le importaba nada, y esto lo decidió Erin. Owen y yo estamos dispuestos a colaborar con usted, pero…

–¡No es tu marido! Erin no le dio permiso a él para ser su tutor.

–Es mi compañero, y Noah lo quiere. Confía en él. Creía que íbamos a poder hablar de esto y que usted sería razonable, pero si no va a funcionar…

Hannah dejó unos cuantos billetes en la mesa.

–¡Voy a negar que nos hemos visto! –exclamó Victoria.

Hannah se sacó el teléfono del bolsillo de su camisa azul de algodón.

–Buena suerte.

–¿Has grabado la conversación? ¿Cómo has podido? ¡Lo único que quiero es tener la oportunidad de conocer a Noah! ¡Solo quiero verlo con regularidad!

–Y yo le digo que Erin no estaría a favor de eso. Pero estoy dispuesta a ser flexible. Puede irse a casa y estaremos en contacto por teléfono, organizaremos una visita de vez en cuando y, quizá, cuando haya más confianza entre nosotras…

–Me preocupa no sobrevivir tanto. No soy joven, y lo único que quiero es que me recuerde –dijo Victoria, con lágrimas en los ojos.

–¿De qué está hablando?

–No me siento bien últimamente. Seguro que es por el estrés. El médico me va a hacer pruebas. Estoy con un doctor de Denver, así que no me voy a ir a ninguna parte hasta que tenga algunas respuestas.

–¿No se siente bien? –preguntó Hannah.

–No te preocupes. Probablemente, no es nada. Las mujeres de mi edad tienen achaques. Me van a hacer pruebas y ya veremos.

–Lo siento, Victoria, pero no voy a cambiar de opinión con respecto a los límites. Tengo que proteger a un niño pequeño y voy a hacerlo. Y

usted tendrá que colaborar, o no voy a hacer ningún otro esfuerzo.

Victoria entrecerró los ojos.

–No pensaba que fueras alguien tan inflexible.

«Ahí está la diferencia», pensó Hannah. «Yo me he dado cuenta, por fin, de que tú sí».

Helen no sabía que Hannah y Victoria iban a verse para tomar un café en Leadville, pero reconoció sus coches, que estaban aparcados fuera. Llevaba paseándose por el pueblo una semana, intentando cruzarse con Victoria. Como si fuera un encuentro casual.

Tal vez Sully tuviera razón, y ella fuera a meterse en un lío, pero solo estaba siguiendo su instinto. Y su instinto le hacía ver algo evidente: cuando una abuela quería a su nieto, ese amor comenzaba con su nacimiento.

Se quedó en la librería, cerca del escaparate, observando la cafetería. Hannah salió primero; Victoria, un minuto después. Montó en su coche y fue al mercado. Perfecto. Así, ella podía comprar un par de cosas que necesitaba para la cena.

Dentro del supermercado, Helen tomó un carrito y recorrió los pasillos. Al ver a Victoria en la zona de las verduras, giró hacia ella y fingió que se chocaba.

–¡Eh! –exclamó–. Ah, señora Addison. ¡Discúlpeme!

Victoria la fulminó con la mirada.

–No pasa nada –dijo–. ¿Nos conocemos?

–Lo siento, soy Helen Curver. Soy amiga de Owen Abrams y estaba en el juzgado el día de la vista por su nieto. Oh, qué ganas tuve de consolarla, pero… parecía que estaba usted muy disgustada. Siento mucho que las cosas no salieran mejor. Yo también soy abuela, bueno, abuela por parte de mi sobrina, a quien crie, que acaba de tener una niña, y sé lo difícil que debe de ser la situación.

–¿De veras? –preguntó Victoria, con cinismo.

–Bueno, mi sobrina querría que yo me hiciera cargo de la niña a tiempo completo, si pudiera, pero eso no entra en mis planes. Pero si le ocurriera algo a mi sobrina, puedo asegurarle que no querría que mi sobrina nieta fuera a parar a otra familia. ¿Qué tal está usted con todo este asunto, señora Addison?

–He estado mejor –dijo ella–. ¿Cómo ha dicho que se llama?

–Helen. Puedes tutearme. Conozco a Owen porque es vecino nuestro. Vivimos en el mismo lago –dijo Helen, y miró el reloj–. ¿No te apetecería tomar un café? O, mejor aún, ¡una copa de vino! Casi no conozco a mujeres de mi edad.

–No sé… Es que acabo de…

–Tengo que comprar brécol y unas cebollas para la cena, pero,

después, tengo un par de horas libres. No me importaría chismorrear un poco. ¿Qué te parece? ¿Un café, o una copa de vino?

–Supongo que sí. Pero no tengo mucho tiempo.

–Vamos a terminar la compra y, si quieres, podemos vernos en el pub de enfrente.

–De acuerdo.

Rápidamente, Helen echó en su carrito un brécol y unas cebollas. Durante su reunión, quería averiguar quién era Victoria y cuáles eran sus motivaciones, qué clase de madre había sido… Tenía la sensación de que debía de haber sido terrible con Erin, si Erin se había tomado tantas molestias para que su hijo no quedara bajo la tutela de su abuela. Cuando llegó al pub, Victoria ya estaba sentada en una mesa. Helen se sentó frente a ella.

–Justo lo que necesitaba –dijo.

–Yo, también –respondió Victoria–. Siento que pareciera que no te he agradecido la invitación. Estoy un poco desanimada. Acabo de estar con Hannah , y me ha dicho que tenía que respetar sus límites si quería volver a ver a Noah.

–¿Hannah? Pues no me parece que sea así –dijo Helen–. ¿Por qué lo ha hecho?

–No estoy totalmente segura –respondió Victoria.

La camarera se acercó a su mesa, y pidieron una copa de vino cada una.

–¿Qué me estabas diciendo? –preguntó Helen.

–No hay mucho que contar –respondió Victoria–. He pedido que me dejaran verlo una hora de vez en cuando, pero ella me ha dicho que no. Hoy me ha dicho que no voy a poder verlo hasta dentro de un tiempo y me ha sugerido que volviera a Minneapolis hasta que me avisaran. Pero estoy en paro, y no tengo dinero para ir y venir. Por otro lado, me pregunto si merece la pena que me quede aquí si Hannah no me va a dejar ver al niño.

–Oh, Victoria, no tenía ni idea…

–Bueno, tendré que tomar una decisión. Creo que debería aceptar lo inevitable, aunque pensé que ella sería más comprensiva…

–Si no te importa que te lo pregunte, ¿qué pasó entre tu hija y tú?

–Bueno, no es fácil para mí… Erin fue muy mala hija. No era posible contentarla, hiciera lo que hiciera. Se enfadó con su hermano, se fue de casa y dejó de hablarnos a los dos. Roger no es ningún ángel, soy la primera en reconocerlo, pero lo intentó. Lo intentó y no lo consiguió. Pero que Erin dejara de hablarme a mí, que me convirtiera en una especie de monstruo…

Llegaron las copas de vino, y Victoria le dio un sorbito a la suya.

–Me quedé horrorizada y avergonzada por las cosas que decía de mí

en esa carta que sacó el abogado. Decía que era una maltratadora y que nunca la protegí, que permití que su hermano le pegara y que fui cruel. No sé de dónde ha salido todo eso. Yo no tuve una vida fácil e hice todo lo posible por ser una buena madre.

–Estoy segura de ello –dijo Helen.

–Y haría todo lo posible por ser una buena abuela. Pero Hannah se ha liado con un hombre rico y no va a ceder. No va a darme ni la más mínima oportunidad, y su novio rico va a apoyarla, cueste lo que cueste el proceso legal.

–¿Owen? Oh, Victoria, estoy segura de que Owen no es rico.

–He visto la casa –dijo Victoria.

–Sí, la casa es preciosa, ¿verdad? Él la alquila cuando va de viaje de trabajo. Tienes que entender cómo son los escritores, casi ninguno gana dinero. Owen ha comentado algunas veces que gastó mucho dinero para construir esa casa, y que debería venderla.

–¿De veras? ¿Y por qué sabes tú eso acerca de los escritores? Además, yo pensaba que era fotógrafo, no escritor.

–Publica libros de fotos con ensayos. Son muy bonitos y él es bien conocido por esos libros, pero no son los primeros en ventas. Se venden mucho a bibliotecas. El verdadero dinero está en la ficción.

–Ah. Pero, si lo buscas en Google, está por todas partes.

–Pero eso no cuesta nada. Tú también podrías darte a conocer en Internet sentándote delante del ordenador y publicando fotos y contenidos. Yo lo hago todo el tiempo.

–¿Para qué?

–Soy escritora. Tengo un poco más de suerte que Owen, mis libros son muy conocidos. Pero no me malinterpretes, a mí me encanta la obra de Owen. Tiene mucho talento. Lo único que pasa es que creo que no es rico. A lo mejor lo será, algún día. Bueno, cuéntame, Victoria, ¿en qué trabajabas cuando te quedaste en paro?

–Ah, eso. He trabajado en muchas cosas. En gestión inmobiliaria, en hipotecas, en servicios de salud…

–¡Eres enfermera!

–No, no ese tipo de servicios –dijo Victoria, riéndose–. Más, como asesora, organizando cuidados médicos de larga duración, procurando hipotecas inversas a clientes, ese tipo de cosas. Se me da muy bien ayudar a la gente. Me ocupo de las cosas para que la gente que no tiene familia no quede en completo abandono. No se gana mucho dinero, pero es gratificante. ¿Y tú? ¿Qué estás escribiendo? ¡No me puedo creer que seas una escritora de verdad!

A Helen no le importaba describir su profesión con un poco más de glamour del que tenía en realidad. Lo cierto era que se ponía unos pantalones vaqueros y una camisa, se sentaba en el porche y escribía en el ordenador todos los días, comía algo ligero con Sully, hacía un

poco de ejercicio, arreglaba el jardín, cenaba, leía por las noches y, después, lo repetía todo. Durante la última semana, sin embargo, había pasado bastante tiempo vigilando a Victoria. Sinceramente, se estaba volviendo loca. Sully tenía razón; a ella no le gustaba fisgar.

Sin embargo, sí le gustaba investigar.

Le habló a Victoria de sus viajes y sus vacaciones, de algunas personas famosas a las que había conocido, de sus planes para alquilar un piso en San Diego para ir a pasar allí algunos meses cuando llegara el invierno. Victoria habló de lo mucho que le gustaba Colorado, y le hizo muchas preguntas a Helen sobre sus viajes, los hoteles, los libros… También le preguntó si tenía más buenos amigos, aparte de Owen.

–Estoy muy unida a mi sobrina –le dijo Helen–. Pero ella está casada y acaba de tener a la niña, y está muy ocupada con su trabajo y su marido. Estoy un poco sola aquí. Cuando viajo, veo a muchas de mis amigas de la comunidad de autoras. ¡Me alegro de haberte conocido! Así, por fin tengo a alguien más de mi edad con quien poder hablar.

Victoria le preguntó si tenía una secretaria para que se encargara de su negocio. Le dijo que esperaba que contara con gente experta que la ayudara a gestionar sus propiedades.

–Así me ganaba yo la vida, ¿sabes? Ponía a la gente en contacto con los gestores adecuados para que sacaran el máximo partido a sus jubilaciones o a sus fondos por discapacidad.

También le contó que había tenido una vida difícil y que había enviudado dos veces, aunque Helen sabía que, en realidad, se había divorciado, y que había tenido que criar a dos niños sola.

Sully la llamó, y Helen dejó que respondiera el buzón de voz.

–Tengo que irme. Sully estará inquieto y tendrá hambre. Pero tenemos que volver a vernos. Voy a darte mi número.

–¿No te resultará un estorbo? –preguntó Victoria–. Hannah y Owen quieren que me mantenga lo más alejada posible de ellos.

–Pero que nosotras seamos amigas no tiene nada que ver con él. Podemos tomarnos un café de vez en cuando, no tiene nada de malo. ¡Los médicos recomiendan tener buenos amigos!

–No menciones a los médicos –dijo Victoria–. Tengo problemas de salud en este momento.

–¿Ah, sí?

–Tengo que ir a ver a mi oncólogo –dijo Victoria–. Es una larga historia. Ya te lo contaré la próxima vez.

–Pero… mi sobrina es médica. Está especializada en medicina de familia y urgencias. Lleva las urgencias del pueblo…

–Por desgracia, ese no es el tipo de médico que necesito. Dejemos ese tema por ahora.

–Por supuesto. Pero ¿dónde está tu médico?

–Hay más de uno. En general, en la Clínica Mayo. Bueno, y ¿cuándo podemos volver a vernos?

–Estos dos días siguientes tengo muchísimo trabajo, pero ¿qué te parece el martes que viene?

–Claro, perfecto. ¿Quedamos aquí mismo, a la misma hora?

–A las tres y media, aquí mismo –dijo Hannah–. Nos vemos entonces.

Se dieron un abrazo de despedida, como amigas. Helen fue a su coche. Ahora, Victoria tenía un par de días para investigarla. Llamó a Sully con el manos libres.

–Voy para allá. ¿Se te ha ocurrido algo más que necesites?

–No, cariño. ¿Has causado ya algún problema?

–No. Todavía, no –dijo ella.

Para su profesión, Helen había aprendido mucho sobre técnicas de interrogación y sobre lenguaje corporal. Victoria no había dicho nada sospechosos, y su lenguaje corporal había sido el apropiado durante su conversación, salvo en algunas ocasiones. Había desviado la mirada de vez en cuando, como si tuviera que esforzarse por pensar en el siguiente comentario o en la siguiente respuesta a cualquier pregunta. Y, lo más raro de todo, se le enrojecían las orejas cuando mentía. Iba a tener que investigar sobre aquello. Cuando Victoria había dicho que su hija era una mala hija, se le habían puesto las orejas rosadas. Cuando había dicho que ella sería una abuela maravillosa, había fruncido los labios. Cuando le estaba haciendo preguntas sobre el dinero que ella podía gastar, la había mirado con envidia y se había puesto una mano sobre el pecho, con un gesto de protección hacia sí misma.

Helen sabía que Victoria estaba mintiendo y que quería algo. Y ¿qué era aquel asunto del oncólogo? Cuando una mujer de cierta edad tenía que ir a ver a un oncólogo, normalmente era imposible que se callara nada al respecto y, sin embargo, Victoria quería dejar esa conversación para otro momento.

Cuando llegó a casa, Sully estaba preparando pollo en la cocina.

–Oh, cariño, tenías que haberme esperado. He traído brécol para los dos.

–¿Por qué tienes esa cara de satisfacción?

–Por fin he conseguido dar con Victoria Addison. La he llevado al pub a tomar una copa de vino y me ha contado la historia de su vida. Es un poco distinta a lo que nos ha contado Hannah.

–Si piensas que no es buena persona, ¿por qué quieres estar con ella?

–Porque alguien tiene que estar con ella, y tiene que ser alguien de

quien no desconfíe. Es un viejo dicho: «Ten cerca a tus amigos y aún más cerca a tus enemigos».

–¿Y qué es lo que quieres conseguir?

–Averiguar qué quiere –dijo Helen–. Es así como se construye una novela. El malo no puede ser malo sin un buen motivo. Hannah y Owen no pueden proteger a Noah sin no saben a qué se están enfrentando.

–¿Y no es posible que lo único que quiera sea estar con su nieto?

–Cualquier cosa es posible, cariño. Hay que averiguarlo.

–Helen, ¿haces esto muy a menudo?

–Bueno, alguna vez me he metido en sitios en los que no debería, pero no ha pasado nada horrible. Una vez… llamé a la policía y, después de explicar quién era y cómo me ganaba la vida, les pregunté cómo hacía una persona para librarse de mucha heroína. Fue antes de Google, ¿sabes? Ellos me dijeron que me llamaría un agente para darme esa información, pero no me devolvieron la llamada. Tuve un coche de incógnito delante de la puerta mucho tiempo. Y por mi calle pasaban coches patrulla muy a menudo. No sé por qué no llamaron a la puerta de casa y me preguntaron por qué quería saber algo así. Pero, bueno, al final no pasó nada…

–Dios Santo –dijo Sully–. Tienes suerte de que no le dieran una patada a la puerta y te detuvieran.

–No creo que en este asunto corra ese peligro. ¿Y tú?

–No, ¡pero puede que enfurezcas a alguien!

–No, no lo creo. Pero sí creo que esta mujer oculta algo sucio. Y todavía no tengo toda la información.

Capítulo 15

Por muy mala que sea tu vida, ve a su encuentro y vívela.
Henry David Thoreau

Hannah vio pasar suavemente el mes de septiembre al mismo tiempo que se instalaba en su nueva vida. Las hojas estaban empezando a cambiar de color, y en el *camping* de Sully cada vez había menos gente.

Desde aquel primer día de colegio, Noah había recorrido un largo camino. Ahora se levantaba muy feliz todas las mañanas e incluso quería ver a algunos de sus amigos fuera de las horas de clase. Eso era un nuevo desafío para ella: no estaba segura de cómo podía asegurarse de que las casas que iba a visitar fueran seguras sin parecer paranoica y sobreprotectora. Decidió admitir sus dudas y utilizarlas como armadura. Cuando Noah iba a ir a su primera cita de juegos a casa de su amigo Seth Loughlin, después de la primera semana de colegio, ella decidió ser sincera.

–Señora Loughlin, no sé si sabe esto, pero soy una madre muy nueva. Tengo la custodia de Noah desde hace pocos meses, pero nos hemos convertido en un equipo para siempre.

–No lo sabía –dijo Sue Loughlin–. Por favor, llámame Sue. Ahora entiendo por qué él te llama Hannah. Mi hija también pasó por la fase de llamarme por mi nombre, así que esas cosas nunca se saben.

–No tengo mucha experiencia en esto, pero me da la sensación de que tendría que hacer unas cuantas preguntas antes de dejar aquí a Noah.

Sue se echó a reír, y dijo:

–La casa está a prueba de niños, es segura. Los rifles de caza de mi marido están guardados bajo llave en el garaje, y no hay otras armas en la casa. Si Noah tiene alguna alergia alimentaria, dímelo y no pondré ninguna de esas comidas. Y, por supuesto, los voy a supervisar. Jugarán en la sala de juegos o en el jardín trasero, que está vallado. No hay piscina, y no pueden salir a la calle si yo no estoy con ellos.

Hannah sonrió.

–Vaya, no sé si tengo más preguntas –dijo, y se echó a reír.

–Si se te ocurre algo, llama. Pensabas venir a recogerlo dentro de dos horas, ¿no? Y, dime, ¿Noah necesita algún tipo de ayuda?

–No, va muy bien con las muletas. Pero ten cuidado con tus espinillas, porque los zapatos que lleva son muy duros.

–Gracias por avisar.

–Y, por favor, no permitas que lo recoja nadie, salvo yo.

–¿Es que iba a intentarlo otra persona? –preguntó Sue, con preocupación.

–Tenemos un pequeño problema. La abuela biológica de Noah quiere verlo mucho más de lo que yo desearía, aunque yo creo que pueda saber que está aquí. Pero, por si acaso…

–No voy a bajar la guardia. ¡Que tengas un agradable descanso de dos horas!

Hannah se tranquilizó un poco y disfrutó trabajando con Owen en el taller. El problema era que, trabajando juntos cuando Noah no estaba, las cosas se ponían interesantes.

Muchas veces, ella notaba una caricia en el trasero o los labios de Owen en el cuello y, al poco rato, estaba desnuda bajo él, jadeando por un orgasmo asombroso.

–El verano que viene quiero hacer un huerto como el de Sully, aunque un poco más pequeño –dijo.

Owen sonrió.

–¿Todavía estás jadeando, y estás hablando de ponerte a cavar en mi jardín?

Ella se echó a reír.

–Esto no es nada bueno para el progreso de tu carrera –le dijo.

–Pero es bueno para mi vida.

–Es como una luna de miel –dijo ella–. Sin interrupciones, sin llamadas de un niño cada cinco minutos… Oh, Owen, ¿qué me haces?

–Pues, parece que te hago pensar en la tierra. Pero, hasta que no te cases conmigo, no te voy a dejar cavar en el jardín.

–No tenemos que hacer eso…

–Podríamos casarnos y adoptar a Noah. Así, todos tendríamos el mismo apellido y seríamos una familia de verdad, legalmente. Eso podría ser una protección extra contra Roger y Victoria. ¿No quieres pensarlo y hablar con Noah al respecto? ¿No quieres preguntarle a Cal si eso reforzaría tu posición?

–¿No es un poco pronto? Erin murió hace muy poco. No quiero que Noah se sienta como si estuviera ignorando a su madre. Yo quiero que su memoria se mantenga siempre viva…

–No sé. A lo mejor hace que se sienta más seguro. Yo estoy a favor de hacerlo.

–¿Seguro? Porque a mí me encanta esta vida contigo, pero todavía

no lo tengo todo bien atado. No tengo trabajo.

–¿No? Pues, para ser alguien que no tiene trabajo, estás ocupada todo el tiempo. ¿Te preocupa que, si encuentras algo, yo intente que no lo aceptes?

–Puede que lo hicieras, si te acostumbras a que te ayude en el taller.

–No. Tú ya has cancelado dos bodas para reservarte para mí. ¿No te apetece celebrar una gran boda? Porque, en ese caso, tenemos que empezar a planearlo ya. Y tenemos que pedirle a Cal que prepare un contrato prenupcial. No por mí, sino por el fideicomiso de Noah. ¿Has dicho ya que sí?

Ella le rodeó el cuello con los brazos y rodó con él, y terminó sobre su cuerpo, con el pelo cayéndole como un velo alrededor de la cara.

–Creo que deberíamos dejar que sea Noah quien decida si quiere que formemos una familia para siempre. Sé que va a decir que sí, pero quiero que se sienta seguro.

–De acuerdo –dijo Owen–. Vamos a hacerlo. Así, la próxima primavera te ayudo a cavar por el jardín.

–¿No tienes ningún viaje programado? –preguntó ella.

–No me voy a ir a ninguna parte hasta que todo quede resuelto aquí –dijo él, y le dio un beso–. Gracias por correr este riesgo conmigo.

–Creo que es al revés.

Helen se sentía un poco culpable. Se preguntó si debería decirle a Hannah o, por lo menos, a Cal, que estaba metiendo las narices en los asuntos de Victoria. Sin embargo, quería tener más información para poder dársela. Quedaron en otras tres ocasiones durante dos semanas, para tomar una copa de vino, y ella tuvo la sensación de que estaba conociendo bien a Victoria. O, más bien, a la persona que Victoria quería que conociera.

En aquellas semanas, Victoria había leído algunos de los libros de Helen. Le preguntó cuántos libros había escrito y cuántos ejemplares había vendido. Helen se dio cuenta de que estaba intentando estimar cuánto valor tenía su trabajo.

Victoria estuvo quince minutos hablando halagadoramente de los libros de Helen, parecía que había leído por lo menos tres o cuatro. Helen comprendió lo fácil que era dejarse atrapar por su encanto. De hecho, si no fuera desconfiada, dejaría que Victoria se convirtiera en su mejor amiga.

Pero la conversación de Victoria estaba acompañada de suspiros y algunos gestos nerviosos.

–Victoria, ¿te pasa algo? Estás inquieta.

Entonces, Victoria soltó la bomba.

–Oh, no me siento muy bien. He adelgazado y tengo los nódulos

linfáticos inflamados. Estoy cansada. Me temo que he recaído en el cáncer. Linfoma de Hodgkin.

–¡Oh, no! –exclamó Helen–. ¿Cuándo enfermaste por primera vez?

–Hace cinco años.

El número era distinto. Cal había dicho que hacía siete.

–¿Y qué vas a hacer?

–Voy a volver a la Clínica Mayo, a Rochester. Allí es donde me trataron la primera vez.

–¿Y te vas a quedar en Minnesota, entonces? ¿Para estar más cerca de tus médicos?

–No creo –dijo ella–. Dejé mi casa. Creo que me voy a alojar en algún sitio cercano a la clínica durante las pruebas. Después, puede que vuelva aquí. Es donde está mi nieto. Me marcho la semana que viene para hacerme biopsias y análisis de sangre.

–Podemos hablar por teléfono.

–Lo intentaré. Es una enfermedad angustiosa. Y esta recaída no podía haber llegado en un momento peor. Por supuesto, me cancelaron el seguro, pero tengo ahorrado lo suficiente como para hacerme las biopsias.

Helen se dio cuenta de qué dirección tomaba aquello, y fue muy cooperativa.

–¿Y el tratamiento? ¿Cómo lo vas a pagar?

Victoria se encogió de hombros.

–Ya me las arreglaré.

–¿Y cómo lo conseguiste antes?

–Antes tenía seguro. Y un par de compañeros de trabajo organizaron una recogida de fondos para mí, para poder hacerle frente al copago, cuando no podía trabajar. Aquí no tengo compañeros de trabajo. Y tengo muy pocos amigos. Aparte de dos primos lejanos, tampoco tengo familia.

–Pero debes de tener amigos en Minneapolis, ¿no? ¿No has vivido allí siempre?

–Sí, tengo amigos, pero la mayoría viven al día, como me pasaba a mí. Y la verdad es que ahora me siento más unida a ti que a ninguno de mis otros amigos, aunque nos conozcamos desde hace tan poco tiempo. Pero, por suerte, he dejado de preocuparme tanto por Hannah y Noah. Ahora lo veo con más positividad. Creo que, si soy paciente, podré estar con mi nieto en el futuro. Aunque solo Dios sabe si ese futuro será largo…

Cuando Helen llegó a casa, llamó a Cal.

–¿Tienes alguna dirección de Victoria Addison? He estado fisgando un poco en su vida.

–¿Qué estás buscando?

–No estoy segura, pero creo que mentiras.

–Siento ser yo quien te lo diga, pero todo el mundo miente. Y no es ilegal –le dijo el abogado.

Sin embargo, le dio su dirección. Victoria no era su cliente. Era la misma dirección que había conseguido el detective privado de Cal.

Helen entró en la página web del condado de Minneapolis y encontró el nombre del propietario de la casa que había tenido alquilada Victoria. Era Gerald Sudmeyer. Encontró su número de teléfono en Google y fue a la tienda a tomar prestado el teléfono de Sully.

–¿Por qué? –le preguntó él.

–Quiero llamar a una persona, pero no quiero que aparezca mi nombre en la pantalla. Voy a hacerlo de incógnito.

–Oh, Dios Santo. Creo que estás metiendo las narices donde no te llaman.

–Un poco, pero es por una buena causa.

–¿Y de qué causa se trata?

–No quiero divulgar esa información todavía. Te traigo el teléfono cuando termine.

–¿Y me lo vas a contar?

Helen sonrió.

–Tú te haces el inocente, pero eres igual de cotilla que yo. Sí, después de hacer la llamada te lo cuento. Aunque puede que no tenga mucho que decir.

Se puso cómoda en el porche y llamó. Su llamada fue a parar al buzón de voz, y dejó un mensaje.

–Hola, soy Jane Sullivan, y llamo preguntando por una mujer que tal vez sea una amiga común, Victoria Addison. ¿Le importaría llamarme a este número? Se lo agradecería muchísimo.

Después, puso el teléfono en la mesa y abrió el ordenador portátil con intención de trabajar un poco en su historia.

Diez minutos después, el teléfono de Sully empezó a sonar. El nombre de Sudmeyer apareció en la pantalla.

–¿Diga?

–Hola, soy Gerry Sudmeyer. ¿Hablo con Jane?

–Sí, soy yo. Muchas gracias por llamarme, señor Sudmeyer. Estoy intentando localizar a la señora Victoria Addison. ¿Por casualidad tiene usted su número de teléfono?

–Tengo un número, pero parece que no funciona. ¿Le importa que le pregunte de qué la conoce?

–Nos conocemos desde hace mucho, pero hace tiempo que no hablo con ella, y estoy un poco preocupada. El año pasado le envié una felicitación de Navidad a la dirección de una casa que creo que es suya –dijo Helen, y le recitó la dirección–. Esperaba que usted supiera algo de ella.

–Es una casa de alquiler. Hace varios meses que no la vemos. No sé cómo decírselo, pero… está enferma. Pensé que tal vez fuera usted una familiar que iba a darme una mala noticia. Su hijo ha venido a cortar la hierba algunas veces, pero no tengo forma de ponerme en contacto con él, y no sé cuál es su nombre de pila. He llamado a varios hospitales…

–¿Enferma? –dijo Helen–. Vaya, qué mala noticia. ¿Qué le ocurre?

–Tiene cáncer –dijo él–. Se quedó sin pelo debido a la quimioterapia y tenía muy mal aspecto. Adelgazó mucho y tenía muchas ojeras. Ha llamado justo a tiempo, porque voy a tener que llevar sus cosas a un trastero y limpiar la casa.

–¿No sabe nada de ella?

–No, señora. Estaba enferma, y no pudo pagar el alquiler durante meses, y nosotros le permitimos que usara la casa todo lo que pudimos. Si, por lo menos, nos hubiera llamado…

–Si está demasiado enferma como para llamar, supongo que está enferma como para pagar el alquiler.

–Tengo un trastero grande, y puedo guardar sus cosas durante seis meses. Está en el contrato. Pero no puedo guardárselas más tiempo. Esos alquileres son para nuestra jubilación.

–Estoy segura de que ella lo entenderá. ¿Cuánto tiempo hace que no saben nada de ella?

–Tres meses. Pero lleva enferma mucho más tiempo. Nosotros la ayudamos, ¿sabe? No íbamos a echar a una persona enferma. Pero me temo que, quizá, haya muerto.

–Señor Sudmeyer, los decesos y los nacimientos están en los archivos públicos. Puede mirar los obituarios…

–Sí, lo hicimos. Pero ella dijo que había vivido diez años en Minneapolis, pero que no es de Minnesota. Y yo no me acuerdo de dónde dijo que era. Supongo que podría buscar en los cincuenta estados, pero ni mi mujer ni yo somos tan hábiles con el ordenador. Podría pedírselo a mi nieta…

«No ha muerto», pensó Helen. «Y es una artista con el maquillaje».

–Oh, vaya –dijo–. Hace casi un año que no hablo con ella y me prometió que… Me da vergüenza, es muy egoísta por mi parte pensar en un préstamo cuando la pobre Victoria tal vez haya…

–¿Le prestó usted dinero?

–Sí, hace tiempo.

–Nosotros, también. Una buena cantidad. Lo necesitaba para sus gastos médicos. Aunque a nosotros tampoco nos sobra…

«Vaya», pensó Helen.

–Tengo sesenta y cinco años –dijo Helen–. Y yo tampoco tengo demasiado dinero.

–Bueno, nosotros tenemos setenta, y nuestro plan era vivir de los alquileres de un par de casas. Pero ella lo necesitaba. ¿Qué va a hacer usted? Quiero dormir por las noches.

–¿Le importaría añadir este número a sus contactos y llamarme si saben algo de ella? Se lo agradecería muchísimo.

–Sí, lo haré. ¿Y usted, nos avisará?

–Por supuesto que sí. Y, señor Sudmeyer, espero que todo vaya bien y recuperen su dinero.

Cuando colgó, Helen se quedó sentada, con el teléfono de Sully en la mano, pensando.

Se preguntó si había mucha gente que dejaba de pagar la renta. Tenía conocidos que habían puesto propiedades en alquiler y más dela mitad se quejaba de que le habían destrozado la casa o de que sus inquilinos se habían marchado a medianoche dejándoles mucho dinero a deber.

Helen tuvo una idea. Buscó el coste de una quimioterapia y el rango de precios era amplio, dependiendo de la enfermedad y de los medicamentos. Desde diez mil dólares hasta quinientos mil. Había muchos programas que ofrecían ayuda según la situación económica del enfermo.

Realmente, Victoria no parecía una persona que aceptaría dinero de un propietario que no tenía demasiado. Por supuesto, les había creado problemas a Owen y a Hannah, pero, cuando el juez y, después, Hannah, le habían dicho que se retirar, ella lo había hecho, y parecía que se conformaba con tomarse una copa de vino con una amiga de vez en cuando.

Para valorar con exactitud su patrimonio a través de preguntas y más preguntas.

Helen se echó a reír, pero no porque aquello fuera divertido. Victoria había trabajado en un centro de servicios para la tercera edad. En casas de cuidados paliativos. En gestión inmobiliaria. En empresas de hipotecas inversas. Oh, Dios Santo.

Volvió a la tienda con el teléfono de Sully.

–¿Y bien? –le preguntó él.

–Después de un poco de investigación, creo que ya entiendo quién es Victoria Addison, pero hace falta mucho más para asegurarse. Creo que es una estafadora.

Victoria llamó a Helen solo para saludarla, con un hilo de voz.

–Es por los analgésicos, Helen. Pero estoy bien. Todavía no tengo los resultados.

–Ah, vaya –dijo Helen–. ¿Y cuándo te los dan?

–Mañana, o pasado mañana.

–Ah. ¿Y tienes que quedarte en el hospital?

–Hoy, sí. Llevo aquí dos días, pero estoy segura de que me van a dar el alta después de ver al médico, mañana. Dime, Helen, ¿tú crees que Hannah es una buena persona?

–Claro. Es muy buena…

–Bueno, a mí me ha apartado de Noah… –dijo Victoria, y tosió de una forma muy dramática.

–Creo que está cumpliendo los deseos de su amiga, y siento mucho que hubiera esa distancia entre tu hija y tú. Pero eso no es culpa de Hannah. Sabes que digo la verdad. –Es un sentimiento muy extraño, pero estoy esperando los resultados y tengo la sensación de que, por Noah, ella es mi familiar más cercano en estos momentos. Me pregunto si ahora se apiadará de mí.

–Ummm… –murmuró Helen, sin decir nada más.

–Me pregunto, Helen, si resulta que necesito un poco de ayuda, ¿tú podrías hacerme un préstamo?

–Ummm… –murmuró Helen, de nuevo–. Podría valorarlo. Depende de las circunstancias. ¿Esperamos a ver qué sucede?

Victoria volvió a toser, y dijo que tenía que despedirse para descansar un poco.

Helen volvió a entrar en Internet y buscó todos los hospitales que había a ciento cincuenta kilómetros a la redonda de la Clínica Mayo de Rochester y Minneapolis. Llamó diciendo que necesitaba hablar con Victoria Addison, una paciente. Ningún hospital tenía a aquella paciente.

Le dijo a Sully que iba a casa de Cal.

–¿Te importaría pasar por la tienda de Timberlake y comprar unas pilas? –le pidió él–. Se nos están acabando, y vienen unos cuantos senderistas. Trae un par de paquetes grandes y yo haré un pedido después.

–Por supuesto, Sully. De hecho, las voy a comprar de camino a casa de Cal. ¿Qué más?

–¿Empanada?

–No, ya sabes que no. A lo mejor, un poco de yogur helado –dijo ella.

Pero, cuando llegó al supermercado, no pudo pagar las pilas ni el yogur. No tenía la cartera. Aparte de meter y sacar el teléfono del bolso, no lo había tocado desde que se había reunido con Victoria para tomar una copa de vino hacía varios días. Y era Victoria la que había pagado en aquella ocasión.

–Demonios –dijo–. ¿Quién es esa mujer?

–Creo que a tu detective se le han escapado unas cuantas cosas –le dijo Helen a Cal–. O, a lo mejor, no ha llegado a las conclusiones más acertadas. No sé cuál es el plan de Victoria, pero estoy empezando a ver quién es. Me he hecho una idea mucho más clara al ver que me faltaba la cartera del bolso, y la última vez que la saqué, estaba con ella.

–¿Crees que es una carterista? –preguntó Cal, enarcando las cejas.

–Más bien, una delincuente habitual. He averiguado que ha estado fingiendo un cáncer para librarse de pagar la renta. Seguramente, ha llevado a cabo muchas estafas por las que no la han detenido.

Le contó a Cal todo lo que había averiguado sobre Victoria a través de su casero, y también le dijo que Victoria estaba tratando de averiguar si ella era rica e intentando que le hiciera un préstamo para pagar un supuesto tratamiento para el cáncer. Que, además, Victoria pensaba que Owen era rico, y ella la había convencido de que no era más que un escritor que no tenía un gran éxito de ventas, pero que Victoria estaba calculando el valor de la casa.

–Y, sabiendo todo esto, he llegado a la conclusión de que lo que quiere es una parte del fideicomiso de Noah. Pero no tengo pruebas.

–Tal vez nos sirvan de algo los saldos bancarios –dijo Cal–. Pero, para eso, necesitamos una orden judicial. No creo que ningún juez me la conceda solo porque ella haya mentido sobre un cáncer.

–¿Es posible que haya estado desplumando a la gente durante años y nadie la haya descubierto ni una vez?

–Es posible que no tenga antecedentes penales en Minneapolis –dijo Cal–. Y es posible que, si la policía la ha interrogado o ha seguido sus movimientos, no haya quedado constancia. Algunas veces, los historiales se expurgan si no hay más actos delictivos. Pero, normalmente, la gente que se gana la vida robando es vieja conocida de la policía, aunque no los acusen ni los detengan. Nosotros siempre miramos los antecedentes penales, las órdenes judiciales, las detenciones, las condenas. Son como una fotografía. Por supuesto, también se averigua dónde vive la persona, qué coche tiene, dónde trabaja, si está divorciada, cuál es su nivel de ingresos, si tiene impagos de créditos… También nos gusta saber quiénes son sus amigos y los miembros de su familia.

–Me llamó y me dijo que estaba hospitalizada en la Clínica Mayo mientras le hacían pruebas. He llamado a todos los hospitales cercanos a la clínica y no estaba ingresada en ninguno. Cal, creo que me ha robado la cartera, pero, aparte de eso, no ha hecho nada malo. Sin embargo, su presencia continuada en esta zona es sospechosa. Puede que me confunda, pero creo que sus objetivos son Noah y Hannah. Creo que quiere desplumarlos a ellos. Pero no sé cómo.

–Pues yo creo que vamos a hablar abiertamente con Owen y

Hannah sobre lo que has descubierto y yo voy a ampliar mi investigación. ¿Cuándo tienes tiempo?

–Estoy a tu disposición –dijo Helen, y dio unas palmaditas–. ¡Me encantan estas cosas!

–Puede que nos llevemos una decepción. Puede que solo sea una mujer curiosa que no tenga reparos a la hora de aprovecharse de su nieto, si puede. Y, si no puede, a lo mejor se marcha –dijo Cal.

Capítulo 16

En la vida, o eres pasajero o eres piloto, tú eliges.
Anónimo

Roger Addison entró en el departamento de policía de Minneapolis, uno de los sitios que más odiaba en el mundo. Su agente de la libertad condicional se había ofrecido a ir con él, pero había preferido ir solo. Aquello era lo más duro que iba a hacer en su vida.

Su madre le había llamado hacía unos días y le había pedido que fuera a Colorado. Le había dicho que tenía un trabajo para él, algo importante, y que, si lo hacía en aquella ocasión, sería la última y no volvería a pedirle nada más.

Él se había opuesto.

–No puedo salir del estado. ¡Estoy en libertad condicional! Estoy en un buen programa y no estoy tomando drogas, y ya no voy a volver a delinquir. No puedo.

–No llevas pulsera en el tobillo, ¿no? Puedes salir del estado uno o dos días sin que nadie se entere. Ven. Merecerá la pena.

–Dime lo que quieres que haga.

Y ella se había echado a reír.

–¿Crees que soy tan tonta? Te lo diré cuando llegues aquí.

–No tendrá nada que ver con el niño de Erin, ¿no? Porque no me voy a meter en eso. No tengo ningún motivo para perjudicar a ese crío.

–¡Yo nunca le haría nada malo! Es una cuestión de dar cierta impresión. Será fácil.

Pero él sabía que no era cierto. Había pasado más veces por aquello. Le dijo que tenía que pensarlo durante un par de días. Y, en vez de pensarlo, se lo contó a su psicólogo del programa de rehabilitación. Su psicólogo ya sabía lo difícil que era su relación con su madre. En rehabilitación, esa no era una historia infrecuente. Su madre era una ladrona. Ella era la que le había enseñado a robar carteras o bolsos. Él nunca había sido tan bueno como ella, pero le había servido algunas veces, cuando necesitaba droga. Sus chicos y él robaban cualquier

cosa que pudieran.

Sus delitos habían ido en aumento en paralelo a su adicción a las drogas, hasta que lo habían detenido por robo a mano armada y habían estado a punto de condenarlo a veinte años de cárcel. Salió con una condena de tres años y fianza y, en uno de los programas de la cárcel, había conseguido desengancharse. En realidad, había sido un milagro.

La policía había hablado con él sobre su madre en varias ocasiones, pero no había sido capaz de delatarla. Siempre había estado metida en oscuros tratos de propiedades inmobiliarias y en tutelas fraudulentas. Victoria era capaz de ver una estafa perfecta en muchas situaciones, y era habitual que lo reclutara a él para ayudarla en sus negocios. Su último proyecto era la tutela de un anciano con demencia senil. Se ocupó de todas sus facturas y gastos a costa de sus cuentas bancarias. No parecía que hubiera testamento, así que él fue el encargado de sujetar el teléfono y grabar al anciano diciendo que le estaba tan agradecido a Victoria que quería dejarle su fortuna en herencia. Una fortuna de ochocientos mil dólares.

Pero había otro testamento, escrito por el anciano cuando estaba lúcido y sano, por el que dejaba todo su patrimonio a una biblioteca pública. Y la biblioteca tenía una copa de aquel testamento. Impugnaron el testamento grabado de Victoria.

Victoria formaba parte de un pequeño grupo de tutores a quienes dirigía una abogada corrupta, y la policía los estaba deteniendo uno por uno. Fue entonces cuando ella decidió que debía encontrar a su nieto. Sospechaba que Erin debía de haberle dejado en herencia un buen seguro de vida. Entonces, Victoria encontró a Noah bajo la tutela de Hannah y de un hombre a quien describió como rico.

–Bien, Roger –dijo el detective Wilhelm–. Tengo que decir que me sorprende verte aquí. ¿Has decidido hablar sobre tu madre?

–Bueno, sobre ciertas posibilidades. No sé. No quiero cargarme a mi madre. Pero, tal vez, tenga que hacerlo. Depende.

–De acuerdo. ¿Por qué no me dices para qué has venido?

–Tenía una hermana a la que nunca traté bien. Al principio, porque era un niño malcriado y, después, porque me convertí en un delincuente y en un drogadicto. Llevo limpio varios años, y mi hermana ha muerto. No pude hacer las paces con ella.

Wilhelm frunció el ceño.

–¿Y qué tiene que ver todo esto con lo que yo quiero saber? Quiero saber más sobre ese grupo de tutores en el que trabajaba tu madre.

–No, yo no puedo decir nada de eso, porque no participé. Desde que estoy en el programa, me mantengo a distancia de ella. Pero puede que esté tramando algo que es malo para mi hermana. O para mi sobrino. Erin tuvo un niño y dejó escrito en el testamento que, si ella

moría, debía mantenerse alejado de su familia biológica. Sobre todo, de mí, pero, también, de mi madre. Mi madre está en Colorado para ver si puede conseguir la tutela del niño. Es pequeño, y lleva muletas. Tiene alguna enfermedad, no sé cuál es. Como le he dicho, mi hermana no me hablaba. Pero mi madre quiere que vaya a Colorado para hacerle un favor.

–¿Qué favor?

–No quiere decírmelo hasta que yo llegue allí, pero la conozco. Tiene algo que ver con el crío. Quiere la custodia, o el dinero del seguro de vida que dejó mi hermana, o lo que haya heredado el crío. Si quiere que yo haga algo, es que no es nada bueno. Ella quiere que me encargue yo porque no le gusta ensuciarse las manos. A lo mejor puedo evitar que le ocurra algo malo a mi sobrino. Así, podría compensar a mi hermana.

Bruce Wilhelm miró fijamente a Roger.

–Voy a ser sincero contigo. Quiero detener a tu madre por estafa en ese asunto de las tutelas. Creo que se ha llevado mucho dinero y, además, puede testificar contra los demás. No puedo detenerla por algo que todavía no ha hecho, sean cuales sean sus intenciones.

–Bueno, podría ir a Colorado, como ella quiere. Puedo averiguar qué es lo que quiere que haga.

–Sabes que no puedes salir del estado.

–No voy a testificar contra mi madre. No puedo. Pero, si tengo la oportunidad de impedir que robe al hijo de mi hermana muerta… Eso es otra cosa. Sería la primera vez que hiciera algo por mi hermana –dijo Roger, con los ojos empañados.

Bruce Wilhelm se quedó callado un largo instante.

–Dame unas cuantas horas para pensarlo. ¿Puedes quedarte por aquí?

–¿Aquí? Vamos, tío. Este sitio me pone los pelos de punta. ¿Qué te parece si espero en el Starbucks que hay al final de la calle?

Bruce miró el reloj.

–Nos vemos a las cuatro.

Uno de los detectives favoritos de Minneapolis de Cal lo llamó.

–Ha surgido algo. Tenemos una orden de extradición, así que puede que quieran detener a Victoria Addison. Tengo el nombre de un detective asignado a la unidad de estafas. Tal vez quieras hablar con él.

–Creo que sí, gracias –dijo Cal.

A Victoria no le sorprendió que Roger accediera a ir a Colorado. Le

dio su dirección y le pidió que se reuniera con ella en su casita de alquiler.

En cuanto él se sentó, ella le explicó cuál era su plan.

–Necesito tu ayuda en este proyecto, y no volveré a pedirte nada más. Aparte de eso, te pagaré muy bien. He estado observando a mi nieto y a su nueva familia, y conozco bien sus hábitos, su horario y su vida cotidiana. Vas a secuestrarlo.

–¿Cómo? –preguntó él, poniéndose en pie.

–Cálmate. No le vamos a hacer daño. Solo lo vamos a tener un rato. Él va al colegio todos los días y tiene visitas regulares al fisioterapeuta, le gusta ir a un *camping* que hay al otro lado del lago… pero lo mejor es que vive en una casa a orillas de ese lago, en el bosque. Hay una carretear larga que rodea el agua y que atraviesa el bosque. El mejor momento para atraparlo solo es cuando está jugando en el jardín, después del colegio. Juega con un perro muy grande, pero muy bueno. Deberías llevar una hamburguesa o algo por el estilo para atraer al perro. El niño lo seguirá. Entonces, tú lo metes al coche. Sería mejor una furgoneta alquilada.

–Has perdido el juicio completamente. Esto es demasiado. Pueden condenarte a veinte años de cárcel por algo así.

–Tengo que arriesgarme. Esto es la parte más difícil de la historia. Cuando esté hecho, tú lo llevas a Colorado Springs, me llamas al móvil y yo iré a verlos a ellos, a Hannah y a su novio artista, con cara de espanto, pero les diré dónde está el niño y que puedo devolvérselo a cambio de quinientos mil dólares siempre y cuando no haya policía de por medio. Les diré que tú solo quieres algo de dinero para escaparte y que no volverás nunca. Te daré cien mil.

Roger sonrió.

–No van a darte ese dinero. Llamarán a la policía antes de que tú llegues a su casa.

–Si no sale bien, tú y yo saldremos rápidamente de aquí. Pero creo que sí aceptarán. Owen tuvo un hijo a quien secuestraron hace muchos años, y no lo recuperó. Me da la sensación de que quiere tener una segunda oportunidad.

Roger cabeceó.

–Creo que, por fin, te has vuelto completamente loca. Ya sabes que la policía quiere hablar contigo por ese asunto de las tutelas…

–Ah… Yo no tuve nada que ver con eso.

–Los demás no le están diciendo eso a la policía.

–Sabía que tenía que haber hablado la primera. Sabía que me iban a cargar a mí con el muerto. Yo solo tenía un caso, y esa abogada debía de llevar más de veinte… Bueno, pues dejaré el negocio para siempre. Pero tengo que marcharme con algo de dinero…

–No puedo creer que estés arruinada.

–Tengo unos pequeños ahorros, pero no lo suficiente como para jubilarme en Florida. Siempre he tenido buena suerte en Florida.

–¿Desplumando a los viejos?

Ella no respondió.

–¿Vas a hacer esto por mí, Roger? Te juro que es lo último que te pido.

–Eso me lo has dicho muchas veces. Podrían echarme tres años más solo por estar aquí. Tengo el programa de rehabilitación en Minneapolis, y estoy volviendo al buen camino.

–Estás drogándote otra vez, ¿no?

Él cabeceó.

–No sé si puedo hacer esto. Tengo que pensarlo.

–Mira, te voy a dar las indicaciones para llegar a la casa del lago. Ve por allí y comprueba lo aislado que está. Sería como quitarle un caramelo a un bebé. Después, puedes ir a cualquier otra parte y meterte en otro programa, librarte de la libertad condicional y cambiar de nombre. Es fácil. Por lo menos, échale un vistazo al sitio antes de decir que no.

–Lo pensaré. Pero no me voy a quedar aquí contigo.

–Mejor. No quiero que nos vean juntos. ¿Cuánto tiempo vas a tardar en pensarlo?

–Prepárate, porque puede que diga que no. No estoy seguro de querer correr un riesgo como este. Pero lo pensaré. A lo mejor le echo un vistazo a la finca y al perro.

Mientras estaba esperando a que Roger se lo pensara, llamó a Helen y la invitó a tomar una copa de vino al pub.

–¡No sabía que habías vuelto! –exclamó Helen–. ¿Cómo estás?

–¡Muy bien! –dijo Victoria–. Te lo cuento todo cuando estemos allí. ¿El mismo sitio, a la misma hora?

–Encantada –dijo Helen.

Cuando salía de la tienda, Helen llamó a Cal para decirle que había quedado con Victoria.

–Si averiguo algo más, te lo digo.

Después, le dio un beso a Sully en la mejilla.

–Helen, esto me pone muy nervioso.

–Solo voy a tomar una copa de vino. No hay nada de lo que preocuparse. Vamos a estar en un sitio público, y no me puede pasar nada.

–Sé que no es una asesina en serie, ni nada por el estilo, pero también sé que crees que es una delincuente. Sé que vas a ir a verla no porque te guste, sino porque no te gusta nada.

–Lo estoy haciendo por Noah –dijo ella–. Por Owen y por Hannah. Esa mujer es una estafadora. Y no te preocupes, Sully. Tengo mucha prudencia y soy lista.

–Las mujeres listas siempre me han dado mucho miedo –reconoció él, y ella se echó a reír.

Helen esperaba que Victoria llevara el maquillaje de enferma y que actuara como tal, pero se sorprendió. Victoria estaba espléndida.

–¡Vaya! ¡Qué buen aspecto! ¡Eres la viva imagen de la salud y la vitalidad!

–Gracias. Me encuentro bien. Me temo que todavía me queda algún tratamiento, pero no es lo que me temía. Los médicos me han dicho que no es tan agresivo como la última vez, y que hemos llegado a tiempo. Que voy a ponerme bien.

–Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi.

–Bueno, creo que la última vez estaba demasiado estresada. Y, cuando hablé contigo por teléfono, no sabía cuál iba a ser el diagnóstico. Estaba muy preocupada. El médico me ha tranquilizado mucho. Ellos ya han visto muchas recaídas. Por eso hacen tantas revisiones, para poder llegar a tiempo.

–Y ¿cómo vas a sufragar el tratamiento?

–Bueno, tengo unos pequeños ahorros, y el hospital me va a ayudar financiando el tratamiento. En cuanto esté recuperada, me pondré a trabajar. Es cuestión de encontrar un trabajo, nada más. Tengo una casita alquilada que no es muy cara, y el casero es encantador. Me voy a quedar y voy a encontrar algún trabajo.

–¿Aquí?

–Puede que no me dejen ver mucho a Noah, pero es la única familia que tengo. Creo que, si tengo cuidado y no les molesto, Hannah me dará otra oportunidad. Por el momento, voy a recuperarme de esta recaída –dijo Victoria, y le dio otro sorbito a su copa de vino–. Me gustaría pedirte que hables bien de mí si surge la ocasión. Creo que ellos respetan tu opinión.

–Claro. Y, mientras, ¿cuándo empiezas el tratamiento? ¿Y dónde?

–Dentro de dos semanas, en la Clínica Mayo, por supuesto.

–Hay muchas Clínicas Mayo –dijo Helen.

–He pensado en pedir que trasladen mi historial a la de Arizona. Me vendría bien un poco de sol. En Minneapolis hace muchísimo frío en invierno. Y la nieve…

–Y ¿vas a conservar tu casita de alquiler?

–Sí, si es posible. En la clínica hay una pequeña residencia y, si tienen sitio, me alojaré allí. Oh, Helen, he tenido que sobrevivir varias veces en la vida y, si supero esto, espero tener a mi nieto en el futuro. Es una esperanza.

Helen estaba pensando: «Me robó la cartera y mintió en lo del

hospital. Tiene un as en la manga».

El teléfono de Victoria sonó dentro de su bolso. Lo sacó y lo miró.

–¡Oh, no! No quiero contestar. Es mi hijo. Le he dicho que no quiero tener nada más que ver con él.

–Entonces, no respondas. ¿Sabe dónde estás?

–Creo que sabe que estoy en Colorado.

Victoria dejó que la llamada pasara al buzón de voz y, después, escuchó el mensaje.

–Dice que tengo que llamarlo inmediatamente y que es por Noah.

–Entonces, ¡llámalo! Ponlo en altavoz.

Pero Victoria no lo puso en altavoz. Se puso el teléfono al oído mientras se levantaba de la mesa y caminaba hacia la puerta. Volvió a los pocos segundos.

–¡Helen! –exclamó, susurrando con nerviosismo–. ¡Mi hijo ha secuestrado a Noah! ¡Piensa que lo ha hecho por mí!

–¿Por ti? ¿Cómo? ¿Por qué?

–No lo sé. Mi hijo y yo siempre hemos tenido una relación difícil, pero no he conseguido que nos separemos por completo. Pero está loco, y es peligroso. Tengo que ir a ver a Hannah inmediatamente.

Helen tomó su bolso y dejó veinte dólares en la mesa.

–¡Voy contigo!

Victoria entró en su coche y salió a toda velocidad, y Helen la siguió con el corazón acelerado. A pesar de todas las cosas que la habían preocupado, que Victoria fuera una estafadora, que fuera una delincuente habitual, nunca hubiera imaginado que pusiera en peligro a un niño pequeño tan adorable como Noah.

Cuando Victoria se detuvo junto a la casa, comprobó con satisfacción que habían llamado a la policía. Contaba con ello. Lo tenía todo bien pensado. Después de que detuvieran a Roger, Hannah se daría cuenta de que ella era muy buena y le darían el dinero para pagar su tratamiento contra el cáncer. Seguramente, un dinero que, de todos modos, había sido de su hija.

Subió corriendo los escalones del porche y entró por la puerta sin llamar.

–¡Me ha llamado mi hijo! –gritó.

Owen se puso en pie lentamente y Hannah hizo lo mismo. El agente de policía que estaba con ellos, también.

–¿Quién es usted? –preguntó.

–Es la abuela biológica de Noah –dijo Hannah–. Y madre de Roger Addison.

–Soy el jefe de policía Stan Bronoski –dijo él–. Me han llamado porque Noah ha desaparecido y usted puede ser sospechosa. Ha estado

intentando ver al niño, ¿no es así?

–¡Pero he venido a ayudar.

Helen entró y se detuvo detrás de Victoria.

–¡Me ha llamado mi hijo y me ha dicho que tiene al niño! No sé en qué estaba pensando, pero, aunque sea inestable y peligroso, Roger siempre me escucha. Creo que puedo averiguar dónde está y conseguir que devuelva al niño.

–¿Dónde estaba usted cuando ha desaparecido el niño, hace un par de horas?

–Estaba tomando una copa de vino en Leadville –dijo Victoria, y miró a Helen, que asintió–. Somos amigas y a veces quedamos para vernos. Cuando estoy en este pueblo, claro. He estado fuera, en la Clínica Mayo, porque tengo cáncer. Me estaba haciendo pruebas y, ahora… No importa. Lo más importante es Noah. ¿Quieren que intente localizarlo?

–Todavía, no –dijo el policía–. Entonces, ¿es usted la abuela? ¿La misma que demandó la custodia de su nieto? ¿Por qué lo hizo?

–No sea tan dramático. Solo lo hice para conseguir al menos el derecho de visita. Es el único hijo de mi hija. Lo hice por consejo de mi abogado, y ya está todo resuelto. No veo a mi nieto tanto como quisiera, pero creo que Hannah ya sabe que soy sincera y tengo buenas intenciones y, en un futuro, podré verlo más.

–¿Y por qué se lo ha llevado su hijo? –preguntó Owen.

–Victoria se encogió de hombros.

–No sé. Quizá haya pensado que me agradaría con eso. O quizá quiera conseguir un rescate. No lo sabré hasta que no se lo pregunte. Pero él casi nunca hace nada bueno…

–Creo que voy a necesitar refuerzos antes de intentar sacarlo de su escondrijo –le dijo Stan a Owen–. Voy a hacer una llamada.

Se alejó del grupo y llamó. Después, se giró y miró a Victoria.

–Ahora, dígame cómo ha llegado a todas esas conclusiones sobre Roger Addison.

–Nadie lo conoce tan bien como yo.

–¿Y va a hacerle daño a Noah? –preguntó Hannah, nerviosamente.

–Probablemente, no, si obtiene el beneficio que quiere.

–Su hijo siempre ha estado metido en muchos líos, ¿verdad? –le preguntó Stan.

–Sí. ¡Ni siquiera debería estar aquí! No puede salir de Minnesota, porque está en libertad condicional.

–Pero usted piensa que está aquí, en Colorado.

–¿Cuánto hace que desapareció Noah? –preguntó ella–. Porque Roger me llamó hace veinte o treinta minutos. ¡No creo que haya podido hacerlo desde fuera del estado!

Stan se puso rígido. Asintió.

–¿Por qué no lo llama para ver si él le dice dónde está?

Victoria suspiró, sacó el teléfono móvil y marcó. Se oyó el sonido de otro teléfono no muy lejos, y Victoria se giró hacia Stan con desconcierto.

Roger salió por el pasillo hacia el salón, seguido por Bruce Wilhelm y dos policías federales. Cal Jones iba tras ellos, observándolo todo.

Victoria soltó un siseo.

–Exacto, Victoria. La hemos descubierto. Roger llevaba un micrófono cuando usted le dio instrucciones para que secuestrara a Noah. A su propio nieto. Ha caído demasiado bajo.

–No tienen nada contra mí. No es legal.

–Tenemos una orden de extradición por las declaraciones de sus antiguos compañeros, por la estafa de las tutelas de ancianos. Y, gracias a esa orden, hemos conseguido otra para realizar escuchas con la ayuda del joven Roger…

–Eres un idiota –le dijo a su hijo.

–No. Lo que pasa es que ya he terminado con esto. Si alguien no te lo impedía, ibas a terminar haciéndole daño a alguien. Como a Noah. No pensé que pudieras llegar tan lejos. Pero, en realidad, ¿qué diferencia hay entre ancianos indefensos y niños indefensos?

–Y también está la cuestión de su cáncer. ¿A cuánta gente ha estafado con esa excusa?

–¡He tenido suerte y me estoy recuperando! ¡Tengo el historial médico!

–Lo sé. Nosotros tenemos una copia. Es una obra de arte, lo reconozco, pero los médicos cuyos membretes ha utilizado no la tienen registrada como paciente.

Uno de los policías sacó unas esposas.

–No puede ser verdad –dijo ella–. ¿Van a esposar a una mujer mayor por unos papeles?

–Sí. Con su reputación, deberíamos atarla.

Helen se puso junto a Hannah.

–¿Dónde está Noah? –le susurró.

Hannah sonrió.

–Noah y Romeo están con Sully. Creo que es hora de ir a buscarlos.

Hannah quería ir a buscar a Noah inmediatamente, mientras Owen estaba esperando con la policía a que se llevaran a Victoria. Helen se ofreció a llevar a Hannah al Crossing, con el niño y el perro, y Owen dijo que iría a buscarlos cuando todo estuviera resuelto en casa.

Noah y Sully estaban sentados en el porche, jugando a las damas. Los perros estaban tumbados en el suelo, apoyados uno en el otro. Hannah se bajó del coche y fue corriendo hacia ellos. Abrazó a Noah y

lo levantó de su silla.

–Noah, Noah –dijo, metiendo la nariz en su cuello.

–Uf, Hannah, a lo mejor me estás abrazando demasiado, no puedo respirar.

Ella aflojó un poco el abrazo.

–Discúlpame. Te echaba de menos.

–Estoy aquí –dijo Noah–. ¿Por qué lloras?

–Hoy estoy un poco sensible.

–A las mujeres les pasa eso, Noah –dijo Sully–. Será mejor que te acostumbres.

–No te preocupes, Hannah. A mí también me pasa, a veces. ¿Va a venir Owen?

–Va a venir en la furgoneta para poder llevar a Romeo a casa. Está terminando un par de cosas, pero llegará pronto. Y, entonces, podemos hacer la cena.

–A mí me parece que deberíais relajaros mientras yo preparo la cena –dijo Sully.

–Sí, Hannah. Esta noche, Owen y tú deberíais relajaros y dejar que nosotros cocinemos. Seguro que también vendrán Cal y su familia. Es hora de relajarse.

–No voy a poder relajarme por completo hasta que cierta gente haya salido del estado –dijo Hannah.

Un juez autorizó a Roger Addison a abandonar el estado de Minnesota para acompañar al detective Wilhelm a Colorado y participar en la operación para desenmascarar a su madre. Roger volvió a Minneapolis con el detective en un vuelo comercial, mientras que Victoria iba en otro vuelo escoltada por dos *sheriffs* de los Estados Unidos, dos días después. Los policías federales habían intervenido porque algunos de los delitos de Victoria se extendían por varios estados. La historia de sus delitos llegó a los periódicos, y fue reconocida por varios caseros que llamaron a la policía y se ofrecieron a declarar contra ella por impago de alquiler y por préstamos sin devolución.

Por fin, había terminado la exitosa carrera de Victoria en el ámbito de la estafa. Iban a juzgarla por muchos delitos y, cuando saliera de la cárcel, todo buen estafador sabía que no debía volver a intentar dar dos veces el mismo golpe, así que Noah, Owen y Hannah se habían librado de ella. Sin embargo, Cal prometió que iba a mantenerse mucho tiempo en contacto con Bruce Wilhelm para no perderles la pista a Victoria y a su hijo Roger.

En una de aquellas noches perfectas y normales de casa de los Abram, Noah y Hannah estaban terminado la sesión de lectura de

todos los días. Casi habían acabado *La isla del tesoro* y estaban pensando en el siguiente libro. Owen entró en la habitación con una copa de brandy y se sentó al lado de Hannah.

–No dejéis que os interrumpa.

–Casi hemos terminado, y estamos pensando en qué libro podemos leer después.

–Yo quiero *El Robinson suizo* –dijo Noah.

–Ese es muy bueno –respondió Owen.

–Y he estado pensando otra cosa. Eso que me dijiste que tenía que pensar. Lo de que todos tuviéramos el mismo apellido. Yo creo que ya estoy preparado.

–¿Y no te gustaría conservar también tu apellido de ahora? Es muy fácil –le dijo Owen–. Puedes llamarte Noah Waters Abrams, hijo de Hannah y Owen Abrams por adopción. Tu madre es muy importante para todo el mundo, no solo para ti.

–Me gusta, sí. Es una buena forma de hacerlo. Creo que a ella también le gustará. Pero ¿vosotros estáis preparados?

Hannah lo abrazó.

–Lo estaremos cuando tú lo estés. Yo creo que ya somos una familia. Solo necesitamos los papeles.

Epílogo

Maternidad: el amor empieza y termina allí.

Robert Browning

El primer sábado de noviembre nevó. Los álamos ya habían perdido todas las hojas y los pinos tenían la nieve acumulada en las ramas. En Leadville, el juzgado no estaba abierto los sábados, pero el juez que había presidido la vista por la custodia de Noah abrió su sala, y el secretario fue a trabajar.

Hannah, Owen, Noah, Cal y Maggie llegaron a las dos de la tarde. Aquel día, el juez Vincente no llevaba toga. Se reunió con ellos, los invitó a entrar con abrazos y apretones de manos.

–Es un día muy feliz –dijo–. Vengan, pasen, esto es todo un placer. ¿Saben? Como juez de familia, tengo que ocuparme de muchos asuntos tristes, y esto es una alegría para mí.

Se inclinó por la cintura y se dirigió a Noah.

–Jovencito, creo que has unido a esta familia. Debes estar muy orgulloso.

–Sí, supongo que lo estoy –dijo Noah, sonriendo.

–¿Va a haber una celebración? –preguntó el juez.

–Sí, ¡una fiesta gigante! –dijo Noah–. En nuestra casa todos se están preparando. Está allí la mitad del pueblo. Puede venir. ¿Quiere venir?

–A lo mejor, si mi mujer no tiene muchas tareas para mí –dijo el juez.

–Puede traerla. No pasa nada. ¡Hay comida!

El juez se echó a reír.

–Es una invitación muy apetecible –dijo–. Se lo haré saber a la señora Vincente. Y, ahora, el asunto que nos ocupa es el matrimonio y la adopción. Lo primero, vamos a celebrar el matrimonio y, después, formalizaremos la adopción. Ah… ¿veo un cambio de apellido aquí?

–Sí, señoría –dijo Hannah–. Noah quiere conservar el apellido de su madre y nosotros estamos completamente de acuerdo. Noah Waters será Noah Waters Abrams. Si usted lo aprueba.

–¡Fantástico! –dijo el juez–. Lo primero es lo primero. Owen Thomas

Abrams y Hannah Marie Russell, ¿prometen cumplir los votos matrimoniales, ser fieles y apoyarse y amarse en los buenos y los malos momentos? ¿En la enfermedad y en la salud? ¿Trabajar para mantener a la familia unida con seguridad y afecto?

–Sí, lo prometemos –dijeron ellos, al unísono.

–Permítanme que les diga lo que sé del matrimonio –prosiguió el juez–. Llevo casado más de cincuenta años, y no todo ha sido diversión, pero ha habido momentos en los que no podía creer la felicidad que sentía. Inmediatamente, vi que era necesario un alto grado de compromiso, y eso no es solo para uno de ustedes, es para los dos y para siempre. Y, lo más importante, hay que respetarse y honrarse el uno al otro, incluso en los momentos en que parezca imposible. De hecho, es más importante cuando parece imposible. Una vez hechas sus promesas y habiendo sido testigo este tribunal, los declaro marido y mujer. Pueden besarse. Tenemos aún que terminar los documentos y firmarlos.

Hannah y Owen se besaron y abrazaron a Noah.

–En cuanto a ti, Noah, creo que has elegido con mucha inteligencia a estos dos padres. Ellos te van a enseñar, a proteger, a apoyar, a guiar y a darte maravillosas lecciones de vida, como la Regla de Oro. ¿Sabes lo que es la Regla de Oro?

–Sí. Trata a los demás como te gustaría que te trataran. Me lo dijo mi mamá una vez.

–Siento mucho lo de tu madre, Noah. Pero no mucha gente es tan afortunada de tener dos madres maravillosas en una vida, y veo que tú has sido muy afortunado. Sabía que iba a aprobar esta adopción ante de que entraran los tres por la puerta. Forman una familia espléndida. Espero que tengan solo buena suerte de aquí en adelante. ¡Y espero que la fiesta sea magnífica!

Después de firmar todos los documentos, los adultos y Noah subieron a la furgoneta y volvieron a casa de Owen. Había muchos coches aparcados en la entrada a la finca y delante del estudio.

Cuando la familia Abrams entró en la casa, todos prorrumpieron en vítores. Les pusieron copas de champán en la mano. A Noah también le dieron una copa, aunque con sidra de manzana.

Sully se adelantó y comenzó a hablar.

–A casi nadie se le ocurriría pensar que podía haber una historia más romántica que la mía con Helen, pero vosotros tres os acercáis. Os habéis convertido en una familia en este maravilloso día, y yo quiero brindar por la familia Abrams. ¡Que todos vuestros sueños se hagan realidad!

Y los presentes volvieron a gritar de alegría.

Owen se inclinó y le susurró algo al oído a Hannah:

–En este maravilloso día, tres almas perdidas por fin encontraron su

camino y se unieron. Te quiero, Hannah.

–Y tú eres mi sueño hecho realidad, Owen.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com

Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija

de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los recelos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia… Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde? "Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

Cómpralo y empieza a leer

Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás,

así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

Cómpralo y empieza a leer

Atracción legal

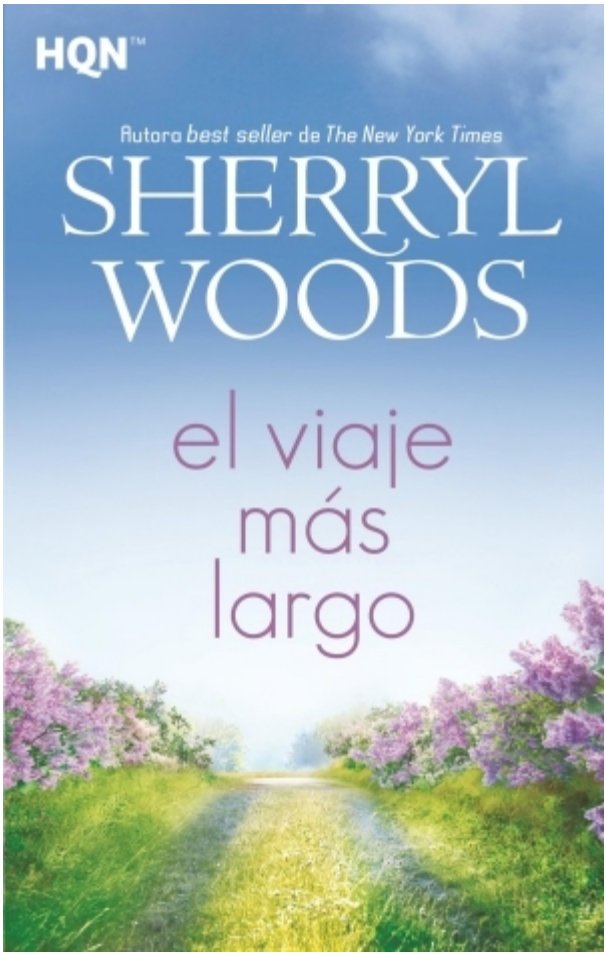
Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera.

Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio…

Cómpralo y empieza a leer



El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija

y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

Cómpralo y empieza a leer

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus

encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

Cómpralo y empieza a leer